Raro perro verde
Daniel Fermani

Los ojos amarillos del diablo

Marcelo Mermoz

Mermoz Marcelo: Los ojos amarillos del diablo- 1a ed. - Avellaneda : WGT Ediciones, 2014.
206 p. ; 155 x 215 cm.
ISBN 978-987-1827-47-3
1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título CDD A863
Fecha de catalogación: .16/10/2014

www.wgt-ediciones.com 3970-2130 / 15 5922-8829

Diseño y diagramación de tapas e interiores wgt ediciones. wgtcomunicaciones@yahoo.com.ar
www.wgt-ediciones.com
www.wgtediciones.com
La imagen de tapa de autoria de Marcelo Mermoz modificada digitalmente con imágenes libres de internet.
Primera edición diciembre de 2014. wgt ediciones. “Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723”

“Orígenes

“...Al salir del matorral vieron dos puntos luminosos que parecían despedir fuego. Creyeron que se trataba de los ojos de la fiera que buscaba a quienes pretendían hacerle frente...” El vigía de los guaraníes

Leyenda indígena

Jorge Luis Borges

Buenos Aires

1

1870

Llovía sobre el manto verde de la jungla formando una cortina de agua que lo lavaba todo. No era una lluvia tupida, sino una llovizna continua como una película que escurría del follaje y serpenteaba entre la hojarasca formando regueros buscadores de vertientes.

Los hilos de líquido se derramaban en pequeñas cascadas en el río y bramaba en las piedras que asomaban como dientes romos entre sus aguas pardas y que junto al telón fosforescente de los relámpagos, daban una imagen espectral y fugaz al entorno.

Oscurecía.

Parado sobre la colina, la vista del Opygua se perdía en el tapiz de diferentes matices de verdes, y el horizonte irregular se desdibujaba por la niebla surgida de las hondonadas que cubría la selva extendida hasta el infinito.

—Ñanderu –musitó —permite a los hombres de mi pueblo que puedan

transitar por tu espesura y dales sabiduría para llegar a la comunidad a salvo.
Los hombres del poblado cada vez se internaban más en la selva buscando algo que llevarse a la boca, los peces y la caza eran escasos. El hombre blanco,
-los Jurua, les decían- los ahuyentaban con sus obras sobre el río, con la tala, con los alambrados y las carreteras y ellos, los Mbya, venían bajando cada vez más del territorio de Paraguay, en procura del sustento, ya que hacía tiempo que no cazaban nada en las cercanías.
Huían de la guerra. Devastaron los terrenos los obuses. Esas extrañas varas con las fauces abiertas y negras que vomitaban muerte. Huían también de las enormes máquinas acorazadas que recorrían los ríos y disparaban a mansalva descabezando los árboles y sentenciando la tierra quemada a la esterilidad purulenta de las llagas del fuego y el azufre. Buscaban mejores terrenos de caza y pesca, áreas donde poder cultivar, tierras en paz y en silencio donde no murieran las bestias quemadas por el ácido de las varas de los juruas. Si los “truenos de fuego” hablaban, alguien moría, y eso, -pensó el Opygua- no puede ser bueno.
Transitaron silenciosos entre los ejércitos que se masacraban sin piedad, sin siquiera ser reparados en su paso. Días enteros permanecieron ocultos y apartados de los hombres blancos, y la situación cada vez se volvía más conflictiva. A medida que transcurrían las horas se hacía evidente la posibi- lidad de un contacto, y si el hombre blanco mataba a sus propios hermanos, era muy posible que ellos corrieran igual suerte.
El hombre viejo abría la marcha con cuidado, transitando por los senderos que sólo ellos vislumbraban en la floresta y haciendo paso entre los frondes que retiraba como si los acariciara, reverenciando a la jungla y a su entorno. Caminaban por lugares que permitían atravesar los muros verdes de troncos cubiertos de líquenes y matorrales, de arbustos y de helechos. La gente marchaba en fila india, auscultando los sonidos de la selva, en medio del farfullar de las aguas de los arroyos luego de la lluvia tupida que se abatiera sobre esas tierras.
Mba’ evera era su nombre, que había sido musitado por el Opygua de su pueblo cuando naciera y que le diera un lugar y una forma entre los suyos. Su padre, Karai, el Opygua anterior, fue quien le puso su nombre. Y el padre de su padre, Vera Chunu, Opygua también, susurró el nombre a su padre y así fue durante las últimas generaciones.
Salió de repente tras la cortina verde. Se detuvo y de antemano supo que los suyos se ocultarían en la jungla a esperar una señal para continuar avanzando. Por delante alcanzó a ver un claro que

encerraba una zona pantanosa camuflada por las cortaderas y pastos verde brillante por un lado y arvejillas de agua a ras de suelo por el otro que dejaban entrever un caos irreal de cuerpos y sangre por donde se extendiera la vista.
Cuerpos.
Un entramado de carne sanguinolenta, quemada y reducida a jirones que se mezclaban con los restos de huesos expuestos y astillados sobrevolados por los jotes satisfechos, que ahítos de tanta muerte se paseaban hinchados por el festín de carne que se descomponía en ampollas tumefactas de podredumbre, y de cuerpos movilizados por masas hormigueantes de gusanos.
La selva estaba de fiesta. Los juruas se habían masacrado.
¿Qué puede ser tan importante para que un hombre mate a un hombre? Al final,-pensaba- todos sienten el dolor de la misma manera, y allí tendidos, en una maraña de cuerpos, bajo el mismo color de la sangre, no se distingue la diferencia entre los uniformes. Todos mueren, todos sienten la misma sed, el mismo dolor. Todos dejaron atrás lo mismo. Se preguntó quién se beneficiaba de aquello; seguramente no eran hombres, porque, ¿quién podía disfrutar de aquello, sea lo que fuere que estaba en juego?, se respondió.
Ropas blancas con chiripas rojos, chaquetas y pantalones azules, banderas, cintas, penachos. Todos diferentes... Todos cubiertos por la misma sangre roja.
Pantalones blancos, cuerpos blancos y negros juntos como nunca los viera. Todos muertos, todos con los mismos gestos de dolor y desconcierto. Algunos, incluso aún, con los ojos abiertos. Con las gorras caladas, con camisas quemadas, con morrales quemados por la metralla, con mosquetes, pistolas y bayonetas al aire procaces y desnudas al fulminante sol que cocía la piel y la voluntad.
Pasó por el lugar en silencio, como una sombra. Intentando no pisar los cuerpos y orando entre los restos de aquella guerra fratricida. Un rostro se volvió en su dirección, las lombrices devoraban sus labios y asomaban entre la cuenca de uno de los ojos quemados.
—Agua. -pareció implorar, y luego pidió la muerte, —el dolor y el fuego en el vientre arden como un caldero -dijo entre los dientes sin labios. El Opygua bajó la vista asombrado, aquel hombre, al igual que muchos otros eran guaraníes, y no se atrevió a decirle que no tenía vientre. Deslizó el recipiente de agua en la boca y derramó el líquido que se perdió entre las comisuras. Los movimientos eran suaves, una caricia que el moribundo aceptó con un mudo gesto de agradecimiento Durante varios instantes permaneció en cuclillas acompañando su dolor y orando a Ñanderu para poner fin al sufrimiento de tantas almas allí reunidas. Con lentitud se paró en silencio y aguardó que el hombre entrecerrara los ojos de los que

afloraran lágrimas y allí donde se encontraba, terminó con su tormento. Retornó donde se hallaba su gente sin mediar palabra, para alejarlos del infierno en la Tierra.
A menudo los jurua los corrían con armas de fuego y con perros hambrientos, ahora era distinto, se habían olvidado de ellos. Mba'evera nunca había visto tantos juruas juntos ni tantos cuerpos sin vida. A menudo su relación con la muerte había sido totalmente distinta porque ellos, los Mbya, morían de a uno por vez. A veces solos, en silencio y sin lágrimas, con aceptación y paz. Los ancianos se alejaban de la comunidad internándose en un último viaje, con sus cuerpos cansados sostenidos por nudosos cayados. Otras veces, ocasionales catástrofes daban cuenta de aldeas enteras y se llevaban consigo a diez o quince almas, pero nunca había presenciado pérdidas tan alienantes como aquella, donde los cadáveres se amontonaban como si fueran los troncos de los árboles que los juruas desmontaban en la floresta.
La tristeza lo embargaba. ¿Sería posible que hubiera tantos juruas más allá de la jungla?, ¿qué murieran de a tantos miles?
Los ancianos no hablaban a menudo de ello, pero los antiguos recordaban el momento del encuentro. Habían sufrido una indiscriminada matanza en la que perdieron a sus esposas y muchos hijos que enterraron en la jungla hasta que en reunión, los ancianos, decidieron que debían camuflarse como juruas si querían vivir por más tiempo. Conforme pasaban los años la tierra que habitaban y que habitaran sus ancestros, cambiaba. Después de todo, nada de aquello les pertenecía, y por otro lado, había suficiente para todos, ¿sería por eso que peleaban ellos?
Allí por donde pasaba el hombre blanco, ríos de tierra comenzaron a cruzar la jungla, y con el tiempo, algunos se cubrieron de piedra gris. Recordó las discusiones, la primera vez que vieran una carretera de tierra, tratando de entender qué clase de animal dejaría un rastro de esa magnitud, hasta que algo totalmente nuevo se desplazó por la huella en medio de un estela de humo y no fue hasta que vieron a un hombre arriba, que comprendieron que no se trataba de rastros, sino de cicatrices dejadas por los jurua en el terreno.
Comenzaron a seguirlos, porque descubrieron que no reparaban en ellos y se ocultaban poco tiempo en lugares densos donde no podían ser rastreados, pero la comida... eso sí era un problema.
A menudo en las malas épocas, los niños comenzaban a morir con el calor en el cuerpo, el vientre hinchado, los dientes negros y los ojos vidriosos. Las mujeres se esforzaban día a día buscando maíz, calabaza, mandioca, o papas para alimentarlos porque la carne escaseaba cada vez más.
"La vida se extiende como un árbol con las ramas apuntando al cielo,

indicando la dirección del viaje iniciado con el nacimiento, pero tarde o temprano, todas las ramas cesan de crecer. Pueden aparecer algunas nuevas, pero las que se detuvieron, no crecen más y con el tiempo, hasta el árbol muere, y no queda ya registro alguno de las ramas."

El hombre blanco había enfermado la jungla, y ésta se moría allí donde diezmaba la conciencia de la tierra y los claros se expandían como una enfermedad. Primero fueron los leñadores y los camiones, luego construían casas y chozas gigantescas de chapa, después las maquinarias ahuyentaban a los animales del bosque, y si uno se quedaba mucho tiempo, el claro lo destruía a uno. La jungla comenzó a separarse de los claros por hilos de alambre que mordían las carnes.

—Los tiempos cambian, este tiempo no es de los Mbya. No es algo que los Mbya podamos entender, somos una rama más. Ahora es tiempo de los hermanos Juruas.

Se volvió y, apoyado contra la rama de un nogal, decidió emprender el camino de retorno a la comunidad.

1920

Ñanderu.
El Padre.
El principio de toda vida.
En la alborada de los tiempos, Ñanderu amasó un puñado de tierra, y trajo la palmera pindó, la plantó en el polvo y comenzó a danzar, y así creó el mundo.

Ñanderu era vida, la vida era Ñanderu. En un principio él se creó a sí mismo, sin madre ni padre. Del caos emergió el orden y del orden emergió el Mbya.

Tan simple como eso, porque la vida es simple y se crea y se destruye a sí misma. Así había sido el principio; y desde entonces comenzó a crear. Creó al hombre, a la Tierra, al cielo, a las estrellas y a los otros Dioses para no sentirse solo.

Cada noche Aratiri se sentaba en cuclillas a un costado del fuego, con los ojos entrecerrados, porque el brillo del sol que fustigaba la selva y lo cocía todo, le dolía. Solía evocar su vida buscando un sentido a sus experiencias. Una noche, poco tiempo después de que sus padres se radicaran en la zona, forzados por el embarazo avanzado de su madre, un rayo golpeó el árbol que cobijaba la vivienda preanunciando su nacimiento y cuando asomó la cabeza al mundo, la copa del árbol ardió partiéndose estruendosamente dando inicio a la tormenta. El grito del niño hendió el aire y cuando su padre fue por el nombre, Mba'evera musitó simplemente "Aratiri". El padre se fue orgulloso, y Mba'evera dijo en un suspiro: —Ese niño será el próximo Opygua.

Aratiri. El rayo.
Iniciaba su meditación con un cántico suave, una letanía casi inaudible que comenzaba a escucharse luego hasta convertirse en una serie de sonidos acompasados y rítmicos como el arrullo de las aguas del río. Cerraba los ojos e iniciaba su viaje interior al río de su conciencia. Labraba las piedras de su personalidad y desgastaba las rocas de sus impulsos, moldeando el cauce de su impaciencia y buscando costas serenas donde resolver los problemas del grupo. Esa y otras técnicas para trabajar los aspectos humanos de su personalidad, las había aprendido de su padre y del padre de su padre. Ahora hacía mucho tiempo que ambos habían muerto. Mba'evera los había guiado a aquel claro en la jungla cuando él aún era un alma en busca de un cuerpo. Los relatos de los suyos, los que aún recordaban algo del viaje, hablaban de la Guerra Guasu.

Los hombres blancos habían matado todo. Los hermanos, las bestias, las plantas de la selva.

Tiempo después. Años. Una noche clara, a la vera del ancho río y cuando aún chisporroteaban los maderos en el fuego con chispas que volaban ascendiendo en el tapiz de la noche, Mba'evera, ya viejo, habló de su pronta partida, del viaje final que aguarda a todos los seres vivos. Fue sólo una mención, el alumno debía estar presto a tomar su lugar. Así Aratiri recibió el payé de Opygua de boca de su maestro.

"Los Mbya no tenemos memoria escrita como el hombre blanco" –dijo- —sólo oral, por eso estamos acá, para recordar y venerar a Ñanderu".

Ahora, esa noche, desnudo y con el torso bronceado reflexionó sobre todo aquello, y sobre su relación con el jurua y mientras miraba las pequeñas luces que se desprendían de las lenguas ígneas de la fogata, se preguntó si realmente los espíritus de los que se iban, ascendían tan luminosos.

Si Ñanderu creó todo, también creó al hombre blanco, con todos sus defectos y sus odios a flor de piel.

Marcado por las llamas de la fogata que dibujaban lenguas cambiantes con un reflejo rojizo en la oscuridad, el hombre se movía con estudiada lentitud. Seguía el rito que sus ancestros habían aprendido desde el principio de los tiempos y ahora él, a su vez, debería pasarlo a un elegido.

Lentamente mezcló en la escudilla de barro cocido los pigmentos extraídos de corteza y piedra cuya ubicación protegía con esmero. Hundió los dedos para completar los glifos que trazaba en la piel tersa y húmeda por la transpiración. Recorrió un camino en la frente y las mejillas, marcando con la tintura los rastros de su memoria y la memoria de los suyos en cada vuelta y cada recodo, como el río. Mientras los dedos trabajaban siguiendo los trazados, recitaba la plegaria que los Mbya recordaran desde tiempos inmemoriales.

Mientras hacía esto, observaba concentrado el río, sin verlo, de frente a la corriente.

El cauce seguía hinchado y oscuro, y bajaba como los monos bajan de los árboles, con energía y algarabía. La máscara ocultó lentamente sus facciones humanas y el hombre sintió, de a poco, cómo su personalidad era fagocitada por la investidura de sus ancestros, adueñándose de sus músculos y su voluntad.

Todos los antepasados gobernaron sus sentidos y se retreparon en su espíritu como las enredaderas en torno a los troncos de los árboles que, ahora sin vida, ocupaban la jungla que los vio nacer.

Ahora cuidaba de su gente. Los recuerdos de la comunidad eran los suyos y se hundían en la tierra roja común de sus antepasados. Los ancestros, la aldea y la jungla eran el espíritu comunitario. Su experiencia le pertenecía a todos. Él mismo se debía a su gente y su

deber era pasar ese conocimiento de boca en boca para otorgar la identidad y para que los recién llegados supieran y no olvidaran.
Con reverencia, extendió una piel de jaguar en el suelo previamente alisada. La peinó con los dedos, la limpió con cuidado y comenzó el lento camino de la transformación. Se paró con decisión y caminó hasta la fogata, donde al rescoldo, se cocía en una vasija lo que ellos conocían como: “el espíritu del bosque”. Hundió la cuchara y tomó una porción del arrope que bebió de un sorbo, mientras comenzaba la letanía de una oración de cuando el hombre era joven en esa tierra y ese mundo. Invocar a las fuerzas de la tierra, demandaba obrar con responsabilidad y respeto, de lo contrario los ancestros se lo harían saber en su momento.
Más lejos, a unos metros de distancia, una sombra lo observaba. Sostenía entre brazos un pequeño fardo inerte. Recordó de repente que había relegado la elección del nuevo “hombre santo”, por un problema más inmediato. Su hermano, Kaaguy, lo esperaba desde hacía unas horas. Visiblemente molesto, sostenía el cadáver de un niño aguardando que los ancestros dieran nombre o se llevaran a su hijo de aquel mundo. Optaron por lo segundo. Hacía tiempo que su comunidad estaba asentada en la zona y el niño de su hermano era el primero que moría sin nombre desde que él era Opygua.
Una mueca de amargura se trazó en el rostro de Aratiri. La muerte de niños pequeños era frecuente en la comunidad. Pero hacía tiempo que ninguno moría de recién nacido. A menudo tenía pesadillas, siempre las mismas. Algo le roía las entrañas, una rata blanca que salía de su cuerpo inerte y le roía los pies hasta que no podía caminar. Y cuando caía, le roía los ojos hasta que no podía ver, y seguía por las orejas, y ya no podía escuchar… El sueño hablaba por sí mismo y, sospechaba, de su incapacidad de oír los nombres de la gente nueva.
Por la mañana temprano, aún antes que el aliento de la selva se elevara al calor del sol, Kaaguy había llegado con el niño en brazos, y lo presentó al Opygua. El pecho del neonato se hundía como si algo le hubiera arrancado un pedazo de un mordisco. Supo entonces que no habría futuro para el niño más allá de ese día. Pese a todo, intentó a través de los ritos y las danzas, darle un nombre a su sobrino.
Algo había ocurrido en la tierra, o algo había ocurrido con ellos.
Aquel niño marcaba una línea negra en el linaje de los Mbya. Nunca antes algo así había pasado, y no hubo registros orales de ese mal en las generaciones anteriores. El hombre santo debía anunciarlo, darle Ayvu´a, el sitial en la comunidad, y sin embargo... no ocurrió. Se preguntó si acaso Kaaguy habría ofendido a los Dioses. ¿O habrían susurrado el nombre y él perdió la capacidad de escucharlos?
Aratiri permaneció en silencio. Transcurridos unos instantes, comenzó a moverse muy lentamente, como se mueven las hojas del follaje,

iniciando una danza acompañada por una letanía de oraciones, —algo no está bien -se dijo. Tal vez él oía, pero no quería aceptar. Tal vez, y después de todo, los ancestros no hablaron. No emitieron sonido alguno.

—La palabra es el acto creador, sin alguien que repita el nombre que soplan los espíritus, la persona no existe, y el alma debe volver.

Mientras en la soledad y el silencio del descanso merecido Yvy, la esposa de su hermano, aguardaba a su hijo. Un niño que no volvería al mundo Mbya. La letanía hablaba a los árboles y a la selva, que a través de sus hojas y el follaje se comunicaba con él, el hombre que danzando en torno al fuego pensaba que todo lo que conocía estaba muriendo. Cesó de moverse y se acuclilló… Transpiraba.

Las visiones de los espíritus y el mundo de los Dioses confluyeron.

Sólo las llamas crepitaban lamiendo los troncos. Las brasas rojas y ardientes teñían a las sombras y los contornos, y protegía a la aldea de las visitas nocturnas. Kaaguy estaba descorazonado. Tenía los ojos brillantes y no era la luz de la fogata que se reflejaba en ellos con la cadencia de las llamas que, como una bailarina, contorneaba la silueta seduciéndolo. No era el calor del fuego, ni el esfuerzo del Opygua, era el brillo de su impotencia. No quería volver a ver a Yvy ni quería volver a casa. No otra vez ese día. No quería retornar con el niño sin nombre muerto en sus brazos. Sin alma. No quería decirle a su esposa, que los dioses así lo habían dispuesto.

Él respetaba su designio. Oraba cada vez que pisaba la selva, cada vez que mataba un ser vivo, cada vez que cruzaba un río. Pero ver a Yvy, con el dolor en los ojos, con la mirada rebelde de quien no puede entender estaba mucho más allá de lo que podía aceptar y ni siquiera podía orar por eso.

Yvy y él, habían conversado muchas veces del tema con Aratiri. Lo habían hecho a solas, aún cuando ella llevaba su hijo en el vientre y ambos estaban de acuerdo en que debían seguir la palabra del Opygua, pero cuando el niño abrió los ojos, Kaaguy supo que nada de lo hablado serviría en el caso en que su hermano no pudiera soñar un nombre.

Finalmente, había ocurrido el peor de sus temores. La desesperación creció dentro suyo como un remolino y lo sumió en la más oscura de las soledades. En silencio se internó en la jungla con el cuerpito de su hijo aún en los brazos mientras Aratiri lo veía irse a sabiendas de que en algún lugar, alguien sufriría.

Ayudado por las rocas y las ramas de la jungla, cavó un hoyo en el suelo, separando la hojarasca en silencio, con las uñas de la ira clavadas en su mente. Un recuerdo surgía de a poco entre las brumas de la memoria: Itatay. Hacía tiempo que no recordaba a su hermana desaparecida unos años atrás. Su padre, había despertado esa mañana,

sabiendo de antemano que ya no estaría más entre ellos.
—Otra vez el hombre blanco entró y se llevó mujeres -fue lo único que dijo inmerso en su pena y la impotencia.
La vida no fue la misma desde entonces, y aun así Kaaguy respetó los designios incomprensibles de los dioses.
Yvy nació el mismo día en que su hermana desapareciera del entorno y de su mundo. De niños, suplió su ausencia y años después fue su compañera.
Apiló tierra y piedras sobre el cadáver y se incorporó.
Una sombra cruzó su frente. Volvió el Caos.
La comunidad vivía entre sombras, escondidos allí donde el sol no pasaba a través del techo tupido de los frondes. Tiempo atrás, mucho antes siquiera que Mba' evera los guiara a esa región, los ancianos decidieron que se volverían invisibles para continuar entre los blancos. Sorbiendo las sombras de la jungla, se transformaron en fantasmas. Vistieron ropas de blancos durante el día y se reunieron frente a las fogatas por las noches, repitiendo el linaje de los ancestros para no olvidar sus raíces. Su pueblo entonces, experimentó un nuevo dolor. Dolor que nada tenía que ver con el cuerpo o las heridas, o con el hambre. Era un dolor más profundo, de quien tiene que hacerse a un lado a sabiendas que su tiempo ha pasado. El mal, a ojos de Kaaguy, había comenzado el día en que Itatay fuera raptada. Los Mbya, estaba convencido, debían volver a recuperar la dignidad que perdieran. Si querían transitar por el mundo de los blancos la solución no era esconderse, sino combatir con ellos y hacerles entender que tanto unos como otros, eran creaciones del mismo Ñanderu.
A un lado del túmulo cavilaba de pie los pasos a seguir. Si el principio del caos había comenzado con Itatay, estaba claro que debía restaurar el equilibrio.
Su hermana llevaba muchas lunas desaparecida, tantas que había perdido la cuenta, aun así, estaba decidido: iría en su búsqueda aunque tuviese que ir al centro mismo de los poblados Juruas, y aun cuando ello implicara volverse visible.
Relajado con la decisión tomada, se sentó al pié de una gran roca a un lado de la tumba de su niño y cerró los ojos un momento. La ira y la angustia, eran fuerzas muy poderosas y la tensión de los eventos terminó por aflojarlo haciéndolo caer en un sopor pesado. De repente un sueño se volvió nítido: Se vio parado al lado del río crecido como el vientre de su esposa un día antes. Hacía calor y un colibrí, al que su gente llamaba "mainumbí", agitaba las alas a su lado. De pequeño tamaño, sobresalía del entorno quieto y silencioso por un tenue zumbido. Las lenguas trémulas de los últimos rayos de sol que se colaban en el claro y arrancaban destellos dorados del lomo de la avecilla, le recordó el carácter sagrado del emisario: "El recolector de

almas”.
“Cuando ronda uno, solía decir el Opygua, las almas de los difuntos están en paz”.
En el sueño, él se transformó en el mainumbi y desde sus ojos, fue testigo de un viaje largo y extenuante donde las aguas se dividían en dedos dejando tierras entre medio de los mismos y soñó con aldeas juruas, con chozas apretadas como las celdas de una colmena, donde se hallaba prisionera Itatay. Despertó.
El día anterior, las aguas habían bajado oscuras y con muchas ramas, y eso sólo significaba que una inundación se avecinaba. La crecida llegaría del norte con fuerza, y comprendió el significado de su sueño. Debía seguir el curso del río para encontrar a su hermana.
Esa mañana volvió a casa y permaneció con Yvy que se derrumbaba de a momentos.
Su esposa lloraba en silencio y machacaba el maíz y la mandioca con furia contenida. Lloraba mientras cargaba el agua con los brazos y con el semblante crispado. Sufría. Pero lo peor, pensaba Kaaguy, eran sus labios. Se torcían involuntariamente en un rictus amargo y doliente y cuando se percataba de que Kaaguy la observaba desde la hamaca, devolvía una mirada cargada de culpa y rencor contenido.
Desapareció la mañana siguiente con un par de viejos trapos que podían ser camisas, un cuchillo, y un viejo pantalón gastado. Si iba donde estaban los Jurua, debía parecerse a ellos. Llevaba sus pertenencias cubiertas con un cuero y todo atado a la espalda. Se movía con destreza y facilidad, como si hubiera ensayado cientos de veces la distancia entre el poblado y la costa. A la orilla del río, se restregó la cara con agua y limpió los restos de pintura negra y amarilla de la cara. Eliminó así los rastros que pudieran conectarlo con la aldea. Tomó agua y durante unos momentos permaneció en cuclillas resolviendo el curso de sus pasos. El silencio del amanecer era notorio, se paró y aguardó de pie bajo el rocío que goteaba de la vegetación oscilando entre un tamborileo suave y una cadencia tranquila que invitaba a la modorra. Envuelto en la bruma tibia de la selva, vio al jaguar. Durante unos instantes permanecieron ambos quietos, Kaaguy pidiendo permiso al animal para seguir su camino, y el jaguar evaluando la amenaza. Tres veces oró el hombre, cada vez más fuerte, hasta que las vibrisas se tensaron y las orejas de la bestia se relajaron. El Jaguar se hizo a un lado y Kaaguy continuó su viaje.
La fiera se sentó sobre sus cuartos traseros y bostezó con las fauces abiertas en una descarada demostración de fuerza con los colmillos al desnudo. Al pie de un lapacho, permaneció lamiéndose el pelaje y de a poco experimentó extrañas contorsiones que alteraron la estructura de su cuerpo. Una serie de gañidos lastimeros acompañaron el dolor de sus extremidades. La sombra apenas visible sobre un suelo oscuro

apenas pálido, delataba profundas transformaciones y la fiera desapareció.
Hundió las manos entre el manto tibio de hojas podridas y húmedas y revolvió la tierra, era su forma de volver a pisar el mundo real como hombre. A veces sentía una ligera confusión durante la metamorfosis y no sabía qué era lo real y lo irreal. La visión se volvía un tanto más difusa, perdía la nitidez del entorno y las sombras se entremezclaban con la jungla al tiempo que los sonidos se apagaban. Luego de la confusión pudo sentir el fresco en el rostro, y los olores no eran tan penetrantes como momentos atrás. Otra vez caminaba erguido. Ahora la espesura era un portal donde su espíritu y su sombra eran uno… Volvía a ser Aratiri otra vez. Allí entre la maleza, presentía que las cosas hablaban con ruidos que nada tenían que ver con el viento y la tormenta.
Cuando el hambre extendía sus brazos por tiempos prolongados, o algún problema afectaba la vida en el poblado, el Consejo se reunía y convocaba al hombre santo, entonces por las noches el Opygua salía a establecer contacto con la selva y las aguas del río.
—Ñanderu, hacedor de hombres y bestias, habla, y hace magia en el Opygua -se dijo. —El Opygua pierde su condición de hombre, se transforma en emisario de los Dioses y escucha. Hay queja, hay dolor y el guerrero viaja lejos a pedir explicación al hombre blanco.
Solía patrullar las tierras para que sus hombres pudieran descansar en paz. Algunos de ellos, no todos, tenían la posibilidad de volverse "capiangos", podían transformarse en jaguar. Entonces no dormía, y velaba el sueño de los suyos, a no ser que los viejos le pidieran que soñara, entonces sí lo hacía...
Por la mañana, con el sol de primavera muy alto en el cielo y sentado con las manos en la Madre-Tierra vio a un Kaaguy decidido. Desencajado y dolorido, se mostraba dispuesto a todo por alterar el rumbo de los acontecimientos, designio de los dioses. La pieza que faltaba para que todo aquello terminara de una vez por todas.
"Libre albedrío"-se dijo- así está escrito, y los dioses volverán a susurrar sus nombres, o el pueblo, SU pueblo, dejaría de existir.
Verano

2005 Algún lugar del Delta, Tigre. Buenos Aires.

1.

"El diablo existe, y tiene los ojos amarillos"
Mariano leyó la frase, y permaneció durante un rato pensativo con la mirada en la computadora portatil.
El sol se filtraba entre el ramaje de las casuarinas y le iluminaba el rostro.

De hecho, fue el sol el que lo despertó del sopor en el que estaba inmerso, y
la humedad cargada de insectos del verano.
No era oriundo del lugar. Llegó como llegan las hojas en otoño, arrastradas por una brisa que comienza a mostrar los dientes del invierno. A horcajadas de una lancha de paseo y durante una luminosa mañana de domingo,
cuando el río y la isla parecían escapados de un cuadro de Renoir, con pinceladas policromas en el agua que se mecían en el oleaje cansino. La gente disfrutaba del sol saboreando cafés mientras los niños jugaban
a orillas del río con cadáveres de peces que bailaban al compás de la cadencia de las olas generadas por una vieja lancha de paseo, que lucía maderos
gastados, pero pulidos, por las pisadas que la recorrieran durante décadas. Tras un recodo y en medio de una marejada de pensamientos, se topó con
la casa y la isla, buscando la inspiración que se perdía entre el follaje, y con
la imaginación a cuestas como un pesado fardo. Uno y otra parecían correr
montadas en las nubes, burlándose de sus anhelos de escritor al que la musa
le había negado sus encantos.
Bajó ensimismado, y ya los tablones podridos del muelle rechinaron
sus quejas bajo las zapatillas que luchaban por agarrarse a esa trampa que parecía querer arrojarlo al río por quebrar una paz tan prolongada y aburrida. Caminó los escasos metros hasta la orilla, saltó a un lugar más seguro y recorrió el accidentado trecho hasta la casa, mientras una nube negra de hollín y el pistoneo del viejo motor diesel lo dejaban abandonado a su suerte en el silencioso mediodía, cuando la lancha se adentró en el canal para
continuar su derrotero.
Ahora estaba de regreso, dispuesto a pasar una temporada en soledad,
en compañía de la casa y el río, encerrado en la trampa que le impusiera su
propio aislamiento. Entró en silencio a la casa como quien irrumpe en un
lugar sagrado. Pisando y aplastando las plantas trepadoras que se adueñaron
del lugar. Las grietas que retrepaban las paredes como una telaraña, eran
colonizadas por la cobertura vegetal que se agarraba a los muros verde-grisáceos; húmedos, oscurecidos por el agua y la avanzada del

río que bajaba
de allende la selva.
“El diablo existe, y tiene los ojos amarillos”
¿La frase la había escrito él?
Tiró las cosas a un costado, deseoso por cimentar el inicio de lo que había imaginado como un promisorio futuro de la mano de la propiedad recientemente heredada y su computadora portátil. Acomodó lo básico como
para comenzar a escribir, abrió la notebook e inició el sistema operativo
mientras instalaba la garrafa para calentar el agua para el mate. Ahora, días después de su arribo, aún daba vueltas en torno a aquella primera
frase que comenzaría el principio del fin de su anonimato, pero la misma
resultó ser la única por el momento. No era la primera vez que escribía,
pero la timidez y una rigurosa autocensura lo llevaban indefectiblemente
a eliminar el producto de su trabajo. Pocas cosas conservaba en archivos,
y que aún no se decidía a borrar dado que las ideas truncas no eran malas,
pero carecía del hábito de la continuidad, defecto que lo seguía como única
compañía fiel en sus actividades domésticas y proyectos encarados. “La única
no” -se dijo, y agregó “mi sombra también me es fiel”. Aunque no recor-
daba haberla visto en los atardeceres grises, ni durante las noches de luna
nueva. Se sonrió ante la idea ocurrente.
Permaneció delante de la pantalla de la computadora, como esperando que sus manos continuaran por sí solas lo que parecían haber comenzado sin
conocimiento de su memoria.
La frase continuaba allí grabada, y en un acto inteligente, la guardó para
la posteridad, porque no se creía capaz de repetir un proceso como aquel,
y en tren de elegir una frase con la que comenzar, aquella le pareció tan
buena como cualquiera. Nada... No se le ocurría nada. No supo durante esa

mañana, ni la tarde de ese día, porqué el color de los ojos del diablo le había
parecido tan buena idea, ni supo tampoco por qué aquella podía ser una idea
brillante para comenzar algo que no quería ser parte de su fama. Harto de mediocridad, se levantó de un salto y se encaminó al fogón de
la tapera donde una pava vieja vestida del hollín de cien mil fuegos, cantaba
el siseo de los mates que vinieron a rescatarlo de su apatía.
“El diablo existe, y tiene los ojos amarillos”
Leyó la única línea de la pantalla una y otra vez. No entendía que extraños
vericuetos mentales habían gobernado sus dedos para escribir algo que no
tenía la más remota idea de cómo continuar. Se cebó un mate, caminó la
corta distancia entre la puerta y la cama, y se volvió a sentar.
Su vida había transcurrido triste y solitaria, era un anónimo dependiente
de un Hospital, que durante cuarenta largos años permaneciera en la más
sórdida de las soledades. Ahora, en sus vacaciones, se encerraba en la propiedad en el municipio del Tigre, herencia de una tía, a la que viera pocas veces en la vida y cuyo recuerdo se ligara a él por intermedio del cartero. La isla de contorno ligeramente oval, se hallaba orientada con el eje
mayor en dirección norte-sur, perdida entre la inextricable red de canales
del delta. Según supo Mariano, por algunas referencias, los primeros dueños
intentaron lotearla en el pasado. Comenzando por el extremo sur de la misma,
intentaron mantener para sí mismos y sus descendientes la mayor parte de
la propiedad, pero el intento devino en fracaso y solamente consiguieron
vender un lote, el que adquiriera su abuelo y heredara posteriormente su tía. El cartero le entregó un sobre con el matasellos de un estudio de abogados.
En el interior encontró una vieja escritura y un mapa levantado a mano con
trazos curvilíneos en tinta china sobre viejo papel de plano, donde además

de la propiedad cedida por su prima, figuraba el nombre de una finca "La Tía
Amelia", sobre el contorno de una casona de planta rectangular con torreones
octogonales en los ángulos norte y sur. La vieja casona no era la única construcción en la isla nombrada como "Decepción". Hacia el extremo norte
de la isla, a escasas decenas de metros de la casona central, a la sombra de
un monte relativamente joven y fresco conformado por nogales de pecan, naranjos y moreras, se alcanzaba a vislumbrar una amplia galería de tres arcadas derruídas que enmarcaban las antiguos talleres y cocheras, terminado en una estrecha vivienda apenas reconocible. Su casa, por otro lado en el extremo sur de Decepción, era parte de otra construcción que seguramente había servido como depósito y vivienda del personal de mantenimiento del
lugar.

Mariano no había conocido la isla hasta el momento de heredarla. De niño, sus recuerdos acerca de "La Tía Amelia", se hallaban circunscriptos
a charlas familiares y momentos de esparcimiento dominguero. Charlas
que a menudo se mezclaban con olores y sabores de almuerzos en los que él
y sus hermanos escuchaban a sus padres comentar las historias que nutrían
su imaginación.

Salió de la casa dispuesto a recorrer las instalaciones de la isla. Desde la
puerta, un sendero cruzaba el lote y se perdía a escasos metros borrado por
la vegetación y algunos árboles que crecían en forma descuidada, ocultando
parcialmente la fachada alejada de la casona. Tomó otra huella secundaria
que seguía un curso paralelo a la línea de la costa y terminaba en un pequeño
muelle en el extremo más alejado del lote. Traspuso el alambrado perimetral
y continuó caminando a la vera de la costa hasta el margen opuesto a la altura
de la casa principal, donde unos hierros asomaban por entre los fundamentos
de una antigua construcción abandonada en sus comienzos.

Seguramente un
puente. Los pilares se hundían en el lecho barroso de la orilla. Se volvió y
observó el panorama que se abría desde ese punto, ante sus ojos. El trazado de
un viejo camino con algo de mejorado que recordaba un antiguo pavimento
en piedra triturada, resaltaba ligeramente respecto del terreno circundante,
asomando por entre las raíces de algunos arbustos y árboles que ocultaban el
antiguo recorrido. A lo lejos la traza parecía alcanzar el pórtico mismo de la
casona, aflorando al pie de la escalinata. La isla, y según los mapas, contaba
poco más de diez hectáreas, recordó. Parado allí, el terreno y la casa en cuestión, ocupaban el campo visual. Por lo que viera en el mapa de la propiedad, la
casona y el área de talleres, ocupaban el centro, recostados contra la margen
opuesta de donde se encontraba en ese momento, y a un lado del canal
secundario que desembocaba al principal ancho y caudaloso. Duraznillos,
helechos, hiedras, todo crecía según un antiguo patrón olvidado, y cubría
partes del suelo, rico en materia orgánica y césped salvaje tachonado por
tréboles y frutillas silvestres bajo una cubierta de diversos árboles. Se volvió y miró su lote desde ese punto. El suelo rezumaba humedad en cada pisada, como amenazando hundir la isla con la primera inundación que pasara por encima de las defensas antiguas de la costa. Mariano sabía que su casa no duraría eternamente y pensaba que el extremo sur de la isla, por ser el más lejano era el que contaba con las defensas más pobres. La casa misma no era una gran construcción. De planta cuadrada, sus paredes eran estructuras mixtas de ladrillos mal cocidos y argamasa enriquecida con adobe. Las ventanas algo más altas que las modernas, guiñaban un ojo verde descascarado con celosías carcomidas de madera que en otros tiempos estuvo en buen estado. Las rejas negras sólidas y macizas guardaron largos períodos de soledad y
silencio.
No tenía prisa, el sol brillaba en un día agradablemente templado. Volvió

por donde había venido, explorando algunas veredas secundarias que se
perdían entre los árboles de la zona próxima a su propiedad, y que cruzaban el alambrado que se adentraba unos metros en el agua. El sendero se
internaba en la isla, y cruzaba un terreno parcialmente pantanoso en el que
los juncos crecían en total libertad, y donde las garzas se paseaban a regañadientes, husmeando el bocado del día, con el plumaje níveo y brillante
expuesto en forma obscena. En la parte céntrica, un monte de aromos en
flor, árboles botella de flores rosadas, y algarrobos, servía de cortina a la
casa señorial circundada por viejas hortensias y descuidadas azaleas. A la
distancia parecían afectadas por alguna enfermedad que había atacado al
jardín, dejando tan sólo los tallos negros y resecos como alambres desnudos.
Bordeando el pantano, y hacia el río, una corta sabana herbácea era colonizada por grupos de ceibos alternados por acacias y sauces, al pie de
los cuales, los lirios formaban matorrales apretados circundados por tréboles de diferentes variedades.
Mariano torció hacia un lado, evitó el cerco oxidado perimetral, y se adentró
en otro sendero cortado por un grupo de acacias que interrumpían el trayecto.
Avanzó con dificultad entre la vegetación y alcanzó a ver algo que no era
del paisaje natural del área. Picado por la curiosidad avanzó sorteando los
troncos juveniles de los árboles, y evitando que las ramas de los arbustos que
intentaban elevarse a través de la cortina lo sofocaran. Álamos y otras especies como algarrobos y fresnos completaban la cortina que por momentos
se tornaba infranqueable, hasta que finalmente el muro verde se abrió, y
dejó al descubierto una fuente de planta oval, con una columna central que soportaba un cuenco a un metro ochenta de altura, custodiada en cuatro puntos por una talla realizada en piedra. Semidestruida por las raíces y la intemperie, en el interior se

vislumbraba un trabajo en mayólica española
con motivos naturales en azules y dorados.
Se volvió. A lo lejos, una ventana de la casa principal de la Isla Decepción era visible por entre la cubierta vegetal añosa que parecía querer ocultarla. Desde ese punto alcanzaba a ver una terraza cercada por una reja de
seguridad que se recortaba desvencijada contra el azul del cielo, y las raíces
que se retrepaban en los ángulos, agrietaban los muros y se aferraban allí
donde la mampostería cedía al paso del tiempo. Los detalles se perdían y
carecían de importancia, la misma fachada de abandono y deterioro abonaba la apariencia oscura y malévola que parecía cernirse como una tenue
gasa opaca en el terreno lindante.
La casa parecía condenada a muerte por la humedad, el olvido, y el olor
a encierro, que de vez en cuando, cruzaba la estrecha ciénaga y ganaba terreno desde el Norte.
¿Era eso? –pensó- ¿o se trataría acaso de la tumefacta presencia y
podredumbre del pantano que anegaba lo que en el pasado debió haber sido
el parque de la finca?
En su recorrido, no registró malos olores en las proximidades del terreno
anegado, cuando, sin darse cuenta, hundiera los pies en esa suerte de lodo
primigenio. En cambio, los dedos invisibles del tufo de lo oculto y olvidado,
cruzaba el terreno con cierta regularidad, no como una presencia impuesta,
sino como una alusión silenciosa a la presencia ignominiosa de la vieja construcción. Cuando el viento se aquietaba, cobraba vida reptando entre la
vegetación hasta alcanzar los muros de la casa y encaramarse por las
ventanas ganando espacios abiertos hasta cubrir como un todo, la isla. En
esos momentos, se asomaba a las aberturas desde donde, a duras penas se
alcanzaba a ver la magnífica estructura estilo italiano de fines del siglo XVIII, con escalinata de mármol, pasamanos de hierro forjado, pórtico recto y marcada personalidad que se abría en un portal pesado de madera labrada, aunque destruida por la carcoma.

“El diablo ...”
La frase cabalgó una y otra vez en su memoria. De una manera u otra, tenía la sospecha de que el lugar, el clima, y la casa en conjunto, habían disparado ese “leitmotiv”, que giraba insistente en su cerebro. Decidió que por el momento no daría más importancia al asunto, y continuó paseando por el terreno, mientras mascaba una brizna de pasto arrancada al azar. Salió del claro y retomó el camino donde lo dejara un rato atrás, para volver sobre sus pasos. Al volver recalentó el agua, se asomó a la puerta y sacudió la yerba húmeda de la mañana que dejara enfriar en el mate. Llenó el pocillo nuevamente, sacudió y sopló el polvillo. En algún lugar, algún gurú de la medicina, comentó los inconvenientes de tomar mate con yerba cargada de polvo, y desde entonces, se había puesto un tanto maniático con la cebadura. Mientras la pava siseaba, colgó la hamaca paraguaya entre dos tilos que desplegaban su copa a un costado de la entrada y por detrás de las casuarinas. El aroma dulzón de las flores al mediodía, prometían una siesta reparadora. Terminó de asegurar los extremos y escuchó silbar la pava. Volvió a la casa, apagó el fuego del anafe, y vertió un chorro de agua fría. La memoria voló a la escuela secundaria, cuando leyera las peripecias del inglés Mr. James Gray, en una estancia de la Pampa argentina, durante su expedición a una laguna bonaerense en busca de fósiles. A partir del relato de Benito Lynch, de “El inglés de los gûesos”, tenía miedo de quemarse la boca con la bombilla, así es que una de las cosas en las que ponía especial atención era en la preparación del mate. Volcó el agua en el termo y con éste bajo el brazo, el mate en una mano y un libro de viajes de un escritor americano en la otra, se recostó a leer.
El tiempo transcurrió deslizándose imperceptiblemente hacia las sombras. Aquella noche comió a la luz de una vela, arrancó un pedazo de la hogaza de pan que adquiriera en el muelle, de la lancha-almacén que pasaba diariamente, y envolvió un generoso trozo de mortadela. Se sirvió un vaso de vino blanco, y otra vez se sumió en largos períodos de cavilaciones, tratando de establecer un plano mental de la isla en base a la caminata del día.
El aire estaba templado y apacible. A esa hora le gustaba escuchar a los insectos. La atmósfera nocturna parecía más diáfana y a consecuencia, los sonidos se le ocurrían más claros. Fijó la mirada en las aguas oscuras

del río
que se cubrían con el tenue resplandor del cielo nocturno y mecido por el
vaivén de la hamaca y el río, se durmió.
Despertó a horas entradas de la noche, y tardó un rato largo en comprender que se había quedado dormido. Entumecido, se levantó de la hamaca y trastabilló adormilado al interior de la casa, donde se tiró casi sin fuerzas en la cama para, vestido como estaba, quedarse nuevamente dormido.
*****
2.

Otro día. Otra mañana húmeda, calurosa, con cierto aire cargado del aroma denso y aceitoso de las aguas saturadas de las embarcaciones y la actividad humana.

Hasta la ropa humedecida parecía cargada de ese penetrante olor rancio de aceite y óxido. La brisa pesada, corría a ras de las aguas del canal, y desgarraba el tul de hilachas de bruma que se extendía tenue flotando sobre la superficie del río. La humedad se pegaba al follaje y eventualmente oía gotear, y tirado aún en la cama y sin fuerza alguna para comenzar a moverse, pensó, ... “como si los árboles...”

El sonido del viento se le ocurría un tanto “raro”, como si rebotara en superficies inexistentes, o en la mismísima niebla, como si esa misma capa que impedía la visión, fuera tan densa que, aún los sonidos más lejanos, corrieran sobre la superficie gris del entretejido acuático del Delta.

Había llovido durante la noche. No mucho. Apenas un chaparrón que alcanzó a complicar las cosas, pero ahora, el sol comenzaba a emerger y calentarlo todo, si aquello era posible. Hasta el lodo burbujeaba saturando con fetidez, el aire de la mañana.

Se levantó con esfuerzo. La ropa de cama estaba empapada de su transpiración. Aunque una tenue vaharada a humedad y hongos parecía emanar de los cimientos mismos de la isla, parte de ella venía del viejo colchón, como si quedaran entrampados todos los días de lluvia y humedad de la zona desde que alguien lo arrojó sobre el elástico de flejes de metal ya oxidado.

Prendió la luz del ambiente, una mancha de agua barrosa ganaba la estancia por debajo de la puerta roída por los años y la lluvia. Se sentó en la cama con los pies en el aire, tratando de no mojar las medias, y buscó un trapo con la vista para formar una presa bajo la puerta que impidiera que el agua siguiera entrando. El calzado de lona que estaba a los pies de la cama, como así también todo el piso, estaban mojados. El hedor rancio de los materiales húmedos: hierro, madera, argamasa, invadía la estancia de por sí estrecha en vaharadas pesadas que se adherían a la ropa y la comida.

Cuando decidió tomarse las vacaciones en la casa del tigre, no pensaba en esos inconvenientes. En realidad, no había tomado en cuenta ninguno, sólo pensaba en la hamaca paraguaya, pescar, escribir y vivir en la soledad elegida.

Puso la pava en el anafe, la llama era algo tenue y pronto tendría que cambiar la garrafa. Fue al baño, que, escondido por una pared, se abría a un costado de la cama, separado de la estancia por una cortina de juncos. Desde esa mañana las cosas parecían cobrar de repente un carácter difícil. El piso del pequeño cuarto también estaba bajo un centímetro de agua, pero Mariano estaba urgido y pisoteó el agua terrosa luego de cerciorarse que no hubiera alimañas en el recinto. Al salir del baño, comenzó a luchar con el agua, escurriéndola de a poco y asediándola con el secador contra la rejilla de la cocina.

La pava comenzó a silbar, el fuego se extinguió justo cuando se dirigía a apagarlo y cerró la llave de paso del gas. Cargó el termo y luego de cebar el mate se sentó frente a la notebook, a fin de comenzar el día y la novela también. Se cebó algunos mates, y permaneció atontado frente a la pantalla.

No estaba de humor, debía ser por eso que la musa de la inspiración tampoco se presentaría aquel día. Comenzó escribiendo una reseña de lo que observara el día anterior durante el recorrido a manera de ejercicio. Había conocido la mitad de la isla siguiendo un intrincado patrón geométrico de senderos, y que extrañamente dejaba el extremo noroeste, ocupado por varias hectáreas boscosas, fuera del circuito. La vegetación era lo suficientemente profusa, intrincada y salvaje como para suponer que aquella parte, lejos de conformar el parque de la finca, se había mantenido anárquica y original, remontándose quién sabe a qué época de la historia del delta. Cada cruce de senderos terminaba en una fuente ovalada de forma y estructura diferentes y, en conjunto, todo parecía seguir un modelo de jardín que no era visible en ese momento con la vegetación creciendo al descuido, y que debió costar mantener en todo momento.

Volvió la concentración sobre el proyecto que tenía en mente y que venía trabajando en los escasos ratos en que se tomaba en serio el motivo de su viaje. Centraría la historia en el área donde se encontraba, ubicando los hechos en la antigüedad, cuando El Delta no era el delta del río, hoy conocido como Tigre, sino el “Pago de las conchas”. En aquel remoto pasado, las riberas limosas eran asiento de comunidades indígenas canoeras, que vivían de la caza y de la pesca. Estas comunidades indígenas, venían siendo empujadas desde la amazonia por la llegada del hombre blanco, cuando se apropiara del lugar para asentarse y explotar las riquezas naturales.

¿Dónde encajaba en esa idea de la historia, la frase que permanecía grabada en la primer hoja de su ópera prima? ¿Era necesario, acaso,

introducir a la fuerza la mención del color de los ojos del diablo? Por un momento se le ocurrió pensar en que la idea, lejos de ocurrírsele a él, era el resultado de un estado de agobio y depresión, producto de las expectativas puestas en el inicio de sus vacaciones. Jugueteó con la idea de extender la frase original un renglón más, y comenzó a amasar un argumento.

Ojos amarillos...

El Tigre, río, inundación, asedio, cacería, miedo...

No duró mucho jugando de esa manera. Garrapateó y borró varias frases, al final la hoja continuó en blanco. Cebó unos mates, deslizó el cursor oprimiendo suavemente el teclado conforme las frases surgían en su mente, como si de alguna forma, la pantalla fuera una extensión de la misma. Hizo a un lado la computadora con cuatro o cinco oraciones cortas escritas como al pasar en la página donde la misma frase continuara aún remarcada y sobresaliendo. El texto parecía forzado y no se ajustaba a esa primera idea. Escribió y borró lo escrito que continuaba a la frase, manteniendo inalterada la misma, como si resumiera en esas ocho palabras el espíritu de la novela que aún no aparecía. No obstante, aún las ideas distaban mucho de formar el esqueleto de aquello que lo sostendría como escritor. Nacían de la nada, crecían y se morían antes de conformar algo coherente, como los tallos endebles de una historia aún por ser. Palabras confusas...

Se levantó ofuscado, si fueran hojas escritas a máquina, de seguro las habría arrancado y arrojado lejos en un bollo. Caminó por la estancia, se sentó y trató de centrar su mente en torno a la frase magistral que no se atrevía a borrar por temor a su incompetencia. Oraciones concretas que no querían aparecer. Jugó con las palabras buscando unirlas sin nexo concreto, sueltas y sin sentido. Volvió a pararse, comenzaba a ponerse nervioso y airado.

No había historia ni hilo conductor en lo que se esforzaba en escribir. Nada surgía con claridad.

Río, selva, inundación, un huésped inoportuno.

Tomó entonces la decisión de dejar que los pensamientos maduraran sin forzarlos. En la dirección que tenía prevista, pero las ideas surgirían por sí solas, mientras él tomaba la caña, la caja de pesca, un trozo de carne fresca, la silla de lona y salía a la mañana húmeda y cálida del río.

Río… huésped inoportuno… ¿una bestia?

Fue poner un pie en el parque y volver a entrar. Los mosquitos lo invadían todo metiéndose en cuanto recoveco y agujero encontraban a fin de ponerse a salvo de las palmadas y manotazos que pegaba al aire como un loco que hubiera perdido la coordinación motora.

Armó una fogata a un costado de la puerta, con hojarasca húmeda y follaje verde. Se untó con citronella y esparció repelente en aerosol

sobre la ropa. Una de las cosas en las que no había escatimado en comprar. Volvió a salir, esta vez sólo algunos insectos se posaban y pudo acercarse a la orilla del río donde preparó los anzuelos, extendió la silla, y con un gesto estudiado pero firme, lanzó la línea al centro del canal.

Se mantuvo entretenido un par de horas. Al cabo de un tiempo, recogió la línea y notó que la carnada estaba intacta. Repitió la operación un par de veces con idénticos resultados. Tardó en entender que jamás la tocarían luego de manipularla con las manos embadurnadas de citronella. Fastidiado, dejó el equipo a un costado y se arrodilló para lavarse las manos. Seguidamente las untó en grasa, y cebó nuevamente el anzuelo. Con un movimiento suave destrabó y arrojó el sedal una vez más. Al tocar el agua, accionó el freno y trabó con la manilla del reel. La línea se clavó allí donde había caído. La boya permaneció cabeceando en la superficie del agua e inició un corto recorrido arrastrada por la corriente. Con la caña entre las piernas se sentó y prendió un cigarrillo, el primero de la mañana.

Transcurrió otro par de horas, y mientras tanto la memoria iniciaba un recorrido azaroso por diferentes experiencias vividas intentando armar algo coherente. Sin darse cuenta, aflojó la presión de las manos en el implemento de pesca y la caña se deslizó entre las piernas. El extremo se clavó temporalmente en las aguas del canal, cuando un tirón la liberó de la trampa y Mariano despertó sobresaltado. Se percató de la pérdida que estaba a punto de sufrir y observó cómo se alejaba de la orilla tironeada por el otro extremo por la presa engañada. Cayó en la cuenta que se había adormecido arrullado por la cháchara del follaje de los árboles que lo circundaban. Otro tirón más fuerte y un chapoteo lo volvieron a la realidad. Algo se debatía en el extremo. Con un movimiento sorpresivo, alcanzó a enganchar la caña con la punta de la zapatilla y la mantuvo aprisionada contra el barro, intentando recuperarla. Sacudió la cabeza aún adormilado por el calor del mediodía. La necesidad de actuar rápidamente lo sacó del limbo en el que estaba inmerso. Se levantó, metió las manos en el canal y recuperó la caña. Con un movimiento diestro, tironeó de la misma en sentido contrario enganchando al animal que se retorcía en el extremo del anzuelo. Sacó el freno y comenzó a recoger. La lucha duró pocos minutos, al cabo de los cuales, una boga de algo menos de un kilo de peso comenzó a sacudirse al extremo de la línea arrastrada por la corriente. Sacó una navaja de la caja de pescar, y luego de extraer el anzuelo de la boca del animal, terminó con su sufrimiento con rápidos movimientos, luego cortó la cola para desangrarlo, y lo colgó del árbol más cercano.

Mariano estaba contento, había soñado con pescar y comer lo que sacara del río a fin de sobrevivir como pudiera, pero ni en sus planes

más optimistas figuraban el lograrlo de entrada. Dejó la caña a un costado teniendo cuidado de enganchar el anzuelo en un trozo de corteza, para comenzar a preparar la fogata utilizando los carbones del fuego anterior, y lo que necesitaría para asar el pescado. Juntó maderas secas, yesca, y piedras para contener el fuego y hacer una base para la parrilla, pero eso le insumió no pocos esfuerzos, ya que todo parecía húmedo. La madera seca escaseaba, y el terreno carecía de piedras. Toda la operatoria y el almuerzo le demandaron dos horas más, al cabo de las cuales, se recostó con la esperanza de dormir la siesta.

La carne resultó grasosa, con fuerte gusto a barro, desabrida. El fuerte olor que emanaba de la carne grisácea, le produjo un violento rechazo, pero con hambre y sin ganas de cocinar otra cosa, se forzó a masticar tres o cuatro pedazos que tragó con dificultad, arrastrados por una generosa cantidad de vino para sacarse el mal sabor que le dejaba en la boca. Desencantado con el sabor del almuerzo y desacostumbrado a la grasa del pescado de río, comenzó a sentir como el estómago le pasaba factura por la aventura gástrica con un creciente malestar que se gestaba en su interior.

La hamaca paraguaya y el lugar dejaron de tener su atractivo, y lejos de acunarlo parecieron haberse transformado de pronto, en un elemento de tortura. En medio del malestar que prometía terminar en algo peor, sintió la llegada de lo que podía conocerse como inspiración y mentalmente comenzó a tejer la urdimbre de un relato.

“ Caminaba como al acecho, la zona estaba marcada pero el dueño no se hizo presente. No había nada a la vista y los sonidos saturaban la jungla.

Un par de chapoteos alteraban la superficie, allí donde el sol tocaba las aguas del río. Desvió su mirada a las hoyas que se formaban en las proximidades y detuvo la marcha a un lado.

Apenas había donde apoyar las patas en ese lugar infestado de rocas cortantes y negras. El follaje y los troncos semi sumergidos daban la apariencia de ser un laberinto de materia orgánica que se empeñaba en enredarse en las extremidades de los incautos, pero se movía con gracia por entre las raíces que surgían como dedos huesudos emergiendo de la podredumbre.

Una garza echó a volar estirando el cuello serpentino. La miró con hambre, sus movimientos se hacían torpes por la falta de alimento. Se acercó al límite del agua y bebió hasta hartarse, bajo la superficie formas de vida se alejaban de él como asustadas.

De repente, se quedó quieto como una estatua, al acecho, vigilante y con los músculos tensos. El aire pareció caer sobre el entorno como una sabana asfixiante, no muy lejos algo goteaba, pero ahora todo su mundo era el río y sus habitantes.

Una pata se disparó como un resorte, y un paty mediano saltó ensartado en el lomo por una garra curva.
Las quijadas se cerraron y el cuerpo se retorció en el aire, jugoso y resbaladizo, pero suculento...”
Un par de veces, sin embargo, debió suspender sus cavilaciones e involuntariamente apremiado, correr al baño donde recuperar la compostura. Luego de las corridas, el primero de los rayos de un sol que iniciaba el lento camino del ocaso, le daba en los ojos. Comenzaba a caer la tarde, el calor agobiante aplastaba las islas con el vaho de la humedad y el tufo del agua estancada. Contra el cielo brillante, nubes de insectos bailaban una danza caótica, y una niebla leve flotaba lentamente en las aguas quietas y somnolientas. La noche amenazaba con ser insoportable, como la anterior, y presagiaba las condiciones de las siguientes por venir. El atardecer perdía su calma y dejaba de ser apacible.
Aún le duraba el malestar. Sentía al estómago revolcándose en el vientre mientras un volcán ardía por dentro y ascendía en una corriente ácida y lacerante que pugnaba por salir. Definitivamente, comer lo que pescaba, no parecía ser una idea muy llamativa en ese condenado momento, se levantó de un salto y corrió al baño por tercera vez en esa tarde. Pasó como una tromba por el vano de la puerta, dirigiendo una rápida mirada a la mesa en la que descansaban los restos de la boga del mediodía. En ese momento decidió dar por terminada la experiencia, y juró revolear lo que quedara del almuerzo a las aguas del canal, una vez que se sintiera mejor. De regreso a la mesa, el olor del pescado volvió a sumirlo en oleadas de arcadas, y final- mente decidió deshacerse del cadáver por encima de la hamaca antes aún de lo que se había propuesto.
Entrada la noche el estómago se había calmado un tanto y había logrado recostarse para dormir un rato. Con muy mal sabor en la boca, no pudo descansar mucho o al menos eso le había parecido.
La espesura.
Machete en mano, blandía la hoja abatiendo la vegetación que volvía a erguirse detrás de él. Con la camisa anudada a la cintura, transpiraba por el calor denso y pesado del mediodía en la jungla.
Los insectos atacaban furibundos, atraídos por el olor de la piel. Se movía como un zombi, a trompicones, borracho por la elevada temperatura y el aire viciado de la selva cerrada, tropezando entre las raíces, mientras se hundía entre el colchón de madera podrida y hojas por entre las que brotaban hongos y plantas extrañas. Buscaba un lugar alto y seco donde detenerse y recobrar el aliento tras el esfuerzo continuo de las últimas horas de caminata en círculos.
Se sentía oprimido y agobiado por la vegetación asfixiante que parecía cernirse sobre la cabeza a modo de una espesa red verde que lo cubría

de la realidad, como un denso entramado de tallos y hojas que amenazaban cerrarle el paso en cualquier momento. Una y otra vez golpeaba con poca fuerza, sacudiendo el machete, y cercenando el muro verde que lo demoraba. No obstante la espesura reinante reconocía en el suelo fangoso sus propias huellas, que en forma reiterada se internaban en la maleza cada vez más intrincada.
Era consciente de la trampa en la que estaba metido, y la desesperación lo llevaba cada vez más a golpear con poca eficacia, deteniendo y trabando su camino. Una y otra vez tropezaba con las mismas raíces, golpeaba las mismas plantas, cortando en los mismos ángulos como si su vida volviera a comenzar, y como si cada vez obviara algo que debiera aprender del entorno, y que no reparaba.
"¿Qué me estoy pasando por alto?"
Nuevamente se paró confundido y se apoyó en un algarrobo muerto por el asedio asfixiante de enredaderas y llanas que apretando la corteza del vie- jo árbol se fundían en una masa indistinguible hasta formar parte del tronco. La unión indisoluble era una combinación mortal y poco restaba de la forma original. Allí comprendió que esa cinta de Moebius, ese camino sin fin ni principio, era sólo superable si vencía su miedo a lo desconocido. Como si su propia vida corriera por carriles bien delimitados por la comodidad y la angustia de lo distinto.
Sus miedos cobraron fuerza y allí, sumergido en la espesura, comenzó a reconocerlos. Allí estaban el temor a la oscuridad nacido cuando niño, en la casa paterna, sólo, aguardando el regreso de sus padres de la jornada de trabajo. Temor reforzado por los chirridos y lamentos de la vieja casa que habitaban, y resonaban como arietes contra las puertas de su niñez. Allí estaba también, el temor a las experiencias nuevas y el fracaso. El miedo a la censura. El temor al rechazo.
Uno a uno fueron aflorando y los fue reconociendo, y al final, sólo que- dó uno: artero, insondable, sin nombre ni rostro. Identificable apenas por un par de ascuas brillantes a través de la maleza, como la imagen del tigre Shere-Kan en la película "El libro de la Selva", que su madre los llevara a ver junto a sus hermanos el día del estreno, en el cine de provincia.
Ahora ese miedo, estaba frente a él agazapado en las sombras, con la boca húmeda, abierta, enseñando los dientes y a punto de engullirlo. Parado allí, el pánico se apoderó de él y pareció clavarlo donde estaba. Algo aferraba sus pies, y le impedía soltarse, y cuando por fin atinó a levantar la vista, sólo fue capaz de percibir el flash de los ojos amarillos que se abalanzaron como un tren expreso llenando el campo de su inconsciente...
Se despertó sobresaltado. A la distancia ladraban perros, un disparo resonaba en alguna parte, un motor tosía, una lancha tocaba bocina, y el viento removía el follaje. Se levantó, abrió una botella de agua

mineral y tomó un generoso sorbo. Se percató que comenzaba a sentir hambre y miró el reloj que marcaba las 4:50. Maldijo para sí y pensó que hasta un par de años atrás, solía dormir como un tronco, pero ahora desde hacía unos meses, estuviera cansado o no, se despertaba de madrugada y quedaba en la oscuridad sin poder cerrar los ojos nuevamente.

Otra vez el hambre y el sabor desagradable. A la luz de una vela abrió el libro para entretenerse un tiempo mientras calentaba agua para tomar un té y abría un paquete de galletas que comprara el día anterior. Prendió un cigarrillo, no terminaba de despertarse. Se sentó frente a la PC, aspiró una bocanada de puro aburrimiento y la expulsó con la certeza de que ya no se dormiría. Eran 5:30 de la madrugada. Se sentó y siguió escribiendo.

"…descansaba en la horquilla de un lapacho.

Relajado, completamente distendido mientras la lluvia torrencial lavaba la jungla y la volcaba en torrentes en el río, que se hinchaba de a momentos y retumbaba como el trepidar de jabalíes en estampida.

La selva, a menudo de colores brillantes y vivaces, era ahora lóbrega y atemorizante, oscura y fría, y lo empujaba todo hacia el río con una fuerza que él desconocía con sus escasos dos meses de vida. Por encima de su cuerpo, las ramas de los laureles y los pinos del Paraná, cortaban el aire tumefacto y espeso y en una intrincada red de caminos extendidos en la nada que se perdían en la espesura y todo lo ocultaba.

Aún llovía. En la techumbre espesa que formaban los árboles, aunque el cielo mostraba su cara más deslumbrante, las ráfagas de viento movían el follaje y el techo verde se desperezaba de su carga. El agua aún rezumaba al río, los troncos aún brillaban y la vida retornaba una vez más en la cubierta de hojarasca de la selva. Se estiró y bostezó mientras ajustaba la visión al entorno, la luz diurna lo invitaba a seguir acomodado plácidamente, pero el hambre comenzaba a impacientarlo.

Se relamió, sacudió la cabeza y percibió a corta distancia la presa que parecía desconocer su presencia. El hambre seguía presente, y esta vez agachó el lomo y aguzó los sentidos. La mirada se clavó en el platirrino, avanzó paso a paso, y cuando saltó buscando atraparlo, el brusco movimiento y la falta de experiencia, espantó al pequeño animal que se puso fuera de su alcance. El salto al árbol desgajado, atrapado entre las rocas de la orilla, liberó la trampa que lo tenía sujeto y se desprendió del fondo del río con él encima.

El árbol giró sobre su eje. Tuvo que poner toda su destreza para no caer a las aguas turbulentas del río, y cuando se sintió seguro, se quedó allí quieto y agazapado en una horqueta. Mojado, hambriento y con el pelaje erizado, ajustaba la posición a menudo adaptándose a los giros que provocaba el movimiento del agua. Ahora el tronco desgajado estaba en el medio del río.

Una sensación de inseguridad y temor ganaba su cuerpo y entraba en un

paroxismo de temblores y lamentos agudos que a duras penas se elevaban por sobre el rugido de las aguas turbias…”

Algo clareaba si se asomaba por la ventana pero el cristal, opaco por la suciedad pegada, huella silenciosa de abandono, no permitía discernir detalles. Con un movimiento impensado, pasó el dedo por la superficie del vidrio y trazó una línea de dudosa limpieza que aclaró la imagen del exterior. Tomó un viejo trapo, papel de diario y un poco de detergente en agua caliente y comenzó a restregar la ventana, casi meticulosamente. Terminó el trabajo aburrido por los escasos resultados obtenidos y, una vez más, perdió el interés con la misma rapidez con la que había surgido.

Sentado ahora en la semipenumbra con el mate, tomó la libreta y comenzó a escribir, ignorando la notebook.

—las ideas fluyen mejor con papel y lápiz -se dijo en voz alta y quedó con los ojos clavados en la libreta, la mirada fija en el último trazo de tinta, con la birome apoyada en un punto, a la espera de alguna idea. “Escribir es un ejercicio” -pensó, y no se le ocurrió ninguna, durante el lapso que permaneció sentado.

Asqueado por el tedio, dejó a un lado anotador y lapicera. Se paró durante un rato y se estiró. Releyó lo escrito, poco a poco se dejaba llevar por el relato que comenzaba a bosquejarse en una serie de tramos cortos con una idea directriz.

Otra vez comenzó a caminar por la estancia. La impaciencia parecía anegar su imaginación, y cualquier principio se esfumaba en el aire denso de su incapacidad y su falta de costumbre.

Ideas. La sola palabra se erguía como un muro ante su mediocridad. No era escritor, pero sí obstinado. Se sentó. Aspiró una bocanada del cigarrillo y expiró el humo, ¿qué forma tenía?

Hacía por lo menos treinta años que no podía hallar formas en las nubes o en las borras de café, menos lo encontraría ahora en esa etérea nube que se dispersaba aún antes de fijar la vista. Cuando era niño se quedaba tendido en el pasto recién cortado en el parque de su casa de Uribelarrea... Un tiburón… aquella un dragón tuerto, aquella otra, un perro mordiendo la pata trasera de un iguanodonte… iguanodonte… ¿de dónde salió esa palabra rara?

I-g-u-a-n-o-d-o-n-t-e… diente de iguana… eso lo leyó en un libro, “El libro de los dinosaurios”, la foto de un niño lloroso sentado en una huella de dinosaurio, en medio del agua lo había impactado. ¿Realmente existieron bestias tan grandes?

Aspiro otra bocanada de humo y la expulsó, esa nube parecía una tropilla de cebras huyendo alocadas de algún peligro… ¿Cuál era la palabra? “Estampida”, eso es...” –se dijo.

Las ideas, los recuerdos, las imágenes comenzaban a fluir como las manchas en la pared frente a la mesa. Dejó fluir las aguas de la

imaginación, y las man- chas comenzaron a cobrar vida. “Esa es un una palmera, aquella el Taj-Mahal, aquella más abajo, en la esquina, una grulla en vuelo con un mono encima.” Arriba... Arriba, una pequeña grieta, casi imperceptible por la falta general de pintura comenzaba a ramificarse como el tronco de un árbol. En la incipiente claridad del día, intentar ver detalles podía resultar frustrante. Todo era igual, todo gris, excepto... Casi lindando con la viga de madera, arriba, y a medias salido, un ladrillo casi suelto marcaba una diferencia en el muro sin revoque.

Se apoyó en los nudillos y se incorporó, siempre con la vista fija en el ladrillo suelto para que no se esfume en los vahos de la vigilia forzosa, se estiró intentando ver si esa debilidad en la pared ponía en riesgo la estabilidad del techo y su propia seguridad.

Se subió a una de las banquetas y estudió el terreno de cerca, se aferró a la columna con ambas manos, a fin de asegurar su posición, sólo sostenida por el asiento de mimbre de la banqueta de tan dudoso aspecto. Golpeó con los nudillos. Sonaba hueco. Un hilo de material se desintegró y el ladrillo se soltó dejando al descubierto algo que en un primer momento no acertó a entender que era. Sin tocarlo, intentó determinar la naturaleza del objeto empotrado, pero el agujero era un nido de arañas, y la tela cubría los resquicios.

Con ayuda de un tenedor, y luego de rociar el agujero con veneno, logró aflojar parte del objeto. Una tapa de hueso con una capa de verdín que lo invadía como una pátina, sello del tiempo que llevaba a oscuras en el agujero húmedo guardando vaya a saber que secreto, se desprendió y pudo ver un rollo de hojas apretado, encajado en el resto de lo que parecía ser un mate.

Sin saber porqué, a Mariano lo embargó la emoción del descubrimiento.

Era lo más cercano a un tesoro que había estado en su vida. Tesoro de alguno de los primeros moradores de la casa.

Trabajó con cuidado en la extracción, como si se tratara de una joya arqueológica, haciendo equilibrio en la endeble estructura de la banqueta. Seguidamente limpió el recipiente para poder manipularlo y descubrió, tallada a mano con caracteres toscos, la palabra, “Facundo”.

El mate escondía una serie de rollos de papel de cuaderno, apretados y mal doblados, dentro de una marquilla de cigarrillos “43”, donde los tonos azul pastel de la cajita, y los rostros de la modelo que caracterizaban a la marca, habían desaparecido fundiéndose en una mancha informe.

Desenrolló con cuidado los fragmentos y los extendió a la luz mortecina de la habitación, observando la caligrafía de una escritura insegura y tímida que se extendía en apretadas letras. Los trazos

apenas eran legibles. El lápiz graso se había corrido por efecto de la humedad y los hongos y el papel estaba apolillado, sin embargo, algo alcanzaba a leerse en la superficie envejecida:
"Está acá. En algún lugar se esconde.
Las noches son de miedo, cuando todos duermen puedo oírlo, se mueve despacito… Los otros no pueden oírlo, están dormidos. Papá dice que Martín no quiere irse.
—Este es mi lugar –le dice a Julio a cada rato.
No me hacen falta desiertos como el Sahara o el Kalahari, no me hacen falta montes como los del Himalaya, No puedo acceder al Amazonas o al Orinoco, tengo mi mundo.
Sé de todo eso porque la señorita Magdalena nos enseña a mí y a los niños, Geografía y Aritmética.
Sé de esos y otros lugares, y que viajar lleva mucho tiempo, seguramente el mundo debe ser muy grande.
Hace una semana que llueve, y Rosalía dice que las aguas bajan negras de la selva, y cuando bajan negras, algo pasa.
Hablo mucho con Rosalía, es muy amable y nos ayuda mucho. Me enseñó a leer, a contar, charlamos de muchas cosas cuando la señora Amanda se encierra en su cuarto muchas horas. Hablo mucho con ella y con José.
Debe ser así, porque papá baja al río todas las tardes con el Señor Martín, a ver cuánto creció.
La señora Amanda, mira desde el pórtico, esperando que el señor Martín grite, "Nos vamos!""

Mariano sonrió, había descubierto un mundo a la medida de un niño. ¿Qué edad tendría? –se preguntó- —siete, tal vez ocho años- pensó. A juzgar por la caligrafía y las primeras oraciones impactantes, se lo leía

preocupado. Relatando vivencias que lo angustiaban, parecía desahogarse a través de la escritura. A menudo la necesidad de escribir un diario surgía algo más tarde, caviló. Hasta era posible que se tratara de un niño un poco más grande de lo que había calculado. Valía la pena leer el manuscrito y enterarse de los pormenores de aquellos años. En virtud del relato, se entusiasmó, hasta era posible hallar una historia que valiera la pena escribir. Miró el reloj: Las 6:15 hs. Permaneció en la mesa por espacio de un tiempo en que perdió la noción de lo que ocurría en su entorno. Trabajó en su hallazgo, sin otra compañía que un mate amargo y las insulsas galletitas, "pero es algo que vale la pena seguir –concluyó- dado que no tengo nada mejor que hacer", al tiempo que el sueño se le declaraba en un bostezo.

Avanzada la mañana, se levantó, arregló la cama, y luego (como si el despliegue de actividad lo hubiera cansado), se sentó pesadamente a la mesa tras disponer una tabla con cuchillo, un tenedor, pan tostado, queso crema y lonjas de carne, calentadas como al descuido

en la plancha. Suspendido en un ensueño que porfiaba envolverlo, permaneció con la vista fija en la cama intentando decidir si se acostaba nuevamente.

Comió ensimismado en la perspectiva que comenzaba a abrirse. La Isla cobraba ahora características de un lugar diferente. Los antiguos moradores se perfilaban entre las brumas del anonimato y los eventos ocurridos. Sospechaba Mariano, comenzaban a mostrarse angustiantes, porque, ¿quién iba a esconder manuscritos sino quería arrojar luz sobre eventos oscuros y secretos de algo, o alguien?

No estaba desesperado por seguir con la lectura, pero estaba inquieto. Durante la tarde y gran parte de la noche que siguió, intentó limpiar meticulosamente los papeles desordenados. Sentado a la mesa, transcribió lo que podía en el cuaderno de notas, tal cual lo iba encontrando. Para su suerte, pasando un papel tissue apenas humedecido, la pátina de hongos en las hojas halladas dejaba bastante liberada la traza del lápiz y daba lugar a la lectura.

Otra vez se concentró en la tarea y el tiempo fluyó sin percibirlo, aun así no completó el trabajo. La sensación de hambre lo decidió a terminar por el momento la actividad y fue a abrir la heladera, en donde había apenas algunas cosas. De una botella de jerez, se sirvió un vaso generoso, y preparó un emparedado con la esperanza de continuar la lectura.

La tarde se convirtió en la noche, la luz decayó como un velo. Corte de luz y la esperanza que se deshizo. El motor de la heladera inició una cadencia de sonidos raros, y se detuvo. La oscuridad reinaba.

Maldijo en voz alta. Manoteó sobre la heladera en busca de velas, y recordó que sólo quedaban cabos. Con un gesto de fastidio abrió la puerta y salió al exterior.

Era evidente que los insectos lo esperaban a él para la cena, con el hallazgo del manuscrito había olvidado los mosquitos, entró apresuradamente y se roció con repelente. Se lavó las manos, las olió a fin de certificar la efecti- vidad del lavado, y prendió un nuevo cigarrillo..., "…un día de estos he de plantearme muy seriamente dejar de fumar", Serrat era un ídolo, la letra de sus canciones se ajustaba a su vida como un guante.

Durante la próxima hora, se entretuvo en ahumar la casa con pasto verde, esperando ahuyentar los mosquitos por el resto de la velada.
Caminó hasta la margen del río y en el camino algo se escabulló entre la maleza. En el recodo, una lancha estaba anclada, y oía voces de hombres que reían a carcajadas en la oscuridad. Escuchó un chapoteo fuerte y se sobresaltó, tardó en entender que alguien tiraba botellas vacías por la borda.
—Imbéciles –dijo con furia.

Una botella rebotó repetidamente contra la superficie, para luego hundirse a solas mientras el reflejo de las estrellas iniciaba una danza caótica producto de la turbulencia.
Aspiró una bocanada de humo, las hojas de las ramas de tilo que lo protegían, se movieron acunadas por la brisa cuando se preguntó que hubiera sentido Facundo años atrás, parado en ese mismo lugar, en una noche como aquella.
—¿Todas las noches habrán sido oscuras para él? –se preguntó.
Se volvió. La vivienda seguía sin luz. Cerró los ojos unos instantes y poco a poco todos los sonidos circundantes, se volvieron notoriamente más claros. El oleaje, la brisa en la vegetación, los insectos y las ranas. En algún lugar un motor tosía ahogado perdido entre la red de canales, un perro ladraba, palomas que ululaban con el posterior aleteo furioso, peces que saltaban en algún lugar, y algo que caía de un árbol… Permaneció atento durante un largo rato, sentado en el roído embarcadero, observando la noche y las estrellas y escuchando los sonidos del delta mientras la temperatura se tornaba sofocante.
Tenía cincuenta largos veranos a cuestas, y promediando los cuarenta, perdió a su madre una tarde tibia de octubre. Se enteró al recibir un llamado angustioso de su hermano y la peor de las sospechas se cernió sobre sí, mientras declinaba un sol radiante y pensaba que era uno de esos días en que nadie podía morir.
Evocó con nostalgia la mañana de su defunción, óbito o deceso.
Cuantas palabras disfrazando el dolor por la ausencia de quien guiara sus días. Cuanto término rimbombante y vacío para torcer la verdad lisa y llana de aquello que no queremos nombrar. Ahora impasible, recordó los momentos y las corridas, como si se empeñara en manotear el interior de un tornado de sensaciones para sacar a la luz algo de aquellos días.
Emociones y vivencias que se deslizaban sin orden ni concierto.
Rememoraba un sentimiento similar cuando treinta años atrás falleciera su padre, Jorge. Lo vio asustado, retorcerse entre espasmos violentos y paroxismos de dolor y sangre en muecas silenciosas, en el piso de la casa donde se precipitó al suelo de golpe. “Moby Dick” le llamaba su madre, y murió arponeado por la parca, como un leviatán en un charco rojo que tiñó su memoria para siempre. Solían viajar juntos los fines de semana a una casa en las afueras de Buenos Aires, casa que comprara para huir del mundanal ruido en Uribelarrea donde falleció. La casa era una de esas típicas construcciones con lejano olor vasco, implantada en medio de seis hectáreas de terreno. Puertas altas como ventanas y ventanas grandes como puertas, con techo de zinc y galería de chapa con columnas de hierro colado, postigones de color verde inglés en paredes de tono crema y blanco y con tramos de argamasa floja que dejaban ladrillos desnudos. No obstante su aspecto,

los cimientos eran buenos y se hundían profundo en el terreno, por donde ascendía la humedad en el invierno y calaba hondo con el aroma en todas las cosas.
Jorge no era muy alto, apenas lo suficiente para mantener el orgullo sano cuando caminaba hombro a hombro junto a Eva, su madre. Con una temprana calvicie, que lejos de ser objeto de burla, constituía todo un símbolo de su apariencia.
Químico de profesión, se desempeñó como ejecutivo en control de calidad en un laboratorio farmacéutico, hasta que el sistema piramidal de modelos de falsa eficiencia basado en utilidades y beneficios, se le cayó encima.
Jorge resultó ser polifacético. Lejos de desmoronarse, más por su familia que por él mismo sospechaba Mariano, se levantó de las cenizas de su Armagedón personal aguijoneado por su esposa, quien lo sostuvo en vilo a fuerza de encontronazos y conversaciones, y comenzó la lenta tarea de dignificar sus esfuerzos a través de múltiples emprendimientos: Armó un laboratorio de análisis lácteo para guiar a los tamberos en sus protestas contra los monopolios alimenticios, a partir del cual creció una microempresa de productos tales como quesos, manteca, helados y afines; creó una línea de productos de limpieza y finalmente se consolidó como un excelente pro- fesor en la materia que le tocó en suerte, guiando a la próxima generación de jóvenes estudiantes y entusiastas profesores en el camino de las ciencias.
Los recuerdos que guardaba Mariano, a menudo se le mezclaban con escenas de las películas que su madre filmaba con la vieja “super 8” y que comentaban algún domingo por la tarde sentados en el living de la casa paterna mientras a lo lejos, en el barrio, se escuchaban los gritos de los clásicos futbolísticos. Recuerdos en blanco y negro, rayados y sin voces. Caras, gestos y risas al costado de una casa en Ramos Mejía, al lado de la casa de “La Negra”, la tía que vivía viuda acompañada de una prima, morocha y larguirucha, con quien compartiera más de un juego, y muchos encuentros que nada tenían de casuales.
Luego de morir su padre, se mudaron a un viejo departamento en Belgrano, hasta que los hijos dejaron a su madre sola, excepto por las visitas que realizaban los fines de semana para compartir un café o una salida familiar. Fueron años tranquilos, apacibles, en una calma que parecía durar eternamente mientras la vida de ellos comenzaba a encausarse casi con naturalidad.
Jorge, su hermano, como no podía ser de otra manera era el mayor de los tres, se había casado y trabajaba de profesor de biología en colegios de la zona. Irma, profesora de lenguas, había migrado a Nueva Zelandia en uno de los mencionados vaivenes económicos

donde formó su familia, y Mariano, la oveja negra, se había recibido de técnico en farmacia y trabajaba en dos hospitales, a fin de costear los gastos de su soltería.
A su madre, la encontraron dormida en su lecho, una mañana, encerrada por dentro, encogida en posición fetal, como volviendo al útero que le dio la vida. Rígida, con la piel fría y blanca como el mármol, o como una mortaja de cera. Durante el transcurso del día, le había llamado la atención su silencio. Solía levantarse temprano, como recuerdo de los días pasados en el campo, y no pasaba una mañana sin que alguno de sus hermanos, o aún ella, lo llamaran.
Prendió otro cigarrillo, aspiró el humo en una bocanada, tosió, y revoleó asqueado el cilindro al río. Mientras, los invisibles reían, eructaban y gritaban en el recodo. Entró a la casa, cerró la puerta y con gesto de fastidio, tomó la caja de fósforos y la abrió para prender el pabilo de las velas que dormían sobre la heladera. En el silencio de la noche, escuchó la danza de los palillos cuando se desparramaron por el suelo dispersándose en todas direcciones. Revoleó la caja molesto y se tiró en la cama dispuesto a no malgastar energía en tareas poco dignas… al menos por el momento.
Se durmió al instante.
El amanecer lo encontró agachado, registrando los mosaicos, buscando los fósforos fugitivos de la noche anterior. Escogió uno y lo raspó contra la caja, pero la cabeza húmeda se deshizo en una pasta. Repitió la operación tres veces más, y desistió. Buscó el encendedor, prendió un cigarrillo, y recién entonces encendió la hornalla del anafe para calentar el agua.
Bostezó, buscó el pan en la bolsa, y descubrió que comenzaba a tener hongos, raspó la superficie y pinchó el pan con un tenedor para acercarlo al fuego y tostarlo. Mientras hacía esto con los restos de pan viejo, y el agua canturreaba en la pava, todo parecía más luminoso que la tarde anterior- pensó para sí.
Registró también el hueco donde hallara el manuscrito. Se trataba de un agujero irregular, cavado con diferentes implementos, dando cuenta de un estado de ansiedad evidenciado por la marca de los golpes hechos al azar. Observó la estructura del muro y parecía parte del costado de una viga, vio marcas diseminadas y comprendió que quien las hiciera, no había reparado en la solidez de la misma, y esos intentos parecían ser un sondeo de las zonas aledañas hasta poder dar con el lugar adecuado para realizar el escondite, aflojando la mampostería, y dejando algunos ladrillos al descubierto que se camuflaban con el aspecto general de las paredes. El chico había contado con todo el tiempo del mundo para hacer el hueco, escarbando con cuanto objeto punzante le cayera en mano, y urgido por su necesidad de escribir aquello que lo inquietaba.

Recordó entonces las hojas y comenzó a preparar el mate sacudiendo la yerba, apagó el fuego de la pava y retiró la galleta del fuego, al mismo tiempo que prendió la notebook. Cuando se incorporó, sin quererlo, su vista se topó con una de las hojas que aún faltaban por transcribir. Una luz de alerta lo detuvo y se quedó como helado con una idea rondando en su cerebro. Algo no estaba bien, los sucesos tenían un orden, una secuencia, y ese orden parecía haberse alterado de una manera que no alcanzaba a percibir.

*****

3.

No entendía como, pero la línea temporal se había quebrado, y eso lo tenía confundido. “En un esquema lógico, el efecto sigue a la causa”, pensó, y tardó en entender qué era lo que lo había afectado de manera tan profunda.

Echó una mirada más atenta a los manuscritos, acercando la hoja a la cara para corroborar lo leído... ¡No tenía sentido! Miró hacia los lados instintivamente. Casi prefiriendo encontrar al payaso que le jugara una mala pasada. Como primera línea de la hoja que tenía frente a él, alcanzaba a leer una frase garrapateada como a las disparadas que decía:

“… el diablo existe, y tiene los ojos amarillos”

Mariano retrocedió y se sentó en la cama. Tenía el mate en la mano, y comenzó a balancearlo distraído hasta que resbaló liberado y desparramó el contenido en el suelo tras estrellarse de manera estrepitosa.

Estaba pálido, con el semblante cruzado por una mueca, y daba al rostro, la imagen de un loco. Se pasó una mano por el rostro, no entendía nada, esas cosas eran previsibles en las malas películas de terror, no en la realidad, que ahora pegaba una torsión y tomaba la forma de un dragón mordiéndose la cola. No alcanzaba a hilar los eventos. En algún lugar debió de perder algún detalle que explicara aquello que lo desconcertaba..., comenzó a pensar cuándo había leído ese texto por primera vez...

Repasó las circunstancias de su llegada a la casa.

Aquel día abrió la puerta, pateó la enredadera que se embrolló en su zapatilla y lo hizo trastabillar, colocó la notebook en la mesa y sin esperar, la prendió para comenzar a escribir. Entró las cajas de comestibles y elementos que trajo para instalarse, desembaló el anafe de dos hornallas, conectó el quemador a la garrafa, y puso a correr el agua para que no tuviera tanto bicho en suspensión y detritos por el tiempo que llevaba la cañería sin funcionar. Puso la pava al fuego, luego de limpiarla por dentro, y sacó el paquete de yerba para estrenar el período de vacaciones con una mateada fundacional. Con el agua caliente y el mate en la mano, se sentó frente al ordenador y

recién entonces se percató, luego de cebar el mate y deleitarse con el sonido del agua espumando entre la yerba, que había escrito algo y no tenía la menor idea de donde había surgido esa frase que no decía mucho, pero que parecía cargada de un notable significado poético…
Vuelta a la realidad, se levantó de un salto, dio un par de zancadas y salió de la casa caminando hasta que el alambrado perimetral le cortó el camino. Allí se apoyó contra uno de los postes y se quedó mirando exhausto, con el vello erizado y un escalofrío que electrizaba sus músculos.
No era una situación común, no estaba seguro de haber vivido una experiencia como esa, antes. Parecía más bien haberse despertado de un mal sueño, pero no recordaba haberse acostado otra vez. Se sentó en el pasto y con una mano temblorosa, tanteó buscando el atado de cigarrillos en el bolsillo de su pijamas, para canalizar su nerviosismo, pero no estaba allí.
La casa mostraba la boca abierta socarrona ante el pánico del hombre que evaluó la posibilidad de agarrar sus cosas y mandarse a mudar, pero algo allí lo retenía… Era apenas la alborada de sus vacaciones, y no se convenció de darlas por terminadas por un mínimo incidente... cuando menos, incomprensible.
Repasó nuevamente de a uno los acontecimientos y llegó a la conclusión de que debía de haber sido una coincidencia. Sin mucha convicción, se puso de pié y caminó de regreso a la casa que veía a lo lejos, desde un ángulo, en que parecía un cráneo desnudo. Le daba la impresión que la casa le guiñaba un ojo con la persiana a medias caída, a manera de párpado en un rostro sorprendido por una parálisis repentina. –se preguntó cómo le decían los médicos y la palabra surgió en sus labios por sí sola: “ptosis”.
Entró y se acercó a la mesa desde donde volvió a estudiar el manuscrito.
No había dudas, garrapateado con lápiz graso, aún se leía:
“… el diablo existe y tiene los ojos amarillos”.
Aún en pijamas, prendió un nuevo cigarrillo después de comprobar que, pese a la humedad, mantenían la estructura y su forma indemnes.
La frase estaba escrita en la parte superior de la hoja. Asomaba burlona, como al descuido del montón de notas que salieran de la boca del mate. Analizó el recipiente, se trataba de una artesanía realizada en el capuchón corneo de algún animal astado, con una base realizada en madera, y todo forrado en algo que posiblemente hubiera sido cuero unos setenta o más años atrás, ahora reducido a unas pocas fibras chiclosas y putrefactas.
Pálido, confundido, alerta, y con los nervios preparados para responder al menor estímulo, Mariano caminó hasta el muelle y permaneció largo rato analizando su próximo paso a la luz de los

sucesos recientes, sentado en uno de los pilotes. Metió un pié en el agua, y mientras consumía el cigarrillo en un par de aspiradas, intentaba buscar una conexión con la realidad.
Había llegado a la Isla Decepción con la secreta esperanza de dejar de fumar, y se había descubierto en una de las paradas, comprando un cartón de cigarrillos, mientras se juraba una y mil veces, no abrir un solo atado en el transcurso de los quince días de vacaciones.
Ahora estaba más seguro que nunca, que moriría con una colilla entre los labios.
"… el diablo tiene los ojos amarillos"
Aún no lograba entender esa frase y la conexión que ésta parecía tener con sus experiencias en el Delta. Tampoco lograba arrancar con la historia que esperaba escribir, ni tenía la paz que esperaba encontrar…
La vida en esa casa, lejos de permitirle tomar otro rumbo, comenzaba a entretejer una historia complicada con su propia vida, como un guante que se va armando en torno a la mano que lo usa. De una forma u otra, olía una historia que no parecía ser capaz de plasmar, ni entender y no obstante, sólo era capaz de percibir por las escasas líneas que ese Facundo dejara escritas algunas décadas atrás. Comenzaba a sospechar que después de todo no fuera un hecho fortuito su presencia en aquel sítio.
La propiedad pertenecía originalmente a Martín Rivarola-Irala, quien se casara con Amanda Bermúdez, de familia de larga trayectoria ganadera, se mudaron a la Isla en el período entre 1913-1922.
Tres hijos habían recorrido esos parques. Ernesto, Claudina, y Eleonora.
No estaba del todo claro cómo se las arreglaron para vivir en aquel pequeño "Edén" ni de donde sacaban los fondos para mantenerse, pero lo cierto es que en 1922, toda mención a la familia se esfumaba en el aire.
Sentado, aún con el pié en el agua batiendo su desconcierto, pensó que tal vez debería haber otros datos de la casa en algún lugar. Estaba dispuesto a darle rostros a los nombres y las personalidades de la gente que morara la Isla en otras épocas. "Tiempo al tiempo"-se dijo, y volvió para continuar ensamblando la historia que pretendía desarrollar en el lugar, historia con la que se sentía cada vez menos identificado.
"… el tronco estaba atorado entre las salientes rocosas, y saltó a los riscos. Se extendió en el suelo, entre jadeos por el esfuerzo y el pánico, se durmió y cuando despertó la noche era cerrada.
Las patas acolchadas resbalaban, eligió el mejor lugar, el más plano y seco, se estiró y sacudió la cabeza, dos carbunclos encendidos le devolvieron la mirada reflejada en su imagen en las aguas poco profundas, sin percatarse que el reflejo era él mismo, manoteó la superficie buscando es- tablecer

contacto con la bestia que estaba frente a él.
Los sonidos eran extraños, el agua seguía gorgoteando entre las rocas, los murciélagos planeaban a baja altura sobre las aguas, y los insectos parloteaban en una cháchara disonante. Alcanzaba a escuchar los rápidos al caer por los saltos a escasos tres mil metros, los pecaríes hollando el terreno, los agutíes, los monos…
La selva era más ruidosa de noche que durante la luz del día.
Para él, la oscuridad era un lienzo azul que se tornaba nítido a corta distancia y alcanzaba a ver claramente los movimientos sutiles del follaje y la espesura.
Las vibrisas se agitaron cuando venteó carne fresca a la orilla del río, y alcanzó a ver un carpincho que se paraba en la orilla, hocicando en las charcas de baja profundidad, fue cuando la adrenalina tensó los músculos, y alcanzó a sentir la humedad y la frescura de la sangre manchando agradablemente el morro, casi sintió las mandíbulas hundirse en la carne blanda y un hilo de saliva corrió por la comisura de la boca. Arqueó el lomo a muy corta distancia del suelo y volvió a ventear el aire, era el momento.
El sistema de palanca de su cuerpo comenzó a tensar los tendones de las patas traseras como el brazo de una catapulta, y cuando se disponía a saltar, escuchó un chapoteo violento y el carpincho desapareció de su campo visual. Las aguas se agitaron un instante más, luego todo quedó sumido en el mismo silencio azul brillante que unos momentos antes."

Silencio.

El sonido de las teclas se disolvió en el aire y sólo algunas hojas movidas por la brisa que cruzaba el dintel de la puerta abierta, lo conectaba con una realidad cada vez más etérea y fugaz.

El nombre inscripto en la pared exterior del mate se canalizó en la memoria. ¿Quién era Facundo?

Jugueteó con el mate, dándole vueltas, buscando un significado que se tor- naba inasible en esos momentos. El nombre trepaba hasta la boca del mismo, siguiendo el contorno óseo con una filigrana delicadamente tallada y apenas visible. Debía de haber datos en algún lugar, lo cierto es que el personaje era un satélite de la historia.

No era Martín Rivarola, ni Ernesto. A decir verdad, no había mención de él, como no fuera el relato, que bien pudiera ser la obra de un lunático, o alguien que pretendía escribir allí como él. Alguien más de quien no quedara en el solar el menor rastro, como no fuera aquel mate que llevara escondido setenta años. ¿Un testigo ocasional tal vez? ¿Acaso un trabajador temporario?

*****

4.

Aquella mañana se levantó, apuró la ingesta de un vaso de agua fresca de un sorbo, y se sentó a la mesa descalzo sobre los mosaicos

húmedos, a tiempo que se despatarraba como una marioneta abandonada. Extendió los papeles que Facundo escribiera, y mientras leía, creyó entrever el miedo de alguien que tiene un secreto escondido, y tiene que aliviar la carga.

"Todas las mañanas, mi padre le dejaba en la mesa del pórtico, un ramo de flores frescas y olorosas del jardín para su habitación...
El bosque avanza..." Escribía Facundo.
Papá hace por lo menos dos semanas que no puede moverse.
Hay algo malo en su columna, dicen los médicos que trajo el Señor Martín.
La señora Amanda, en cambio, comienza a quejarse por las plantas, y Rosalía comenta que suele decir que Julio se volvió vago..."
Mariano levantó la vista del manuscrito. Todavía no había leído nada acerca de lo que Facundo intentaba contar. Revolvió los papeles hasta hallar el fragmento que volviera su vida de cabeza.
"… el diablo existe y tiene los ojos amarillos".
"...se la tragó la sombra del bosque..."
Y más abajo, en apretadas letras, casi diminutas, con el temor a ser descubierto: *"...yo vi sus ojos, parecían dos brasas..."*
Dos brasas amarillas, ¿de qué hablaba?, ¿qué fue lo que vio en la isla?
Las líneas confusas y entrecortadas, parecían hacer mención a un hecho funesto, acaecido en ese tiempo. Una mujer había desaparecido. Algo, una presencia siniestra a los ojos de un niño, parecían haber perturbado sus sueños, y de una manera u otra lo habían alterado a tal punto que fue preciso esconder las notas y ocultarlas aún a la vista del resto de los adultos del lugar.
Sentía haber llegado al nudo del problema. Hubo tiempos bucólicos en la isla, donde los sueños de algunas personas construyeron un Edén, pero la vida se había hecho difícil, y hasta cruel, y la paz se pagó con sangre, y lo que era peor, con la sangre de una mujer. Esposa o hija. Facundo hablaba de una tragedia, pero no aclaraba los motivos, ni conocía al causante, creía haber visto algo, pero no entendía qué. "Por eso ocultó las notas" -pensó Mariano.
"… la niña Claudina era buena, recuerdo su cara, por las noches la veo en los sueños, me acuerdo de ella y como miraba. En los sueños la veo mirar los juegos y sonreír muchas veces. A veces pensé que así pudo haber sonreído mi madre..."
"... odio a la señora Amanda, como se odia a las personas malas, la detesto, pero no puedo decirlo, mi padre me..."
La frase trunca, y el moho pestilente del tiempo que todo lo borra, estaba presente.
Más abajo leyó:
"... veces me mira como a un animal, me ignora como si yo no estuviera acá."
Allí en la mesa, percibió una frase que pugnaba por salir entre los

manchones de humedad del cuadernillo en mal estado. Los trazos liberaron la furia del niño, y las últimas palabras estaban clavadas en el corazón del papel para impedir que volaran. Había sido testigo de "algo" que había raptado a la niña de su realidad.

Sentado, a setenta años o más de aquel momento, comenzaba a experimentar la incertidumbre que debieron haber sentido los moradores. Las breves notas armaban un rompecabezas escrito por un hábil libretista, el niño con sus pocos años y precisas descripciones, lo ponía al tanto de las personalidades y roles de la propiedad en la vida de aquellos días. Un ambiente digno de un cuadro impresionista que en sus mejores momentos debió haber sido como aquellas películas de época, en la que las actrices pasean sus faldas por un parque de césped bien cuidado, rodeada por un ejército de trabajadores que mantenían el orden en aquel rincón del Delta. Sin embargo, parecía haber tenido su sombra, su lado oculto, su Némesis que daba sentido, no a una realidad, sino a una pesadilla.

Recordó su sueño un par de noches atrás, una caminata forzada en algún lugar que nada tenía de real, hasta que contactaba con una presencia solamente visible por el color de los ojos entre la densa vegetación. ¿Cuánto de la realidad se convirtió en ficción?, o mejor dicho, ¿qué proporción de aquella experiencia onírica provenía de la realidad experimentada por aquellas personas aisladas en aquel lugar, décadas atrás?

Las notas escritas a hurtadillas, entre sombras, parecían querer inculpar a alguien, o a algo que se había posesionado del terreno y había transformado el orden en caos. ¿Era eso, o simplemente el orden había perdido consistencia por culpa de aquello que Facundo no podía nombrar?

A menudo los lugares donde ronda un "algo" desconocido pierden familiaridad y se transforman en un páramo, como debió haberlo sido el Londres victoriano cuando comenzaron a aparecer cadáveres de mujeres en la silenciosa oscuridad de las noches neblinosas, pero hasta que alguien no le diera características corpóreas y un "nombre", los asesinatos podrían haber sido considerados como producto de la misma niebla o el entorno oscuro de los suburbios de aquella opaca ciudad.

Claudina muerta... desaparecida, pero… ¿quién fue en realidad Claudina?

¿Qué sintió?, ¿qué pensó en aquel corto tiempo que, le tocó en suerte, vivir en ese lugar? ¿Cómo sintió ese aislamiento en un mundo pequeño donde nada faltaba?

Por el momento sólo sabía de ella que fue una niña de pocos años, cuya promesa de una vida completa se derrumbó como un castillo de naipes ante la ráfaga helada de un viento que le mordió las entrañas y

se la llevó al olvido.
Podía evocarla como una chiquilla de cabellos castaños, jugueteando con las trenzas de su peinado. Peinado que Rosalía, o Amanda se esforzaban por armar con el mayor de los cuidados mientras la niña se miraba delante de un espejo oval con marco de madera finamente dorado a la hoja.
Mariano sacudió la cabeza, con síntomas de duda. Seguramente la policía habría intervenido y habría detectado al autor del crimen. –pensó. Facundo tal vez no estuviera al tanto, o no había llegado a escribir toda la historia, plasmando tan sólo fragmentos de la misma que lo había torturado en las noches solitarias en que el "algo" sin nombre vagara en la oscuridad.
Cabía la posibilidad, después de todo, que fuera alguien del entorno próximo de Claudina, y tal vez por ello la isla volvió a quedar desierta con la casa vacía y el abandono gris de las tragedias irresueltas. La lógica hablaba de un asesino oculto.
¿Cuántos compartieron esos años la vida en la isla?... Seis, siete personas, pensó, ¿Qué se la llevó?, ¿a quiénes podía descartar?
A Facundo, está claro, porque se trataba del testigo forzado y narrador. Amanda, era la madre. Martín, imposible. Las notas mencionaban a Julio, de manera indirecta. Parecía haber sido el jardinero y padre de Facundo. Entre otras cosas, se le ocurrió pensar que el narrador, Facundo, tampoco aparecía mencionado. Desde un principio asumió que ese era el nombre del niño, dado que apareció grabado en el mate. Concluyó que no sabía mucho más. ¿Magdalena?, ¿podía ser culpable?, no. Facundo la comparaba con una rata, o una laucha, pero eso no apoyaba la hipótesis del asesinato. Rosalía. No, imposible, se había criado con los niños como una hermana más. ¿Celos?, ¿rencor?, ¿venganza?, todas pasiones muy humanas como los miedos... tal vez.
"... hubiera preferido que se la llevara a la señora Amanda que a Claudina..."
"… la señora Amanda, entró en algo que dijeron era estado de shock..."
La frase estaba inconclusa, "... y durante los siguientes días, el clima se volvió mustio y hosco en torno a la casa".-concluyó Mariano, intentando completar el resto.
Maldijo en voz alta, todo lo que podía leer, apenas eran frases sueltas, aparentemente inconexas, desglosadas de un contexto que se adivinaba violento y malsano, y donde poco a poco parecía envolver a Decepción en una niebla algo turbia. Presentía que el afán de Facundo por escribir salía de lo común, y lejos de relatar vivencias pasadas, intentaba volverlo a él, un cómplice en la desesperación y el miedo. ¿Qué había ocurrido en ese lapso de tiempo, más de setenta años atrás, en un pasado donde el terreno no registraba más que señales de

una vida tranquila y ordenada?
A la luz del hallazgo, esa calma aparente encerraba hechos turbulentos, apenas visibles en los relatos de una mente que se perfilaba agobiada, o, ¿por qué no?, enferma. Un secreto que nadie parecía recordar particularmente de ese lugar, a la luz de las conversaciones que mantuviera con diferentes personas.
Las próximas notas legibles recordaban el temor del día después. Entre trazos borrosos, tachaduras y retoques, entrevió un día gris, funesto, cargado de malos recuerdos que poco a poco permitió armar un cuadro que descorría el velo de la vida en "Tía Amelia."
Claudina desaparecida.
"…todos están corriendo, todo son gritos, me gritan a mí, yo no fui".
–relataba el texto. Las imágenes que evocaba daban cuenta de un niño tímido, que asediado por las personas que día a día convivían con él, manifestaba angustia por el peso de las miradas airadas, cargadas de ansiedad y pánico en la nuca.
Mariano trató de pensar en aquello que lo había aterrorizado y miró a través de la ventana para preguntarse ¿Dónde se habría parado Facundo, cuando creyó ver lo que en realidad ocurriera aquel día?
"…se la tragó la sombra del bosque…"
¿La sombra de qué bosque? -se preguntó Mariano. Era la segunda mención a la sombra de algo o alguien involucrado en la tragedia, posiblemente era el único testigo de aquello y difícilmente hubiera podido precisar la naturaleza del asesino.
Caminó resuelto hasta el límite de la propiedad y trató de imaginar cómo luciría en la época del trágico acontecimiento. En ese momento, el horizonte se perfilaba exuberante, poblado de árboles de las más variadas especies. Habría habido un parque más grande de lo que se veía ahora, de lo contrario, los senderos y fuentes próximos a la casa, no hubieran tenido un sentido. Casi desde las proximidades mismas de la casona, todo lo que podía observar, era una profusa arboleda, con cientos de retoños cubriendo los incipientes claros que aún quedaban. Recordó el sueño del cañaveral y lo invadió el irracional temor de quien espera ver salir una sombra amenazante de la espesura.
Se adentró en el entretejido grisáceo de troncos, pisando un suelo cubierto de ramas y restos de plantas que dificultaban el desplazamiento y dejaban ver un anillo de árboles jóvenes que se entremezclaban en claros, donde algunos troncos evidenciaban el paso del tiempo, y que parecían avanzar resueltamente hacia el casco de la casona para asfixiarla. Los retoños cre- cían vigorosos, aunque un tanto ralos por la escasa luz que los ejemplares más viejos parecían querer negarles.
A lo lejos, oculto por el follaje cercano, creía poder vislumbrar la presencia de una círculo cerrado y denso, que buscaba hacerse con el

terreno de la isla y sofocar los restos de lo que hasta ahora era un bastión humano. Mariano notó que la especie predominante parecía ser las tipas, acacias, olmos y álamos. Dio una vuelta por el lugar, y no quiso sacar conclusiones apresuradas, pero notó que los troncos estaban enfermos en la cara que apuntaba a la espesura más cerrada del centro, seguramente estaba relacionado con el aporte de luz y aire que recibían a medida que quedaban ocultos por las sucesiones más nuevas. Hongos, arañuelas, pulgones, todas pestes que lentamente corroían el alma de los árboles jóvenes y los torcían como los del bosque intangible del extremo noroeste de Decepción. Los líquenes y musgos manchaban la corteza de los ejemplares que intentaban escapar al influjo apestoso de las miasmas del río…

Meneó la cabeza, se estaba dejando influenciar por los relatos de brujas de Facundo.

No creía poder discernir desde donde estaba, cuáles eran los límites de la floresta ochenta años atrás, pero mientras recorría la zona, creyó sentir un una brisa húmeda y fría que lo atravesaba como si se tratara de un bosque muy cerrado y antiguo, donde el único olor que surgía de sus fronteras, fuera producto mismo del pantano que parecía extenderse en esa dirección.

El parque, si lo hubo, ya no era parque.

***** 5.

Tiró el cuerpo raleado de una mazorca que se secaba a un lado, desde la

última comida y juntó la notebook, los documentos, la radio, y los anteojos oscuros. Metió todo en la mochila y salió tras luego cerrar con llave la puerta de entrada. Se paró en el muelle a la espera de la lancha-colectivo que lo acercaría al Puerto de Frutos.

Se sintió raro, como tironeado. Debía ser la sensación de la mujer que vive con un marido violento: teme los golpes pero no lo abandona. Sentía la necesidad de poner distancia entre la Isla y él.

La casa, lejos de carecer de vida, había tejido una urdimbre en su psiquis. Comenzaba a atraparlo en una suerte de red enfermiza, y de a poco parecía invadirlo una sensación de incertidumbre y agobio, en un revoltijo de pensamientos que se movían en todos los espacios de su conciencia.

Una lancha de formas familiares, maniobró para que saltara, mientras alguien le tendía una mano recia y lo sostenía, imprimiéndole el movimiento necesario para evitar una caída deshonrosa en las aguas que lamían el muelle. Pisó la planchada de madera, y sintió que algo sin forma ni sustancia lo soltaba, como una mandíbula invisible.

Un suspiro silencioso lo alivió.

Ahora percibía cierta paz. El clima (a metros del muelle) lo sintió

como más traslúcido y diáfano. Se sentó en la fila central de asientos y abrió la notebook. Releyó los renglones escritos por él mismo, y dejó que sus dedos danzaran sobre el teclado:

"...con los primeros rayos de luz se paró sobre las patas y tensó los músculos agarrotados por la postura prolongada.

El río parecía algo más tranquilo, aunque el nivel de las aguas estaba inusualmente alto y arrastraba en silencio los restos de la selva muerta.

Un cadáver irreconocible, deformado por los gases y la descomposición pasó a un costado, y avivó la llama del hambre, hasta ese momento dormida. Casi por instinto, hundió el morro en las aguas y bebió inclinado sobre las patas traseras, con las zarpas adheridas al tronco para evitar deslizarse.

Un relámpago dorado corcoveó entre la vegetación de la orilla y disparó un manotazo enganchando el cuerpo de un dorado por debajo de la aleta pectoral, lo levantó con destreza y evitó que se lo llevara la corriente. La víctima era un ejemplar joven que escasamente cubriría las necesidades calóricas de su cuerpo en pleno desarrollo.

Mientras se relamía, con los huesos del dorado entre las patas, observó las escarpaduras que retrepaban la orilla opuesta en forma de paredones de basalto, y por encima de él de la que sólo se entreveían las sombras, se elevaba la selva.

En ciertas ocasiones alguna que otra lengua de arena oscura, mezclada con el limo del torrente se elevaba como el lomo de un yacaré de las aguas, y las garzas y aves costeras picoteaban las orillas fangosas.

No se dio cuenta hasta el momento, que parecía estar sobre un promontorio rocoso que por efectos de la crecida, había quedado separado de tierra firme. Se acercó al borde, pero no tenía experiencia en el cálculo de distancias y su capacidad para el salto, con lo que quedó a la espera, sin animarse a saltar.

Volteó la cabeza buscando un lugar desde donde cruzar, y sin resultados comenzó a aullar de pura desesperación, los gañidos lastimeros no alcanzaron a elevarse por encima de los decibeles que generaban las aguas contra los riscos, y finalmente se acurrucó en un hueco entre las piedras mientras se aseaba las garras..."

Levantó la vista del escrito y dejó vagar la mirada, surfeando la cresta del oleaje que levantaba la embarcación avanzando indolente y sin prisa. La brisa lo acarició. Ahora una sensación de desazón pareció precipitarse sobre él cuando una vuelta del río ocultó parte de la topografía conocida. La lancha avanzaba despacio siguiendo la costa. El margen estaba colonizado por cañaverales, troncos y juncos. Algunos muelles avanzaban sobre el canal dando un aspecto civilizado a la zona. Pasados unos instantes, el canal comenzó a angostarse y se transformó en una vía de dos manos.

Había llegado con la ilusión de descansar, dado que era la única

alternativa de vacaciones en aquel año difícil desde el punto de vista económico. A poco de entrar en la casa, tomó contacto con una locura dramática que diera forma y sentido al abandono abrupto de aquella propiedad tan particular. Fue a partir de su intromisión -setenta u ochenta años después- que comenzara a perfilarse una historia donde pareciera involucrarse hasta el mismísimo diablo.

Sonrió. Sonaba ridículo, seguramente había una explicación sencilla, o hasta era posible que fueran sólo ideas suyas. Se preguntó si no se habría apresurado a juzgar todo aquel asunto, y consideró que a la distancia, todo dramatismo parecía esfumarse y los eventos de los últimos días, casi se le antojaban producto de coincidencias, porque: ¿Cuál es la probabilidad de que las cinco palabras de la frase se unan de la misma manera en aquel rincón, y en eventos separados por setenta años?-se preguntó.

De cualquier manera, estaba olvidando el nudo del asunto. Alguien había tendido una línea de tiempo, y había dejado una historia inconclusa que, de una forma u otra, transformaba su Edén particular, en un infierno de igno- rancia. “Cabe esperar al menos que lo que haya sido, se hubiera resuelto a su debido tiempo” pensó, con lo cual los escritos hallados sólo tendrían valor anecdótico, y si ese fuera el caso... entonces se preguntaba qué estaba haciendo allí, huyendo como si se hubiera materializado algo, salido de un agujero en la pared, y evocado por un niño de once años.

Sonrió, nuevamente. Parecía un chiquillo asustado, huyendo de sus propios temores ocultos en lo más profundo de su mente, liberado sólo por las notas de un mocoso muerto hace años. Ni siquiera estaba seguro de todo aquel asunto, ni de la veracidad de esas malditas notas, ni la supuesta coincidencia con esa estúpida frase guardada en su ordenador.

No era matemático, ni siquiera había sido bueno en esa ciencia, de estudiante, pero imaginaba que si la probabilidad no era altísima, cuanto menos resultaba inimaginable, y la coincidencia hasta era sospechosa como tal. Se preguntó si cabría esperar que se tratara de un reality-show. Había habido algún programa con características parecidas, pero la decisión de pasar las vacaciones en la isla, era enteramente suya y no la había discutido con nadie. La posibilidad de algún evento independiente a la capacidad de manejar las acciones de su propia vida, relacionadas con programas, bromas o cosas por el estilo, era algo que sólo podía ser considerado fugazmente.

¿Se trataba acaso del plan maquiavélico de un enajenado mental, con delirio de grandezas, al mejor estilo de un Capitán Nemo, en el transcurso de las veinte mil leguas de viaje al infierno? Intentó garrapatear una frase, y como un horripilante deja-vu, volvió a escribir sin querer, aquellas primeras palabras que viera en la pantalla,

y que no recordara haber escrito.
“El diablo…”
Facundo la había escrito décadas atrás, con el miedo y la angustia escapando por la yema de los dedos… Un escrito trazado en un papel grasoso, como queriendo involucrar un futuro que no era el suyo. Ni siquiera podía suponer haberlo leído antes. No era buen lector de libros, y lo último que había hojeado, era la vida de un explorador, Apsley Cherry Garrard, que acompañara a Scott en su fallido intento por alcanzar el Polo Sur.
El libro, lejos de ser ameno, resultó un bodrio de datos, nombres y lugares por los que había pasado el explorador y los remordimientos que le acompañaron durante su vida, tras sentirse directamente responsable por la muerte de dos de sus mejores amigos junto al conocido Scott. No recordaba haber leído siquiera la palabra “diablo” en todo el contenido.
Otra vez Decepción se le cruzó en la memoria. Se pasó la mano trémula por la frente transpirada mientras veía que las aguas bajaban barrosas, preñadas de restos de la lejana selva, allá en el norte. El sol sobre el río silencioso de aguas oscuras, asomaba por entre nubes bajas color plomo que se deshilachaban con una brisa fresca.
Las islas parecían desiertas, y la proa afilada de la lancha rompía la oscura quietud del río en un ronroneo constante. Una flecha de patos cruzó muy arriba en el cielo, cloqueando en una lejana algarabía y en ese momento se preguntó si aquel podía considerarse un lugar privilegiado a la luz de los acontecimientos. Sentado en la fila central y como único pasajero, se sentía un condenado realizando la travesía en el río Estigio. Sordo a los sonidos externos, apenas levantaba la vista de la consola. Temía quedar atrapado por los márgenes del Infierno.
La Isla…
Los sentimientos comenzaron a enredarse, como las aguas en las paletas de las hélices. Sentía una mezcla de pérdida y alivio, el miedo infantil se mezclaba con la curiosidad y confusión que ya no lo dejaron tranquilo. La libertad tenía un precio, y si abandonaba ahora, no volvería. Comenzó a arrepentirse de su huida precipitada, pero permaneció sentado.
Otro recodo, otra isla, otro embarcadero abandonado, otra historia enterrada… se agudizaba la necesidad de retornar y terminar aquello que lo tenía preocupado y atemorizado. Sacudió la cabeza en un gesto incrédulo. No estaba dispuesto, aún, a aceptar que algo en la isla, le producía temor.
Camalotes. Restos de ramas, y corteza se atravesaban en el curso del transporte que se entretejían en apretada urdimbre con el miedo y el pánico, como si fueran juntos, de la mano… ¡Boludeces! -se dijo, e

inmediatamente la imagen del hombre, en busca de superar sus temores, mirarse en el espejo de lo oculto y lo escondido, se le cruzó por la mente. A los costados, la lujuriosa vegetación cobraba aspecto de jungla... Por instantes se sintió como el Capitán Marlow en su viaje al Corazón de las Tinieblas, pero, en ese caso, el se alejaba sin haber podido dar con la esencia del mal.
Kurtz quedaba en el muelle de “Desolación” a la espera de su regreso.
La Isla...
La vegetación se cerraba de a ratos. Otro recodo, más playas barrosas, más juncos... Una garza graznó asustada y batió las alas en cámara lenta contra el borde verde de la costa.
No, no podía irse así sin más. Tuvo que reconocer que el sentimiento de abandono era cada vez más fuerte. ¡No te levantes! -se dijo.
Miró en la dirección donde dejara cobardemente la isla, y creyó ver una tenue bruma parda contra el agua, como si el influjo de lo maligno esperara atrás. ¿Quedarían registros en la memoria colectiva de los viejos acerca de lo ocurrido en esos días en la isla?, ¿o acaso era algo circunscripto a los límites de “Desolación”?
Facundo había marcado el hecho de la inundación como responsable directo de la tragedia desencadenada, y el aviso de las aguas negras como la pintura en las puertas de los egipcios, previa a las siete plagas.
Había recorrido el río en forma virtual, y la red que lo alimentaba, se remontaba hasta las proximidades del Amazonas, en pleno corazón del Mato Grosso. ¿Cuántas inundaciones similares deben haber habido en la región?se preguntó. Tal vez allí abajo, todas las inundaciones fueran prácticamente similares, pero la cascada de hechos que desembocaban en esa suerte de eventos desafortunados, marcaba seguramente la diferencia. Hasta era posible que una ligera diferencia en la caída pluviométrica en la selva fuera la responsable de desastres marcados tan al sur.
Recordó haber leído algo, en algún lugar del llamado: “efecto mariposa” “Una mariposa bate las alas en china y llueve en california”- Era la frase relacionada con el postulado.
¿Existía al menos la posibilidad, por mínima que fuera, de que en algún momento se les cruzara por la cabeza que los eventos que les tocaron vivir en suerte, fueran acaso producto de circunstancias eventuales tan retorcidas que no quedara lugar ni margen para que se desarrollaran de otra manera?
La isla. El corazón de las tinieblas. Un grupo de seres humanos aislados, y al abrigo tan sólo de sus miedos y anhelos. Se le ocurrió pensar, que después de todo. Amanda y Martín llegaron al Edén y mordieron la manzana de la tragedia.
Cerró la notebook y tomó la iniciativa. Sentía la mano invisible de la

isla aferrando su voluntad y manipulando su consciencia. Ahora, apoyado contra la baranda, aguardó el instante propicio y saltó.
Un chapoteo en el río. En la curva, Mariano levantó la notebook por encima de su cabeza y salvó los cinco metros al muelle como pudo. El conductor lo maldijo a los gritos desde la cubierta. La bocina estridente le aturdió los oídos, y el vehículo torció perdiéndose de vista. Otra vez estaba solo. Salió de las aguas mirándose la ropa. No alcanzaba a entender parte de sus actos. Caminó hacia el próximo embarcadero por un sendero paralelo a la margen del canal y se volvió. Divisó la lancha que lo regresaría a la isla tomando la curva próxima, acercándose al muelle. Parado allí, volvió la vista en dirección a Decepción y sintió renacer esa mezcla de impresiones angustiantes.
Era entrada la tarde cuando regresó. Sin fuerzas, arrojó la mochila a un lado, se sacó la ropa húmeda y se acostó desnudo mientras meditaba en la oscuridad creciente.
El río vomitaba la densa niebla en los márgenes de la isla y la ciénaga se ocultaba bajo una película brumosa que emanaba de la hediondez y la pestilencia de la materia corrupta. Los grillos iniciaron una cadencia nocturna y arriba la luna desgranada por las semanas, parecía una media hoz plateada. Mientras Mariano discurría acerca de la forma de la hoz, tratando de asociarla con las fases lunares que alguna vez estudiara en la escuela, de la que nada recordaba, suspiró y se quedó dormido.
*****

6.

Se despertó de mala gana, olía a tierra y río. Incorporándose sobre uno de los codos, quedó congelado en un gesto de abulia y negación. Permaneció un tiempo en la postura decidiendo sus próximos pasos.
El sol torcía camino adentrándose en el sendero de la tarde.

No había comido nada desde la mañana del día anterior, pero se sentía sin fuerzas ni hambre. Entró al baño y se duchó con agua fría, restregándose con el jabón blanco y ajado. Se secó con fuerza, se afeitó con el agua que volcó del termo y se miró en el espejo deslucido y viejo. Las canas blanqueaban sus sienes, las arrugas incipientes de los ojos marcaban un recordatorio de los veranos vividos y el cabello que raleaba en la coronilla daba un aspecto casi cómico a su rostro algo marchito por una mala noche y una peor mañana.

Los alrededores de la casona lucían manchones confusos de árboles, y poco quedaba de lo que había sido el “jardín de las delicias”. Seguramente el abandono del parque, había proporcionado luz verde para el crecimiento desmedido.

Parado allí, el bosque no se diferenciaba del resto, pero le daba una perspectiva diferente. Se preguntó si alguien, niño o no, distraído

podía llegar a ver algo surgido de la floresta y llamarlo “sombra”. Caminó y se paró próximo al ángulo desde donde creía, Facundo había observado la desaparición de la niña. Visto desde allí, Claudina debió haber sido arrastrada por algo que escapaba a lo normal, y para un niño rondando los diez años, podría llegar a ser el parque o bosque circundante. De cualquier manera, no estaba seguro de comprender totalmente el problema. Lo analizó desde todo punto de vista, y tardó en comprender que Facundo se había referido al término “sombra”, simplemente porque no lo pudo encuadrar como silueta humana, o animal de tamaño conocido.

La pregunta entonces, era: ¿Qué vio Facundo?

Volvió sobre sus pasos, más desconcertado aún. Recordó una tarde, cuando niño, sentado en el pasto de la vereda de su casa, había sido testigo de una sombra fugaz. Algo se retrepó al paraíso que extendía sus ramas por encima de su cabeza, y el terror y la confusión que sintiera al no haber visto claramente al animal lo habían atornillado al suelo. Permaneció durante un rato largo llorando en forma desconsolada hasta que apareció su padre para rescatarlo. No era muy chico, de hecho era uno de los escasos registros que tenía de su infancia. No contaría más de cinco años, pero ese encuentro con un gato asustado, lo persiguió por un tiempo. A la luz de los hechos ocurridos hasta el momento, seguramente el relato que había comenzado a escribir, sin duda, bien pudiera estar influenciado por esa lejana experiencia.

Entró a la casa y volvió a la lectura, pero se topó con un fragmento en muy mal estado, del que intentó traducir algunas líneas más, sin resultados. Finalmente tras dos horas de esfuerzo desistió con la impotencia de quien sabe que se está perdiendo algo importante.

Transcurrió la tarde pensando, desparramado en la hamaca paraguaya, mientras veía el mosaico de luz que el sol entretejía por entre las ramas de Las casuarinas. Sobre el filo del atardecer, merendó unos mates amargos mientras prendía una fogata de hojarasca verde para mantener a raya los mosquitos.

La noche se hizo presente con el sonido acompasado del río y un silencio profundo, roto ocasionalmente por algún siseo en las aguas. Algunos patos se paseaban tranquilos chapoteando entre la vegetación que crecía cercana a la orilla. “El crepúsculo se demoró lo que tarda en llegar la noche”-se dijo en voz baja y saboreando jerez mientras miraba el río pensativo y dudaba del autor de la frase: ¿era Serrat?, no, Sabina. “Otro gallego”-sentenció y siguió pensando que como todo buen porteño, tenía la suficientemente poca información acerca de los lugares de nacimiento de uno y otro como para establecer diferencias de región, y se dijo “a fin de cuentas, alguien que nace en España, sea donde sea, es Gallego”. Esa declaración dejaba entrever el principio

erróneo de geopolítica, ya que cuando menos de esa manera, Galicia se fagocita la totalidad de España y España deja de ser España. “Es asombrosa la cantidad de boludeces que se le cruzan a uno por la cabeza cuando está relajado. -se dijo en voz alta como para justificar sus pensa- mientos.
Sobre una parrillita improvisada, coció una pizza, al calor de las escasas brasas que consiguió de algo de ramas secas que pudo encontrar, y a la que le tiró unos trozos de queso, orégano y tomate. Destapó el vino que comenzara dos días atrás y se sirvió en el mismo vaso sin lavar de entonces, enjuagándolo ligeramente. Hizo a un lado anotaciones y papeles, y tiró un plato de madera con un par de cubiertos y el vaso. Comió revisando las notas. Releyendo fragmentos, analizando hechos, y finalmente retiró la comida del rescoldo, y a sabiendas que era una tontería cerró la puerta con llave, para volver a sentarse.
“... estoy escondido, viene por mí -escribió- trabé la manija de la puerta con una silla pesada de papá y me escondo en el rincón más oscuro para que no me vea...”
Levantó la vista de las notas y miró en dirección a la puerta, como si de un momento a otro, ese “algo” o “alguien”, fuera a abrirla de un golpe, abalanzándose sobre él.
Se incorporó. Dejó la lectura, tomó la lámpara de querosene y se arrimó a la puerta de madera pesada y maciza que tenía varias capas de pintura una sobre otra y en sectores aparecía gastada y saltada. Posiblemente su tío, hubiera cambiado algo de la misma, recientemente. El pomo, la pintura, y tal vez hasta la puerta. Acercando la lámpara, notó un par de golpes de algo pesado mal ubicado, seguramente Facundo había movido torpemente, aquello que sirviera de tranca. El marco parecía reparado a la altura de la cerradura. Coincidencia o no, parecía haber sido objeto de violentos golpes.
Más abajo, por debajo incluso de uno de los paneles y por debajo de un respaldar promedio de una silla común, había marcas de algo que aplastara la madera. Se volvió y observó la estancia; hacia la izquierda quedaban restos de una estantería de argamasa. En los planos originales figuraba una mesada de trabajo por delante de ésta construida en madera maciza de quebracho, hoy desaparecida, sostenida por pilares de ladrillos de los que sólo restaba un fragmento mal disimulado en una piletita para lavar platos contra una de las ventanas, el otro era parte de la pared del baño.
Allí abajo, seguramente se escondía el niño.
“...ruidos de arañazos contra la puerta. Quiere abrirla...”
Zarpas.
¿Qué clase de animal merodeaba la isla? Zarpas en la noche. A fin de

cuentas, la isla completa fue su territorio de caza.
Nadie podía haber estado a salvo y los primeros involucrados, seguramente serían los más débiles. Sonaba crudo y fríamente Darwinista, pero parecía haber una lógica detrás después de todo. Fuera lo que fuera, mito, realidad o fantasía, lo cierto es que las marcas estaban allí, para que las viera.
Algo había intentado entrar.
Abrió la puerta, en forma casi instintiva miró alrededor y seguidamente observó la superficie de la misma buscando las señales que describiera Facundo.
Zarpas.
Las capas de pintura a duras penas ocultaban cinco surcos agudos como la garra de una bruja vieja. El objeto de su temor había tenido existencia real, pero, ¿qué fue?
Se sentó en la silla frente a la entrada compartiendo el temor que un niño con la imaginación de Facundo entretejió en sus más profundas pesadillas. Se agachó y en cuclillas se apretó contra el rincón que lo protegiera contra la desesperación. Desde allí abajo, cualquier sombra, cualquier ruido debió haberlo vuelto loco de miedo.
Finalmente no sirvieron la policía ni los bomberos, ni los cazadores, ni la realidad para salvarlo.
¿Qué fue de Facundo? -se preguntó Mariano. ¿Qué fue de los hermanos de Claudina?
Se levantó de un salto, y volvió a las notas.
Afuera se descerrajó un rayo y comenzó a llover.
Por instantes levantó la vista de la lectura asombrado. No se había percatado del tiempo. El sol había dado paso a un cielo encapotado, al viento fresco del Pampero, y finalmente la lluvia, y todo sin que él hubiera reparado en los cambios poco sutiles del entorno.
Una sonrisa lúgubre lo llevó a mirar por la ventana. “Una mala película de terror” -se dijo. Al principio fue un tintineo musical, como platillos, casi como los pasitos de un duende bailando en el techo, luego fue una danza alocada que dio paso a una letanía continua y altisonante conforme se abrían las compuertas del cielo. Siguió leyendo...
“Las hormigas comienzan a comer, lo invaden y lo destruyen todo a su paso. Cruzan el jardín, como si hubiera un plan preconcebido de engullirlo todo, y nadie cuenta con la habilidad de papá para combatirlas.”
“... papá dormita dolorido, la espalda lo tiene inmovilizado. La Señora Amanda pinta en el muelle cosas que no entiendo. A veces, sólo son trazos de colores, pero a ella la mantiene tranquila”.
“Rosalía salió a avisar a la Señora y los niños, que la comida está lista. A veces huelo sus guisos, y sus comidas, otras veces juego a adivinar qué comida les hace”.

A través de la ventana podía ver la cortina de agua, borrando los contornos de todo lo conocido hasta que la oscuridad tapó todo, incluso al agua. Aguzó el oído. En la lejanía casi podía escuchar el sollozo apagado de Amanda, repetido por el viento y multiplicado por las ramas del follaje. Se acostó esperando escuchar el zarpazo contra la puerta.

Estaba con insomnio. Permaneció despierto por espacio de una hora intentando conciliar el sueño, pero cansado de intentarlo, se levantó. Prendió la notebook, y en un intento de terminar lo que dejara inconcluso con Facundo y el resto, se puso a escribir.

Continuó la narración donde la había dejado.

"…dormía cuando el tronco lo arrancó del peñasco y lo arrojó en las aguas del río. Un aullido lastimero escapó de su garganta. La bestia estaba a merced del río, y no podía controlar nada con la fuerza bruta de sus garras o sus dientes. El predador ahora era la víctima. De alguna manera registró sus límites y aprendió a temer. Algo lo enganchó y lo arrastró por el lecho del río, pugnando por instantes contra su instinto de supervivencia. Las rocas y la espuma del fondo lo revolcaron, lo rasparon, lo magullaron y el brazo fuerte de la corriente lo blandió como una brizna, al garete.

Manoteaba casi sin aire, asomando las fauces por entre las olas que se formaban en los rápidos, y caía entre las rocas y arrastrado a la superficie. El río mismo lo empujaba arriba, y abajo como jugando.

Tragó ingentes cantidades de agua en el transcurso de su viaje, pero aprendió a manotear con las patas delanteras y mientras buscaba apoyo en las piedras del fondo, aprendió a mantenerse a flote. A mover las patas en forma coordinada. Ahora el río no lo revolcaba, y la bestia, de una forma u otra, perdió el miedo y superó el terror a lo desconocido.

Un tronco voluminoso golpeó su morro y de un zarpazo se enganchó entre las raíces. Intentó encaramarse, pero el tronco giró y lo zambulló apretando el cuerpo contra los promontorios filosos de basalto. Un golpe lo aturdió y largó el aire que retenía en los pulmones, pero las raíces que lo engancharon, volvieron a rotar y lo arrancaron del fondo como un peso muerto. Las garras que lo hundieron, ahora lo rescataron y de repente se encontró suspendido en el aire, a punto de volver a caer entre la espuma de la corriente.

El Timboy podrido, aún retenía su garra entre los dedos quebrados de las raíces, permitiendo a duras penas tomar aire para respirar.

La bestia sintió de pronto un golpe seco y el cadáver del árbol giró, lo sacó del agua y lo arrastró encima soltando la zarpa magullada".

No podía concentrarse, tenía sueño, pero no se acostó por miedo a desvelarse nuevamente. Se preparó un café, y se sentó al costado de la notebook donde las notas de Facundo continuaban desplegadas. Al continuar la lectura, descubrió el horror de lo vivido. El relato hablaba de la vida luego de la tragedia.

Facundo narraba su consternación al oír a los niños llorar aterrados, prisioneros de la casa, y la locura que se gestó en Amanda.
Lo imaginaba encerrado en la casa, de cara a un rincón, con la cabeza entre las manos, tapando los oídos para no escuchar el llanto y los gritos, ansiando la sordera como regalo del cielo.
El párrafo continuaba...
"Nunca hubiera pensado que los gritos se escucharan de tan lejos.
A veces, por la mañana, lo veo a Ernesto desde acá. Sale un rato temprano, en el camino y alejado del bosque, sigue las filas de hormigas con una lupa en la mano, quemándolas".
Mariano levantó la vista y a través de la ventana con la persiana desvencijada, creía poder ver al niño gozando con la tortura de los pequeños insectos que se cruzaban a su paso.
Más abajo, continuaba:
"...papá dice que el niño Ernesto está enfermo – continuó leyendo Mariano- yo lo veo sano, pero lo veo muy triste, cuando hace esas maldades, suele tener una cara como si algo lo molestara..."-continuó, y finalmente en un párrafo a medias borrado, pudo leer con dificultad:
La última vez que ví a Ernesto, salía de su casa con una caja de fósforos..."
Dejó la lectura unos instantes, el drama se repetía una vez más, ahora era Ernesto.
¿Habría desaparecido de la misma manera? El relato parecía indicarlo. La pérdida de un hijo debía de ser un cimbronazo para toda la vida, Mariano no quería saber lo que implicaba la pérdida del segundo en similares circunstancias.
"...no quiero vivir acá, quiero morir ahora mismo" –había escrito Facundo.
Mariano sentía la opresión del pecho y la angustia del encierro del niño como si fueran recuerdos suyos. Creía entenderlo. Sólo en una isla con una familia extraña. Parecía no haber indicios de una madre que lo protegiera, y con un padre al que no parecía involucrar en sus angustias y miedos. Espectador involuntario de una tragedia, lo llevó al centro de una escena que no quiso interpretar. Se volvió el culpable del desastre, sólo porque nadie entendía lo que estaba ocurriendo. Dos muertes, dos vidas, apenas pocos años de existencia, truncadas por algo escapado quien sabe de dónde y la vida de Amanda que se transformaría a partir de ese momento en una sombra.
El asesino había actuado favorecido por la sorpresa y cuando aún los moradores continuaban anestesiados por la primera desaparición. ¿Qué había ocurrido?, ¿por qué no dieron vuelta la isla buscando el culpable?, ¿por qué no hallaron los restos de Claudina? ¿Habría sido el primer impulso, intentar recobrar la cordura? ¿Se trataba del más puro y simple principio de supervivencia, el negar todo lo ocurrido y

comenzar de nuevo?
¿Acaso los pobladores de regiones peligrosas, no actuaban de igual manera, cuando retornaban a sus hogares, luego de haber sido evacuados en caso
-por ejemplo- de la erupción de un volcán cercano, o de un terremoto? Estrategias.
A fin de cuentas, no somos muy diferentes de las especies animales que se manejan por instinto. Sospechó por un instante, que la desaparición de Ernesto, tal vez fuera la dolorosa continuidad de una búsqueda negligente. Búsqueda grosera e impune del responsable de la primera.
Mariano supuso que había responsables necesarios y accidentales en esta nueva tragedia. Salió de la casa y forzó la vista en dirección al casco abandonado, aquella era la perspectiva de Facundo. Desde ese punto, sentía que los cabellos se le erizaban, parecía haber saltado en el tiempo y estar buscando él mismo al culpable de aquel doble homicidio, tal y como debió hacerlo Martín, o José o Facundo y se imaginó que el terror del niño debió haber sido mucho más fuerte que lo desprendido de sus relatos. Lo suficien- te como para llevarlo a escribir una crónica de los sucesos escondido en algún lugar donde se sentía a salvo.
Se le ocurrió pensar que el corazón de la Isla, para Facundo al menos, debió parecer sórdido y frío, recortado contra el horizonte como una red enmarañada y húmeda, en un entretejido de raíces, troncos y enredaderas, ocultando una naturaleza hosca, y alienante, salvaje y agresiva. No sabía realmente que había ocurrido en ese lugar, pero la imaginación ya había tejido una historia probable y se transformaba como una alimaña, en la medida que leía los fragmentos.
No recordaba haber tomado el camino a la casa, pero de repente se halló sumido en una de sus caminatas en torno al área despejada por delante del patio y la fuente. Estuvo a punto de subir la escalinata, forzar la entrada y asomarse al mundo interior de la casona, pero volvió sobre sus pasos y se detuvo en la ribera del río, intentando atar los cabos que quedaban enredados en los recovecos más sórdidos de la memoria. Un estremecimiento recorrió su espalda, y se apoyó contra uno de los tilos que servía de columna a la hamaca, al pensar que los eventos que narraban esos trozos de papel mal enrollados, hablaban de algo que parecía latente aún en ese momento. Siguió caminando en la frondosa cobertura verde del lugar que cobraba, de a ratos, la impresión de una verdadera caja de Pandora que no debía ser abierta bajo ninguna circunstancia.
“Es tarde” -se dijo y decidió retornar. Se acostó en la oscuridad con los ojos abiertos, pensando.
Al alba, todo estaba en orden.

El agua, apenas si formaba charcos en el piso frío y húmedo con el rocío de la mañana.
Al entreabrir la puerta todo parecía estar en una extraña calma: las ranas croaban a un costado de la orilla, y suspendieron el concierto por una fracción mínima de tiempo cuando asomó en el dintel. No se había dado cuenta de la cacofonía de los batracios hasta que escuchó el silencio. El río, aunque crecido, estaba a un nivel aceptable, algo por debajo de las defensas de la isla. El sol, por el contrario, estaba alto y arrancaba destellos de bronce a las aguas pardas. El aire y el follaje lucían bruñidos y límpidos, libres de polvo, pero infestado de mosquitos que se agolpaban en nubes vivas inmisericordes con cualquier humano que se cruzase.
A la luz del día, los temores parecían lejanos, y un leve matiz de vergüenza abrumaba a Mariano cuando rememoraba los hechos. ¿Donde irán a parar fantasmas y pesadillas por la mañana? –se preguntó mientras alejaba a los mosquitos a manotazos.
Comenzó a caminar casi sin rumbo gozando del sol y la brisa y sus pasos lo llevaron más allá del terreno de su propiedad, al garete como un barco sin timón y al capricho del viento y las corrientes. En un ejercicio mental intentó emular los juegos de Facundo aquel lejano día de 1922, recorriendo los senderos de un parque bien cuidado, ahora oculto por la desidia y el tiempo.
Casi sin darse cuenta, estaba a un costado del parque donde antiguamente debía de comenzar el área salvaje de la isla, desde donde podía observarse la casa original en todo su arruinado y glorioso aspecto. El pórtico oscuro parecía un bostezo congelado en el tiempo con las cuencas profundas y alargadas de los ventanales desvencijados. Al verlo, pensó en las horas frescas que debieron pasar los moradores sentados en las sillas durante las horas del verano en que la casa los protegía del calor, pero algo le decía en su fuero íntimo que más que horas frescas, los muros de la casa encerraban confusión, desazón y el desasosiego de la incertidumbre con el dolor por la pérdida de los hijos sin paradero ni rastro alguno. “Debió de ser una hermosa casa, colmada de gritos de niños, mascotas, juegos y risas”. –pensó. Le parecía estar viendo la ropa blanca colgada absorbiendo la luz del sol, en un eterno vuelo sin partidas ni destinos, flameando como banderas pulcras al aire. En cambio, observaba los resecos dedos de las hortensias, aferrándose a las paredes descascaradas y roídas, los frutales devorados y los pocos arbustos verdes que aportaban pinceladas de normalidad a la imagen de abandono, creciendo asfixiados y absorbiendo toda la muerte y la podredumbre de un suelo viciado.
Un manzano viejo y apolillado dejaba caer los frutos magros picados por los gusanos y las aves parecían probar a disgusto los frutos

podridos que abandonaban con desagrado. El pasto largo y fibroso ganaba la vereda y los canteros, aferrándose a las lajas y queriendo usurpar el solar de la casa y hundirla en el lodazal del olvido.
Sumido entre las ideas, creyó ver moviéndose entre la bruma del tiempo, a las sombras que corrían de un extremo al otro de la isla, los policías en una línea peinando el terreno con sondeos inútiles a la pesca de hoyos ocultos donde pudieran haber caído los niños.
Cada tanto, alguna de las imágenes que percibía, se perdía entre la bruma del pantanal del bosque principal, pero al rato salía como había entrado. Llevaba la camisa abierta que por descuido estaba hecha jirones y había quedado atrapada por el viento, al cruzar el alambrado, en las púas del cerco. Los restos ondeaban desordenadamente como si se tratara de enredados banderines multicolores. Sus zapatillas habían perdido el blanco que las caracterizaba, marcadas por una línea pardo oscura, propia del fango del lugar.
Los senderos y el terreno estaban atestados de agua y mosquitos, pero ya no le preocupaban. Comenzó a cruzar el alambrado para retornar el camino a casa, y la camisa quedó nuevamente enganchada. Ofuscado se volvió y examinó el cerco. Allí donde la tela se enredaba entre los hilos de alambre, las púas parecían más largas y curvas, como los colmillos de una serpiente. Mientras luchaba con el cerco, sentía como sus pies se hundían en el barro, y lentamente se desplazaban en una abierta patinada que amenazaba con despatarrarlo. Se peleó contra el alambrado y al fin consiguió liberarse, no sin antes caer de rodillas entre los pastos que resguardaban el lodo de la acción del sol y el viento. Al querer levantarse volvió a hundirse, pero salvó el inconveniente con saltos estudiados, buscando diferencias en la coloración que le permitieran inferir cual era el terreno firme. Luego del chapoteo en el cenagal y cortando camino, pudo continuar hasta la casa.
Se sacó las zapatillas anegadas, las medias y se cambió. La ropa sucia amenazaba ganar la estancia, pero el lavado no era su fuerte, y con la promesa de esforzarse en el aseo en un futuro próximo, se dejó caer en la silla a un costado de la mesa.
*****

7.

Media mañana de una nueva jornada.
Se levantó decidido. Volvió a la casona, porque había algo allí que lo atraía fuertemente, como si tuviera que desenredar parte de la madeja para poder descansar finalmente en paz. Se acercó vacilante, casi con miedo a despertar la casa y apresurar su destrucción. Algunos árboles interrumpían el recorrido de las veredas, que abrían su paso entre fragmentos de ladrillo y piedras y, desarticulando la trama,

ocultaban detalles vagos transformándolo todo en un bosque irregular que con el tiempo devoraría lo poco que aún restaba. Casi en silencio y con paso medido, ascendió los escalones de la casa y observó desde el lugar cómo debió haber lucido el mundo que le negaran a Facundo.

Desde arriba, la escalinata desembocaba en los restos soterrados de un patio de ladrillo que conservaba en el medio una fuente derruida de material, con un fragmento carcomido de una nereida o sirena sosteniendo un ánfora entre sus brazos.

Hacia el borde este de la isla, se adivinaba algo como un camino que terminaba en el frustrado principio del puente, pero el agua estaba allí otra vez, donde debería haber un paso a tierra firme. El agua oprimía. La omni- presencia liquida, parecía estar presente en casi todo, y si perdía la noción de estar en una isla, allí estaba el pantano en el medio como para recordarlo. Tenía la sensación de que la isla era una extensión del río en sí misma.

Por un fugaz instante, tuvo la imagen propia de estar suspendido en las aguas del río, que lo sostenía y lo acunaba, como si flotara en la matriz uterina. Se quedó allí mismo evaluando el entorno desde donde estaba.

¿Habría sentido eso Amanda?

Sintió comprender la angustia de la mujer ante el fracaso de la tentativa por crear un cordón umbilical con el resto del mundo. ¿Se habría deteriorado su relación con Martín a partir de ese maldito puente?

Bajó las escaleras y caminó en torno a la casa, dando la vuelta por la estrecha vereda de mosaicos rojos partidos con las huellas de pequeños montículos de hormigueros asomando entre las juntas. Como si el suelo buscara una forma de alejarse de tanta agua y respirar por los orificios abiertos.

Los pilotes del viejo embarcadero asomaban ennegrecidos por el limo del río donde la tablazón había desaparecido arrastrada por las corrientes y las inundaciones.

Volvió al pórtico. Un portal de doble hoja de roble macizo. Descuidado y comido por la humedad enmarcaba la entrada y una vieja cadena se torcía por el peso de los eslabones y el viejo candado con una socarrona sonrisa cerrándole el paso a los secretos del interior. Impenetrable. Tan viejo como todo lo que estaba a la vista.

Allí estaba el sueño vedado de Facundo, sus fantasías y anhelos de los primeros años. Las ventanas clausuradas, cruzadas por trancas de quebracho y candados igualmente macizos como los que cerraban el paso en la puerta de entrada. ¿Qué secretos esconderían dentro?

Las calandrias y zorzales se paseaban como dueños del lugar, irritados por su presencia urticante. Colgados del techo, donde un par de fierros desnudaban su naturaleza oxidada, dos murciélagos

dormitaban ajenos a su intromisión y en una esquina, un panal de avispas camoatí pendía suspendido del cielorraso como un farol chino. El suelo tenía una capa de deshechos y boñiga de murciélago y ratas, que cubrían el patrón de mosaicos que antaño brillaban con pátina vidriada, hoy ausente.

Nuevamente rodeó la casa, esperando hallar alguna abertura, pero la estructura estaba sellada y muerta, vacía y quieta, acorralada por la maleza y los desperdicios del río, olvidados por antiguas inundaciones.

Regresó a su casa cruzando los espacios ganados por los árboles, con la vista fija en el suelo como quien busca algo entre la hojarasca y las ramas muertas... y pensaba..., algo se llevó a Claudina, Facundo lo vio de reojo, en la zona entre lo real y la pesadilla, como se ven a los duendes y las brujas. Alteró su mundo y su realidad, borró a la niña en el silencio más artero y sucio, dejándolo transido en el pánico más crudo. De forma inhumana, algo la dobló en dos y la arrancó de aquella isla, y clavó el papel con el recuerdo en la pizarra de su memoria...

Allá se quedó la luz y la cordura de todo aquello que lo rodeara. En ese momento, Mariano levantó la vista con el horror impreso en las facciones. "...arrancada como quien arranca una ramita" -se dijo. Claudina no era más Claudina. Pasó a ser un registro, un recuerdo más, una sombra entre las sombras, atada al parque y a los árboles. Flameando los jirones de su presencia entre el ramaje arqueado por el viento y el calor del verano.

Los gritos de Amanda parecían sacudir las copas, esquiaba en las aguas del río, se enredaba en la ropa colgada, y quedaba suspendida con el rocío y la niebla, como un helado alarido suspendido sobre "La Tía Amelia", recordaba la frase *"...nadie buscó en el bosque."* que había escrito Facundo.

Ahora el dolor parecía fluir entre los árboles del bosque, entre ladrillos del caserón que se levantaba con las cuencas vacías y la boca abierta, entre el lodo de la zona empantanada como si se tratara de la memoria de la isla que él, había conjurado desde su inocencia.

Mariano se sentía como una mosca atrapada en la tela de una araña, oculta en algún lugar a la espera del agotamiento de su presa, a quien sólo le queda por especular el tamaño de los colmillos que se harán con su existencia. Con la información que contaba, luego de bucear en los archivos históricos de la zona, y las notas de color social, se las había ingeniado para armar un perfil aproximado de los habitantes de "Tía Amelia". La figura de Amanda, entre lo que dejaba entrever Facundo y las dos o tres malas fotos que encontrara en archivos fuera de foco, era la de una persona nerviosa, consumida por sus propios pensamientos. Adusta. Dominante y capaz de manejar una estancia como un palacio, con mano de hierro y buscando siempre la

organización de los quehaceres. Una mujer con la mirada ceñuda que aportaba al rostro un gesto defensivo, a la espera de un ataque... Sacudió la cabeza, no era adivinador, ni siquiera buen fisonomista, pero la persona que manejara a “Tía Amelia”, no podría haber sido de carácter afable y cálido, -pensó.

A lo lejos sonó la bocina de la lancha-almacén. Se paró de un salto y revisó rápidamente las existencias. Tomó papel y lápiz y elaboró una lista mientras caminaba los escasos metros del ambiente. Agua mineral, yerba, queso, fideos, y un par de elementos que sumó a medida que establecía los faltan- tes. Con la lista en la mano, repasó el pedido mientras la mente continuaba analizando las implicancias del manuscrito.

Hurgó en los bolsillos para verificar que contaba con suficiente dinero y aguardó al mercado flotante que se aproximaba lentamente al muelle evadiendo los bancos de lodo.

Salió de la casa y tropezó con el trapo que colocara en el dintel como barrera, para evitar, con poca eficacia, que el agua se colara bajo la puerta y soltó una maldición mientras lo pateaba a un costado.

Se acercó al muelle. La barcaza estaba atiborrada de mercaderías. Un toldo de lona verde, grueso y grasiento, negro por el humo de la caldera y roído, cubría prácticamente la totalidad de la planchada de maderos de teca, que en algún momento fueron laqueados y ahora desgastados por la lluvia y el sol bajo el cobertor descolorido y apolillado que brindaba una dudosa sombra durante el tránsito por los canales.

Un hombre de unos sesenta años maniobraba los motores de la lancha con una destreza inusual, casi como al descuido, evitando bancos invisibles al ojo inexperto. Sostenía un cigarro oscuro en una ventana de la dentadura, mordisqueando el extremo mientras su vista analizaba a Mariano como queriendo evaluar la madera de la cual estaba hecho ese hombre cuyos ojos tenían el brillo de la soledad. El motor tosía. Por el tubo oxidado de la chimenea que salía por entre los pliegues mal cortados y peor cosidos de la lona, se colaba una nube densa de humo negro que retrepaba la mañana cargada de insectos.

Queso, un fiambre pálido con aspecto sospechoso de que tiempo atrás hubiera perdido la cadena de frio, un par de latas de tomate, choclo y fruta fue la lista que pidió a los muchachones que caminaban la planchada haciendo equilibrio mientras separaban y pesaban el pedido. Por un momento jugó con la idea de que los dependientes parecían cucarachas, caminando rápido y despatarrados por el movimiento de la lancha.

Estaba a punto de dar la vuelta, cuando recordó el botellón de agua, un par de botellas de cerveza, algo de vino, un vermouth, y pan completaron la compra. Cuando se volvió para regresar, antes aún de

que la lancha retomara la ruta, el viejo le hizo una seña de reconocimiento. Una ligera sonrisa le cambió la luz del rostro, y el viejo aguardó paciente a que sus empleados completaran el pedido del porteño devenido en isleño, de cara seria y apesadumbrada
—Linda la casita, un poco triste –Murmuró casi a media voz, y sin soltar el cigarro, y agregó- hace años que estaba abandonada.
Mariano no esperaba que el hombre le dirigiera la palabra, y permaneció apenas unos instantes sin saber que responder.
Le cedieron una pesada caja algo destartalada, y metió las compras dentro.
—¿Hace mucho que pasa por acá? -atinó a preguntar Mariano intentando una amabilidad que estaba lejos de sentir.
—¿Mucho?, ¿parezco joven? -preguntó cínico.
Si por él fuera, la conversación hubiera muerto allí mismo, pero las facciones del hombre se suavizaron un tanto, como disculpándose por el exabrupto, y las arrugas de su frente retrocedieron dándole una luz de inteligencia y cruda soledad al rostro.
Analizado desde donde estaba, el hombre no merecía una respuesta franca a aquella pulla escondida. Se encogió de hombros y mirándolo a los ojos cetrinos sólo atinó a sonreír.
—Bueno, es una vida dura, pero no enloquece como la ciudad. Al menos eso me parece. De hecho estoy probando esta temporada y no me disgusta.
El hombre asintió.
—Aquí uno es dueño de ir a donde quiera, dueño de su tiempo y de sí mismo, pero las necesidades son las mismas.-sentenció.
—Tiene razón, -no era descortesía, ni menosprecio, intento dilucidar si vale la pena nada más.
Nariz aguileña, pómulos salientes, tez oliva quemada por el sol, y miembros fibrosos y nudosos, daban un marco irreal de viejo marinero al lobo de agua dulce.
—Pero definitivamente no es un tonto -pensó Mariano.
El hombre volteó la mirada. El canal torcía a su espalda en un meandro y se perdía entre la vegetación que se cerraba a corta distancia ocultando el curso de agua.
—Hace más de ochenta años que transitamos los canales, ¿sabe?, eso le da a uno cierta experiencia. El río no es cualquier cosa, desde ya que no se lo puede comparar con el mar, pero a diferencia de éste, es como una gran boa que se acomoda a su antojo, y frente a ésto, a uno sólo le queda sobrevivir. Antes que yo, fue mi viejo, y antes mi abuelo, y antes mi tatarabuelo, pero el río es el río y los canales sólo son el vello en el lomo de esa bestia. Uno no se imagina las historias que se entretejen a la orilla, las tragedias y las alegrías, pero créame cuando le digo que todas, absolutamente todas, están ancladas a los caprichos

del delta. Todos estamos de alguna manera sujetos a su suerte, ¿me entiende?
Lo entendía.
Mariano lo escuchaba atentamente, sin quererlo, el viejo estaba dándole un marco y un sentido a la historia de Facundo y a la suya propia.
Con una simple expresión acababa de atar su vida al lomo de esa enorme anaconda que discurría entre jirones de selva y la llenaba de cicatrices húmedas y fangosas que año a año cambiaban de derrotero y de formas.
—Tiene usted razón -asintió- visto así, está todo dicho –dijo más para sí.
A Mariano le pareció que al viejo le importaba poco y nada si él le daba la razón o lo mandaba a freír churros, lo único cierto es que el hombre acababa de volcar en esas pocas frases de experiencia empírica, una realidad que no había pensado ni remotamente tomar en cuenta. Él no había comprado ni elegido la casa, no hasta que el río decidiera qué haría con él.
La lancha se alejaba de la costa mientras una mirada que prometía ser de entendimiento mutuo, se cruzó entre el viejo y él.
—¡No está en cualquier casa! –le gritó el tendero, y la frase estuvo a punto de perderse con el ruido de los motores que rezongaban con la acelerada. La estridencia de un bocinazo lo sacó del sopor de sus pensamientos. Tuvo la impresión de que un escalofrío recorría el lomo de la boa y retemblaba la superficie del canal a medida que el lanchón se alejaba, pero, “claro se trata sólo del oleaje” -se dijo, levantado por las hélices de bronce que retorcían las aguas e impulsaban a la embarcación hasta ponerla en el centro del canal, donde en la curva se perdió en un instante.
“No está en cualquier casa”
La frase se le agarró al cerebro como una sanguijuela, y comenzó a succionar la razón, casi peleando codo a codo con aquella otra de la cual no tenía la menor idea de lo que significaba: “El diablo existe…”.
“Todas, absolutamente todas las vidas acá, están atadas a los caprichos del delta…”, sólo puede significar una cosa, que el viejo, o su padre, o su abuelo, o en fin, su tatarabuelo habían sido espectadores, silenciosos o no, de parte, o de toda la tragedia. ¿Cuántas veces habría atracado ese lanchón, en medio de los turbios días que se vivieron en aquel sitio?
Ignoraba como podía haber terminado la historia. Parecía que la misma había crecido como una enredadera retrepándose, y asfixiando los eventos posteriores de la isla imprimiéndoles un sello propio de abandono y desconcierto. No obstante, sabía que sólo era una impresión surgida del desaliento. Aún entonces, no había encontrado

noticias del origen de aquel relato, fábula o, ¿quién sabe?, tal vez crónica de una serie de sucesos y los periódicos ni siquiera hacían mención del misterio y la confusión.
¿Habría habido víctimas después de Claudina? Algo había entrevisto en las líneas de Facundo, Ernesto pareció haber sido el siguiente. Pero en ese caso, qué había sido de Eleonora y Martin? ¿Viviría aún alguno de ellos? ¿Dónde estaría Amanda? Por el tiempo transcurrido, era casi seguro que los padres debían haber desaparecido, y muy probablemente la hija restante, también.
Mirando a través de la ventana, en las horas previas del atardecer, daba la impresión de que lo que fuera, seguía merodeando por la isla. Ahora, el sólo hecho de sumergirse en la tragedia, había despertado todos los miedos dormidos y las sombras que, a resguardo de todos aquellos años, parecían haberse quedado congeladas en las zonas boscosas más salvajes.
Por un momento caminó a la casa trastabillando en el suelo húmedo y resbaloso, donde los cadáveres de las hojas, los frutos y las ramas, daban una falsa impresión de un terreno estable y confiable. Dejó la mercancía sobre la mesa. Ni siquiera sacó las cosas de la caja en forma inmediata. Era difícil pensar en comer cuando el estómago pugnaba por cerrarse ante los hechos que ceñían su alma. Por un corto tiempo dejó los planos y papeles tal cual estaban, por miedo a olvidar la línea de razonamiento que lo unía al pasado de la isla. Permaneció de pié, contra el marco de la puerta y miró al río mientras jugaba con la caja de fósforos, retardando el momento de iniciar una actividad que no fuera entrelazar hechos y circunstancias del pasado.
Con desgano, sacó una fruta de la caja y guardó el resto de las compras. Tomó un vaso del escaparate, y lo llenó de vermouth hasta la mitad, puso hielo que sacó del congelador, y se sentó a la mesa. Durante varios minutos permaneció con la cabeza entre las manos.
Finalmente, se concentró en las notas. Incrédulo y confundido llegó al final, y decepcionado, comprendió que la información era fragmentaria, y nada más había por leer.
No tenía escapatoria.
Hasta un par de días antes, el relato no hubiera pasado de ser un hallazgo interesante, pero las marcas en la puerta, el bosque que aguardaba hosco y maligno en el extremo de la isla, los recortes de los periódicos y la misma arquitectura de la casa que habitaba, se habían confabulado para hacer del resto de su vida, una circunstancia ceñida con los destinos de aquellos moradores.
Ahora tenía que tomar la madeja revuelta de la historia y desandar el camino paso a paso, re-ovillando los sucesos para darles descanso a las almas que había conjurado. Todas esas vidas parecían enganchadas entre las raíces de las acacias negras del contrafuerte del bosque,

como quedaran los jirones de su camisa al alambre de púas. Algunos de aquellos detalles permanecían aún en la penumbra del misterio más sórdido y frío del lugar en el que estaba.
A años luz de poder comprender todo el trasfondo y la ansiedad de esas trágicas horas, sabía que una serie de sucesos desafortunados como aquellos, cobraba fuerza desde el aislamiento impuesto por la antipática geografía. Parado en un ángulo de la construcción, miraba sin ver, las aguas. La corriente del canal dejaba estelas en la superficie.
¿Habrían revisado el fondo del canal? –se preguntó.
Meneó la cabeza. Tantas dudas, incertidumbres, temores, tantos miedos a flor de piel, tantas preguntas sin respuesta. ¿Cuántas historias similares pudieron haber ocurrido, si no, en tierra firme? Tal vez ocurrieran, después de todo, pero el chismorreo, el tiempo, las vicisitudes y la vida misma que rodaba, pese a las tragedias, diluía su impacto y la historia perdía vigencia y desaparecía al cabo de los años. Pero una familia aislada en una isla, a merced de fuerzas desconocidas (ya fueran estas de origen animal o humano), sin otra ayuda que una eventual escopeta, y algo de sentido común, era otra experiencia totalmente distinta.
Por un instante se sintió el tonto más grande del delta, hacía quince días que estaba inclinado sobre los restos de la vida de Facundo, y había obviado lo más lógico y directo. La vivencia, la memoria activa de los isleños como fuente de recursos. Seguramente el impacto negativo de la pesadilla de Facundo, se habría impregnado tanto en la vida de los lugareños, que creció y se transformó en un mito, cuando no en una leyenda, como sin duda debiera haber pasado al no tener solución clara el misterio de los niños involucrados.
Se derrumbó una vez más en la mesa, y acomodó los escritos para iniciar la lectura por tercera vez. Debía haber una señal, algo que no había leído, una interpretación que seguramente abordaba parte del misterio que rodeaba aquella zona del lomo del monstruo con que ahora se topaba.
Todo está anclado al río, todo, absolutamente todo...
Amanda, con su locura.
Martín con sus ausencias y su mutismo.
Facundo como testigo imparcial... ¿o no?
Julio, como implicado... ¿indirecto?
Y el resto del personal que, conociendo la naturaleza del río y el delta en particular, huyó ante lo abominable.
¿Y José? En cierto momento los escritos hablaban de él como el cochero o el chofer, o el “algo” de la finca, luego, el personaje desaparecía como lo hiciera el viejo, el padre, el abuelo y el tatarabuelo en el recodo del río, montando esa ruinosa lancha que

tosía nubes de humo negro mientras las hélices se enroscaban en el lomo de la bestia.
¿Y si no era una coincidencia?
Mariano se espabiló no tenía sentido permanecer tildado, debía hacer algo para resolver todo el embrollo. El ambiente olía a rancio y a podrido en la isla, pero no había espectadores, todos eran actores en una obra que los anestesiaba con lentitud, y les impedía ver más allá de sus narices. Ahora, las estrechas paredes, lejos de volverse un bucólico bastión para su reunión con las musas, eran una caja de adobe y ladrillo donde el pánico y el temor comenzaban a supurar entre las grietas.
Tomó papel y lápiz y comenzó a garrapatear frases sueltas, todos nexos entre sí que involucraban aspectos de la vida en la Isla. Permaneció un largo rato mordiendo el extremo de la birome, ensimismado en una niebla incierta de ideas confusas y analizando las implicancias potenciales de los hechos en aquel tiempo remoto, y con la cáscara de banana en la otra mano, distraído, agitándola como si se tratara de una bandera.
Facundo en ningún momento hablaba de algo tangible, todo eran sombras y manchas que se dejaban entrever entre el follaje de lo salvaje y lo irredento.
Nada era real.
Hasta donde sabía, no parecían ser personas que hubieren morado la realidad, a no ser por algunas noticias de la farándula que mencionaba cotilleos de personajes de época, pero con el correr de los eventos, los identificó con la angustia y el terror de los días en que Facundo narraba los sucesos en su diario.
Dientes. Aliento.
La imagen del lugar lo tenía confundido, su instinto lo obligaba a moderar los plañidos, el maullido bajo y casi inaudible era lo único que atinaba a expresar.
Había dejado por completo la jungla salvaje, donde debía levantar una pata y apoyarla con sumo cuidado en un suelo que solía ser tramposo. Allí, en cambio, los espacios eran más abiertos, a menudo desnudos, y el cielo aparecía en trechos amenazadoramente libre, como el suelo. Una invitación descarada y violenta de lo que a menudo la espesura mantenía a cubierto. Los claros eran abundantes y la lluvia llegaba, no ya como sacudidas del viento en los árboles, sino como una cortina densa y compacta que atravesaba el pelaje y calaba hasta los huesos. No se sentía en casa, no era la espesura tupida a la que estaba acostumbrado, era el bosque violado, indeciso, en donde la naturaleza se agarraba de donde podía, no de donde quería. Era un bosque enfermo, condenado y supuraba malicia.
No crecía en forma obscena, rica, lujuriosa. Era un entramado agonizante

con la marca de aquello que debe pelear día a día por sobrevivir y mantenerse erguido con lo que pudiera. Hasta las sombras eran enfermas, el olor no era un olor a algo salvaje, era el olor al resentimiento lo que lo confundía, olor que se impregnaba a los troncos y el suelo en forma de un manto mohoso, como una peste que va avanzando y lo cubre todo a su paso. No podía oler otra cosa... Miedo, temor. Las bestias que hocicaban el suelo no eran las que peleaban por su supervivencia, sino las que sobrevivían a las nuevas reglas.

No olía nada conocido. Los orificios de las narices sorbían cada molé- cula del aire e intentaba determinar su origen.

Caminaba paso a paso, al acecho de lo que encontrara venteando con desconfianza el aire, tratando de asimilar cada cosa que veía diferente e intentando retomar el control. Aquella noche no consiguió nada de caza, estaba hambriento, pero empapado y aterido, llegó hasta el extremo del bosque y orinó buscando establecer orden en aquella anarquía.

Olisqueó los troncos, las heces de los animales, las madrigueras, los nidos y las colmenas. Su cerebro con más de veinte millones de años de evolución, registró y catalogó cada rama, cada sonido, cada movimiento y cada aroma, pero se quedó allí, protegido por las sombras y se echó a dormir.

Casi sin él proponérselo, la narración lentamente se transformaba en un relato de lo que pudo haber pasado en la isla.

Aquella mañana bajó de la lancha en el Puerto de Frutos y aún antes de que la mayoría de los negocios se sacudiera la modorra de la noche, cruzó las callejuelas empedradas, entre carritos y camionetas, macetas y esterillas y salió a la calle en busca de una ferretería donde adquirir un alicate. Estaba determinado y decidido a no dejar resquicios por hurgar en la isla, y eso incluía la casona “La Tía Amelia”, con su declaración de privacidad en esos viejos candados de hierro.

Convencido de que llamaría la atención con el alicate desnudo, lo envolvió en cartón y lo selló con cinta de embalaje, como si sus intenciones pudieran esconderse en un paquete, y echó a andar con el bulto bajo el brazo. Era hora de zanjar cuestiones y descorrer telones.

Caminando despreocupadamente, tenía la impresión de que llamaba la atención y todo el mundo reparara en el paquete con suspicacia. El verdulero, el tendero, el carpintero, el agente de tránsito o el balsero, todos los que se cruzaban en su camino.

Esa noche trató de pensar en la casa y jugó con la idea de lo que podría hallar en respuesta de alguna o todas las preguntas que surgían a empellones cada vez que intentaba tomar un respiro de sus pensamientos. No había luz, otra vez. Aquello ya se estaba transformando en una costumbre.

El siseo acompasado de la brisa en los tilos, afuera, era reparador. Durmió unas horas y despertó entrada la noche totalmente despejado

y negándose a mirar la hora. Sacó de la heladera una salchicha tipo alemana, y la puso a hervir con un poco de agua en un cacharro mientras se servía un “Martini Dry”.
Abrió un pan, cortó un tomate en rodajas, fileteó un diente de ajo y cortó una cebolla. Con el grueso pan envolviendo la salchicha, y el vaso en la mano, salió a la oscuridad. Había olvidado los mosquitos, pero extrañamente estaban tranquilos esa noche.
Luna nueva. Las copas se dejaban entrever entre las sombras, chapurreando siseos inconexos en la oscuridad.
La boa: el río, el espíritu omnipresente de todo lo pendiente. Se le ocurrió que después de todo, el viejo había resultado un poeta. Era asombroso sentir como la imagen de la víbora parecía calzar en un objeto que, antes de hablar con él, tenía las características de algo inanimado. Continuando con el paralelismo entre río y bestia, se le ocurrió que muy probablemente el viejo estuviera en lo cierto. Aquella reflexión desnudaba un alma un tanto rica y una profunda capacidad de análisis por parte de los pobladores sujetos a su merced.
Permaneció largo rato disfrutando del bocado improvisado, luego, mientras aguardaba el sueño, prendió un cigarrillo y se apoyó contra la puerta entreabierta. Desde donde estaba hacia el este, parecía dibujarse un halo tenue de luz y comprendió que comenzaba a amanecer.
Caminó al baño y se restregó la cara con agua fresca. Al espejo, un rostro ojeroso lo miró desde los ojos hundidos bajo un par de cejas pobladas. El mentón partido, el cuello grueso, orejas grandes, “como las manos”,- pensó- y una incipiente barba raleada entrecana reforzando el rostro. De algo estaba seguro Mariano, y era que Amanda terminó internada en un instituto psiquiátrico presa de una enajenación angustiante, según Martín, que tras el episodio desapareció como si jamás hubiera existido. Pero había algo más, algo que Facundo se desesperaba por contar, y como su relato, permanecía oculto en las sombras de ese bosque arcano que todos parecían evadir.
Todo lo no-dicho, era aquello que Mariano creía sentir en ese momento: Las imágenes de sus pesadillas, las sombras no definidas, la oscuridad difu- sa que emergía de su interior.
Así debieron emerger en aquel niño aterrado, los recuerdos; vacilantes primero, temerosos después, con un atisbo de resignación, como quien espera su turno en la lista de los condenados.
Ese sentimiento lo atrapó a Mariano y se enroscó en su alma como la “boa” en torno a las islas. No había motivos para esperar hallarse de buenas a primeras con lo que fuera que arrasó a esa familia setenta años atrás, pero es sabido que el miedo es irreflexivo y escapa a toda sensatez. Esa noche, se enroscó en la oscuridad de las horas del sueño. Se sentía afiebrado y aferra- do a las mantas, permaneció despierto

como si las sombras anduvieran sueltas, dispuestas a cobrarse una vida más. Con los ojos abiertos permaneció en silencio, escuchando los sonidos que se filtraban entre los sutiles rumores del follaje visitado por la brisa. Prendió un nuevo cigarrillo sentado contra el rincón, buscando amortiguar la luz del fósforo para que el resplandor no delatara su presencia, y para no ver las sombras chinescas que las llamas labraban en tenues trazos en la humedad de las paredes.

Era tonto e irracional y, de momentos, se sentía un necio. Pero reconoció que hacía mucho tiempo que no sentía el sudor frío del pánico en soledad.

No se percató finalmente cuando el sueño lo envolvió y lo arrancó de la conciencia. Lo mismo pudieron haber sido las sombras que temía encontrar en la noche y él no percibió.

*****

8.

Luz.

Mariano cavilaba sobre “la tragedia de Decepción”, como le diera en llamar Amanda.

Sentado aún a la mesa pero con el mate frío, durante un rato garabateó unas notas en un par de hojas. Pasados unos instantes, acomodó la mesa, limpió el piso y sacudió las sábanas y colchas al sol, porque comenzaban a tomar olor a humedad y había descubierto, en la ropa de cama, manchas de hongos. Se había propuesto olvidar el tema durante un lapso de tiempo, como para que su cordura retomara las riendas de su conciencia. El experimento logró su propósito y al menos hasta mediodía, permaneció ocupado. Hora en que finalmente decidió descansar, al menos por un rato. Entonces reparó en el bulto del alicate.

Se sirvió un vaso de Martini y se acercó al río, donde permaneció sentado en una silla reposera. Hacía por lo menos hora y cuarto que sólo se levantaba para recargar el vaso de la botella en el balde con hielo que estaba a resguardo en la casa. Otro día de calor donde las ranas y cigarras intentaban un concierto de cacofonías disonantes al sol implacable del verano.

Facundo lo había envuelto, sin querer, en una tragedia casi digna de Poe cuando le hiciera llegar los fragmentos del diario que lo devino en cronista accidental. Estaba claro, por lo menos para él, que la realidad vivida, estaba teñida por los ojos de un niño atormentado, a través del lente de sus miedos y frustraciones.

Pensaba que los eventos se desarrollaron un día como el que él arribara a la isla, pero casi un siglo atrás. ¿Coincidencia?, quizás… No obstante ésta, existían otras casualidades inquietantes que lo tenían preocupado: él había comenzado escribiendo un relato sobre un tigre, o un jaguar más exactamente, que desencadenaba un infierno en la

isla, como producto de una inundación y que lo arrastrara al delta flotando en un tronco, y setenta años atrás, sin él saberlo, algo había tomado "Decepción" como territorio de caza.

Finalmente el relato comenzaba con una frase que no recordaba haber escrito. "El diablo tiene los ojos amarillos..." No había bebido, no tomaba medicamentos, no consumía psicotrópicos, ni marihuana, ni cocaína, ¿qué conexión oculta existía entre esa primera frase y el diario de Facundo descubierto cuarenta y ocho horas luego de su arribo a la isla, y escrito setenta años antes de que él plasmara esa misma frase en el relato aún inconcluso?

Recordó entonces una frase que recogiera de algún lado, y que parecía sustentar un puente invisible entre él y los primeros pobladores de la isla, la única que parecía -por más loco que sonara- explicar el misterio. *"Cuando todas las explicaciones razonables, fallan. La que queda, por inverosímil que parezca, tienen que ser real"*.

La pregunta, la verdadera pregunta era, ¿qué tan inverosímil podía llegar a ser la explicación?

Finalmente, se decidió: Iría a "La tía Amelia".

Tomó el alicate y lo liberó del envoltorio. A grandes pasos recorrió el terreno y la espesura que creciera a expensas de los años de abandono. La maleza que todo lo invadía, se cerraba sin dejar resquicio para el orden y la maldita costumbre del hombre de querer manejarlo todo a su antojo y arbitrio.

Pasó el alambrado y chapoteó sin problemas en los terrenos bajos y anegados, donde las garzas levantaron vuelo, cimbreando el cuello serpentiforme de mala gana, como increpándolo por la absurda intromisión de su territorio. A metros comenzó a recorrer la huella colonizada de la vereda que observara anteriormente. Pasó por delante de la fachada de la casa y siguió el derrotero del sendero semioculto, hasta las dependencias de un garaje que nunca había servido como tal, dado que el puente nunca se había construído, y el aislamiento actuaba como una trampera para los moradores de la casona.

El techo vencido hacia el interior, había quebrado las paredes por el peso, y sólo restaban muros a medias erguidos, donde un par de arcadas era lo que quedaba de sus mejores días. Por donde mirara, veía restos de hierros, algunos de los cuales guardaban formas con algo conocido. En un rincón cubierto por cascotes y las vigas del techo vencido, alcanzaba a ver los restos podridos de una camioneta, los neumáticos y las llantas, colonizadas por florecillas, se ahogaban retorcidos por el peso de los restos y los maderos y cascotes hablaba a las claras del tiempo transcurrido.

Madreselva y campanillas violetas, cubrían el suelo y suavizaban las formas de los fragmentos toscos de mampostería. Raíces de árboles

que crecían entre las grietas y resquicios, daban forma a la selva en galería que parecía adueñarse del lugar de manera irreversible.
Mariano pensaba que el tiempo se había encargado de borrar toda forma e identidad del solar, traspasó los restos de las arcadas amplias con piso de ladrillos. En lo que fuera el interior, los muros estaban estucados y mostraban un color ceniciento-verdoso producto de las lluvias y el moho que todo lo invadía. En algunos huecos aún se notaban restos de ventanas podridas, rejas de fino trabajo oxidadas, y restos de portones pesados con goznes de hierro forjado se inclinaban retorcidos por su propio peso, sin otro soporte que las raíces y enredaderas que se aferraban a ellos. Miraba todo y caminaba lentamente sin saber a ciencia cierta que estaba buscando.
Daba pena, casi, ver como las décadas transcurridas se había ensañado con el lugar. Un inodoro partido yacía en un costado. Los restos de una vieja puerta, verde, en lo que quedaba de pintura, inclinada en un ángulo extraño, podrida sobre algunos mosaicos rojos, partidos en el piso y en algunos lugares levantados, se astillaban en polvillo.
Reconoció el taller donde, posiblemente, José trabajara habitualmente. Cerca, el lugar donde se guardaban las embarcaciones junto al garaje de los vehículos terrestres. No muy lejos de allí y unos metros por debajo, descendiendo una pequeña escalerilla, un muellecito donde descansaba el costillar de un bote semi sumergido. Los maderos en tingladillo, asomaban podridos y mostraba su espejo de popa desnudo, cubierto de camalotes y barro.
Retornó a la casa y cruzó el patio de la fuente. Subió la escalinata a zancadas, se detuvo frente a la puerta cerrada por candados y cortó la cadena con el alicate. Al instante miró para todos lados. En su inocencia de hombre común, temía las represalias al menor corrimiento de lo permitido y bajo el ojo atento de la moral.
Comprar un alicate había sido sólo un juego. Transportarlo le había hecho sentirse un marginado con oscuros propósitos, y había sentido la carga de las miradas en la nuca, aunque la herramienta fuera cuidadosamente envuelta como para encomienda.
Ahora, en el pórtico señorial de “La Tía Amelia”, el cruce de la delgada línea que separaba la infracción del delito flagrante, era irremisiblemente claro y tajante. Ya no había marcha atrás y a sabiendas que podía ser atrapado, de haber alguien allí, se coló puerta adentro con el corazón latiendo apresurado y desbocado. Respiró muy profundo un par de veces y permaneció quieto en la oscuridad aguardando acostumbrar la vista a la penumbra adversa.
Esperaba, desde lo más profundo de sus convicciones, ver salir a los dueños y a la policía que lo metería tras las rejas por violación de la propiedad privada, aunque a decir verdad, no era la primera vez que incurría en ese delito. Durante su niñez, muchos años atrás, y

promediando la década de los sesenta, cursaba la escuela primaria en Hurlingham. En esa época, el barrio aún se debatía entre el pueblo que supo ser y la villa de fin de semana que sus habitantes pretendían. De camino entre su casa y el viejo establecimiento educativo, se encontraba con Hugo y Ariel, dos hermanos irremisiblemente perdidos y con una historia personal más cercano al prontuario de comisaría que al de dos inocentes niños. La necesidad de contar con amigos de su edad lo llevó a aceptar las malas compañías y se dejó convencer de participar en las travesuras propuestas por los compañeros de ruta. Hugo y Ariel requerían de un "chivato" que cargara las culpas de sus actos y por un período relativamente corto de tiempo, fue Mariano.

Casas con marcada reminiscencia inglesa. De tonos cremas, tejas musleras y rejas verde-oscuras, solían estar rodeadas por jardines floridos. Cuidados por enormes perros guardianes, babeantes y lanudos. Las veredas remarcadas de césped inglés y bahiano, resguardadas por plátanos y paraísos añosos adornaban primorosas las callejuelas un tanto estrechas y zigzagueantes, como parte del paisaje de su niñez. En ese ambiente tranquilo, escapado de algún pueblito de las Islas brumosas del Atlántico Norte, caminaba por las mañanas en tránsito a la escuela, distante siete cuadras de la casa que lo viera crecer. En invierno envuelto en niebla y el viento cortante. En otoño, pisando las hojas y los frutos de los árboles y en primavera envuelto en la sombra cambiante del follaje verde y lozano de la arboleda. Pero invariablemente con el guardapolvos blanco, almidonado y casi tieso, crujiendo entre los pliegues con sus contorsiones y travesuras.

El camino de su casa al colegio era básicamente uno. Salía del portón, caminaba hasta la esquina y allí paraba. El flujo de vehículos era importante, y el cruce de la calle Necochea se transformaba en el punto donde la modorra lo abandonaba y quedaba (en esa esquina) a la espera de su regreso. Una vez traspuesta la calle, el camino llegaba a un punto donde y al menos para él, el trazado se abría en abanico. La esquina se transformaba en un punto neurálgico a partir de la cual se abrían varias callejuelas de poca importancia, y al cabo de un corto trayecto varias de ellas desaparecían incorporándose a arterias de mayor caudal de tránsito. Allí, precisamente en ese punto, se incorporaban a la caminata, los hermanos Ariel y su "alter ego" Hugo. Caminaban los tres en franca rebelión con la línea recta de la calle, ora a un lado, ora al otro, buscando hacer de la peregrinación escolar, un juego más. Allí, entre veredas rotas por las raíces de enormes árboles, que extendían sus ramas al interior de los terrenos, repararon en una casa vieja y comprendieron por señales del jardín, que la misma podía estar deshabitada. Una puerta de acceso de hierro negro, descascarado por el tiempo y el óxido, con malla de alambre retorcido que cerraba simbólicamente el paso a intrusos indeseables, lucía un

candado que parecía más una invitación al paso que una declaración de prohibición real, debido al dudoso aspecto que mostraba, arruinado por el clima húmedo de incontables años de servicio.
La fachada de la casa era lo más atractivo para los niños en busca de aventuras. Construida con textura de acabado de arenisca amarillento, las esquinas resaltaban en piedras de gran tamaño o ladrillones color terracota. La hiedra hacía tiempo reclamaba sus muros que remataban en sendos torreones, retrepando hasta las almenas. Las aberturas eran estrechas y alargadas, de madera oscura y vitreaux de rombos multicolores y celosías en algunas ventanas, de color verde inglés haciendo juego con cenefas de adorno que remataban el techo terminando el perfil de la casa y dándole un acabado más exótico a los ojos de los pillos.
Una mañana encontraron el candado abierto como al descuido, como si realmente estuviera invitando una inspección por los jardines que la rodeaban. Los tres permanecieron allí, parados, intentando decidir si el candado estaría abierto por descuido, tal vez forzado, o tal vez alguien antes que ellos intentara ingresar y echar una mirada, pero en ningún momento se le cruzó por la cabeza, a Mariano al menos, la posibilidad más obvia que podía estar ocurriendo.
Finalmente, tras una deliberación de escasos minutos, resolvieron que votarían quien debía ingresar y comprobar si todo estaba en orden, obviamente, Ariel y Hugo intercambiaron miradas subrepticias y, como era de esperar, fue Mariano el elegido.
No había nada que hacer ante la “democrática” elección, sólo era necesario terminar con aquello lo antes posible. No quedaba mucho tiempo para que sonara el timbre de formación en la escuela. Mariano tragó saliva y mientras recorría el camino de acceso, violentando la entrada, Ariel y Hugo se daban a la fuga riendo a hurtadillas. Tardó en comprender la huida de los dos pequeños granujas, sólo hasta que vio al hombre alto, sesentón de barba cana, flaco hasta la desesperación y con cara de alienado blandiendo un revolver como al descuido y con ojos saltones desorbitados gritando, lo que en su desesperación le pareció, incoherencias. Mariano aulló asustado, pegó la vuelta y salió corriendo de la casa como poseído. Nunca entendió como traspuso la puerta de entrada que tan cuidadosamente había cerrado al cruzarla, ni recordaba siquiera haber parado para abrirla, y nunca supo si el hombre hubiera sido capaz de usar el arma. Lo cierto es que el susto fue efectivo, y Ariel y Hugo se mofaron de él durante días. Nunca más se dijo nada acerca de la casa “abandonada”.
Sacudió la cabeza, como descartando los recuerdos porque ahora estaba allí, en El Delta, ingresando en una casa que no era la suya, y donde no había nadie que blandiera un revolver para hacerle recapacitar. Bajó la vista al piso. Era claro y a primera vista, con la luz

a la espalda, no percibió detalles de la naturaleza del mismo. Poco a poco, se acostumbró a la escasa luz circundante y comenzó a advertir las líneas de la arquitectura y la construcción del solar. En la penumbra tenue reparó en el entramado fino del mármol veteado del piso que formaba ríos de piedra en piedra. Los eones habían fosilizado pequeños regueros que discurrían en la blancura intachable del material, dejando inscripciones como la firma de las eras geológicas.
Se adentró en el amplio recinto, y el sonido apagado de sus pasos rebotó contra las paredes, sordas durante décadas. Estaba en la recepción. Enormes muebles, oscuros en las sombras, se erguían como desafiantes a los costados enmarcando una escalera que se extendía por ambos extremos de la estancia. Estantes, anaqueles, todo cubierto de trozos de porcelana, fragmentos de de vidrios sembrados como si se hubiera desarrollado allí, una guerra sin cuartel. Encima de su cabeza, una gigantesca araña de caireles se mostraba a medias vestida y reflejaba algún atisbo de sol que se colaba por algún resquicio.
Tierra.
La mortaja del tiempo.
Guano de rata y murciélagos, papeles desperdigados, palos tirados, mangos de cuchillos, trapos, restos de floreros, parecían los restos de un tsunami. Iluminó en dirección al techo. Los caireles de la araña multiplicaron en cientos de puntos multicolores el haz de su linterna, y fuera de ellos oscuridad y penumbra.
Volvió el haz al final de la estancia.
Una enorme chimenea se abría frente a él, y las paredes aparecían cubiertas por algo que parecía piel. Se acercó aún más y comprobó que aquella textura oscura y peluda era en realidad una colonia de murciélagos que se revolvió inquieta en cuanto la iluminó. Giró sobre sí, y halló en los costados las amplias escaleras mellizas que con su baranda, custodiaba el primer piso resguardando un pasillo que discurría todo a lo largo de la pared donde se adivinaban, por la escasa luz, varias puertas cerradas.
—Tiempos raros, aquellos en que los materiales se traían de todas partes del mundo para encerrar en una jaula a aquellos que buscaban vivir en libertad. –reflexionó para sí.
Eligió la escalera de la izquierda y comenzó a subirla.
Los escalones de mármol pulido, estaban revestidos por una alfombra que en alguna oportunidad fue pana roja, con varillaje de bronce lustrado, hoy desgastado y herrumbrado por el tiempo y la humedad. Desde la pared, varios retratos lo miraban con ceño fruncido o estudiada seriedad de poses artificiales. Los rostros, ahora deslucidos y opacos, cambiaban mirada con la eternidad. ¿Habría habido otras historias tan negras en la familia de los parientes de los Rivarola-Bermudez? -se preguntó.

En determinadas circunstancias, parecía obrar sobre linajes completos la fatalidad, eliminando de un plumazo a la totalidad de sus integrantes de la faz de la tierra. No hacía aún un siglo, la familia que viviera en esa mansión, había sido literalmente borrada de un golpe certero. ¿O de un zarpazo?
-pensó.
La escalera dio un giro y remató en un rellano, un escalón antes del pasillo que asomaba sobre la amplia recepción donde estuviera previamente. Una baranda trabajada en mármol, sostenía un pasamano de madera negra (posiblemente ébano), sostenida por columnatas gordas y cortas que resguardaban del vacío. Mucho lujo y materiales exóticos abigarrados en dudosa confusión, parecían más una necesidad de los dueños por mostrarse, justificando el estilo ligeramente barroco, que detalles de buena construc- ción.
A lo largo del corredor, contó nueve puertas, de las cuales dos eran muy amplias y cerraban el pasillo en extremos opuestos, munidas por pesados manijones de bronce, y con cerradura. Otras dos, de menor tamaño a los costados, de madera maciza de roble de Eslavonia con apliques de bronce, ahora de una tonalidad verdosa. Por último, cinco puertas, de roble también, de tamaño más cercano a los estándares actuales.
Desde donde estaba, asomado sobre el amplio recibidor, alcanzaba a ver por encima de la puerta de entrada un gobelino de enormes proporciones con una escena que mostraba una idealización del Edén, verde y lujurioso, poblado por criaturas extrañas que acosaban a ninfas desnudas bañándose en una fuente de aguas claras y transparentes que dejaba ver la blancura de la piel en los senos y poses pudorosas sorprendidas por faunos lascivos, encarnando el deseo y la tentación. Las mujeres, representaban un arquetipo de la época, un tanto entradas en carnes, con curvas voluptuosas y aumentadas y faunos de musculatura remarcada con líneas que, tanto en hombres-bestias como en mujeres orientaban la vista sugestiva hacia el pubis de las figuras.
¿Cuánto de aquel gobelino encarnaba la realidad de un Edén traicionado por bestias, donde los seres que lo habitaban emulaban la inocencia de esas ondinas sorprendidas? -se preguntó mientras bajaba la manija de la puerta pequeña y se asomaba a la oscuridad de una escalera- ¿Qué se podía haber esperado de ese mundo bucólico, a salvo del mundo corriente?
La invitación al deseo. La consumación del éxtasis de toda fantasía.
Sacudió la cabeza. A fin de cuentas, pensó, todo acto humano es una reinvención de algo hecho o descubierto por otro, previamente. Toda idealización del Edén que conocía, estaba relacionado con la explotación máxima de los sentidos. La materialización de las

fantasías. El lugar representado, bien pudiera estar en cualquier parte, y ¿por qué no? -se preguntó- en una isla del Delta.
Entre las diferentes puertas del corredor, había mesitas distribuidas, que lucían la misma profusión de restos destrozados de estatuas y jarrones, salvo alguna que otra que parecía haber sido olvidada.
Un chillido agudo y corto lo obligó a levantar la vista para ver en el techo del corredor algunas formas en movimiento. Las paredes parecían chorreadas de una sustancia pegajosa y correosa que manchaba la antigua pulcritud de la pintura. Los murciélagos ocupaban ahora los espacios que permanecieran abandonados por tantos años.
Probó una puerta, al principio parecía cerrada, pero la madera emitió una queja sorda y abrió hacia adentro con un chirrido de los goznes secos. El espacio interior era un baño de apreciables proporciones. Amplio, luminoso, completo, con paredes recubiertas de azulejos esmaltados con guardas similares a la mayólica que viera afuera en la fuente. Los artefactos de cerámica esmaltada, mostraban golpes erráticos que abrían contusiones y rajaban los mismos. Los bordes mostraban filos en las zonas de impacto, y dejaban la médula blanca de la cerámica al desnudo. La grifería era de tamaño apreciable, en bronce de excelente calidad, ahora deslucido y opaco, con fino trabajo de artesano imitando al orfebre, con canillas de finos tallos rematadas en delicadas hojas doradas.
La bañera de hierro esmaltado, parada sobre patas que imitaban las garras de un felino, alguna vez doradas, ahora oxidadas y verdosas, tenía las proporciones que actualmente tendría el baño de un Spa. Un resto de toalla deshilachada, permanecía suspendida, olvidada en una pared, y se duplicaba en un espejo opacado por el tiempo, negro en aquellos rincones donde se había saltado la pintura. El piso vestía mosaicos de dolomita, propios de un baño real.
Dio una última mirada y se volvió cerrando la puerta tras de sí, y continuó hasta la próxima. ¿Qué loco abandonaría a su suerte una casa como aquella? -se preguntó. Luego recordó la maldición aparente que flotara en el ambiente, como las supuraciones del infierno, que materializada en una bestia, arrasara aquel idílico rincón sorprendiendo a aquella familia con la guardia baja.
Hasta la fuente parecía ser una muda metáfora del río y la llegada de la inundación. La bestia, la boa gigantesca que encerraba tantas vidas y muertes entre los anillos.
El fauno.
La mención de los ojos amarillos y la condición diabólica del atacante, eran muy sugestivas.
¿Hasta qué punto la bestia de los ojos amarillos no era más que la boa del viejo barquero? –reflexionó.

Probó con la siguiente puerta y encontró una amplia habitación como esperaba. Era un salón de juego de niñas que en un rincón acumulaba muñecas de toda índole, observando hacia la puerta con ojos abiertos algunas, cabezas dobladas otras y mejillas coloreadas, y pelambres de todo tipo. En el centro, dos camas cortas, mosquiteros sucios y pegajosos que colgaban en hilachas imitando la tela de alguna araña entremezclada con la gasa. En la pared opuesta a la puerta, las cortinas bien acomodadas, estaban grises de polvo y repletas de restos de murciélagos, incluso uno estaba enganchado en la tela y movía la cabeza adormilado, moviendo el paño suavemente, como si una brisa se colara por alguna rendija. En el techo, colgaba una araña de bronce con caireles sucios y empastados por las criaturas que circulaban a su antojo. En la pared opuesta a las camas, un placard de cuatro puertas y una estantería con algunos libros, y más muñecas con cabezas de porcelana. En los estantes inferiores, juegos de té de lata, teteras, platos y cubiertos, invitaban a meriendas de juguete y junto a ellos una mesita baja y dos sillas aguardaban a las comensales que nunca llegarían. Una alfombra de arabescos, cubría esa zona del piso aislando la mesa de los mosaicos fríos. En medio de la habitación, una salamandra de hierro fundido, aportaba su toque cálido.
Salió de allí.
Comenzó a pensar que nada de lo que viera allí dentro le ayudaría a entender lo que había ocurrido.
Facundo había trazado la historia en oraciones inconexas y cortadas, un relato censurado por el moho y los años de humedad en la pared de la casa. El testigo le había relatado, en rasgos generales, que Claudina y Ernesto, habían desaparecido. Amanda se había vuelto loca, Julio había sufrido su soledad y José hizo su propia vida. ¿Qué del personal? Se preguntó que había sido de Rosalia y Magdalena.
Abrió la otra puerta.
La habitación del matrimonio.
Una cama con un cubrecama fino de brocado, alfombra persa a cada lado, un mosquitero reducido a jirones, rasgado por algún elemento filoso y colgando en hilachas, llovía en colgajos mugrientos sobre el colchón desarmado a cuchilladas, con el relleno disperso, húmedo y podrido en el suelo.
De a poco descubrió otros rastros de violencia en el entorno. La pintura en las paredes mostraba surcos punzantes, agujeros y golpes en arranques paroxísticos de locura. Mechones de cabello regados por el suelo, la ropa en los placares arrancada de los percheros, reducida a trapos inservibles.
Tal situación hacía parecer como que Amanda había estallado en oleadas de violencia y dolor contenido. Aún podía escuchar los alaridos furibundos, el llanto histérico, descontrolado de las

emociones desatadas.
La desesperación y la pérdida, plasmadas allí en donde se encontraban Claudina, Ernesto, y tal vez, Eleonora, fijados en trazos de locura en las paredes, recordados a golpes furibundos y martillazos en los muros, para que nadie más pudiera olvidarlos.
Puso la yema de los dedos sobre los surcos y los recorrió apesadumbrado, estaban cargados de furia y odio, como dragones retorcidos en ángulos desesperantes. Los trazos filosos se entrecruzaban unos con otros, y Mariano sintió la fuerza en ellos, donde saltaba el revoque intentando dañar el alma misma de la casa que los vio sufrir. La maldita casa, la maldita isla, el sucio bosque que se los llevó, lo hacían sentir la energía negra que ascendía en oleadas por su columna, como si de a poco vistiera la piel dolida de Amanda.
Comprendió que la mujer intentaba "matar" a la casa, esa era la oscura intención tras el ataque de furor y ausencia que había tenido lugar en ese sitio. Esa era la locura de aquella mujer aislada en la pérdida, abandonada en el dolor de lo que no terminaba de entender.
¿Tres pérdidas? Tres encontronazos con las fuerzas de la realidad que minaron su familia, en primer lugar, luego su cordura y finalmente todo lo conocido. Como si la inundación hubiera liberado una ola de una realidad que no era la suya, y que no estaba dispuesta a aceptar, arrastrándola contra las restingas de una pesadilla.
La demencia.
Aquellos últimos momentos de Amanda, fueron los más intensos, los más involucrados con el entorno que le tocó en suerte. Pedazos de mampostería habían saltado, diseminados por doquier, donde había asestado sus golpes. En el suelo había restos de mangos y hojas de cuchillos, que habían sido clavados repetidamente en las paredes.
Se volvió.
Un dressoire barrido a manotazos con frascos repartidos en la estancia y un espejo reducido a astillas con regueros de sangre salpicados en las proximidades.
Nadie había tocado nada desde aquel fatídico día.
Salió de allí alterado por la violencia desatada, que, como una tormenta cruzara la casa destrozando todo a su paso. Caminó hasta la próxima puerta del corredor, y notó en las paredes del mismo, un patrón idéntico de surcos y muestras de violencia en las que antes no había reparado. Algunas mesas mostraban golpes de odio, las puertas también estaban igualmente estropeadas.
Abrió con temor la siguiente puerta y entró al remanso de paz de un niño, la habitación de Ernesto. Adentro no había desorden, ni muestras de furia, ni golpes ni cuchilladas, un rincón donde la realidad parecía ser otra.
En el universo infantil, una cama con mosquitero en iguales

condiciones a la habitación de las niñas, una cama prolijamente acomodada, como si el dueño fuera a acostarse en cualquier momento. En las paredes opuestas, estantes y estantes de juguetes envueltos en la telaraña del olvido. Carruajes de madera sin caballos, con detalles de gran realismo, y hechos con las mejores maderas. Camiones de latón, con carteles de empresas alimenticias. Locomotoras de hierro, caballos de trapo, algunos libros clásicos como: “El Corsario Negro”; “Sandokan” y “Tarzán”; Algunos indios de plomo, canicas de vidrios multicolores y hasta un rifle de aire comprimido para disparar corchos.

La siguiente puerta era otro baño, y ese había sido atacado por el mismo paroxismo violento y destructivo, los azulejos mostraban profusión de golpes, y encontró una estatua del Dios Marte, de vaciado de bronce, con la cabeza partida y machacada por las contusiones. Distintos jarrones de plata abollados por la violencia, espejos rotos y cortinados arrancados. Al final del pasillo, el salón de las mujeres.

También mostraban el paso violento de aquello que no se sabía que era… Sillones tajeados y despanzurrados mostraban las tripas como animales heridos. El relleno de lanas podridas desperdigado por el suelo, un costurero de madera desparramaba secretos sobre una alfombra arrugada. El olor a humedad era particularmente fuerte en el lugar. Había una puerta más que no abrió, porque sabía que, en la simetría del edificio, daba a una nueva escalera que lo llevaba a un cuarto más elevado. Volvió sobre sus pasos por el corredor, hasta la gruesa puerta de roble que encerraba la biblioteca, y el estudio de Martín, en el extremo opuesto al salón de mujeres. Otro infierno. La habitación vestía estanterías de piso a techo repobladas de libros polvorientos y amarillentos de papel quebradizo, colonizada por ratas y otras alimañas. Muchas de las tapas de cuero habían sido roídas hasta el desaliento. Los estantes más bajos estaban vacíos, y el contenido desparramado por el piso, y aplastados. Libros y libros en pilas con hojas arrancadas, tajeados y con lomos quebrados. En la pared opuesta, contra la ventana, un escritorio de caoba, con el vidrio astillado, el cartapacio de cuero desarmado por los roedores… todo un reflejo de la dejadez y la desidia del paso del tiempo.

Era entrada la tarde cuando abandonó la casa.

Aquella noche repasó las notas de Facundo y el mismo ciclo del anochecer lo fue empujando a la cama hasta quedarse dormido mientras pensaba en la casa.

Con el correr de los días volvió a la Municipalidad buscando conocer a quienes la historia tenía olvidados. Al principio tímidamente, como si se estuviera entrometiendo, leyendo documentos, que lo remitieron a otros documentos, leyendo folios y noticias de época, que

involucraban personas sin rostros, entreviendo con el pasar de esos días, sucesos tristes soterrados en el lodazal mismo del río. Reconstruyó los hechos a la luz de lo que había visto, paso a paso y por las notas fragmentadas.

Con los recortes y fotocopias de periódicos de la época fue cubriendo agujeros. Su vida cobró un giro inesperado. Se encontró viajando día a día con el vaho de la mañana y mezclándose en el bullicio del puerto para perderse entre notas durante horas enteras y así es como se enteró de la muerte de un oficial de la comisaría del Departamento de Islas y Delta de la Federal: Eliseo Rumi, oficial de treinta y tantos años, inmigrante por la invasión turca a Armenia, considerado como un hombre preparado, callado, y de valor reconocido por sus compañeros.

La historia a menudo tenía vueltas asombrosas. Mariano se encontró evocando el nombre de Eliseo Rumi, café de por medio, sentado a la orilla del río, en el Paseo Victorica. El destino, a veces tiene aristas insospechadas. Huir de la invasión turca para caer en una ratonera como el Delta, y ser atrapado por la inundación y asesinado por una fiera arrastrada vaya uno a saber de dónde.

Se sentía cada vez más atrapado por la telaraña del entorno de desgracias que se desarrollara unos kilómetros río adentro en la Isla. De alguna manera, su propia vida parecía haberse trenzado, sin él saberlo, con la historia de Decepción. Desanduvo el camino de su existencia. ¿Cuándo entró la isla por vez primera en su vida? ¿Habría sido cuando el abogado se comunicara con él avisándole que su prima había fallecido y le dejara la casa en la isla como herencia? ¿Tendría que pensar entonces que su vida se entrelazó con la isla durante la adolescencia? Tal vez cuando la familia de su tío adquiriera la propiedad, o antes, en algún momento entre la adquisición de la propiedad, y las visitas a su tía.

En las tardes en que el sol se ocultaba entre muros, cargados de Santa Ritas floridas y hiedras espesas, caminaba con su prima, cuando entre juegos de manos con ella, deslizaban tímidos besos húmedos y refrescantes. ¿Qué recuerdos podría haber dejado él en esa delicada mujercita, morocha larga y delgada, que su imaginación afiebrada y sedienta de contacto, a menudo comparara con alguna princesa egipcia que arribara a esas latitudes de incógnito?

Nunca había pensado de esa manera en la familia. Ahora, evocando esos momentos al sol, entre cerveza y cerveza, comprendió que los recuerdos y anhelos en su prima debieron haber sido intensos, y lo que para él fueron simplemente escarceos y caricias de juventud, tal vez para ella, hubiera formado parte de sus sueños durante el resto de su vida solitaria. Fue su manera de agradecerle la dicha de esos momentos de felicidad juveniles los que sellaron para siempre su

destino a la isla, y ¿por qué no?, a la vida de Facundo.
Martín, era otra punta de aquella historia, ¿Con cuántas ilusiones había buscado ese lugar al que etiquetara como idílico para llevar a su familia a compartir su visión del mundo y finalmente los arrastró a una tragedia? La desaparición del hombre, era algo previsible, carcomido por la culpa. ¿Cuánto pudo aguantar cuerdo? ¿Quién podría siquiera afirmar que no ha- bía trazado su propio camino de destrucción?, eso considerando que no hubiera recurrido al suicidio liso y llano.
La inundación.
El río lo era todo, la vida y la muerte.
"Todas, absolutamente todas las vidas acá, están atadas a los caprichos del delta..." Las palabras del comerciante, resonaban en la memoria junto con el bocinazo de la lancha.
¿Cuántas veces al año se inundaba el Delta?, ¿Cuántas tragedias similares se desencadenaban movidas por la inundación, sin conocimiento del hombre promedio de la gran ciudad? Allí estaba el río, parsimonioso y calmo. Soporte de vida y fertilidad pero también de muerte y locura, de desesperación y desengaños.
Historias de vida.
A lo largo de los tiempos se habrían repetido un millar de veces penurias y vivencias tan intensas como aquella, ocultando y quizás, lavando miserias y dolor en sus aguas. Pensó en las implicancias del término "lavado". Era una de esas palabras que perdía la inocencia de tanto ser utilizadas de manera tan estrecha con los deseos y pasiones humanas. Servía tanto para medir escrúpulos, como para ocultar historias pasionales, locura, grandeza y muerte.
Se levantó de la mesa a orillas del canal, en un barcito cercano al viejo "Tigre Hotel", deslizó el importe de las cervezas, tomó un último puñado de maní con cáscara y caminó lentamente hasta Prefectura Naval y luego a la repartición oficial de la Policía del Delta. Nadie pareció tomar muy en serio su declaración de querer escribir un relato respecto a hechos acaecidos setenta años atrás. Es más, no sólo no lo tomaron en serio, sino que lo invitaron cordialmente a abandonar las instalaciones. Una escribiente fue designada para guiarlo gentilmente y mientras lo escoltaba hablaba con voz queda, para que sus superiores no lo percibieran.
—Verá usted señor, hay temas muy delicados. Aún después de 70 años, éste en particular es muy sensible en esta comisaría.
—Entiendo agente, lo mío sólo es a título informativo, vivo en un lugar un tanto... –Buscó el término adecuado- caliente.
La agente asintió como si supiera de qué se trataba.
—Hay cosas Mariano, que quedan en un limbo y créame, es el mejor lugar donde pueden estar. Por loco que parezca, cosas como éstas

refuerzan la existencia de mitos y leyendas -hizo una pausa- que uno esperaría en realidad que el progreso desplace, pero no es así tienen mucha fuerza y tienden a arraigarse como los yuyos.
Mariano la miró con asombro.
—Usted sabe de qué estoy hablando, ¿es así?
La mujer tardó unos segundos en contestar.
—Leí el caso, un compañero nuestro falleció en un ataque.
Mariano asintió asombrado.
—Eliseo Rumi, ¿o acaso hay otro?
—Para la zona en cuestión, uno es suficiente, sobre todo si no se aclara "formalmente" las situaciones que lo involucraron, hágame caso y ayúdese, no continúe. No por esta vía.
—Una cosa más, ¿a qué se refiere con "formalmente"?
La mujer hizo un gesto con los ojos sin mover la cabeza, para que Mariano entendiera que estaban bajo una cámara digital y no podía aclarar más. Asintió y comenzó a caminar pero antes de que ella se volviera y traspusiera la puerta de vidrio blindado, cambió de idea. La llamó por el nombre que leyera en el cartelito grabado que la mujer llevaba prendido al pecho:
—Agente Mariela Montes, ¿qué fue de Facundo, entonces?
La mujer sopesó la pregunta mientras cruzaba el vano de la puerta que sostenía abierta con una mano. Al contestar lo hizo rápidamente y en voz queda mientras miraba de reojo la cámara de seguridad situada en el alero a un costado del techo.
—Benavidez -dijo, y agregó- dígame su teléfono, lo recordaré, esta misma tarde lo llamo.
Mariano recitó el número con desconfianza, y preguntó lacónico.
—¿Lo recordará?
—Espere mi llamado. Dicho esto cerró la puerta y desapareció.
Durante el resto de la mañana permaneció en la zona, visitó el Museo de la Reconquista, paseó por la costanera, caminó hasta el Puerto, donde almorzó algo ligero, se tomó un café mientras admiraba los paisajes dignos de cuadros de algún famoso pintor impresionista, y se sentó, absorto en los pensamientos, en las escalinatas que lamían las olas marrones.
El teléfono sonó.
—¿Sí..? -respondió Mariano.
Al otro lado, la voz femenina de la agente Montes.
—Búsquelo en la calle Salvador al 1200, pero le aconsejaría que se apure, es el último que vive, y no sé por cuánto.

1922 Paraíso

*****

1.

Rosalía miraba más allá de la ventana. Pasaba el trapo con lentitud, como esperando que las gotas de lluvia se tomaran su tiempo en atravesar el vidrio. Estaba pensativa, ausente y con la mirada y los recuerdos perdidos en el espacio y el tiempo. El terreno estaba anegado hasta donde su vista se topaba con la línea de árboles de la faja costera. Apenas si lograba ver el curso del río desde donde estaba, sin embargo, y aunque no alcanzaba a verlo, el río estaba allí como una presencia que lo observaba todo, y eso alcanzaba para tranquilizarla. No era solamente el sonido apagado y tranquilo aquello que la relajaba, se trataba también de una compañía que había aprendido a conocer y amar como si se tratara de una amiga, de una compañera de infortunios que sabía de ella y sus temores, de sus dudas y sus anhelos, de sus problemas y sus ambiciones porque, y después de todo, ¿a quién otro podría recurrir para contar sus cuitas?

¿Qué recordaba de su vida? A menudo esa pregunta la torturaba. Rosalía tenía apenas veintitrés años y pocas cosas recordaba de su niñez. Su convivencia en familia había resultado corta y traumática, signada por la carencia y la falta de afectos. No recordaba nada de aquella parte, excepto pinceladas difusas de su tránsito por la selva, con caminatas silenciosas entre las enredaderas, ríos y fogatas nocturnas que iluminaba rostros haciéndolos cobrizos.

Tendría poco más de cinco o seis años, cuando una noche, un grupo de hombres oscuros y amenazantes, la raptó del poblado, al ver a los moradores M´bya, tendidos en forma desordenada luego de una fiesta donde aquella bebida transparente como el agua, dejara sin sentido a todos ellos. Fueron rápidos y trabajaron con eficacia, tomaron algunas niñas y un par de mu- jeres jóvenes, las sometieron con facilidad, y dejaron la zona como habían llegado. Con las cargas a hombros, maniatadas y la boca rellena con trapos sucios, las arrojaron en un camión, y las alejaron para siempre de la selva y sus raíces.

Con la cabeza y el torso cubiertos de viejas bolsas de arpillera, junto a dos o tres niñas más, fueron trasladadas a Tucumán. Allí las criaron como siervas, para entregarlas como servidumbre en casas de personas adineradas. Reducidas poco menos que a la esclavitud, a la edad de trece años, la familia que la “adiestró”, la cedió al prostíbulo del pueblo para acallar un escándalo. Allí aprendió el dificil arte de satisfacer a los jornaleros que acu- dían a ella en busca de esparcimiento y caricias en las tardes de los sabados. Hombres que olían a colonia barata, de peinado aplastado y ropas domingueras

apenas un tanto mejores que las utilizadas en la faena.

Una noche, horas antes que se escuchara la sirena de la madrugada del lunes, pudo escapar del prostíbulo, deslizándose por debajo del brazo del fulano que la mantenía contra su cuerpo. Caminó los senderos de la selva, descalza, evadiendo peligros y fue en la estación de tren de alguna ciudad que ignoraba, donde la encontró la madre de Martín, quién la adoptara casi por un derecho que creía propio, cuando viajaba para visitar a su padre, ingeniero hidráulico en una represa del interior.

La dama la había hallado tiritando de frío, una mañana de principios de setiembre, cuando el invierno quedaba relegado a las horas del atardecer y la noche y se retiraba por la mañana cuando el sol refulgía en el rocío del monte. Con el tiempo, desarrolló un cuerpo generoso, sin ser desagradable. La niña de cabellos negros e hirsutos, y con rasgos que denotaban claramente su ascendencia indígena, adquirió las costumbres de la familia que le dio cobijo. No obstante haber crecido a la sombra de los Rivarola-Bermúdez, pasaba la mayor parte de su tiempo en la soledad más marcada, y entre otras cosas, aprendió a silenciar sus anhelos y deseos frente a sus patrones. Para la familia Rivarola, la joven era una más de sus pertenencias, y tan marcado era el sentimiento de propiedad sobre su persona, que fue transferida junto como parte de la dote cuando Martín contrajo matrimonio con Amanda. Solitaria en sus noches y descansos, surgían sueños que lejos estaba de entender, y la angustiaban. Fueron estos sueños, indicios que comenzaba a experimentar los cambios que la hicieron, finalmente, mujer.

Repasó el cristal de las ventanas. Las caras de los seres queridos de la niñez, surgían de las vetas que la lluvia dibujaba en los cristales. No tenían nombres ni facciones. Eran rostros lisos, desdibujados por los años trabajados en la clandestinidad y escondida en los cuartos de la casa de la “Mama Ester”, como le decían a la vieja comadrona que regenteaba el local donde las chicas “servían” de objeto a los duros jornaleros. Eran imágenes que no compartía con nada ni con nadie. Ni sabía ella misma que significaban. Ni siquiera sabía con quién compartirlo, sino era con el río. “rostros lisos..., como lavados por esa maldita lluvia que amenaza con hundir la isla donde estoy ahora.” -pensó en algún momento. Usualmente las aguas la tranquilizaban, ... pero no es sólo el líquido como promesa refrescante..., se trata más de una compañía. De una amiga, de un “algo” siempre presente en la vida, a quien poder confiarle en soledad, mis más íntimos anhelos. Pensaba.

Ahora, diez días después de lluvia continúa, su relación con el río había cambiado. Su otrora confidente y amigo, era ahora la imagen fría y dura de aquellos rostros del pasado en el camión. Las

sensaciones de abandono, aislamiento y miedo crecían en su interior como antaño y, como el olor a humedad, se adueñaba de todas las cosas. Acostumbrada al río omnipresente, lo vivía como parte de su memoria y de las imágenes por comprender. Como un principio ordenador, generador de vida y muerte. Las aguas no eran una cosa más. Nacían, crecían y morían como ellos y estaban implicadas en todos y cada uno de los sucesos de su vida.

La gente a menudo le hablaba de los movimientos del río y ella recordaba, perdida en la bruma del tiempo, un paseo por la selva con su padre cuando éste le hablara de la vida del río y le mostrara un resto muerto del cauce abandonado entre la maleza, como la piel que las víboras dejan a un lado en el proceso de su crecimiento. Evocaba la laguna cubierta de camalotes y casi sin agua. *"...el río muere de a poco, como nosotros, que nos vamos muriendo desde que nacemos"* fueron las palabras que quedaron grabadas. Recuerdos ahogados por años y años de olvido, de vicisitudes y experiencias duras -pensó- mientras terminaba con los cristales de la ventana y comenzaba a pasar una franela sobre los muebles de caoba.

El recuerdo de la opresión por acallarla, de la mano dura y recia contra la boca, y su grito atravesado en la garganta con las lágrimas... Ellas salieron. El grito no.

Recuerdos... El golpe en el rostro y el dolor, las risotadas, el aliento duro y rancio, y algo que la penetró para desplazar los juegos de la infancia, rompiendo y lacerando su mundo y su cuerpo, hasta dejarla semiinconsciente, tendida en la caja del camión con la tibieza de su sangre y con el olor a caña y tabaco rondando amenazadoramente.

Hacía tiempo que llovía y las aguas se hinchaban como el vientre de una futura madre, allí, los hijos del río no tardarían en hacer de las suyas.

Se volvió ante el resplandor de un relámpago y el cristal que limpiaba, distorsionaba el paisaje. El río visto a través de la cortina de agua que caía, parecía una de las pinturas que colgaban en las paredes de la escalera o en el cuarto de costura. Ahora estaba preocupada, las lluvias ocasionan crecidas y éstas eran intromisiones del río en la selva, y eso a la selva no le gusta

-pensó.

Con la subida, río arriba aparecen al tiempo los problemas. No eran grandes problemas, alguna rotura, invasión de camalotes, barcos hundidos que quedaban semienterrados en el limo, alguna casa arrasada, animales muertos. Pero muy ocasionalmente ocurría algo excepcional, algo que cambiaba la vida de personas que no se entrometían con el río y lo respetaban.

Rosalía lo sentía en el aire, y el río lo confirmaba, como así también la actitud del señor Martín que parado bajo el aguacero, al borde mismo

del cauce, vigilaba la crecida.
—Pasan cosas inexplicables -se dijo en voz baja. Algunas buenas, otras malas, pero invariablemente todas relacionadas con la vida en el río. Por un momento apoyó la frente contra el cristal, empañándolo con el aliento. ¿Adónde iba a parar tanta agua? -se preguntó. Sabía del mar por los relatos y cuentos, por las noticias y comentarios de otros, pero no podía imaginarse tanta agua junta, sin horizonte ni tierras, ya era difícil imaginar la tierra sin selva, pero agua sin tierra... imposible.
Martín sentía el agua escurrirse por debajo del impermeable, las gotas que se colaban, se deslizaban por la piel, quedaban atrapadas en las cejas, y goteaban por el cuello deslizándose por debajo de la camisa y en la espalda, para finalmente, por entre la ropa interior colarse hasta los pies, allí abajo, donde comenzaba el frío. No podía entender como llamaban a esa prenda “impermeable”, si daba lo mismo tenerla puesta o no, cuando la lluvia era torrencial. “Llueve con burbujas” -pensó Martín, evocando uno de tantos conceptos de la gente del delta que afirmaba que la lluvia duraría mucho, si se formaban búrbujas en la tierra. Acaso la sabiduría ¿podía ser popular?
-pensaba, estaba claro que los años de vida en el lugar le daban al individuo una “cierta” pátina de conocimiento, y cuando usaba la palabra “cierta”, no estaba haciendo concesiones, lo único que faltaba,-sonreía de sólo pensarlo- era que los estudios, las universidades y los doctorados, entraran en una eterna competencia con la vida de todos los días.
La cortina de agua caía por el sombrero y se escurría en el borde. El agua entraba por el puño de la camisa de la mano que sostenía el paraguas y lo seguía empapando. Los charcos comenzaban a borrar los caracteres del paisaje isleño, reflejando un denso manto plomizo, alterado por el goteo grueso de los árboles. Miraba sin ver los fundamentos del puente que no estaba, la promesa de una conexión con “otra” tierra. Con la realidad de un suelo firme y recio que comenzara con las vigas. El puente nunca llegó a concre- tarse, la falta de conexión con otra realidad, no hacía más que evidenciar el aislamiento, “tan lejos y tan cerca”, era la expresión de añoranza en los comentarios de Amanda, su esposa, quién solía pararse a la orilla en los días de sol mirando largamente las vigas oxidadas. Habían llegado para habitar ese rincón del mundo contra su voluntad, pero la promesa tácita del puente había servido para que cediera. Ahora lo miraba con la queja muda en sus ojos marrones, sabía que el puente jamás se haría. El puente inconcluso, los fundamentos de piedra y hierro que señalaban la tierra del otro lado.
Recordó la barcaza que descargara la camioneta flamante, la cantidad de maniobras ejecutadas a falta de muelle, el pontón, un capataz de puente furioso que protestaba contra los peones que se esforzaban por

establecer un punto de contacto con el terreno de la isla, y que secretamente maldecía las extravagancias de los ricos, porque: ¿...a qué persona sensata se le podía ocurrir comprar una camioneta para una isla del delta, sin caminos ni puentes?
La camioneta, una Ford modelo T Touring, 1919 descapotable, tenía dos filas de asientos, pescante, neumático de repuesto, llantas rojas y faros grandes y pulidos, con terminaciones en acero al cromo y madera lustrada, ahora, dormida en el garaje.
Un vehículo de lujo... si rodara.
Sólo un par de veces Martín recorrió la isla en el automóvil, pero las dificultades por la falta de caminos y el barro, lo habían hecho desistir, y finalmente, cansado por la falta de voluntad del Intendente, antiguo compa- ñero suyo del Colegio San Isidro, internó al vehículo en el garaje para no volver a sacarlo.
Era consciente de la excentricidad que destilaba cuando realizaba esas actividades, pero no se resignaba a tener que prescindir de aquel lujo que le hubiera gustado conducir por todas partes de la geografía del delta, si hasta Amanda, lo miraba con gesto reprobatorio, sin mediar palabra.
Los domingos José prendía el motor para tenerlo en condiciones, "... por si las moscas", solía decir. Allí quedó, como la promesa del puente. Mudo, dormido, no soportaba verlo cubrirse de polvo a la espera del puente. Bastante tenía con Amanda quien sufría el "encierro" como si se tratara de una de esas aves vistosas confinadas a los barrotes de una jaula. "...a la espera del puente." -se dijo- y el puente a la espera de fondos, ¿y los fondos?
Ahora las vigas se torcían hacia el río y acariciaban su superficie como dedos extendidos. Primero había traído los obreros, descendieron del lanchón un miércoles, y durante diez días la isla se transformó en un hervidero. La casa, poco a poco se expandió en un camino de consolidado que la conectó como un cordón umbilical con los contrafuertes del puente que no existía. Amanda miraba esperanzada desde la casa. Finalmente, "¿ahora sí?"-se preguntaba.
Nada ocurrió. El trazado creció, se extendió allende la casa, atravesó el parque y llegó esperanzado a la costa opuesta. Allí los obreros subieron sus herramientas al lanchón, y se fueron como habían llegado. Del puente ni noticia. Otra excentricidad -había pensado Amanda resignada.
Con una mueca de desilusión tallada en su rostro como de marfil, dejó el cortinado y volvió a su tarea de costura en la soledad tibia del cuarto. Rosalía le subió el té y reparó en la taza de porcelana inmaculada, grabada con pinturas campestres en tonos azules. La tetera, limpia de igual forma, daba cuenta del cuidado de Rosalía y su celo en los detalles.

Amanda evocó el momento en que Martín, tras escuchar durante un tiempo el carraspeo del motor como algo personal, diera orden de silenciarlo en forma definitiva. ¿Habría descubierto su mirada acusadora cuando se cruzaran en el pasillo? ¿Habría sido consciente alguna vez de la tristeza de su mirada en la ventana, concentrada en la traza del camino nunca estrenado? -se preguntó entre sorbo y sorbo.
Ahora Martín no sabía que prefería: si el ronroneo exasperante del vehículo encerrado, o el silencio de las acusaciones de ella, que no cesaban de marcarle agrias comisuras a un costado de la boca. “De alguna manera la agonía silenciosa del vehículo... se parece a la mía”. -pensaba Amanda por entonces.
Todas las mañanas, una y otra vez, solía tomar una taza con té evaluándolo todo. Parada de cara al ventanal, se sentía languidecer poco a poco, como una flor exótica trasplantada en tierras salvajes. Como una “rara avis”, encerrada en jaula de oro, pero jaula al fin. Sin embargo, no podía acusar a Martín de nada. No le faltaba nada. En ciertas ocasiones, y cuando el hastío amenazaba ahogarla como una bufanda hedionda, pedía alguna extravagancia, algún bocado excéntrico, dejando de lado las publicaciones de cotilleos y chismeríos que aligeraban su estancia, para saciar su necesidad momentánea.
Abajo, Martín volvía la vista al camino que se bifurcaba y terminaba por uno de sus lados, en el garaje. Los anhelos y deseos iban muriéndose de a poco. ¡Dos años es mucho tiempo, qué país más afiebrado...! –pensa- ba mientras caminaba, moviendo la cabeza lacónicamente, y de un lado a otro como confirmando su aseveración. “El puente, promesas, mentiras. ... nunca se sabe para donde quiere ir el destino. Hoy aquí, y mañana allá.”-se dijo a sí mismo.
Él y sus amigos se movían en un círculo especulativo que jugaba con la rueda ciclotímica de las alternativas variopintas de esa nación de malcriados y ricachones oligarcas, haciendo dinero y aprovechando diversas coyunturas de la realidad polifacética, en sintonía con las marchas y contramarchas políticas. Lo de ellos era casarse con Dios y con el Diablo…, se encogió de hombros y pensó sonriendo que siempre uno de los dos dejaba propina.
Tenía algunas propiedades, y conforme los miembros de ambas familias morían, las arcas engordaban. Ahora Amanda y él formaban parte de esa oligarquía que no conocía el esfuerzo para pasar sus ratos de ocio en forma creativa. Toda su vida era una bruma… como sus recuerdos, en medio de la cual, a veces, llegaba a sentir la presencia mustia, vieja y mohosa del hastío.
Caminó unos pasos hasta quedar bajo el follaje de una acacia negra que rezumaba y goteaba la desesperación del aguacero. El agua que caía se deslizaba oscura, socavando el suelo y drenando al río más oscuro aún que el agua que lavaba la isla.

Las malas leyendas de los aborígenes de cualquier parte mencionaban los signos de la naturaleza como indicadores de desastres, o de eventos particularmente inexplicables y misteriosos. Como si el follaje, el agua y el viento quisieran dar aviso de cosas por venir.
Un tronco de grandes dimensiones cruzó la línea de su visión con el ramaje apuntando al cielo. Martín lo siguió con la vista. ¿Vendría de la selva?-se preguntó. Se volvió y miró la Isla preocupado. ¿Aguantaría la isla? Sabía que el río había pasado por encima de algunas islas en el pasado, cambiando la topografía del paisaje a su capricho, y siempre estaba ese viejo temor latente de los lugareños de ser arrasados en circunstancias como aquella. Frente a él, y cerrando el paso de acceso a lo que debiera haber sido el puente, un portón de hierro resguardaba la entrada a la finca.
Aquel día lejano, los obreros habían completado el camino en la isla, como si la sola existencia del automóvil, le diera de repente un significado de fundación o creación civilizada al entorno. El camino había sido trazado con todo esmero en un plano. El ingeniero que lo había diseñado, un tal Dalmiro Bonfantelli, le había hecho notar orgulloso, luego de haberle dibujado la traza del mismo, el parecido con un diamante. Hecho que a Martín le pareció irrelevante. Se trataba de un camino de tierra apisonada. Endurecido con piedra caliza desmenuzada, y una camada de piedra de ladrillo triturado, daba cierta distinción contra la alfombra verde fresca del césped bien cortado y sano del parque. Una vez terminado, el mismo sería mantenido a fuerza del trabajo por los hombres que vivían en la isla de forma permanente. En ese momento pensó que dos años atrás, la perspectiva de la isla con la promesa del puente, era otra y que el camino era otro elemento del paisaje que estaba abandonado, con más baches que un campo de golf, y casi sin rastros del polvo de ladrillo.
A decir verdad, esa última reflexión, era una conclusión malhumorada, surgida de la desilusión y el desaliento. El camino cubierto de agua por las lluvias continuas, lejos de estar bacheado se encontraba emparejado. Los pilares, de sección cuadrada, rematados por esferas de concreto resguardaban los flancos del portón que permanecía inútil en su función, siempre abierto. Lo sostenían los pesados goznes anclados en la estructura de los pilares, luciendo un desgastado rosa viejo que imitaba el tono de las antiguas estancias pintados a cal y a sangre... “Sangre... muy conveniente”, -se dijo Martín.
El aspecto general de la finca, visto desde los pilares de ingreso, daba cuenta de una casa señorial, prolija y ordenada, como si la naturaleza se hubiera replegado a regañadientes a los designios del esfuerzo humano por salir de lo salvaje.
Lo salvaje.

El bosque. El rincón no hollado por el hombre. Se volvió y miró el caos de la naturaleza plasmado en ese rincón anárquico, donde todos los esfuerzos por lograr algo se volvieran vanos, al punto de que la propia naturaleza dejara rastros de los esfuerzos de anteriores dueños por domarla, como un aviso a posteriores intentos. Un espacio lleno de fantasmas y apariciones, sonidos y ruidos extraños, hasta había quien juró haber visto rastros de viejas sogas pendiendo de las ramas de un árbol centenario, a partir de la cual se tejieron cuentos de muertos ahorcados y fábulas de condenados y otras almas en pena.

Los días de lluvia, el hastío se restregaba a sus pies como una gata vieja, y él tenía la sensación de que debía inventarse actividades para no caer en el suicidio. Amanda estaba esquiva, les costaba encontrarse y conversar, y a menudo les costaba hasta encontrarse en el lecho, guardando una decorosa distancia, rayana a la indiferencia.

Parte del portón estaba formado por maderos macizos, que mostraban un descascarado verde inglés, y los hierros de la reja decorativa que enmarcaba los pilares parecían lanzas erguidas con adornos de hojas y enredaderas enlazándolos. Por espacio de largos minutos intentó prender un cigarrillo para retrasar su regreso a la casa. Sacó el mechero de bencina y friccionó para encenderlo, una llama azulada surgió en un primer momento, débil y trémula, pero una ráfaga de viento la apagó y ya no pudo repetir la experiencia, fi- nalmente desistió.

Más allá, unos seiscientos metros isla adentro, la casa se levantaba distinguida. Le atraía fuertemente con su estructura recta custodiada con sus torreones almenados. Todas esas casas con aspecto de fortaleza en miniatura, le llamaban poderosamente la atención. De niño sentía admiración por las viejas ciudades amuralladas y castillos de la Vieja España. Recordaba grabados antiguos y pinturas donde las murallas externas de los mismos se erguían desafiantes ante precipicios de piedra y bosques oscuros, custodiando los recodos de ríos caudalosos.

Volvió la vista al río.

Le gustaba la lluvia, pero aquello ya era demasiado porque sentía el cuerpo envarado por el frío y percibía, más allá, la inquietud de los isleños ante la crecida, ya que no sólo era agua lo que traía..., sobre todo cuando bajaban oscuras del norte.

A lo lejos, en la costa de enfrente, podía ver una silueta desdibujada por la lluvia e intuía a la distancia la preocupación de la persona, que como él, seguía atento a la crecida de las aguas. “… como si una corriente nefasta se extendiera entre nosotros”-pensaba en ese momento, en el que los unía una visión: ambos miraban el cadáver del árbol gigante, como si se tratara del cuerpo de un leviatán que bajaba con la corriente.

A menudo los descubridores mencionaban océanos con bestias míticas, y el porte del árbol arrancado de raíz y maltratado por la corriente no dejaba lugar a dudas que la inundación no terminaría por el momento.
El aguacero arreció y la cortina cubrió como un telón la casa y el sendero que Martín comenzó a recorrer, convencido de que allí no quedaba nada por ver. Hacía tiempo que había abandonado la juventud, pero la inquietud que le generaba cruzar el sendero entre la vegetación que ganaba terreno hasta convertirse en el denso bosque del extremo norte de la isla, no era algo que pudiera superar tan fácilmente.
Durante los años que llevaba trabajando para él, Julio luchaba a brazo partido por ampliar las fronteras del parque, evitando la espesura. El bosque se convirtió en una zona donde la naturaleza expresaba su rencor y su resistencia al hombre y sus esfuerzos, y en ese rincón la maleza era más densa y compacta. Entretejida en zarzas y enredaderas, colonizaban cuanto espacio les cediera el río. No sólo el monte era una barrera. Los lodazales, pantanos y lagunas jalonaban al bosque como un collar de cuentas escondidos en el terreno, y actuando a manera de foso como en los castillos antiguos. En alguna ocasión se había internado unos pocos metros y había descubierto que no era fácil cruzar el perímetro donde la isla se tornaba baja y comenzaba a fundirse con bancos de lodo movedizo y juncales. En cierta manera, la isla protegía ese rincón con todas las armas con las que disponía.
A la distancia, había logrado divisar los restos fagocitados de paredes, pertenecientes a una tapera, pero ahora sólo era un refugio de alimañas y cuentos de viejas. No obstante todos sin excepción, ante los límites del mismo, manifestaban respeto, y en ocasiones temor.
Sonrió al recordar los relatos de fantasmas de Julio, o los sonidos de la "gente blanca", que oyera José desde su habitación o historias de ahogados, muertos a tiros o devorados de otras épocas. Llegó a la casa por la entrada de la cocina, que daba directamente al muelle de abastecimiento. Al hacerlo debía darle la espalda al camino, y el sólo hecho de perder de vista de aquella zona, lo tranquilizaba un tanto, pero luego lo sumía en un desasosiego persistente. Se volvió una vez más para evaluar la cortina de agua que descorrió el frente negro del bosque a la luz de un relámpago y finalmente torció por la vereda. Sacudió las botas de caucho, se sacó el impermeable y entró a la casa.
Esa tarde y los días que siguieron, llovió torrencialmente. Las aguas colmaron los cauces y la finca misma pareció que comenzaba a ceder terreno bajo los embates irrefrenables del río que arrastraba parte de la selva del norte.
Pero el daño ya se había ocasionado, y las consecuencias quedarían grabadas a fuego en la memoria de los habitantes de las islas.

*****

2.

Sentado a un lado del embarcadero, situado a un lado de la casa grande y a la sombra de unos viejos tilos, Facundo alcanzaba a ver completa la casa “La tía Amelia”. La pesca le aburría. Sentarse a la sombra de los árboles con la mente en blanco, aguardando sentir la tensión en el sedal, no era lo que se dice, diversión, pero todos respetaban esos momentos, y ver a una persona sentada con la caña entre las piernas y el sombrero calado al sol, era motivo suficiente para no acercarse.

Allí sentado al mediodía, entre la sombra roída del follaje de los retoños, dejaba navegar sus escasos recuerdos como si repasarlos una y otra vez, le otorgase cierto reparo en aquel mundo de gente grande, donde las emociones de unos y las frustraciones de otros lo arrastraban en un vaivén continuo. No tenía muchos recuerdos, pero repasarlos, le daba cierta pátina de importancia a su vida, y salvo con su padre o José, tampoco tenía con quien compartir ese baúl de experiencias que atesoraba en la memoria.

A menudo, Rosalía compartía momentos con él, enseñandole a leer y practicando con algunos libros que tomara prestados de Ernesto.
En ocasiones le dejaba alguno, con la indicación de continuar el esfuerzo por sí solo. Se había atribuído la tarea de introducir al hosco niño en el mundo de los escasos conocimientos que ella contaba, mientras desde las sombras, su padre esbozaba un gesto de impotencia.
Julio, apenas sabía leer, pero durante su vida se las había arreglado como para que ello no fuera de capital importancia. Las tareas rurales requerían de destreza, fuerza e inteligencia que él llamaba “práctica” y cualquier otra habilidad quedaba descartada por los rigores del trabajo. “La lectura es cosa de mujeres, ellas sí tienen tiempo para jugar con las letras”.-solía decirle a su hijo.
Facundo miraba a Rosalía. Vivía atareada, no entendía como se hacía el tiempo para aprender. Mujer de rostro armónico y dulce, se mezclaba en sus recuerdos cuando buscaba una fisonomía para darle a la madre de sus sueños.
Magdalena en cambio, la institutriz, contaba claramente algo más del doble de la edad de Rosalía, pero tenía una paciencia que no parecía condecir con el rostro adusto y enmarcado por lentes de carey. Angulosa de rostro, nariz en punta y afilada, pómulos salientes, ojos algo saltones y cuello flaco y largo y parecía resaltar esas facciones con los peinados más insólitos que a menudo le recordaban a Facundo, las facciones de un ratón. “...flaca y fea como una cigüeña” -eran las palabras de José, el mecánico, cuando se refería a ella, a sabiendas que ese tipo de comentarios lograban cierta complicidad en Facundo,

y lo que era mejor, lo hacían reír.
Por esos días la vida era una fiesta, tomaba mate con su padre, a media mañana le cebaba a José y cambiaban algunas impresiones, por la tarde mascaba pasto al pié de la ventana donde Magdalena instruía a los niños, y finalmente aburrido, buscaba alguna actividad alejado de la vista de su padre. A menudo, los libros prestados narraban aventuras, con grabados, dibujos y notas aclaratorias que lo transportaban a otros mundos. Carecía de amigos en la isla. Tampoco tenía hermanos con quien compartir sus juegos ni enemigos con quienes medirse.
José solía mirarlo entre silencioso y huraño corretear por el parque, apartándose del resto y con frecuencia realizar tareas que alternaba con sus juegos. Si bien no faltaban comidas en la mesa, la austeridad y la escasez a menudo dejaban su huella en un físico esmirriado y flacucho donde los rasgos angulosos de la niñez, lentamente menguaban hacia una adolescencia retraída.
Tenía un carácter áspero y sin vueltas que de a poco terciaba a hosco y solitario. Acostumbraba a bastarse por sí mismo, y la falta de contacto humano lo llevó a desarrollar una insegura autocrítica y una capacidad de observación del entorno que era casi propia de un adulto. Los juegos eran casi siempre compartidos con un amigo invisible y era frecuente oírlo expresarse en voz alta sumido en sus propias disquisiciones.
Algunas veces pasaba el tiempo sentado cerca del galpón, y otras detrás del garaje de los vehículos que nunca se usaban, desde donde podía observar la casa que se erguía a corta distancia. De reojo miraba al pórtico y creía sentir la fresca sensación de reparo. El calor del verano levantaba vaharadas de vapor fétido del río, ahora hinchado por las recientes lluvias. Mientras él allí sentado, sentía la humedad de la tierra saturada de agua y su calzado se hundía en el terreno anegado que el sol comenzaba a evaporar. En días como aquellos el sol que cocía lentamente, hacía imposible realizar cualquier tarea por sencilla que fuera, sin embarrarse, mojarse o caldearse. Las botas eran artículos de lujo impensado para ellos, eternamente calzados con las alpargatas de suela de yute.
Desde su soledad, Facundo intentaba imaginarse el aspecto de las ambientes de la casa, pero era algo que estaba sumido en sus sueños más íntimos. Rosalía solía describirle el interior de la finca enriqueciendo los relatos con detalles de su propia cosecha y adornando la descripción de coloridos tapices y grabados de las paredes, alegre por la concentración con que el niño la escuchaba.
Una tarde, estuvieron deliberando largamente, sobre las habitaciones de los torreones que se alcanzaban a ver misteriosas, y siempre con las ventanas cerradas, guardando vaya uno a saber qué secretos, sin

imaginar siquiera la función a las que estaban destinados. emergiendo de las esquinas de la casa como las de esos viejos castillos de los que leyera en “El Príncipe valiente”.
Vestido con un par de pantalones cortos, sujetos con tiradores, y una camisa de linaza azul, Facundo veía pasar las horas espiando las actividades de la casa como quien espera que se desvele un misterio largos años atesorado. En ocasiones pasaba el tiempo rondando, observando la naturaleza como fuente de distracción y tomando nota mentalmente de los comportamientos de los animales que solían cruzarse en su camino: culebras, tortugas, comadrejas y murciélagos. Todo era material de estudio y observación. Ejercicio que lo mantenía ocupado y llenaba varias de las horas aciagas del día, logrando por momentos olvidar su obsesión por la casona. Era frecuente que Julio levantara la vista de sus tareas, y lo buscara con gesto desaprobador, solía verlo oculto detrás de un tronco observando a los teros, o mirando fijamente las horas del atardecer, cuando los murciéla- gos zigzagueaban cazando insectos. Pasaba junto a él silencioso y lo veía absorto, con una rama en la mano, buscando engañar a las arañas tejedoras que enredaban insectos en la tela compleja casi transparente. Le llamaban la atención por las mañanas, cuando el rocío cubría las mismas como un collar de diminutas perlas casi imperceptible entre las hebras trepadoras de la pasionaria, y sus frutos jugosos que atraían a aves y gorgojos. Otras veces lo veía tirado en el césped, mirando atentamente señales en el cielo y el aire que le permitieran inferir los ciclos que se sucedían sin aparente orden ni concierto.
Julio comprendería de a poco, que el niño comenzaba a aprovechar las lecciones de la naturaleza por su cuenta. Eran fugaces instantes en que un sentimiento parecido a la admiración y el orgullo comenzaban a gestarse muy dentro suyo, retrepando el pecho y pugnando por salir en pequeñas espirales cálidas de sensaciones que se retorcían para embrollarse finalmente entre las hebras finas de un profundo dolor enquistado en una maraña de recuerdos fugaces. Tan profundo estaba ese sentimiento arraigado que parecía tapar cualquier dicha fugaz, y trocarla en una mueca amarga que torcía su gesto de desaliento y depresión.
Las lluvias, el viento norte, la sudestada, el cambio de temperatura, todo podía leerlo en las plantas y la migración de las aves, sólo tenía que estar atento para descubrir las señales que los prenunciaba. Tirado en el césped, con el mojarrero entre las piernas y una brizna de pasto en la comisura de la boca, mantenía la cabeza inclinada hacia el pecho, buscando mitigar el reflejo del sol en la superficie del río. La sombra proporcionada por el sombrero de paja, le daba cierto anonimato. A sabiendas que a su padre no le agradaba el fisgoneo a la familia, en aquellos momentos veía pasar las horas sin otra compañía

que la imaginación y el tedio puestos al servicio de una mente que volaba inquieta. Miró el cielo buscando calcular la hora a partir de la inclinación del sol sobre la línea verde del bosque virgen. “Entre dos y tres de la tarde” -se dijo.

Su padre interrumpía el trabajo a horas del mediodía cuando compartía un magro almuerzo con él y, por la tarde, cuando el sol se ponía por detrás de los árboles, regresaba. El sonido de la pava sibilante, con el agua lista para el mate amargo, lo acompañaba a un lado de la vieja silla en la galería de la casita. Silla de asiento de paja despeinada, con las patas remendadas con alambres, y con el mimbre revuelto y ajado como la cabellera de un viejo después de una mala noche de migraña.

Por las noches se sentaban, a la mesa de madera con más grietas que un terreno quemado por el sol, y atraído por el olor de la cena que consistía en polenta, o papas la mayoría de las veces en las que se ahogaban escasos fragmentos de carne de ganado viejo. Comida que de a poco y de observar los gestos de su padre al masticar expresando agrado o desagrado en un semblante trabajado por el agua y el sol, Facundo había aprendido a cocinar sin mediar palabra alguna de enseñanza. Hacer el puchero a partir de esos recortes de carne, requería de un trabajo extra, pero ambos lo saboreaban con especial gusto cuando llevaban horas en la olla hirviendo en el caldo concentrado que después utilizaba para cocer la polenta o los guisos.

Padre e hijo rara vez conversaban. Sin embargo, Facundo solía mirarlo de reojo y sonreía para sus adentros, viéndolo repetir el guiso. Comía con la cabeza gacha, atento y solícito a las necesidades de Julio, buscando ese espacio que ni él ni su padre sabían cómo abrir.

Julio Arrechea era maestro Jardinero en la finca de los Rivarola-Bermúdez, “La Tía Amelia”. Su interacción con Facundo, se limitaba al plano de las necesidades y los principios de vida. Ambos se observaban el uno al otro, y buscaban hacer la vida más llevadera con pequeños detalles, embebidos en un lacónico y respetuoso silencio que se esforzaban en romper, pero que se erguía como un viejo cactus, con espinas afiladas e imposible de derribar.

La Isla donde descansaba la vieja casona, era un erial verde. El parque de varias hectáreas, estaba enclavado contra la margen izquierda del río y el resto del terreno formaba parte del bosque original que se extendía como una galería desde el camino que nacía contra los cimientos del puente, para terminar al norte de la propiedad como un engrosamiento visible desde todos los rincones como un muro oscuro. Arisco, viejo y salvaje, el monte se mantenía imperturbable excepto por la franja de terreno del extremo que Martín había hecho sacar para construir el camino de acceso desde los pilares y los cimientos del puente. Mantener la espesura a raya le consumía a Julio, largas

horas del día, y solía tener un programa bastante rutinario de actividades. Facundo lo veía los lunes temprano arreglando el acceso del canal y limpiando los restos arrastrados por el río en las proximidades del muelle. Una de las tareas que le demandaba más tiempo, era mantener las cercanías de las fuentes, veredas y patios con la impresión de que en la isla, la naturaleza y el hombre, por fin habían llegado a un arreglo.

El Jardinero no lograba entender las corrientes que por momentos arrastraban papeles, maderos, goma, botellas vacías y otros restos donde instantes antes no había más que juncos, lirios y cortaderas reflejándose en el espejo de agua. Los martes Don Julio (Como le llamaba frecuente y amablemente la Señora Amanda Bermúdez) comenzaba a limpiar la zona perimetral de la casa. Una vez al mes, pala en mano, sacaba los brotes de pastos que surgían entre las grietas de los mosaicos rojos que conformaban la vereda que circundaba la casa principal. Cada semana seguía a las hormigas y combatía sus moradas que aparecían como pústulas en la inmaculada alfombra verde del terreno. Preparaba insecticida a base de ajo y rociaba las hojas de rosales y azaleas, y cada tanto limpiaba los mismos de pulgones y arañuela con una solución que le había confiado su propio padre, del que ya no recordaba casi nada. Hombretón de fuerte presencia, lo recordaba con el rostro enrojecido y el bigote poblado asentado en una cara que podría haber sido amable y cálida de habérselo propuesto, pero que fue huraña y taciturna. Enmarcando su gran cabeza casi calva, los pómulos cortados a golpes y un poderoso mentón como proa de una mandíbula recta y ancha, se ufanaba de sus dientes usándolos para abrir botellas o ajustar nudos. Los recuerdos que tenía de él, eran los de un campesino robusto y fibroso, acostumbrado a voltear ganado en pié con la sola herramienta de sus brazos. Amaba a las plantas, y con ellas, era todo suavidad, una pasión que heredara Julio trabajando a su lado.

Amanda lo observaba desde el pórtico, vestida como uno de aquellos maniquíes en los escaparates de las tiendas. Alta, con cabello corto pero enrulado bajo un sombrero que se adaptaba perfecto al contorno de su cabeza, y una falda que aumentaba la distancia al suelo conforme pasaban los años y que marcaba su cintura. A menudo Julio, al verla, se preguntaba si Antonia hubiera llegado a vestir de esa manera de continuar con vida.

En la rutina de las tareas, y el correr de las mañanas, Ernesto, Claudina y Eleonora, recibían a Magdalena, la institutriz que llegaba al muelle con su infaltable sombrilla y bolso de útiles que pudieran necesitar los niños. Bajaba de la lancha colectivo con los zapatos impecables, de la mano del mozo de cubierta, invariablemente a las diez en punto de la mañana. Caminaba con pasos cortos por los

tablones del muelle, entre crujidos y revoloteos de faldas, momento que marcaba para Rosalía la hora de servir el refresco de la media mañana. La recibía una Amanda impecable, desde la mesa instalada en el pórtico donde tomaban un jugo, o té frio con bizcochos como aperitivo, charlando de los chismes de la farándula y la sociedad porteña que llegaban a lomos de la locomotora a vapor, arrastrando vagones cargados con turistas y su personal de servicio, a fin de pasar unos días en las afueras.

Magdalena era el contacto ansiosamente esperado en la isla.

De lejos, el cuadro de las dos señoras disfrutando el líquido ámbar a la sombra del pórtico, bajo la araña pesada que colgaba del techo, vestidas con falda y camisa de colores claros, con estampados de mariposas y volados de colores pasteles, daban al parque una nota de color y frescura, luego de la cual Magdalena entraba por los niños para impartirles instrucción.

El cuarto que utilizaban, era un amplio salón de uso general, con ventanas por encima del pórtico, resguardadas por rejas que hacían las veces de balcón francés. Cuarto alojado entre habitaciones y baños en la mitad del corredor de la planta alta y que en ausencia de la institutriz, funcionaba como salón de juegos de los tres niños.

Sentados los cuatro bajo la rígida inspección de la dama, con las espaldas rectas y cuidando la formalidad de sus modales, comenzaba a adentrarlos en el arte de las matemáticas, la gramática, la geografía y el francés. Al terminar las clases, comenzaba el almuerzo y luego Don José Paci se acercaba al muelle y permanecía atento a la lancha que pasaba por la Institutriz y los niños para llevarlos al Club donde practicaban equitación, natación y remo, bajo el celoso cuidado de la mujer que finalmente los conducía de regreso al muelle desde donde volvían junto con su padre, a la isla.

Pero eso fue hasta que comenzó a llover lenta pero parsimoniosamente. Las tormentas en el Delta, tenían un carácter caprichoso y de alguna manera manejaban el vaivén de las actividades sociales.

Esa mañana, cuando las nubes se corrieron y las compuertas del cielo se cerraron para dar cabida a un tiempo calmo y brillante, Facundo desde su puesto de observación, a resguardo y con el mojarrero indolentemente inclinado, percibió el malhumor en los hijos de Martín, luego de quince días de respiro por las lluvias, cuando Magdalena descendió de la planchada de la lancha colectivo como si nada hubiera pasado.

—El tiempo tiene esa característica, -dijo Amanda, mientras revisaba el servicio de té que Rosalía dejaba delante suyo para compartir con la institutriz- —todo lo que escapa a los hábitos, lo borra como si se tratara de un error, e instaura nuevamente el ciclo de actividades que

el ser humano se emperra en mantener contra viento y marea. Erguida en el asiento, aguardaba a la recién llegada, mientras evaluaba su vestimenta y su porte y pensaba al verla “Eso es civilización” recordando la charla que la semana anterior, organizada por el Club de mujeres en el “Tigre Hotel”, había dado un renombrado profesor de la Sorbona de París, quién había disertado acerca del protocolo, las buenas costumbres y la diferencia con los salvajes en las zonas a las que aún no había podido llegar el modernismo y la educación.

Cuando Magdalena, bajaba de la lancha, Facundo comenzaba a acercarse sigilosamente a uno de los costados de la casa, si tenía suerte, y el calor apretaba, la ventana del cuarto de juegos permanecía abierta, y él podía llegar a escuchar la clase desde abajo y en fragmentos que a veces tenían sentido y magia. “... es el río más largo conocido, nadie sabe donde nace, pero cruza un desierto de dunas grandes y altas como edificios, donde nada ni nadie puede vivir, ¿recuerdan el nombre de ese desierto?”

Afuera, Facundo se mordía los nudillos para no gritar. Agazapado como un león en la hierba, intentaba no perderse detalle de las clases de geografía. Desde su escondite entornaba los ojos y se transportaba a una planicie de dunas doradas bajo el sol ardiente. Haciendo visera con la mano, podía ver y casi oler la cinta azul del río Nilo perdiéndose a la distancia, como una carretera cortando el rostro viejo del desierto arrugado del... Sahara!

Amanda permanecía en el pórtico oyendo también las clases y asintiendo aprobadoramente cuando los niños contestaban prestos las preguntas de la maestra. ¿Cómo se puede pensar en llevar educación a lugares donde una simple lluvia altera el curso de las cosas que realmente importan, si el país quiere imitar los grandes centros europeos?-pensaba.

Con un regusto amargo, comprendió que obras como desagües, puentes y esclusas, eran el fundamento para condiciones estables de vida y sin sobresaltos, que permitían a las clases civilizadas, encargarse de su misión sin tropiezos.

La inundación del año anterior, por ejemplo, había cambiado la fisono- mía de muchas propiedades, e inclusive había alterado de forma dramática algunos sectores cerrando canales y anegando nuevas zonas. Se podría decir que pese a los ingentes esfuerzos por manejar la naturaleza, había momentos en que las circunstancias climáticas decidían el pulso de la vida en la zona, y así como labraba riquezas, también se cobraba su precio estableciendo un equilibrio del que pocas veces uno podía escapar. Parecía una gigantesca trampera donde quienes se hallaban en su interior, sólo podían rezar, y poca cosa más.

Hacia el final del día, sentada en el cuarto de costura, Amanda oía

llegar a los niños por el río, al asomarse, los veía en la lancha de maderas lustradas, con su gran farol, aproximarse al muelle junto con Martin, que volvía de los “negocios”, cansado pero feliz.

*****

3.

A la hora en que el sol recorría la mitad de la distancia al horizonte de la Isla, Facundo se incorporaba como un soldado, dejaba sus correrías, y se encaminaba a la casa para comenzar las tareas del principio del fin de la jor- nada. Buscaba leña donde los árboles viejos y secos del anillo más externo del bosque primigenio, se desplomaban aflojados por el terreno pantanoso, brindando la madera seca como combustible para las fauces voraces de la cocina y el hogar. Imitaba, durante el trayecto, el chirrido del ferrocarril, mientras empujaba la carretilla desplazándose por los rieles de su imaginación. Barría la estancia, juntaba agua del brocal y la llevaba a la casa. Luego de humedecer el piso de tierra, separaba una parte para cocinar, que volcaba en la olla de hierro negro, y con no poco esfuerzo, levantaba la misma hasta calzarla en la hornalla. Otra parte debía ir a la jofaina del baño, para el aseo de su padre, y el resto lo volcaba en la pava para el mate de la tarde, que se calentaría junto a la galería con el rescoldo de la vieja cocina.

Los pasos se dejaban oír a la distancia, acolchados por el césped. Sonaban como leves susurros, como si las alpargatas de Julio acariciaran el suelo. “Shhhhht, shhhhht”- imitó Facundo. Desde el vano de la puerta, alcanzaba a ver a un hombre cansado con la guadaña a cuestas arrastrando los pies como si la herramienta lo aplastara contra el suelo. A veces su postura encorvada, algo torcida, balanceando el cuerpo nudoso y seco, con las rodillas como dos protuberancias huesudas asomando en los remiendos gastados del viejo pantalón de trabajo, le arrancaban una sonrisa de tristeza. Sabía que su padre sufría de dolor por los pies, y había momentos en que los gestos grabados en las comisuras de su boca, se lo transmitían. La figura, se recortó contra un cielo de tonos violáceos, caminando con la pipa humeante en la boca, como una locomotora de cabellos grises que no ve la hora de descansar en el terraplén de la estación.

Sentado en la galería, miró los pies de su padre, que al relajarse, se desparramaron por el suelo cuando comenzó la ronda de mate, mostrando el agobio por el esfuerzo de sostenerlo tantas horas erguido y sin hallar respiro en la jornada de trabajo. En esas útimas horas del día, Julio repasaba detenidamente las tareas de la mañana siguiente mientras estudiaba, con los ojos entornados por el humo azulado que retrepaba el sereno aire nocturno, al tiempo que la noche se cerraba en silencio.

Ya en la mesa, Facundo comía sumido en su propio mundo,

esperando una palabra de su padre, cualquiera, que le abriera las puertas de su fantasía virgen por los secretos de la estancia. “Páseme la sal, hijo”, o “Está buena la cena, estás prestando más atención, hijo” eran las frases más cálidas que le había escuchado a su padre y Facundo sabía dónde estaba el alma de ese hombre. Si alguien hubiera preguntado, él le hubiera dicho que la había llevado una mujer, enredada en su vestidito rosado y blanco de percal, mientras agonizaba moribunda mecida entre las lágrimas de una sudestada, acunada entre los maderos de un bote viejo de color amarillo y rojo.

Su madre había muerto en el parto. La muerte se había retrepado por un costado del bote y se había agazapado en su vientre. Había comenzado como suspiros cortos, acallados por el agua de los chaparrones que pulsaba ingresar a los pulmones ahogándola como si la mano huesuda de la parca la tomara del frágil cuello y la apretara en estertores haciendo que el pecho se convulsionara en una danza sin retorno.

A él a duras penas lo había salvado Julio. Consiguió arroparlo entre temblores, envolviendo el cuerpito en jirones de vestido de lunares rosados, que, manchado con regueros de sangre y aún tibio, su padre le había arrancado en medio de la pena ahogada en lágrimas. A salvo de la lluvia y la tormenta, a la mañana siguiente, cuando Julio aún miraba el bote sin ver, con temor de levantar la vista y caer en la cruda y violenta realidad de su compañera inerte sobre los maderos, el Señor Rivarola encontró la embarcación a la deriva con la sombra de un hombre vencido, agobiado por su destino y a punto de ser volcado por las ondas de agua de aquella boa. El hombre sostenía un bultito entre las manos, la mirada perdida y el cuerpito de su niña envuelto en los restos del vestido. Con los ojos llenos de lágrimas, le tendió el bebé aterido, repitiendo una y otra vez “no sé qué hacer ahora”. Martín sollozó con él, con las manos retintas, en la sangre del niño, tendiéndole un brazo amigo a Don Julio Arrechea, empleado de toda una vida, quien no se movería nunca más de la Isla, como no fuera por razones laborales.

Facundo no lloró, tuvo la suerte de no conocer esa madre que lo hubiera acunado y le hubiera contado cuentos las noches en que soplaba el viento del norte. No conoció su rostro, pero en la oscuridad y el silencio nocturno, escuchaba a su padre dormido hablarle al amor de su vida. “mi gringuita linda”, “mi mocita”, y supo en esos momentos que debió haber sido una mujer hermosa y cálida, como las manzanas en verano, como la ducha fresca después de un día agotador, o como la abrigada caricia del poncho en un día gris y frío del invierno.

Martín, José y aún el mismo Facundo, lo encontraban a menudo con la mirada perdida, el mentón temblando y el llanto contenido, con

apenas una lágrima furtiva en los ojos vidriosos. Durante meses había quedado así, suspendido en un limbo entre la realidad y vaya uno a saber qué mundo, enredado entre los pliegues del vestido a lunares de su “mocita” muerta.

En la soledad de las primeras horas de la mañana, cuando creía que Facundo dormía, de vez en cuando hablaba consigo mismo. Con la voz quebrada, a punto estaba de arrojar toda la vida y salir corriendo en busca de la rata que se agazapó en el bote para llevarse lejos a la mujer que tanta falta le hacía. En sueños, le gritaba que lo dejara partir con ella, que no podía vivir con esa herida cruzada en el pecho, porque dolía como un hierro candente en el llanto que se negaba a surgir porque él era un hijo del monte. Descubrió que a menudo, en aquellos momentos en que la pena era tan grande, la respiración fallaba y dolía el pecho, como si una zarpa se deslizara en la piel y la abriera en un tajo, y se levantaba la camisa a veces, esperando ver el pecho en pedazos, asombrado de que los recuerdos dolieran tanto. La extrañaba cuando afilaba las guadañas en el depósito, en la otra punta del parque, y fue allí donde, en la soledad de una mañana, finalmente lloró, y el llanto fue profundo. Surgió a la superficie como la corriente de un río después de la inundación, arrancó las penas como la crecida y la tormenta desgaja los árboles que han crecido mucho y no pueden sostenerse. Lloró hasta que no quedó más llanto y la pena desapareció ahogada en lágrimas, mezclada entre las chispas de los filos de herramientas que aturdían las entrañas con los chirridos de metal y piedra.

Julio se volvió taciturno y silencioso. Cada domingo Rivarola lo invitaba a misa en la ciudad, y él se negaba porque a partir de la ausencia de su esposa decidió aislarse y los límites exteriores estaban marcados también para Facundo, como un sendero de misterios y tierras de desesperanza, donde el brazo protector de Julio no llegaba. Las fronteras eran claras: la casa de la familia Rivarola-Bermúdez, al extremo oriental de la Isla Decepción. El bosque al norte, los fundamentos del puente al este y al sur su imaginación.

La Isla era su mundo, y en juegos imaginarios, soñaba viajar por lugares misteriosos y lejanos, caminando en diferentes direcciones, viajando a través de la Gran Muralla China, o formando parte de las hordas bárbaras. En el Desierto del Kalahari, en una caravana de Tuaregs, o en el Gran Cañón del Colorado, con los navajos o a veces recorriendo el Desierto Blanco de Siberia, a la caza del tigre de la taiga.

A menudo en estas correrías, cuando sin darse cuenta el derrotero lo llevaba al extremo norte, se quedaba en los lindes del mundo conocido, marcado por la frontera entre el parque (cuidado, con el pasto cortado, sin yuyos a la vista) y el pantano. Allí donde daba

comienzo la vegetación anárquica que comenzaba con los pastos altos y de raíces superficiales, en un entramado que parecía acariciar el lodo pestilente, y que a unos centenares de metros se cerraba oscura, enigmática y maligna. Permanecía allí, con la vista perdida enredada entre los troncos podridos y las malezas que se retrepaban ahogando los árboles viejos y grises y transportado por su imaginación a la selva de Borneo, a la caza de fieras impensadas, con la carabina lista para abrir fuego.

Si alguien le prestara atención en esos momentos, lo habría confundido con una estatua más del parque, pero el pánico y la fascinación eran palpables. A menudo se acercaba casi como al descuido, intentando ver más allá, u oler la pestilencia de lo oculto, pero el lodo burbujeante era una barrera eficaz, y pocas veces alguien cruzaba las miasmas. A veces tenía la impre- sión de que la maleza lo observaba desde lo profundo, otras en cambio, sentía la seducción que emanaba de la hiedra y la madreselva que tapizaban los árboles con una florida cortina, artera y maliciosa, aguardando su visita. Pero nunca le era indiferente y pensaba que todo lo raro y lo dañino salía de esa espesura y recordaba la vez que habían tenido una invasión de víboras venenosas, o la vez que había salido de allí un perro rabioso, que su padre sacrificara de un escopetazo en la cabeza.

Aquel día, la pequeña Eleonora jugaba con sus muñecas de trapo y cabeza de porcelana y se refrescaba en la fuente central cuando Julio prestaba atención al silencio denso, y al olor del peligro en el aire.

Estaba reparando la cortadora de césped, con las manos envueltas en el estropajo de limpieza, cuando al elevar la vista lo vio a lo lejos. El perro estaba a cierta distancia y Eleonora se encontraba entre ambos. El animal, agazapado, no quitaba la vista de la pequeña. Desde donde Julio estaba, alcanzó a ver como comenzó a deslizarse arteramente arrastrando el vientre contra el pasto, a pasos cortos y estudiados, con la vista fija, el lomo pegado al sue- lo, el pelaje erizado, y las orejas contra el cráneo, abandonando el amparo de las malezas del bosque, y dispuesta a saltar a la garganta de la víctima.

Julio no podía decir que había visto el peligro, sino que lo había percibido. Si alguien le hubiera preguntado cómo olisqueó el riesgo, hubiera mencionado un gruñido bajo, apenas audible, y perturbador. A la distancia no podía ver los ojos inyectados en sangre del animal, o la saliva espumosa del odio y la locura que enfermaban los sentidos de la bestia. A través del aire, sólo sintió el gruñido de la amenaza que comenzaba en los tonos más bajos, y bastó eso para percatarse de la tragedia que tendría lugar si no intervenía.

La fiera no lo había visto, o mejor la bestia, porque cuando un animal tiene potencialidad para el daño y para la tragedia, deja de ser una animal o una mascota para transformarse en una bestia. Se

trataba de un extraño perro de patas largas y negras y pelaje rojo, casi como un lobo, castañeteando los dientes y arando la tierra como un toro enfurecido con las zarpas desnudas al aire.
Fue sólo un segundo, lo que le tomó saltar desde donde estaba y manotear la escopeta que guardaba cargada en el taller, pero a sabiendas de que no podría dispararla en línea recta al animal sin herir a la niña. Asió el arma y echó a correr con un grito de espanto en dirección a la fiera que se abalan- zó sobre una Eleonora que continuaba jugando distraída hasta que escuchara a Julio y viera con horror los colmillos desnudos y húmedos del animal que ya casi la alcanzaban. Julio gritó más fuerte, y de repente todo el tiempo pareció detenerse. Facundo percibió la realidad como una película en cámara lenta, excepto por el grito de su padre que atrajo las miradas horrorizadas de la madre de Eleonora, Rosalía y José que ayudaban a descargar las compras de la lancha almacén, detenida a un lado del pequeño muelle. Un paquete de harina dejó una explosión albina en la tierra, y la madre sumó su grito al alarido de su padre. Julio tomó la escopeta por la empuñadura, Eleonora, atemorizada por el grito de advertencia, perdió el equilibrio y desapareció momentáneamente en el interior de la fuente cuando advirtió la presencia del animal. Sin dejar de correr y con el campo libre, el hombre levantó el arma y disparó.

La andanada de proyectiles, atrapó a la alimaña en el aire, impactando en el cráneo y pulverizándolo en el acto por el tiro a corta distancia. Como el saco de harina que estalló en el suelo, el reguero quedó estampado en la vereda de piedras, dejando un salpicado sanguinolento y bañándolo en una lluvia roja. Un brazo fuerte se hundió en el agua y sacó a la niña, una Eleonora en estado de shock se abrazó a su madre, que llegaba corriendo en ese instante. Facundo respiró tranquilo, pero no entendió cuando la señora Rivarola-Bermúdez arrancó a la pequeña de los brazos de Julio y la llevó al interior de la mansión.

Aquella misma noche, el Señor Martín golpeó la puerta de su casa. Llevaba el sombrero en la mano, como señal de reconocimiento y respeto. No en la incipiente calva como acostumbraba a lucirlo, sino entre los dedos, como quien sabe que tiene una deuda que jamás podrá ser saldada. Esa noche no venía a dar órdenes ni indicaciones. Una sonrisa relajada iluminaba su rostro de cerámica, y saludó a su padre con el apretón más cálido que recordara Facundo. Cuando Julio se sentó a la mesa, enjugaba una lágrima, y por primera vez, lo vio sonreír. Una atmósfera de paz pareció descender sobre Isla Decepción, pero todo mundo tiene su paraíso y su infierno.

El Infierno de la Isla estaba madurando como una fruta jugosa, como la manzana que la serpiente del río estaba a punto de entregar

en el pequeño Edén de Facundo Arrechea...
*****
4.
"... ancho, liso, y oscuro, reflejaba el tapiz de la noche como si fuera un río de mercurio". Leyó Facundo.
Ya había leído algo sobre el mercurio, no alcanzaba a entender como un metal podía ser líquido. Eso lo tenía confundido. Hasta donde sabía, los metales eran estructuras rígidas y frías y el único líquido que conocía era el agua.
No entendía tantas cosas en su corta vida, como para preocuparse y aquello le pareció trivial y olvidable. No leía mucho. Apenas unas novelas de Emilio Salgari, Julio Verne o Edgar Rice Burroughs, que en los días de lluvia, le permitían volar más allá de la isla. Eran las novelas de aventuras las que le permitían vivir aislado del mundo, con contactos limitados con aquellos huraños y hoscos isleños que se internaban en el mundo apenas domesticado del río. Vivía de sueños y anhelos. A veces era Robinsón Crusoe, en el ambiente desolado de la Isla cuando quedaba en apariencia sola, eran los momentos en que se acercaba a sus confines y sentado a la sombra de las acacias y Jacarandás, escuchaba atentamente los sonidos de la maleza.
A veces Charlaba con José Paci, y le preguntaba acerca del mundo exterior, El hombre le contaba relatos fantásticos moviendo teatralmente las manos. Golpeando, destruyendo y armando en el aire, un mundo de tipos musculosos, máquinas fantásticas, viajes épicos y misterios insondables, fascinado de saberse popular.
José Paci alguna vez fue pequeño. Llegó con su familia de La Pampa. De padres inmigrantes que habían navegado cruzando el ecuador en uno de los incontables viajes en barco a vapor, cuando el carbón competía con el viento. Las travesías, que duraban cuarenta días y cuarenta noches, eran viajes claustrofóbicos. Con un insoportable olor a humo, muchos llegaban tiznados por el hollín, asomados en las cubiertas inferiores como si quisieran oler la tierra, deseosos de volver a pisar suelo firme. Le relataba el viaje con sus padres a través de extensiones ilimitadas de llanura sin pasto y en extensiones aún más amplias de arena sin agua. Facundo, absorto y compenetrado en el relato, se preguntaba como viajarían las plantas a buscar el agua, y como nadie las veía moverse.
Le contaba acerca de globos como los que mencionaba Julio Verne en su libro, volando como hongos multicolores en el azul de un cielo profundo como el océano. De trenes que recorrían praderas inmensas, de aviones, de animales que no conocía, de maravillas y de historias nuevas. Pero ahora, sentado en la periferia del terreno, el mundo tenía una pared verde y oscura donde nada estaba claro.
Por la noche, la luz no se atrevía más allá de la periferia de la lámpara

amarillenta, escuálida, difusa pero cálida, que lejos de ser una compañera, era taimada y siempre amenazaba con apagarse. Cascarudos, polillones, mariposas nocturnas y hormigas voladoras se chocaban contra la camisa del farol atraídas por la insolencia del fuego, mientras los murciélagos surfeaban entre las sombras, alegres por la concurrencia de alimento donde la luz los llamaba.
Facundo volaba, miraba los montículos pequeños del terreno, esos que su padre intentaba eliminar pala en mano, y veía las cimas del Karakorum volando a lomos de un biplano tipo Sopwith Pup, con gafas oscuras, casquillo de cuero y bufanda blanca de seda al viento. Con los brazos extendidos, bordeaba, las zonas bajas de la Isla y se imaginaba sobre las fuentes del Nilo, mientras Livingstone y Stanley se internaban a pie en fila india, a la cabeza de una larga fila de porteadores, y cuando las garzas levantaban vue- lo, el veía flamencos e íbices en bandadas apretadas sobre el Lago Victoria. ¡Mirá, son cigüeñas azules!, exclamaba asombrado a un copiloto inexistente e imitaba el motor, que oyera en la radio a válvulas que la Señora Amanda Bermúdez, ponía a máximo volumen los días domingos, para que todos en el parque pudieran oír.
La ruta de vuelo solía ir del depósito de herramientas hasta las proximidades de la Casa Grande, y torcía preventivamente a un lado, por el camino de acceso y de allí a los pilares de ingreso. Mientras desde la carlinga, el piloto observaba el Castillo de Suleiman en Tierras de Moros, caminaba por la huella desgastada con polvo de ladrillo, mirando de costado como si se asomara desde el biplano y allí, el piloto tomaba una vuelta de ciento ochenta grados y se perdía otra vez en camino al aeropuerto. Finalmente de regreso, piloto y copiloto, aterrizaban en los llanos africanos (el aeropuerto cambiaba de posición convenientemente), y terminaban comiendo asado de jirafa junto a la tribu Swahili.
Los días soleados pasaban de manera similar, y nada ni nadie lo perturbaba, sobre todo cuando el avión desaparecía bruscamente cansado, Facundo bajaba los brazos y se sentaba a orillas del río a comer las manzanas o ciruelas que diestramente quitaba al parque, armado de una caña con una lata clavada en la punta.
*****

Infierno.

1.

Todos los mundos idílicos fallan en algún momento, lo cual tiene que

ver con nuestra compulsión por la búsqueda de la perfección. Si todas las utopías fracasan, la conclusión directa abona la hipótesis de que éstas son quiméricas, por lo tanto todos los paraísos tienen un infierno y uno es la sombra del otro. La semilla del mal está en el Paraíso, a menudo escondida en el sitio más frágil y denso. Como

contrapartida, aun el sitio más oscuro y frío del infierno guarda el germen de la luz, o la memoria del bien en el rincón más luminoso y cálido. Es el motor del cambio, el principio de toda impermanencia. Nada es para siempre, y si hay algo a lo que nos oponemos, es a ese principio.

El infierno se desató una mañana en la isla que, según Facundo y el resto de los moradores de Decepción, fue la mejor mañana desde principios de noviembre. Había una luz especial en el aire. El sol calentaba desde temprano, pero había una brisa fresca, al menos durante las primeras horas del día. El río aún no instilaba la ponzoña de la materia orgánica en putrefacción, atrapada en los bajos, y el cielo era de un tono azul trasparente y diáfano. Había un suave aroma a hortensias y azareros en el aire y las fresias y gladiolos se recortaban contra el césped.

Facundo volaba en ruta a El Cairo en su biplano rojo, con la bufanda al viento, mientras Don Julio juntaba el pasto recién cortado en la carretilla con la horquilla en movimientos acompasados como si danzara. La radio ese día pasaba música de Tommy Dorsey y su banda. En el patio techado, Rosalía sacudía una alfombra con la escoba, levantando una tenue nube de polvo en el aire. De fondo, tras la trompeta, se oían las peleas de Claudina y Eleonora, todo cursaba la normalidad de lo habitual. Claudina salió furibunda de la casa, empujó a Rosalía, corrió al parque y permaneció desafiante contra el extremo norte del mismo. Sus berrinches eran cosa corriente, así que pasados unos minutos, la mucama volvió a apalear la alfombra con la escoba. Mientras tanto, la hija mayor del matrimonio, rascaba el césped con el tacón de su zapato, y gritaba en dirección a la casa. Una película de reverberación opaca se extendió en la Isla. Claudina murmuraba su furia a las sombras de un manzano, cercano al límite donde emergiera el perro rabioso un tiempo atrás, donde las malezas ganaban la batalla y ocultaban la gotera del infierno. Facundo, que en esos momentos pasaba por allí jugando, imaginaba un vuelo sobre las dunas, escaso de combustible y con fallas en el distribuidor, siguiendo las rutas de los camelleros y vigilando las caravanas del ataque de los tuaregs. Comenzó a virar cuarenta grados al Sur, mirando de reojo como Claudina lo observaba y manteniendo los brazos extendidos los inclinó hacia la izquierda imitando el ángulo de giro de un biplano, en el momento exacto en que un reflejo negro arrancó a la niña del lugar donde estaba parada y sumió su mundo en un caos. A toda tormenta antecede un momento de calma, el silencio se expandió sobre la Isla mientras Facundo permaneció duro observando el manzano y la maleza, esperando ver salir a la niña de su escondite en la zona prohibida. Excepto por el movimiento de los pastos y el vaho que comenzó a levantarse por el calor, no se repitió movimiento alguno.

Pasados unos instantes, hasta comenzó a dudar de haberla visto, siquiera.

Rosalía continuaba aporreando la alfombra, ausente y sin percatarse de su confusión. Todo estaba igual que antes, excepto Claudina.

Desorientado y dubitativo, caminó unos pasos hasta el viejo manzano, esperando verla al pié, oculta por el tronco retorcido y calloso, pero la sombra del viejo tronco era demasiado delgada, y cuando lo rodeó se convenció que tampoco estaba allí en la zona.

Algo debió de llamar la atención de Rosalía, porque dejó la tarea que estaba haciendo y fijó la vista en el niño que buscaba algo con preocupación donde instantes antes estuviera Claudina.

—¿Dónde está Claudina? —preguntó.

Rosalía recorrió el parque con una mirada rápida, instantes antes que una angustia agazapada se abrasara a su alma. Dejó la escoba, rodeó el pasamanos del pórtico, y bajó la escalera con pasos trémulos, sin creer lo que sus peores sospechas estaban a punto de confirmar. Un gañido de temor comenzó a crecer y llegó a ella como una niebla gris y opaca. Tardó en entender que el niño allí parado, compartía sus temores y con el pánico en el rostro, ahogado de miedo, intentaba llamar la atención.

Facundo gritó.

Al principio fue un sonido bajo, quejumbroso, como con miedo de ser escuchado, luego el alarido inhumano cruzó los bajos, espantó las garzas y cruzó las aguas hasta perderse en la espesura de la distancia.

Tanto Martín como Amanda, relatarían luego que el horror los había paralizado, y una ola de escalofríos los había clavado en el lugar donde estaban, antes aún de percatarse de lo que había ocurrido. Facundo, con los ojos desorbitados, permanecía allí plantado, donde instantes antes la niña nifestara su enojo, enclavada como una estaca al borde de lo conocido.

Martín corrió a su encuentro sin comprender, Amanda resbaló en la escalinata, en su desesperación por alcanzar a Martín que se alejaba a trancos donde Facundo se hallaba, con el horror y la confusión, con el espanto y la culpa arrastrando los peores temores en una carrera de traspiés y una marea que amenazaba con envolverla y llevarla lejos, donde no tuviera que lidiar con la trágica realidad que la tenía atrapada en aquel terrón en el medio del río, a merced de los caprichos de fuerzas que no comprendía, ni quería comprender.

Las imágenes bucólicas de los tés de la tarde junto a su madre y sus tías, en la galería de la casa paterna, en una suerte de recuerdos dorados, con vestidos impecables, aroma de flores recién cortadas y masas recién horneadas, se desplomaron como un pesado cortinado dejando al desnudo la fea y brutal realidad que la envolvió a partir de

aquel momento.
Ahora el miedo era real.
Ahora el grito le heló la sangre en las venas, enturbió su mente, la arrancó de la vida gris y fácil, y la revolcó en el lodo de la naturaleza más primitiva, como si una bestia enorme la tomara entre sus quijadas y la sacudiera en el aire.
Amanda en particular, declararía que el aullido había cruzado la Isla como una flecha envenenada.
José, Amanda, Rosalía y Martín salieron todos y Julio cruzó los bajos sin mirar el terreno en dirección al lugar donde estaba Facundo. El niño, desen cajado, señalaba el manzano y no cesaba de gritar en estado de shock, hasta que Julio lo golpeó en el rostro con la palma de la mano. —¡Facundo! gritaba –¡Facundo!
Lo asió de los hombros, mientras repetía una y otra vez en un grito. —¡Dígame que vio!
La Isla se sumió en el espanto.
Poco a poco, Facundo comenzó a reaccionar, pero continuaba parado en el mismo lugar, mientras las figuras de los otros comenzaban a desplazarse por el terreno como sombras difusas, corriendo de un lado a otro, y gritando el nombre “Claudina”.
No hubo un vuelta atrás, todo se transmutó en una horrible sensación trágica. Los rostros se ensombrecieron, los actos se tornaron caóticos, las personas se volvieron irascibles e irracionales. El miedo marcó su territorio en la Isla, el mundo pegó un vuelco y tropezó con la alienación y la pesadumbre...
El resto de aquella tarde Martín, Julio y José chapotearon con pértigas largas, punteando el pantano, recorrieron los bosques de tilo y las costas. No había huellas, no había sangre, no había restos ni la niña respondía a sus gritos.
No había rastros de Claudina.
La noche.
¿Nunca había existido? -se preguntó Martín, y rechazó las incoherencias que comenzaban a aflorar tras horas de buscar algún, cada vez más pequeño, rastro de su hija. Caminaba errático de un lado a otro, arrastrando los pies, o a la carrera hacia donde lo llevaban sus miedos.
Revisaron todo. Las fundaciones del puente, las cocheras, el taller, el depósito. Cada uno de ellos buscando donde otro ya había buscado antes. Llegaron incluso hasta las paredes muertas de la tapera en la zona virgen de la isla. —¿Cómo hallar algo en un lugar al que pocas veces se accede? -se cuestionó Julio mientras levantaba los pies del lodazal que rodeaba los restos.
Nada.
¡Claudina! —gritaba Martín, y pensaba en el odio de Amanda, en el

dolor de la niña que no podía gritar, enredada entre las raíces de algún tronco arrastrado por el río. La carga era pesada. El puente sin construir, el aislamiento…, y ahora Claudina.
"¿Cómo vivir de esta manera un minuto más?" -pensó. Revolvió las lonas en los botes escorados sobre uno de los costados, apoyados borda con borda en el espacio reducido donde los guardaban. "Imposible volver el tiempo atrás" -se dijo.
Abrió de un golpe las puertas del taller y revisó el cascarón de la flaman- te camioneta que nunca rodó por la isla como no fuera por darles una vuelta a los niños en el vehículo bajo la mirada reprobadora de Amanda.
Rosalía buscaba en los alrededores de la casa. Podía estar oculta. Castigarlos con su ausencia, como si jugara con la idea de su dolor frente a la posibilidad de su no-existencia. Creía conocerla como si la niña fuera suya. "Ahora es de nadie" -pensó, enjugando las lágrimas que porfiaban escurrir- se de los pliegues de la manga con que intentaba limpiarlas.
Facundo continuaba allí parado. Donde su razón lo dejara, intentando comprender aquel reflejo negro en el rabillo del ojo que cambió su juego y lo transformó en tortura.
Claudina no estaba, y era hasta lógico, nadie puede permanecer una eternidad en un mismo lugar, ni siquiera en la vida, su madre se había marchado temprano del mundo, ¿por qué debería ser diferente para otros? Sin embargo no alcanzaba a entender la mancha negra que pareció al borde de su consciencia, como una mano que se extendía desde la espesura y las malezas que rodeaban el maldito bosque.
Sombras.
¿Fue una sombra, aquello que agarró el cuerpecito por el medio y lo arrastró quien sabe dónde, sin dejarle escapar un grito?, porque ¿qué sombra podía haber a media mañana, a respetable distancia de los árboles viejos, si inclusive el sol salía del lado contrario?
Sombras.
Inclusive, ahora, poco tiempo después de lo ocurrido revivía cada instante una y otra vez, y la memoria traía la imagen de una gigantesca mano oscura que la tomara de la cintura y desapareciera con ella como había llegado.
¿Sombras?

***** 2.

Julio levantó la vista. Tenía el disco del sol de frente. El resplandor no le permitía ver más allá del arbusto que tenía por delante. El aire estaba tan sofocante que le costaba respirar. La cara enrojecida daba cuenta de su esfuerzo bajo la atmósfera calma y pesada del verano y su piel cetrina brillaba perlada por la transpiración. Con la mano como visera, observó el cielo tratando de no mirar el sol, exponiendo

una mano grande y marcada por los cuarenta y tantos veranos de trabajo en la tierra, con dedos largos terminados en uñas generosas pero algo estropeadas por el descuido. Esa tarde sería inclemente, al igual que al día siguiente y al otro. Meneó la cabeza, no había más remedio que hacerse a la idea de que aquel verano sería extraño y definitivamente quedaría marcado a fuego en la memoria.

Desapariciones. Inundaciones. Días tórridos. No había atisbo de nuevas tormentas y peor aun las jornadas agobiantes no darían respiro.

Se sentía embotado. Ligeramente malhumorado y con un leve malestar en las piernas, agudizado por un dolor de pies surgido de su pie plano y un notable arco vencido que le daba un aspecto algo deforme a su andar. Las várices que se dibujaban en las piernas como anastomosis de hebras azuladas, sumaban su molestia a su lento andar de pato que lo hacía reconocible a la distancia. Todas las tardes se volvían duras. Sobre todo bajo el tiempo inclemente. El calor extremo, o la lluvia y también el frío, eran una constante en su vida, y el sentimiento derrotista a veces lo apesadumbraba más de la cuenta. "¿Qué más da?" -se dijo mientras revisaba el arbusto de camelias próximo a la fuente que parecía arrancada de un libro de postales de la Alhambra.

Inclinado, tijera en mano, seleccionaba las ramas que se abrían ralas escapando al diseño que primorosamente le otorgaba a la copa del mismo. Mientras las elegía, mantenía estricta vigilancia sobre los regueros ocultos de los insectos en las proximidades del cantero, senderos que semejaban ríos de barro en el tejido verde del césped.

Entrada la primavera, y la temporada de lluvias, parecían pulular como las várices de sus piernas. El control que ejercía sobre el jardín era, en esa temporada, más estricto ya que los arbustos se cargaban de pimpollos que prometían vestirlos con una orla de flores blancas de suave aroma dulzón. Las camelias eran las preferidas de la Señora Amanda, y por lo tanto cuanto más perfectas fueran las flores, mejor la relación entre ambos.

Un alguacil zumbaba con sus alas de cristal en el minúsculo espacio entre Julio y el arbusto, intentando posar su anatomía y tomar aliento en alguna rama y a la sombra, a fin de recuperar fuerzas. Pequeñas moscas revoloteaban en una danza alocada a contraluz, como si la temperatura del aire, tuviera alguna mágica influencia en el revoloteo errático.

Levantó el ala del sombrero de paja, se irguió y esperó a que alguna brisa amable le diera un respiro. Tomó agua de la botella que descansaba a sus pies y se volcó el contenido restante en la cabeza, mientras con la otra sostenía el sombrero. Se sacó el pañuelo bordó del cuello y mojado como estaba, lo restregó en el rostro. Un bienestar pasajero lo inundó, y dejó escapar un suspiro silencioso y prolongado,

como maquinaria vieja recalentada.
Miró hacia el río, esperaba que la vida de la isla fuera lentamente recobrando el ritmo de la normalidad, pero era sólo una expresión de deseo, una pequeña esperanza de que las cosas, de una manera mágica, volvieran la página hacia atrás y se pudiera leer con un suspiro de alivio nuevamente como si nada de todo lo ocurrido formara siquiera una mínima parte de su realidad. Como era de esperar, esas alteraciones de lo cotidiano no tenían una vuelta atrás, Facundo no estaba a la vista, como solía estar en ese horario. No recordaba haberlo visto desde... temprano por la mañana.
Claudina.
Le parecía verla allí frente a él, pequeña, luminosa en su vestidito de tonos pasteles, cuando se acercaba tímidamente a él con la fresca insolencia de la niñez, para pedirle algunas flores para Amanda o para la misa de los domingos, o un clavel para el traje dominguero de Martín.
Julio se esmeraba en esos momentos. A menudo jugaba con Claudina a darse un toque de importancia en la elección de las flores, como si se tratara de un asunto sumamente trascendente. Mientras, la niña lo observaba y no perdía detalle de sus movimientos. Con el tiempo, Julio se volvió meticuloso y revisaba las flores una por una, como si fuera a descartar las mismas frente a alguna imperfección.
Claudina. Aún tenía su rostro y sus pasitos ahogados por el césped, intentando cumplir el recado con la velocidad y la eficiencia de las primeras tareas, muy grabado en la retina.
Recordaba los claveles para el traje de Martín. Eran perfectos. El tamaño de la corola, la forma de los sépalos, la simetría de los pétalos, y la inserción de la copita en el tallo "...es una copita de Dios", decía simplemente Julio, cuando le entregaba la flor a la niña para el padre. Las elegía como quien dedica su tiempo a una obra de arte, y las flores eran las obras de arte de Julio. A menudo parecían esas flores de porcelana de la jofaina de Amanda, que Rosalía lavaba con esmero por las mañanas.
Un juego exquisito, digno del baño de un rey, y no el balde y la lata que tenían él y Facundo en el suyo. Una oleada de vergüenza ascendía el rostro del trabajador, entonces sacudía la cabeza con enojo y volvía al trabajo. No es que deseara el mismo trato. Nada le parecía más inadecuado para ellos que el juego de porcelana. Era vergüenza, porque sólo tenían latas para su aseo íntimo, y después de todo eran los detalles que marcaban la diferencia entre ellos.
Se miró las manos, rudas, ásperas, toscas, uñas amarillentas, mal cortadas, curtidas por el sol y el agua, resquebrajadas, surcadas por arrugas y curtidas como un cuero ajado... ¿porcelana? Meneó la cabeza, negando. El sol le estaba afectando. Se acercó a la fuente y

hundió las manos en el chorro de agua fresca y clara, se mojó el cuello, mientras desde el pórtico, Rosalía lo miraba con gesto entre sorprendida y divertida.
A escondidas, a menudo lo observaba y se sonrojaba por los pensamientos que se le cruzaban cuando el jardinero andaba en las proximidades. Aquella tarde, estaba barriendo el pórtico para la hora del té, y limpiaba la mesa cuando se percató que el hombre se acercaba a la fuente. La piel le parecía sumamente atractiva, perlada por el sudor de la exposición al sol, sus músculos fibrosos, y el agua que se empeñaba en mojar la camisa en regueros despertaban todo tipo de sensaciones. Se imaginaba..., comenzó a barrer enérgicamente, para eliminar esos pensamientos de su cabeza, sabía que Julio no era consciente de lo que producía en ella. El hombre y su hijo, tenían demasiado en que pensar para sobrevivir, antes que fijarse en rearmar una familia con una advenediza. Una lágrima pequeña comenzó a formarse en la esquina del ojo. Tenía derecho a una familia, a criar sus propios hijos, a amar a un hombre. Con un movimiento de su falda, dio por terminada la limpieza y confundida entre los pensamientos que se agolpaban, entró a la casa a sabiendas que las cosas distaban mucho de terminar como deseaba día a día.
Julio terminó de refrescarse. Con un gesto ocioso hundió las manos entre las arvejillas y camalotes de la fuente, sólo para sentir como se adherían a su piel. Se volvió y miró el parque desde ese lugar. Impecable. Por poca cosa el Edén le sacaba ventaja. -pensó. Sentía orgullo de su trabajo y de los resultados, pero de ahí a considerarlo un Edén, había una cierta distancia, reflexionó mientras cambiaba la vista y pensaba que desde el pórtico la visión debía ser más imponente. Rara vez Martín y Amanda salían a tomar sol, ella sosteniendo una sombrilla con encajes, blanca y amarilla, primorosa en sus tonos pasteles, él con un pantalón blanco y un saco a rayas, delicado y rematado por un canotier blanco. Solían bajar las escalinatas después de la hora del té, los domingos, y caminar los senderos de la isla en un recorrido errático, si los mosquitos lo permitían y siempre tomados del brazo.
Con un gesto mecánico sacudió la cabeza, y volvió al trabajo.
La realidad lo llamaba. Esa mañana había observado en los rosales delanteros, ciertas manchas pequeñas, pardas en los pétalos de las rosas. Era hora de que los rociara con algún remedio, y abonase la tierra con algo que corrigiera ese defecto temprano. Julio conocía la peste. “podredumbre gris” era el nombre, recordaba para sí. Se trataba de un hongo que era típico de épocas lluviosas y zonas húmedas, de hecho, luchaba contra esa enfermedad todos los años, cuando aparecían los pimpollos.
Se sacó el pañuelo bordó del cuello y volvió a secarse el rostro.

Soñaba sentarse en la galería con los pies desnudos, y un mate en la mano. Una sonrisa dibujó un pliegue casi tierno en su rostro al pensar en el descanso prometido y en los mates que le cebaba Facundo.
Facundo. Meneó la cabeza, no llegaba a su hijo.
Había una barrera invisible entre él y el niño, y no era que hubiera hecho algo especialmente malo, “o tal vez sí”-se dijo.
No estaba muy seguro acerca de qué tipo de relación quería con el retoño de Antonita, pero le cortaron la posibilidad de ser padre cuando dejó el cuerpo de su amada a merced del río.
Volvió a acomodarse el sombrero para que el sol no lo cegara, acomodando los mechones ligeramente canos en sus sienes, y se arrodilló al pie del arbusto.
Julio estaba dispuesto a reconocer que se limitaba a ser padre con el ejemplo: trabajo, honestidad, respeto, confiabilidad y lealtad, cualquier cosa fuera de eso, se fue con su Antonita cuando la sombra hedionda de la muerte retrepó la borda del bote y se la llevó para siempre.
Un sendero apenas visible, oculto a medias por el césped quedó en evidencia cuando inspeccionaba el área a la sombra del mismo. — ¡Pero qué... malditas! -murmuró. El camino de los insectos hubiera pasado desapercibido, de no hincarse de rodillas para la inspección, ligeramente oculto bajo las hojas de la gramilla, la actividad de las hormigas era intensa. Siempre le asombraban aquellas minúsculas criaturas en su frenesí devorador, lejos de darse por vencidas frente a su persecución, cambiaban constantemente de estrategia para burlar su vigilancia. Se cruzaban en el sendero innumerables veces con una contracorriente de cortadoras, como si esa pequeña vía fuera una ruta de doble mano hacia el hormiguero, que los diminutos seres mantenían oculto la mayor parte del tiempo, hasta que su crecimiento era demasiado evidente.
Lo que más llamaba su atención era la selección de especies a depredar que hacían las muy desgraciadas. No había duda que atacaban primero lo más suculento, y luego cuando daban cuenta de ellas, seguían por el resto hasta dejarlas desnudas y desprovistas de toda voluntad por recuperarse, reducidas a meros tallos pelados, descarnados y retorcidos y condenados a una muerte segura.
A menudo inspeccionaba los rosales, jazmines, claveles y margaritas a sabiendas que en plena floración las plantas se volvían más débiles y por lo tanto se ponían en la vidriera del menú para cualquier alimaña, hongo o cosa que las atacara. Con los dedos comenzó a separar la gramilla e inició la tediosa persecución buscando la fuente de aquella procesión destructiva.
En cuatro patas, gateó rumbo a un pequeño sector donde los senderos del parque se cruzaban en una suerte de red en el intrincado diseño;

“senderos como mis várices” -pensó. El paralelismo entre sus vénulas, con el dibujo que las hormigas trazaban en el lugar, se le antojó un tanto original, y con una sonrisa a punto de despertar en su rostro, continuó gateando mientras desde el garaje José lo miraba divertido. Bajó la vista y le restó importancia, no sería la primera, ni la última vez que el otro empleado de la finca lo vería en una postura poco elegante, ni la primera vez que se le acercara para deslizar una broma acerca de su parecido con un perro.

La persecución lo llevó a la zona donde el polvo de ladrillo del sendero, abría el manto apretado de la grama, y allí, casi oculto entre algunas piedras que demarcaban la vereda, halló los orificios de entrada al hormiguero. Con eficacia acostumbrada se irguió y tras pasar por el depósito, vertió querosene en el mismo, y polvo hormiguicida en el recorrido de la senda. —Uno menos.-dijo. Agachado como estaba comenzó a erguirse, luego de acomodar el sector pero algo en el suelo congeló su movimiento antes de concretarlo.

A la distancia José lo observaba interesado, se limpiaba las manos engrasadas. Sostenía un manojo de estopa ennegrecida en una mano y un pincel en la otra. De entrada interpretó el movimiento de Julio como un refle- jo de un dolor surgido de una mala postura. —Viejo carcamán -susurró con una sonrisa apenas esbozada en su boca torcida por la burla socarrona contenida. Se acomodó el bigote con un gesto teatral y al oler su mano, recordó la tarea que dejara inconclusa. No prestó atención al gesto de estupor primero y horror después, que cruzó fugazmente la cara del jardinero como un nubarrón negro cargado de malos augurios.

José Paci Saldivar. Buscavidas devenido en cochero, mecánico, motorista y tornero, decidió afincarse en la isla cuando Martín llegara a su taller invocando el buen nombre de un cliente y pidiendo referencias de un paisano de mala fe, que de haberlo contratado, le hubiera generado más de un dolor de cabeza.

Fue su don natural de armar y desarmar motores, el amor a la soldadura, su minuciosidad detallista en las terminaciones de todo tipo de vehículos, motores, engranajes y aparatos el que finalmente ató su destino a la geogra- fía del delta.

Retrospectivamente, no era muy viejo en ese trabajo, apenas unos tres o cuatro años, y seguramente no tenía todo el día ocupado, pero la paga era lo que más o menos sacaba del taller en mes y medio de engrasarse diez horas al día seis días a la semana. No obstante, tanto él como Julio, devenido en Jardinero, eran piezas claves en el funcionamiento de “La Tía Amelia”.

Varias veces había evaluado la posibilidad de largarse, pero se sabía grande para enfrentar un mundo cada vez más competitivo, y cada vez

más inseguro.
Con la inundación el aislamiento, la ausencia del puente que interconectara “La Tía Amelia” con otras islas y con tierra firme, los vehículos perma- necieron guardados. Ahora aprovechaba a ponerlos en condiciones y tenerlos listos para cuando se necesitaran. En ese momento, el distribuidor de la camioneta Ford T 1919, que cada tanto limpiaba de los residuos de la combustión. Simplemente se limitaba a dejar las partes en querosene y cepillarlas hasta dejarlas como nuevas, mientras el solvente se cubría cada vez más de impurezas y residuos aceitosos. Mentalmente armaba y desarmaba las innumerables piezas que se limpiaban para asegurarse de no perder ninguna. Cada tanto sus recuerdos volaban a los tiempos en que Don Hernando, su Jefe en los talleres ferroviarios, le enseñara los secretos de la mecánica mientras recorría, aceitera en mano, las locomotoras despanzurradas en Retiro.
A la corta edad de dieciocho años, su familia migró del campo a la ciudad y pasó a vivir en una habitación de una pensión en las cercanías de Constitución. Su padre consiguió un puesto en un frigorífico y comenzó hombrean- do medias reses de los camiones que llegaban del matadero. Volvía fatigado y su madre aplicaba una vieja receta de su abuela para frotarle los hombros endurecidos que poco a poco comenzaron a engrosarse. Hombre simple, no vacilaba en trabajar en lo que fuera, y por darle mejor futuro a su hijo, lo llevó al ferrocarril donde se avizoraba crecimiento personal. Parecía un futuro promisorio, y de entrada fue ubicado entre hombretones, en la zona de los talleres. Desde niño amaba el olor de la grasa, la fluidez del aceite y la sensación sólida de los fierros, pero por sobre todo, le parecía mágica la forma en que las piezas engendraban un todo con capacidad de movimiento. Lo más cercano al poder divino de la creación. De cualquier manera, trataba de no manifestar sus impresiones, no creía posible que alguien estuviera a la altura de sus delirios. Para el viejo Hernando, fue el alumno perfecto, ambos compartían la misma impresión, las máquinas eran maravillas de la tecnología que la revolución industrial había dejado de legado al presente.
Recordaba haber pasado una innumerable cantidad de horas entre calderas, bielas, pistones válvulas y cigüeñales. Aprendió, entendió y compartió. Fueron tiempos duros, pero aprendió con el mejor. Ahora el motor no tenía secretos, y llegó a tocar el cielo con las manos cuando los hombres del taller quedaron asombrados frente a su capacidad de integrar todas las piezas y hacerlas funcionar como un mecanismo de relojería. Dominó la fuerza del vapor a través de las válvulas, y el movimiento a través de la presión. José sacudió la cabeza. Recuerdos.

Retazos de vida color sepia, borroneados por la niebla y la distancia temporal.
Recuerdos. De eso estamos hechos los hombres.
La mente se le hacía un telón blanco y los recuerdos... una película. Como las que, había escuchado, daban en algo llamado cine, y que muy recientemente había estrenado imagen y sonido, según el señor Martín impactante y real. A veces se perdía en sus pensamientos que se trenzaban como los eslabones de una cadena.
Julio se había repuesto y continuaba inclinado sobre el césped, él tenía un trabajo que hacer, se volvió y entró al garaje.
En el suelo, una huella estaba impresa en el polvo de ladrillo. Perfecta, de bordes casi completos, netamente definida, se delataba insolente en la geografía de la finca, sin embargo algo no encajaba.
Al principio estaba duro, inclinado en un ángulo absurdo sobre el suelo, el hallazgo lo tenía impresionado a tal punto que no recordaba haber sentido el dolor en los pies que ahora sentía como un taladro en la planta. Julio no alcanzaba a absorber el impacto de lo que estaba viendo, y mentalmente se trasladó a su casa y a Facundo, como estrategia para resguardarse de la locura. Se estaba dejando llevar por el trabajo antes que plantearse su incapacidad de comunicarse con Facundo.
El trabajo y Facundo, con o sin él, y por delante... quién sabe, su propio destino. Sacudió la cabeza, sabía que no era eterno, no creía en la salvación, sobre todo porque había dejado de concurrir a misa, pero era temeroso y supersticioso, y alejó ese pensamiento de su mente, no fuera cosa que la huesuda girara la cabeza en su dirección. A menudo esa idea pasaba por su cabeza, y la posibilidad de la existencia de un lugar acogedor, al que él por propia decisión había desistido, lo tenía cuando menos preocupado.
¿Dónde iban las almas de los difuntos, cuando el cuerpo moría? ¿Dónde estaría ahora su compañera muerta por culpa suya, cuando la dejara embarazada? ¿Cuál sería su castigo? Preguntas que se hacía sin poder responderlas y aquellos que creían tener la respuesta, habían intentado tranquilizarlo al respecto aludiendo a designios divinos. Pero si todo era así, si realmente Dios tenía designios que el hombre no alcanzaba a vislumbrar y si el orgullo del hombre, la poca humildad frente a Dios obligaba al hombre a cuestionar esos designios... Dios... ¿por qué sacarle a él, hombre humilde, trabajador, su amada Antonita? ¿Por qué no llevarse a otra? ¿Tan codicioso era el Supremo, que no pudo verlo feliz?
Estaba seguro que algo más había allá arriba, pero no podía entender, desde su simplicidad, la abnegación, la compasión y el amor que requería comprender los actos divinos. No como se lo quería dar a entender el curita. Tal vez se tratara del cielo del Señor Martín, y la

señora Amanda, pero para nada era el suyo. Los conceptos abstractos de la teología escapaban a su comprensión. Para empezar, una religión donde el precepto básico de la trilogía Padre-Hijo y Espíritu Santo, eran dos y terminaba en uno, El Padre.
El concepto en sí, escapaba a lo que su alma sencilla estaba dispuesta a comprender. Sujeta a los vaivenes del trabajo manual, y la lucha por la dura subsistencia, se traducía en el jornal puro y simple. Definitivamente, y para Julio, aquello era imposible e ininteligible.
Con el ceño fruncido, cavilaba acerca de estas y otras cuestiones, mientras evaluaba profundamente acerca de los pasos a seguir. Miró en derredor, no tenía sentido buscar otra huella en el terreno, el césped crecía apretado, y de seguro no guardaría registros del andar del animal. Aquel había sido un hallazgo fortuito, y no tenía idea de por qué una simple huella generaba esa angustia en su fuero más íntimo.
Aquella noche, los sueños se poblaron de sombras contra la cortina pálida de una niebla irreal. No podía distinguir las formas de aquello que lo asediaba, y sabía (aún en sueños) que interpretar las formas era crucial para su supervivencia.
En los días siguientes no habló con nadie de su hallazgo y sus temores. El miedo surge de aquello que no podemos ver o nombrar y nombrar algo era darle razón y limitarlo a la porción de la realidad que vive aquel que menciona el nombre. De alguna manera lo no-nombrado mantenía la circunstancia, el “ser” en el ámbito de lo mítico y legendario.
Aquellos días fueron oscuros y fríos. La niebla, un velo que se extendía por las mañanas, crecía del río y se desplazaba sutil y artera sobre el terreno próximo a las áreas habitadas de la isla.
Una y otra vez, Facundo repasó las circunstancias con su padre. Luego fue la policía y más tarde los bomberos rastrillaron lo rastrillado por la policía y la policía rastrilló sobre lo actuado por los bomberos. No entendía qué era lo difícil de su testimonio. El bosque la había llevado. La mueca fugaz en la cara de Claudina, en el momento del rapto, permanecía congelado en su memoria. Dolor en un gesto mudo, sorpresa helada sin grito, el sollozo ahogado en el rostro, mientras la fuerza surgida de lo más primitivo del bosque la arrancaba de todo lo conocido. Era todo. Relataba esto una y otra vez, sentado en la fuente mientras los agentes recorrían la isla, los bomberos hacha en mano se cruzaban y juntos (policías y bomberos) intercambiaban comentarios y chismes en voz baja.
Desde un bote, algunos agentes revolvían el río con pértigas largas, como si de repente el mundo se hubiera vuelto patas arriba y los gondoleros venecianos llevaran sus botes por el río Lujan.
Todo inútil. Claudina, no aparecería por allí. Estaba claro que no

registraban el lugar correcto. Desde lo más profundo de su razón, quería gritarles que el bosque la había llevado, pero un agudo sentido de alerta le indicaba que la gente ignoraba ese rincón de la isla, y nada de lo que hiciera o dijera, los haría cambiar de opinión. Todos los rastrillajes llegaban hasta el mismo hediondo lugar y una fuerza invisible parecía contenerlos, ¿Era eso?, ¿o realmente era tan estrecha la faja de terreno hasta las orillas mismas, que no necesitaban inspección?

En los días que siguieron a la tragedia, toda suerte de personaje hollaron los senderos de la isla: Adivinos, magos, sabihondos, detectives, policías, jueces, abogados. Todos transitando los caminos de su tragedia, porque Martín, estaba cuerdo, extraña y desoladamente cuerdo.

Amanda había tomado un camino más fácil, en cambio. Su cerebro lucharía durante meses entre la realidad de la ausencia de su hija y los mundos irreales, construidos como estrategia de su mente para permitirle sobrevivir a la tragedia. Una y otra vez repasaría en silencio y soledad los mismos hechos, los mismos rostros demudados, los mismos gestos, las últimas palabras, los últimos descuidos, como una torturante cinta de Moebius sin principio ni fin, como aquel maldito río que los había cobijado para después sorber su vida y su cordura.

Una sombra, un relámpago, un movimiento sutil y las garras hediondas y podridas de las acacias negras que se enganchaban en los cuerpecitos y los arrastraban por entre las sombras y las ramas, vaya uno a saber dónde.

***** 3.

La radio, hacía tiempo que ya no se oía. Facundo extrañaba el sonido, sobre
todo los domingos.

La casona ahora, estaba muerta. Los postigones permanecían cerrados y los hermanos de Claudina, cuando se hacían visibles, vestían luto.

Esa semana, hasta el sol permaneció ausente.

Tras el manto denso de niebla casi permanente, el cielo, se fue cerrando hasta desembocar en una nueva tormenta. Otra vez la cortina de agua. El río dejó de escucharse, y según las crónicas de la época, el Delta vivió una de las más fuertes sudestadas que se registraran en la región. Las compuertas del cielo se descargaron y la actividad cesó. Claudina continuaba perdida.

Con la tormenta, y luego de tres días, la cantidad de personas abocadas a la búsqueda mermó y los días subsiguientes se redujo a una mínima expresión. La rutina se tragó el horror y en los alrededores todo, o casi todo, volvió a la normalidad. En la finca, las máquinas dejaron de funcionar. Para Facundo, hasta la guadaña

sonaba como si cortara mortaja y el tiempo parecía dilatarse tanto, que cada actividad que emprendía la sentía eterna. Rara vez veía a alguien y hasta su padre se perdía largas horas en algún ignoto rincón de la isla o los alrededores. Cuando pasaba la lancha almacén hacía sonar su campana pero el tañido ya no era lo mismo. Era un sonido apagado, como si el tendero la tomara entre las manos para que sonara triste y sin vida. En esos momentos el señor Martín se quedaba un largo rato en el muelle, fumando con el gesto de dolor cortado en una profunda mueca, y acuciando las largas horas de insomnio que fueron dejando huella alrededor de los ojos y la boca. Facundo lo veía más viejo y encorvado, más ausente y perdido.

Un domingo, pasados un par de meses, La finca quedó desierta. Sus habitantes partieron a una misa alegórica y extrañamente no le habían avisado. Julio no estaba a la vista. Facundo comenzó a sentir por esos días, que el personal de la isla parecía haber hecho una transferencia de culpa hacia su persona. El hecho de que él fuera protagonista directo del rapto de Claudina, lo transformaba en sujeto “no-grato”. Como si la desgracia hubiera necesitado un testigo para llevarse a cabo. Con la llegada de la tarde, el miedo agazapado mordía los huesos, y transitó las horas en silenciosa expectativa, observando a lo lejos, el extremo maligno del parque donde Claudina los dejara a solas con sus miserias.

La tarde devino serena y calma. La tormenta se había descargado y el cielo ahora lucía despejado y limpio. Sólo se animó a cruzar a la casa y rescatar un trozo de garrón hervido de la noche anterior con algo de pan y una manzana. Comió sentado en el muelle de descarga, con la vista clavada en la vegetación, y los músculos tensos y listos para iniciar la carrera y ocultarse, si algo surgía de las sombras.

La lancha que los traía de vuelta, tardaba en presentarse. Mientras él mascaba tironeando del cartílago, e intentaba tragar los resecos pedazos de carne, escuchaba los sonidos del pasto entre bocado y bocado. Entre otras cosas, en esos momentos extrañaba la presencia paterna. La figura omnipresente de Julio y el silencio, y aunque no hablaban, sentía que su padre podría resolver cualquier situación por complicada que fuera y entre esos sentimientos que se iban gestando en el Facundo niño, comenzaba a notar cierto rencor a Claudina, cierto odio manifiesto por alterar ese frágil mundo que había aprendido a tolerar, cuando no a querer. En su fuero íntimo la odiaba porque de una forma u otra, había puesto en evidencia lo que él ya sospechaba o sabía, que su padre lo culpaba en silencio por la muerte de la mujer amada.

Si bien lamentaba no estar con su padre en ese momento, odiaba el silencio y la soledad, y en particular le molestaba ese mutismo al que lo tenía confinado.

Estaba en su propio infierno, esperando la llegada del diablo.
Siguió mascando por un tiempo, y se negó a tomar agua, con la secreta esperanza de atragantarse, y con el temor de morir ahogado, sólo y sin asistencia. El dolor era cada vez más fuerte. Le saltaron las lágrimas de furia, hasta que no pudo controlarse más, y corrió al extremo del parque donde desapareciera Claudina, y gritó desencajado, fuera de sí, hasta quedar ronco y temblando. Durante algunos instantes permaneció quieto. Helado. Consciente del lugar donde estaba, pero incapaz de moverse, sin alcanzar a entender la estupidez de sus actos ofreciéndose como carnada viva de cualquier cosa que morara en el bosque cercano. Al principio todo parecía normal y tranquilo. Sumergido en la aparente calma placentera del silencio en los alrededores. Estaba allí, con la mirada enredada en el follaje cuando creyó notar sutiles movimientos entre las ramas, como si algo pesado se desplazara entre ellas, por encima del suelo, ocultando aquella "cosa" que percibía su miedo y fijaba su mirada en él, midiendo el riesgo de atacarlo. Un movimiento sutil en el pastizal cercano, le arrancó un grito de pánico. Facundo se volvió y corrió a la casa mientras una exhalación cruzaba el pantano a sus espaldas.
Cerró la puerta de un golpe y apoyó la silla contra la misma, repitiendo una y otra vez el nombre de su padre entre sollozos. Permaneció parado frente a la puerta un tiempo prolongado, esperando no sentir nada más que el viento en la vegetación, pero el miedo era como una sombra, lentamente crecía con la llegada de la oscuridad, y se le ocurrió que quizá podría escribir todo aquello para exorcizar la presencia que venía por él.
La luna comenzaba a brillar en el cielo vespertino, como una moneda plateada iluminando las penumbras en ciernes. Tratando de hacer el menor ruido posible, se calentó algo de la leche de la mañana, le agregó azúcar y tomó un mendrugo de pan de la bolsa colgada a un costado de la mesa. Revolvió los trastos dispersos y tomó un viejo cuaderno que Julio utilizaba en algunas ocasiones, y con un lápiz negro, comenzó a escribir mientras tomaba la merienda. Un sonido aislado, lo sacó del estado de concentración donde se había refugiado.
Algo andaba por las cercanías. Se acurrucó en un rincón oscuro y permaneció apretando el lápiz contra el cuerpo, tratando de no hacer ruidos con el papel, y conteniendo la respiración. Nada.
Lo que fuera que provocó el ruido, no volvió a repetirlo.
De a poco comenzó a moverse, recuperando algo del valor perdido. Era el momento que aguardaba aquello que se movía en la oscuridad, y cargó contra la puerta. Un grito involuntario cruzó la isla y el golpe contra la vieja estructura se repitió. Ahora el pánico le atenazó las piernas, le pegó los pies al suelo, y lo sacudió en espasmos. Comenzó a hiperventilar, salió del escondite y corrió a la habitación de su padre.

Allí permaneció a la espera del Juicio Final, porque una nueva carga contra la puerta, hiso saltar la silla por los aires, partió el marco y lo que fuere se abalanzó sobre él en medio de una espesa oscuridad. Como si esa presencia oscura reparara en él, allí parado a un costado de la cama. El pánico lo tomó de la garganta, y mientras jadeaba al borde de un ataque, creyó ver un rostro ajado y maligno abalanzarse con las fauces abiertas y los ojos amarillos encendidos como dos antorchas ígneas. Los dientes se cerraron en su hombro y dejó escapar un grito agudo mientras el cuerpo iniciaba un temblor violento y los cabellos se le erizaban en un rapto de pánico.
—¿Qué hace acá m´hijo? -sonó la voz alerta de Julio en la noche con la mano nudosa en el hombro del niño.
Facundo ahogó el llanto y reprimiendo el impulso de abrazarlo, se volvió temblando con la garganta reseca por el susto.
Afuera, no muy lejos, una presencia se fundió en las sombras.
*****

4.

Amanda solía frecuentar el Club de remo del Tigre, y junto con algunas damas de la sociedad, realizaban lo que ellas interpretaban como actividades de beneficencia. Organizaban reuniones sociales, tés y almuerzos para juntar fondos, que escasamente superaban los gastos de organización. La columna de sociales de los periódicos locales se nutría de dichos eventos dando cuenta de la presencia de las damas patricias en la geografía del Delta con lujo de detalles.

Aquella tarde, una reunión tenía lugar en la terraza del Tigre Hotel, que se extendía como una galería sobre el pórtico y la escalinata de acceso hasta recortarse sobre las aguas mismas del río: Amanda festejaba sus cuarenta años en el medio de una tarde rutilante. Sentados en mesas elegantemente dispuestas para tal fin y mientras el servicio era distribuido por mozos de librea negra y levita, los invitados comentaban sobre los remeros que impulsaban los botes con aspecto fornido. Vestidos a la moda con ropas deportivas, de piel oliva y lustrosa que contrastaba contra el blanco de las prendas de algodón. Los jóvenes buscaban lucirse a la vista de las parejas que caminaban en el Paseo Victorica.

Las aguas leonadas sorbían el calor del atardecer y la brisa fresca se derramaba sobre las mesas de invitados en medio de farolas y rosales. Los mozos se desplazaban flotando sobre el piso nuevo como en un ballet al ritmo de la música de la banda, que sonaba impecable para que los bailarines se deslizaran con los compases diáfanos de la música de foxtrot. El sol pintaba trazos dorados y cortos como un cuadro de Sisley. El Rio Lujan lamía las costas con admiración y las luces comenzaban a alejar a las sombras, pintando la silueta del Hotel del color de la luna.

Entrada la noche, Amanda dejó de ser dueña de sí. El alcohol temprano la había relajado primero, y luego deprimido. Separó la silla hacia atrás ruidosamente y se puso de pié, levantó su copa para brindar por Claudina, expresando públicamente su odio por la Isla a la que bautizó “Decepción”. Uno a uno los retó silenciosamente a levantar su copa y compartir el brindis, hasta llegar a la cabecera, desde donde Martín la observaba molesto, porque comenzaba a mostrar comportamientos fuera de lo usual, productos de la profunda pena y el vacío que Claudina provocara en el seno familiar, que sumados al hecho de no hallar una explicación y un culpable, provocaban que poco a poco, Amanda le comenzara a perder el respeto.

Sintió las miradas concentradas en él, nervioso se llevó la mano a la cadena del reloj y miró la hora con fastidio mal disimulado. Era temprano, sin lugar a dudas Amanda había bebido en la casa. Torció la boca, con gesto afectado tomó la servilleta de lino y se limpió la boca antes de pararse. Levantó la copa, que un mozo llenó con champagne, y con el desagrado en el rostro dijo: —En memoria de Claudina, es todo lo que pienso decir.

*****

5.

La finca “La Tía Amelia” estaba enferma, y comenzaba a mostrar el deterioro del abandono.

Otoño. Las flores aún estaban cuidadas, pero el parque vestía la mortaja de la tristeza. El tiempo discurría como si la Isla estuviera encerrada en un reloj de arena, en donde las heridas escurrían y cerraban, pero la cicatriz quedaría por siempre.

El sol salía aunque ya nadie festejaba el buen tiempo. El pórtico estaba desolado, las fuentes rara vez funcionaban y lentamente las matas de azaleas y hortensias crecieron en forma descontrolada. Amanda se recluyó. Soportaba la carga de su amargura encerrada en el cuarto de costura, o desde su habitación, parada contra la ventana observando el rincón boscoso de la propiedad, con la esperanza de ver salir a Claudina por entre las sombras enfermas de los árboles viejos y podridos, como se le antojaran luego de la tragedia.

Martín se ausentaba en períodos cada vez mayores y ahora no sólo bebía con amigos sino que se daba al juego y a largos paseos entre bares y reuniones cada vez más prolongadas en casas de mujeres deseosas de consolarlo. Los encuentros con su esposa se transformaron en eventos raros y casuales, sin diálogos ni miradas.

A menudo cenaban en la mesa de caoba lustrada en la estancia principal, donde el gélido silencio torturaba a los otros niños, él en una cabecera y ella en la otra. El pequeño Ernesto Rivarola-Bermúdez se sumió en el tedio más profundo, empañado sólo por una maldad sin freno. Pescaba y leía a Edgar Alan Poe, o Bram Stocker. Eleonora por su parte pasaba el tiempo encerrada en las estancias de la casa aprendiendo las escalas y acordes del piano que Martín consiguiera una tarde, y trajera embalado en una lancha donde los hombres de la empresa de transporte se encargaron de bajarlo con esfuerzo y emplazaron en medio del living del solar. El instrumento permaneció unos días encerrado, hasta que el señor Federico López, experto en pianos de una conocida empresa musical, llegara a instalarlo, desembalándolo como quien manipula una rareza arqueológica con finos guantes blancos.

Poco a poco, sin darse cuenta, las escalas ascendentes y descendentes del teclado emergieron de las entrañas del instrumento. Primero en forma aislada, tímidas y sin fuerzas, suaves, acariciando el vano de puertas y ventanas sin atravesarlas. Con el paso del tiempo y las horas de práctica, trascendieron el salón y ganaron los espacios del parque y la isla en momentos de calma, como una alegre reunión de gnomos que juguetean de una punta a otra sin orden ni concierto. Las melodías comenzaron a sedar a Facundo, y al tiempo se descubrió tarareándolas mientras recorría el alma de los árboles con la yema de los dedos curtidos, con la pasión de quien siente respeto y veneración por las cosas muertas.

Las horas transcurrían grises en la isla, los días se llevaban las horas y las semanas los días.
Pasado un tiempo, Amanda comenzó a pintar en el pórtico, desplazando los pinceles, perdida en la locura. Otras veces bordaba extensas telas con intrincados diseños de hiedras ganchudas y resecas que lentamente ahogaban el paño hasta asfixiar los troncos de delicados colores, entre zarzas oscuras que engullían el resto del espacio libre, o simplemente escribía torturantes cartas a sus familiares muertos. A veces, simplemente tomaba el té, a solas consigo misma mientras a la distancia, Facundo, se preguntaba en que pensaba con la vista absorta en el follaje, enganchada entre las ramas.
Los días se acortaban. En el lapso breve transcurrido desde el triste suceso, Facundo mudó la voz y se estiró. Continuó, no obstante, taciturno y retraído. A partir de la desaparición de Claudina, el tiempo en la Isla se midió de otra manera.
Los trabajadores se rehuían unos a otros, e instintivamente trataban de no reunirse. Con el tiempo el movimiento en la isla comenzó a mostrarse “casi” normal, pero el sector del parque donde desapareció Claudina quedó abandonado y el pantano lo devoró con el tiempo. Desde donde trabajaba, Facundo se acostumbró a vigilar el extremo salvaje. Los isleños comenzaron a evitar el rincón noroeste del mismo como si un tumor se hubiera adueñado de la finca y ganara terreno a medida que el tiempo transcurría. Las ramas parecían dedos retorcidos cargados de pústulas y la sombra era un fragmento del infierno desde donde centenares de ojos parecían vigilar a los habitantes.
Facundo comenzó a desarrollar una particular habilidad con la madera, solía tomar un fragmento de tronco, y lo pelaba concienzudamente de la corteza hasta llegar a la misma médula blanca. A menudo pasaba el tiempo acariciando las vetas con un escoplo. Tomaba una escofina y con movimientos medidos y cuidados, nacían de su mano las formas más curiosas. Luego procedía a lijarlo parsimoniosamente y finalmente lo enceraba y pulía.
El río arrastraba las aguas cargadas de limo y miserias, y embarraba las costas donde ya nadie jugaba ni paseaba. A menudo Facundo creía ver como la casa destilaba maldad y tristeza, entonces caía en la cuenta que parecía una negra boca abierta por la que se sacudían la mala suerte y la desesperanza con la tierra que las mucamas combatían enérgicamente.
Afuera los arbustos habían crecido un poco a su antojo algunos retoños escapaban a la vigilancia y el dibujo del parque se diluía. El niño se había alejado de la casa principal y ya no espiaba las clases ni cerca de los ventanales. Su interés había decaído con la ausencia de Claudina. Con el correr de los meses, el tiempo que no esculpía, servía de apoyo a su padre.

Día a día, Facundo había comenzado a recorrer las costas limosas en busca de maderos que, arrastrados por las aguas del canal, despertaran la veta oculta del artista, sacudida por la ausencia de la niña que secretamente lo había embelesado antes de la tragedia.
Le gustaba el oficio. Pensaba que las vetas eran el alma oculta de los árboles y que a través de ellos, la naturaleza podía expresarse y él interpretarlos a través del formón, el escoplo y la escofina. Las tallas, en sus manos eran formas que dejaban entrever la desesperación, el encierro y la tristeza, y de los maderos nacían Cristos retorcidos, llorosos y dolidos o cabezas que surgían de la nada ahogando llantos de soledad, de ojos vacíos, y gestos mudos de espanto.
Cada semana, la barcaza leñera atracaba frente a la casa principal y ese día, el trabajo pesado era intenso. Descargar por la mañana los rollos de la lancha y apilarlos en un montón bajo los árboles para, por la tarde, transportarlos a través de los caminos de la isla en carretilla, hasta el depósito donde los cortaba para volverlos a llevar hasta la casa donde la cocinera y la mucama se encargaban de distribuirlos en los hogares y estufas de la casona. El resto, quedaba apilado en el depósito. Esos tiempos eran de apretones para su padre y él, quienes debían convivir con los rollos de troncos bajo el techo del alero de la corta galería y hasta en las habitaciones.
La carretilla tenía su tiempo de uso. Vieja y mantenida a fuerza de lija, pintura y engrase, solía chirriar y lamentarse cada viaje bajo la exigencia de la carga. A menudo Facundo debía realizar rodeos a fin de sortear el terreno cenagoso que cedía ante el peso, dificultando el traslado a lo largo y ancho de los caminos. El trabajo se hacía monótono y desgastante y la imaginación del chico comenzaba a perderse en regiones donde las cosas tendían a confundirse. Por momentos creía escuchar entre los chirridos de la vieja rueda gastada, el nombre de la niña muerta, como un lamento estridente, hasta que Amanda un día se asomó al pórtico y le gritó fuera de sí, que tirara esa vieja carretilla y trajera los troncos en brazos.
Otros eventos parecían estar fuera de control en la isla además de Amanda, generando presiones ocultas y tensiones escondidas, en un caldero que podía explotar en cualquier momento con consecuencias imprevistas.
Ernesto y Eleonora comenzaban a transitar caminos oscuros, dando rienda suelta a frustraciones y dolores no expresados. Ambos comenzaban a desarrollar una maldad particular y siniestra. Al principio apenas esbozada como pequeñas tormentas mal contenidas de las que Amanda se percataba pero torcía la cabeza, convencida que si ella debía vivir con esa carga atroz, el mundo bien podía aguantar dos pequeños monstruos, y entendía que los niños necesitaban dar rienda suelta a su dolor por algún medio. El sufrimiento ajeno le tenía

sin cuidado, simplemente torcía la cabeza y miraba para otro lado.
Con el tiempo, las actitudes de los niños, sumían al personal de la finca en mudas reacciones de ira, fastidio y confusión. En una ocasión, en que José buscaba el recipiente de querosene, para limpiar el motor del viejo bote, y liberarlo de la grasa acumulada, observó a Ernesto agachado a un lado del mismo, mientras dejaba caer algo dentro. Al acercarse, vio con horror que se trataba de peces capturados de la fuente. Las criaturas se retorcían de dolor y asfixia en el líquido venenoso, coleteando agonizantes, mientras el niño los observaba regocijado. En otra ocasión, halló una paloma torcaza retorciéndose con espinas clavadas en el tórax, como si se tratara de un alfiletero. Era frecuente verlo dando vueltas por el parque inventando nuevas torturas para las criaturas infelices que caían en sus manos por error. Ernesto practicaba en esos días un nuevo pasatiempo. Concebía mil y una maneras de atrapar roedores con métodos sangrientos y violentos, para terminar de ahorcarlos o arrojarlos al río.
El personal doméstico, observaba a los niños con muda reprobación, y comenzaron a evitarlos, pero lejos de agradar a los niños, esto los enfureció aún más y exacerbó sus incipientes maldades a límites impensados, centrándose en las personas que los rodeaban.
Eleonora adquirió hábitos casi tan malsanos como los de su hermano. Sigilosamente perseguía a las mucamas buscando errores y los magnificaba frente a su madre, que montaba en cólera. Detalles como estos, hacían de la vida en “La Tía Amelia”, un pequeño infierno en la Tierra.
En la quietud de las horas vespertinas, Julio solía pensar meditabundo. Algo que después de todo podía ser el mismísimo diablo, había encontrado en la isla, su guarida. “Tal vez, nunca lo había abandonado”.-pensaba.
Una tarde permaneció patrullando la ribera, allí donde las aguas lavaban la costa de ese permanente color terroso que tomaban todas las cosas que eran alcanzadas por ellas, en un eterno ciclo devenido en oleaje. Caminó observando las costas limosas. Único lugar donde podría encontrar nuevos rastros de lo que fuera estaba merodeando en la isla, pero los esfuerzos serían inútiles una vez más.
*****
6.
La bruma, la eterna presencia que recordaba al río cercano estaba allí otra vez, mientras Rosalía limpiaba la Jofaina en la orilla y lavaba el recipiente con las aguas limosas... Estaba inquieta.
La casa parecía una mortaja fría, y afuera parecía acompañar esa sensación de fatalidad que parecía haberse instalado desde la madrugada.
El césped parecía uno de los trapos viejos de la cocina,

eternamente mojado y con un dejo persistente de moho y humedad que se aferraba a todo y a todos en aquellos días.

Silencio.

Desde el embarcadero podía ver una fantasmagórica lechosidad cabalgando las aguas silentes de la pequeña rada. Un pato cloqueó asustado y pataleó velozmente intentando tomar distancia y sin levantar vuelo.

El disco blanco del sol se transparentaba entre los jirones de nubes bajas que se desplazaban con la cadencia de una brisa suave y levemente fría. Caminaba con cuidado intentando ver donde ponía los pies en esa suerte de trampa de hojarasca y barro que amenazaba con adherirse a su calzado dificultando el avance. Afortunadamente ya conocía los lugares transitables. Resbalar era algo rutinario, y a esa altura del partido, había desarrollado un buen sentido de equilibrio que le permitía contrarrestar las sorpresas del terreno. Estaba en esas cavilaciones cuando algo llamó su atención a un costado y olvidó momentáneamente donde estaba. El resbalón fue corto y sorpresivo. Intentó poner fuera de su alcance la jofaina y la palangana evitando así que se rompieran, pero la caída fue inevitable. Un segundo antes de aterrizar con los cacharros sobre el manto de hojas descompuestas, percibió la huella impresa en las mismas y la forma quedó prendida en su memoria como si se tratara de uno de esos adornos que la Señora Amanda llevaba en alguno de sus sombreros. Los recuerdos volaron a la infancia, y asombrada descubrió que algunas cosas de su vida volvían a la superficie. Su padre la llevaba de la mano y le enseñaba los rastros de la selva. Ese, el que estaba allí, a un costado del canal, era uno que había visto.

Se levantó presta, y sacudió el rocío y el barro del vestido. Su preocupación ahora, era limpiar los rastros de su imprudencia, de lo contrario alguien la regañaría. Levantó los cacharros, volvió a la orilla y repitió el lavado.

Un escalofrío recorrió su espina cuando un alarido agudo y cortante se derramó sobre la isla como si se tratara de una puntada asestada en las costillas con un trozo de hielo.

Rosalía dejó caer por segunda vez en forma involuntaria, la jarra y el aguamanil que golpearon uno contra otro y se partieron en fragmentos, sorprendida por el alarido doloroso que identificó como de Ernesto salió corriendo rumbo a la casa alarmada y colmada de negras presentimientos.

Un segundo alarido se dejó escuchar, y Rosalía alcanzó a ver una Amanda transfigurada de dolor doblada sobre el pasamanos de la escalera que subía al pórtico con la furia y el llanto crispados en el rostro a cara lavada y con la melena desgreñada como un nido de caranchos, revuelto y pajoso. De no haberla visto en esa situación,

habría roto a carcajadas sin más, pero aquel alarido, y el primero, eran pruebas fehacientes de que una nueva tragedia asolaba la finca.
El nombre de Ernesto afloró de los labios en medio de temblores mientras la mujer lloraba sin voz, ahogada por la respiración entrecortada. Rosalía la tomó suavemente de los hombros y tiró de ella, pero se sacudió de sus manos y corrió al parque descalza, como poseída tras una aparición.
—¡Otra vez no! –gritó a la niebla en un aullido inhumano.
—¡Otra vez, no! –gritó, y repitió el alarido desencajado a los cuatro puntos cardinales, como si la fuente de su tortura no fuera capaz de oír ese primer grito que arrancó de su garganta y laceró sus cuerdas vocales hasta quedar en la disfonía más profunda. Entonces Rosalía la vio hacer algo que no llegó a comprender. Amanda se levantó en un salto y corrió a la casa, sacudida entre estertores de llanto. Martín salió temprano esa mañana, calándose el sombrero y con la cabeza gacha, vencido y sin sospechar siquiera la tragedia de ese día.
Rosalía no volvería a ver a los niños.
Por la noche la casona continuó en penumbras, lloraba luto en sombras. Facundo escuchó en silencio el llanto de Martín traído por la brisa y los juncos de la orilla que cimbreaban con la cadencia de los estertores. Vio los haces de luces de las linternas, ese extraño invento que había llegado a las isla hacía escasos meses de la mano de Martín, moviéndose en la oscuridad, mientras Julio y José recorrían con sendos faroles de querosene la geografía de la isla. Seguirían así hasta el amanecer, y el otro día, y el siguiente, no pudiendo dar crédito a la repetición de los eventos que habían tenido lugar meses antes.
En su soledad, Facundo sólo intentó volcar sus miedos en fragmentos de papel de un viejo cuaderno grasiento que tenía Julio de sus compras fiadas en la lancha almacén, y apresuradamente relató la trampa que tenía enredada en el alma con los miedos latentes aferrados a sus miembros, y que le impedían ir más allá de la luz las noches cerradas.
Otra vez la policía los días siguientes, las redadas, los sondeos al río, las caminatas por la margen del río revisando entre juncos y ramajes. Otra vez, nada.
Súbitamente la casa se sumió en el mayor de los silencios, y fue a partir de aquel aciago momento que Amanda no saldría del solar, como no fuera para abandonar la isla.
*****

7.

—Padre, ¿qué ve? –preguntó Facundo. Julio observaba la noche cerrada con los sentidos alerta, y el dedo índice apoyado suavemente en el gatillo de su escopeta gastada por el uso. Facundo estaba alarmado, nunca había visto a su padre tan alerta, ni tan nervioso, y

mucho menos con una escopeta amartillada.
Hacía días que no encontraba paz. Ernesto y Eleonora desaparecidos. Amanda recluida. Martín que aparecía rara vez en la zona a partir del desastre que se cernía y su padre, que salía de un lumbago doloroso y ahora se sentaba allí, con la mirada fija ansiando horadar la tela tenue del tejido nocturno. No hacía mucho, comenzó a percatarse que día a día su padre cambiaba hábitos. Ya no se sentaba en la silla del parque a prender un cigarrillo y calarlo como quien disfruta de un premio merecido después de una jornada de trabajo extenuante. Lejos de ser el hombre relajado y tranquilo de otros días, Julio movió la cabeza como negándose a creer la idea que rondaba en su mente y que con el tiempo comenzaba a cobrar fuerza como la brisa que, peinando las aguas del río, se transforman en la furia de una temible sudestada.
—Hay algo en el aire... -comenzó a decir, como hablándose a sí mismo.
Nadie le contestó, y no esperaba que lo hiciera Facundo precisamente. El interrogante permaneció en el aire, por encima de ellos, como pajarracos agoreros que aguardan el desenlace inevitable de una tragedia. Facundo seguía su mirada, pero nada ocurría. Algún murciélago, algún búho, o una comadreja tal vez, pero nada más. Ninguno de los dos se quedó tranquilo. El bosque vomitaba alimañas, pero de las que se arrastran, o vuelan en las sombras. Alimañas de poca monta, inofensivos, que relajaban la tensión en las cejas, y aflojaban los músculos de su cuello, porque sus sombras no eran las que preocupaban a Julio.
El hombre permaneció unos instantes alerta. Había creído ver como hilachas de sombras que se separaban del follaje negro de los árboles aledaños y arrastraban rumbo a la casona, contra el césped gris del anochecer. Aflojó la presión del índice sobre el gatillo, y finalmente sacó el cartucho. Sus de- dos juguetearon nerviosos con el proyectil huérfano de blanco, que tal vez nunca encontrara.
Los ruidos a esa hora eran más sórdidos, y Julio permaneció allí, donde el halo del candil pareciera perder eficacia, a fin de no deslumbrarse y poder seguir los movimientos para reaccionar de inmediato si fuera necesario. En la casa, las ventanas ofrecían la seguridad deseada y las luces que pasaban los cortinados se volcaban en el parque con un tenue reflejo amarillento. Una de ellas se prendió un instante en lo alto. Seguidamente hubo ruído de postigos al cerrarse y al brillo tenue de las lámparas de querosene, se las fagocitó la noche. Transcurrieron largos minutos y nada perturbaba la isla. Sus ojos comenzaron a cerrarse con la tranquilidad y la calma de la finca, pero algo sobrevoló la casa, y el apagado batir de alas lo puso de nuevo en alerta. Se llevó la mano a los párpados para restregar el sueño y se encendió una luz de alarma en su cerebro. Sacudió la

cabeza, levantó el ala del sombrero de paja para aumentar el campo de visión y clavó la vista en dirección a la casa.
No había llegado a ver nada, sólo un leve movimiento de sombras que se cruzaron frente a sus ojos cansados del brillo del sol y que extendieron sus podridas manos en la mente adormilada y aturdida del jornalero. Sólo una duda, pero una duda con una forma inusual y grotesca, que se evadió en fracción de segundos y se internó en el oscuro vacío de la noche. El terror más primitivo se aferró a su alma y quebrantó su valor. No era un merodeador, era algo más artero, agazapado en el rabillo de su ojo cuando volteó la cabeza para sacudir la fatiga. No eran formas de ese mundo. Pertenecía al mundo de las pesadillas y los temores más viscerales, formas del mundo de los niños que escuchan los relatos de los viejos a la luz de la fogata, en la oscuridad más cerrada de la jungla intangible. Aquellos que surgen del instinto de conservación más primitivo, que se instala en las tripas y las jala hasta retorcerlas.
Mientras Facundo se recostaba nervioso, Julio no pudo dejar de mirar las sombras un instante. En la duermevela de su vigilancia, evocaba momentos de su niñez, cuando se internaba en el monte de la mano de su abuelo en el corazón salvaje del monte santiagueño. Juntos compartían mates, mientras escuchaban los relatos de aparecidos y difuntos que pululaban a la sombra de los cardones. Almas en pena se cruzaban a la luz de las fogatas en lo más hondo del Impenetrable, o bajo el sol implacable y calcinante del mediodía como si fueran lagartos, arrastrándose sobre el vientre lentamente antes de morir carbonizados a falta de un tronco reseco y pelado o una piedra grande donde guarecerse de ese maldito resplandor. Relatos de hombres que llevaban la bestia adentro y de bestias que se mimetizaban en hombres. Relatos de hombres que mataron antiguos, y antiguos que vengaban a sus muertos… En aquellos momentos, recordó, por las mañanas no podía asegurar si se trataban de sueños, pesadillas o simplemente recuerdos de la niñez.
Facundo solía ser testigo, por aquellos días, cuando su padre hablaba en sueños de animales salvajes, de fieras desconocidas, o bestias por venir. Lo oía con miedo, por las noches, y se levantaba haciendo acopio de fuerzas para cerrar la puerta con tranca. A veces, simplemente se quedaba parado a los pies de la cama de Julio, tratando de entender al hombre con quien le tocaba compartir aquellos años de su vida, pero al principio no lograba nada. Aterrado por la verborragia inconexa de Julio, estaba interiormente convencido que se trataba de una posesión diabólica que alteraba, la tranquilidad nocturna y el sueño de su padre. Supersticioso como era, pensaba que si no escuchaba nada, el demonio no lograría poseerlo como lo había hecho con éste. Así pasó muchas noches de su vida en que terminaba

dormido en el suelo, acurrucado en los rincones, contraído por el temor a las sombras que mencionaba Julio en sus pesadillas.
Ahora en el otro extremo del parque, José también estaba alerta por las noches y en especial aquella... Noche cerrada. Oscuridad total. Tenía la llave de luz al alcance de la mano, pero debía tantear la pared para encontrarla, y sabía que estaba a menos de un brazo de distancia por encima de su cabeza. Ni se movió. El silencio era profundo, sólo su respiración suave lo delataba, pero algo lo había despertado, con los cabellos erizados comenzó a moverse muy lentamente. ¿Dónde se produjo el sonido que lo despertó? ¿Era dentro o afuera?
Usualmente, podía escuchar el croar de las ranas, el rasgueo de los grillos, el cacareo de las aves de corral y los patos en el canal. Un sinfín de sonidos que pertenecían a la esfera nocturna, o mejor dicho a las horas en las que habitualmente dormía, porque su cerebro aceptaba los ruidos a determinadas horas con los que convivía a diario. Ahora, algo lo había bajado del limbo de la irrealidad, como una señal de alarma. Pasados unos instantes comprendió que aquello que lo había alertado, era el inusual silencio.
En la oscuridad trató de recordar el sueño que se había esfumado en la noche. No era difícil, casi siempre era el mismo. Soñaba con su hermano y la casa paterna, más precisamente con la huerta que tantos años maldijo, y el trabajo diario en silencio, agachado entre lechugas, zanahorias y berenjenas.
No recordaba haber tenido una infancia de juegos y amigos, excepto ocasiones contadas. De niño, sus manos amasaron la tierra, forjaron los surcos y modelaron ese enorme terreno que en aquellos años, a menudo, le parecía un mundo en sí mismo. De a poco vio como las palmas se endurecían, la piel se resecaba y agrietaba, y los nudillos se engrosaban. Trabajó la tierra palmo a palmo trasladando su ira a la tierra y a las plantas. Su padre, Atilio Paci, fue carpintero, cuidaba sus manos, no las estropeaba en la tierra como José, ni tampoco su hermano quien había escogido también el oficio, pero él no tenía excusas, era el menor.
En aquellos tiempos, solía comenzar la jornada de trabajo muy temprano, rayando la madrugada, mientras su madre intentaba suavizar su marcado mal humor hacia el mundo y su hermano, a quien secretamente culpaba de su mala estrella. Era una compañera dura y fiel en esos días y solía des- pertarlo con una caricia y un mate, en silencio. No fuera cosa que Atilio le escuchara una palabra amable que ablandara su carácter. El silencio rodeaba las horas tempranas de las mañanas, no podía entender como hacía esa mujer para estar tan despabilada y lista, con una sonrisa cómplice en los labios, para acompañarlos tan despierta y ágil, más temprano aún que ellos

mismos. Los trabajos de la granja comenzaban a agolparse luego de esa mateada en el silencio respetado de los sentidos luchando por desperezarse. Cuatro hectáreas, y cientos de tareas recordó. En la oscuridad de una noche de insomnio, solían no ser tantas ni tan duras. Tenían cuatro vacas a las que diariamente tenía que rastrear y arrear al galpón para maniatarlas y exprimirlas.
Se sonrió. —A fin de cuentas, ordeñarlas es como exprimirlas"-se dijo.
Lo que más le dolía eran las manos, cubiertas de sabañones a causa del frío y del trabajo con la tierra helada esas mañanas cubiertas de escarcha. Mientras las buscaba, forzando la vista en la oscuridad, caía en la cuenta que no veía nada en absoluto. A duras penas alcanzaba a distinguir una tenue luminosidad naranja, contra las nubes, cuando el cielo se encapotaba producto de los faroles del pueblo distante.
Caminaba de memoria, entre charcos y hondonadas, conocía esas cuatro hectáreas al milímetro, pero de cualquier forma, estaba claro que no había nada que ver. La superficie llana se recortaba otras veces contra el cielo apenas iluminado por el reguero de estrellas que cruzaba la noche de un extremo al otro de la bóveda.
Hacia el extremo del terreno un monte de algarrobos estampaba las copas contra el añil de la madrugada y ahí enfilaba José sus pasos, a sabiendas que los vacunos elegían el reparo del monte para cubrirse del rocío nocturno. Recordaba que llegaba a un punto del terreno donde al no poder distinguir la ubicación de las reses, se agachaba y buscaba las figuras de las bestias contra el horizonte que comenzaba a clarear. En las primeras horas de la alborada, el problema era con la niebla, o con el cielo cargado de nubes bajas. Sin remedio, la tarea se complicaba y requería de toda su paciencia que con el tiempo, comenzó a adquirir. Su mente se despejaba. Sentía el aroma de los pastos al rocío del amanecer y veía a los teros correr sigilosos para comenzar su airada salmodia frente al intruso de todos los días, las lechuzas graznaban desde los postes, y si esperaba quieto un par de minutos, alguna de las vacas, mugía con preocupación, como indicándole el camino. Era la hora en que los gallos careaban al amanecer y se alborotaban los zorzales. Su día comenzaba temprano pero ignoraba cuando iría a terminar, la aparición argenta del disco lunar marcaba la hora del regreso a casa sin reproches. Solía apoyar la cabeza en la almohada y caer extenuado hasta la próxima madrugada.
Los sueños en aquellos tiempos eran, en su juventud, el momento más agradable. Solían poblarse de mujeres, insinuantes algunas, voluptuosas todas, de curvas marcadas y cabellos brillantes, olores suaves y caricias firmes. Entre ellas estaba Alicia, la hija de un lejano vecino que despuntaba generosos senos a los dieciséis abriles y revoleaba sus gracias con total desparpajo frente a él. Caderas firmes bajo la tela de sus polleras coloridas que no mostraban mucho, pero

bastaban para prender fuego su sangre que de igual forma, ya estaba encendida.
Ahora, le parecía todo muy lejano... La huerta, su padre, el olor de la viruta de madera quemada en la cocina, la leche tibia, sus rencores..., su hermano. Ahora ya no estaban. Ni él ni sus padres.
Estaba en paz, pero a qué precio. Su hermano había fallecido unos años atrás, cayó muerto un día solo en el taller que heredara de su padre, momentos después de haber discutido con su pareja y un par de semanas antes de que ella se fuera con un amigo... Mujeres. No había mujeres jóvenes en las cercanías, si se descartaba a Doña Enrica, esposa del tendero. "La Enrica" también se llamaba el almacén que erguía sus paredes frente a la estación de un tren que pasaba una vez al día. El tendero y el Jefe de estación, se reunían a jugar a las cartas, mientras la esposa del primero paseaba su soledad con un delantal florido, barriendo las veredas o mojando el piso de cemento del local antes de que aparecieran los primeros clientes. Distante a dos leguas de la casa, José caminaba todos los días una hora y media por la tarde, para conseguir las compras que la madre requería. Como siempre cada vez que llegaba no dejaba de echar el ojo en el escote de Enrica, señora joven de no más de treinta veranos en su haber, que sin embargo, tenía la columna del "debe" algo más abultada porque marcaba rasgos de amargura en un rostro que de otra forma, y no muy tocado por la varita de la belleza, podría haber sido atractivo. De cualquier forma, Enrica era una mujer que prometía y podía dar a los jóvenes a punto de romper en hombres, aquello que estaban buscando. Ella se percataba del efecto que producía y gozaba sus ansias con movimientos y ademanes que a los adolescentes perturbaba.
Otra vez algo alertó a José. Ahora todos los recuerdos se esfumaron de golpe y sintió los vellos del cuerpo, erizarse. A punto de quedarse dormido nuevamente, un sonido muy tenue, como quien apoya una almohada en el suelo y la arrastra con sigilo volvió a alertarlo. Como si el tul de la noche se hubiera corrido. Como si algo se hubiera colado en la noche, que no debiera estar allí. Sintió miedo, el miedo primitivo a ser cazado. Surgido de la memoria ancestral y olvidada de cuando el hombre era algo más mono que hombre, desplazándose por la sabana y con la certeza de que todo alrededor come o es comido. Se aplastó contra la cama y deseó pasar desapercibido a lo que acechaba allí afuera. Descubrió en ese momento amargo, la naturaleza de su cobardía. Ahora lo oprimía como si tuviera su estómago en un puño y lo estrujaba hasta destrozarlo. Nunca se supo valiente, pero ese miedo rayaba en pánico descontrolado. Trató de recordar algún acto de valentía en su vida que le permitiera encaramarse al pozo donde la depresión lo había arrojado, pero si alguna vez incurrió en alguno, se debió sin duda a sus arrebatos de inconsciencia... primero actuar,

luego pensar. Sin duda se trataba de una estrategia que en el albor de los tiempos había servido para mantener la supervivencia de la especie.
El sonido apagado se repitió en las sombras, era como una caricia en el césped y sumido en su miedo ancestral, intentó recordar que le traía a la memoria ese rasgar furtivo. Algo se deslizaba queriendo pasar desapercibido, evitando por todos los medios ser identificado.—No estires la mano, estate quieto -se dijo. A lo lejos, muy a lo lejos, ladró un perro. Y pensó: estoy a salvo.
Sin querer se movió suavemente y el sonido cesó. De repente un golpe embistió la puerta y arañó el suelo con un gruñido tratando de ingresar. Un alarido involuntario desgarró la noche de su seguridad violada.
Lo que fuera escapó.
*****
8.

Sentado en la cama, intentaba sentir la suela de yute de las alpargatas. El cosquilleo era molesto de entrada, pero a lo largo del día el calzado resultaba fresco y relajante. Se encogió de hombros. De cualquier manera no tenía otro. Algo de luz se colaba por la pequeña ventana del cuarto, mientras pensaba que esa mañana, debía aguardar la lancha colectivo, y encargar una lista de pedidos en el puerto de frutos.

Pasó al baño y se miró en el desgastado espejo de la pared. Un hombre grande, desaliñado, ojeroso por el mal sueño y con marca de sábanas en el rostro duro y circunspecto le devolvió la mirada. Con movimientos estudiados, lentos, como agotado por el extenuante ejercicio, procedió a afeitarse aprestándose para salir de la casa, situada a un costado del embarcadero. Al traspasar la puerta se miró la bombacha de sarga negra con la luz de la mañana. Había manchas de tierra que procedió a sacudir, y mientras golpeaba la prenda percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Al frente Julio lo observaba en silencio. Se saludaron con un gesto.
—¿Habrá escuchado algo? -se preguntó el hombretón —¿Sabrá algo? José tenía una mirada huidiza, algo ausente y lo observaba desde la posición de la tarde anterior cuando lo viera caminando en cuatro patas. El rostro del jardinero, mantenía una mueca un tanto extraña, que podría haber sido turbación, confusión o aún peor, ironía. Pensó y reflexionó “Lo sabe, sabe que grité en la noche, y que algo me alteró” Se sonrojó, pero nada dijo de los golpes en la puerta o los arañazos en la misma, y perdió la oportunidad de compartir una experiencia que tal vez hubiera arrojado luz en los extraños sucesos de la isla.

José no dijo nunca nada de esa noche, y en lo que a él concernía, un perro cimarrón había rondado la finca, nada más.

Algo estaba suelto en la isla.
Había percibido su presencia y había visto su huella, pero no había encontrado su rastro. Buscó agachado, inspeccionó metro por metro revisando el terreno, a tal punto obsesionado, que no se percató que las tres mujeres lo observaban desde el pórtico comentando su obsesión por los insectos.
Amanda sacudía la cabeza ausente, Martín desde el embarcadero, lo miraba retraído y todo el mundo ignoraba lo que en realidad buscaba, y José que lo intuía, lo negaba.
*****

9.

Martín Solía ver a Isla Decepción como un lugar de retiro en el que dejaba todos sus temores, sus anhelos y sus luchas del otro lado del río. Nacido en algún lugar de las quintas de Flores, alejado del tumulto de la gran ciudad, se incorporó a la vida social y a las tertulias de la mano de su madre, una mujer que supo administrar los campos y estancias de su abuelo Isidoro. El dinero les faltó pocas veces, y en esas ocasiones coincidía con la llegada de su padre, que, acostumbrado a la vida de sociedad y al dinero familiar, frecuentaba el hipódromo de Palermo con asiduidad, detrás de alguna trifecta que le diera la oportunidad de redimirse frente a su familia.

La familia viajaba a Mar del Plata varias veces al año, donde permanecían durante un tiempo en la casa solariega, edificada sobre las barrancas en Cabo Corrientes. De los viajes evocaba con frecuencia los vagones de madera lustrosa y pulida, los candiles, y el tintineo de los cristales cuando el tren traqueteaba sobre los rieles. También recordaba las planicies herbáceas, los ríos de llanura de aguas limosas y costas de tosca y juncos, la extensión del territorio al amanecer con el sol en los cultivos y el reflejo en los montes. Para ese entonces los caseríos de Maipú y Dolores, comenzaban a crecer de manera prometedora, con amplias estaciones, terraplenes y servicios. No eran muchos los recuerdos de aquellos años, su infancia no había sido gran cosa de la mano de su madre, y de su padre, un hombretón de traje fino a rayas hecho a pedido y cortado por la mano de un artista, con cadena dorada y bigote poblado bajo el sombrero oscuro de pana. A menudo le llamaba más la atención las veces que lo veía porque eran raras ocasiones de por sí.

Los períodos de aprendizaje, largos y duros, los pasaba internado en el Colegio, a salvo de los placeres de la vida. Con el tiempo, y de la mano de su abuelo comenzó a trabajar junto con su padre en la empresa de exportaciones que con el tiempo fue suya.

Su padre dejo de venir a verlo cuando el bigote comenzó a volverse cano, su madre peleaba con su abuelo, refiriéndose a raras situaciones que no llegaba a comprender, que involucraba mucho

dinero y los caballos. Por aquellos días pensaba que su padre se había mudado a las estancias del abuelo, y se dedicaba a criar los caballos.

Con el tiempo comprendió el significado de varias palabras que su madre jamás le había contado, pero su paso de la inocencia a la hombría volteó gigantes y desmitificó héroes y así, Martín aprendió el significado de la palabra enfermedad, juego, estafa y huida asociadas a la figura de su padre, y con el tiempo se sumaron adulterio y abandono cuando una tarde su madre pegó un portazo, y le anunció que debían irse de las propiedades del abuelo.

La muda deshonrosa nunca llegó a concretarse, subrepticiamente esa noche, una de tantas de gritos airados y voces susurrantes, el viejo se acostó furioso y no volvió a levantarse.

Los siguientes, fueron días de paz y luto.

Recordaba los paseos en la carroza, a caballo hasta el panteón del cementerio. Las anchas avenidas de tierra, las casonas, los faroles, las arboledas.

Su madre cambió de la noche a la mañana y se transformó, para bien de ellos y para mal de los socios, en una persona activa, económicamente sólida y agria. Manejaba las propiedades con mano férrea, y nada le pasaba inadvertido. Con el tiempo Martín se ocupó de los negocios, pero poco a poco, el dinero y las propiedades se escurrieron de sus dedos como el agua, hasta que sólo supo quedar la isla, que se salvó e ser vendida cuando conoció a Amanda.

*****

10.

Eliseo Hundió la pértiga en el canal. Levantó el astil y volvió a bajarla tanteando el fondo.

La vara era una extensión de su sentido del tacto, a través de ella sentía el lodo, enredaba camalotes muertos, trastos, neumáticos, chapas, casi podía ver el lecho del río. Los dos metros y medio del mango desaparecieron bajo el agua, y hurgó una vez más. El lecho barroso cedió y la pértiga se hundió casi hasta la mano que la sostenía… Esperaba enganchar algo más que basura en el recodo.

Desde donde estaba, la corriente bajaba la velocidad y todo lo que arrastraba perdía movimiento y se depositaba en el fondo. En ese lugar la costa perdía terreno y el cauce se ensanchaba, allí la isla describía un vértice y la margen retrocedía casi ciento ochenta grados.

—Salvando las distancias y las cuestiones de tamaño. -se dijo entre dientes, mientras recordaba haber pensado en Madagascar al observar los mapas en la Jefatura. Estaba solo, y nadie podría haberlo escuchado. No estaba pescando ni remando. Aquello era acto de servicio.

Llevaban dos días en turnos de tres horas batiendo palmo a palmo el fondo del canal y el río. A escasos cincuenta metros, otro agente

hundía la pértiga en otra zona asignada por el oficial a cargo del operativo. Llevaba tres años en la delegación del Delta, y no recordaba incidentes como aquel. Los cuerpos desaparecidos en el río, rara vez volvían a hallarse, excepto en circunstancias en que el agua deseara devolverlos. No era una estrategia brillante la establecida en esos casos, una parte del personal se centraba en el vecindario, habida cuenta de que tahúres, malhechores, jugadores y pendencieros se ocultaban en el delta bajo el disfraz de trabajadores temporarios, cirujas, y desharrapados al cobijo de la cubierta vegetal y la intransitabilidad de la región. Eliseo detestaba, sin embargo, los interrogatorios del equipo. Solían ser violentos y a menudo la vida del sospechoso valía poco y nada, el operativo armado a fin de obtener datos, y en último caso a resolver los proce- dimientos para presentar a fin de año una estadística convincente, debía ser contundente y a menudo hasta se sembraban pruebas y se elegían chivos para que el comisario pudiera seguir en el cargo un año más.

Sacó el gancho del agua, pocas cosas salían a la luz: Neumáticos, alambres, matrículas, piezas de maquinarias, restos de perros y mascotas, e incluso creyó lograr algún resultado el día anterior cuando extrajera un saco de arpillera con un cuerpo. Con un estremecimiento alertó a sus superiores, todos tenían órdenes precisas en ese sentido. Cualquier cosa sospechosa debía comunicarse en el acto al oficial a cargo. Porque, claro, no sería él Eli- seo Rumi quien informaría del hallazgo en caso de encontrarlos, sino que los laureles serían para los oficiales. Difícilmente él llegaría alguna vez a obte- ner laureles por algo. Sacudió la cabeza enérgicamente. No quería odiar. Los resquemores eran un veneno. No quería prejuzgar, ni criticar, ni maldecir siquiera. Había sufrido mucho de niño, y la prueba era que estaba allí, en ese lugar: Argentina, como consecuencia del odio y el racismo.

Junto con su padre, habían huido de su pueblo natal por persecución de los turcos y él, Eliseo Rumikian había pagado con su historia y sus ancestros, poder seguir con vida. Había dejado sus raíces para huir, y según decían en su tierra, “un árbol sin raíces, muere.”

Ahora peleaba lejos y duro, para que esa maldición no lo cargara a cuestas como el saco que extrajera de las aguas. Habían dejado su poblado: Gosh, perdido en las curvas del camino recorrido. Oculto en las serranías pedregosas, una mañana con la neblina fría de enero, cuando ni las cúpulas de las viejas iglesias del Siglo XIII, se veían desde el camino, a pesar de que los torreones de techos de tejuelas, se elevaban por sobre el terreno, sobresaliendo entre los frondes en un alarde de imponer orden a los habitantes del poblado. Habían dejado atrás las casitas y calles consolidadas, donde la historia milenaria hablaba de personajes míticos y héroes anónimos que trashumaban

comerciando donde el sol nace, allende la ruta de la seda, pasando privaciones y a menudo huyendo de los salteadores, allí donde las estepas parecen océanos de hierba y enmarcando la ruta, los contrafuertes de la cordillera de Pamir. Los relatos hablaban de caravanas, de aventuras, de profetas y ciudades perdidas. A menudo también de fantasmas, donde los romanos olvidaran ciudades, y donde el tiempo olvidara a los romanos.

Eliseo Rumikian. Su padre salvó su vida de niño, durmiendo en bosques alejados de caminos, cobijados por las raíces milenarias de los árboles viejos, comiendo ratones y perdices, conejos y gallinas robadas, huyendo del otomano invasor para darle una nuevas oportunidad en otro lugar, del que ni sabía su existencia, pero todo tiene un precio, la vida se cobró a su padre y su padre, por amor a la vida, le corto algo suyo. No fue un brazo, o una pierna, no fue una oreja. Fue su historia. Llegaron a orillas del Mar Negro, un día luego de cerrar una huida de trescientos kilómetros campo traviesa, a bordo de camiones, o escondidos en ferrocarriles.

En el puerto, esperaba un vapor de ruedas que estaba próximo a partir con las calderas encendidas y la carga estibada, aún con los cabos amarrados. Miraba las operaciones de muelle, mientras su padre mantenía conversaciones con el capitán quien se negaba a llevarlo a él, pero prometiendo salvar al niño, y dejarlo a salvo en América.

—¿Dónde? -preguntó su padre.

—Argentina –dijo el hombre de mar.

—¿Adónde? -volvió a preguntar su padre.

—Lejos – dijo el capitán, exasperado, y agregó- donde el sol se pone.

—¿Hay turcos? –preguntó preocupado su padre.

El capitán puso una mano en su hombro y dijo: —Mi amigo, allá no saben lo que es un turco Para él fue suficiente y escuchó del capitán: —Pero si viaja, no lo hará con apellido armenio, ¿cómo se llama? -preguntó.

El abuelo se llamaba Levon, él se llamaba Levon y su hijo también. Levon Rumikian, y su padre lo bautizó de nuevo volcando en su frente agua del odre que llevaba al hombro. —Hijo, tu vida es única, y la única obligación que nos debes es vivir y ser feliz, y para ello no olvidarás quien eres. Sólo deja tus raíces acá, y cuando puedas, algún día vuelve por ellas. Comienza de nuevo. —El padre del padre de mi padre se llamaba Eliseo, así te llamarás ahora, Eliseo Rumi. No nos olvides, nosotros no lo haremos.

El vapor partió a Estambul, de allí salió al Egeo y de allí a América por Gibraltar. A su padre lo llevaron esa misma tarde, cuando del vapor sólo quedaba una columna de humo retrepando el cielo rojo del atardecer. Eliseo no llegó a verlo, jamás recibió noticias de ellos.

Ahora, sentado en el pescante del bote, con la bolsa escondiendo el

cuerpo de algo, o alguien, se paró y sopló el silbato. Amaba ese país que le dio cobijo. No era el suyo, pero se comprometió a que en un futuro lo sería.
—Comisario! -gritó agitando la mano, y remó de regreso a la orilla donde depositó el bulto en la arena limosa.—Acá hay algo – insinuó en un mal español, remarcando consonantes.
—¿Qué hay turco? -dijo el oficial intrigado, mientras se acercaba a él.
—Si supieran... -se dijo a sí mismo, y señaló el saco.—Es un cadáver, señor.
Y resultó un cadáver, pero era un perro, descompuesto Y con los tejidos amarronados por el barro y la putrefacción.
Alejados de la casa, las burlas y las mofas se extendieron.
—Busquen dos niños, parece que mataron un perro – susurró uno.
—Pensé que buscábamos cuatro patas en dos cuerpos –dijo otro- pero el turco entendió cualquier cosa –ironizó.
Eliseo regresó al canal, y a sus tareas con la pértiga.
No era turco, si lo fuera no se hubieran mofado. Algo en las tripas quedó dando vueltas, era una sensación de soledad y abandono, de lejanía y pérdida, algo que el cadáver descompuesto había gatillado en lo profundo de su inconsciente, de cuando huían a través de los montes y las rocas, con su padre y su tío, sin su madre que había huido a las cuevas de las montañas con la abuela y quién sabe qué otro sobreviviente, cuando el fuego de los obuses dividió los restos en fuego y ruinas.
Recordaba los valles resecos, áridos, con ríos de piedra y heladas nocturnas, tiritando y zapateando para ahuyentar el frío que mordía como un perro rabioso, los pies desnudos. No prendían fuego por miedo a llamar la atención y dormían a resguardo de los peñascos envueltos en mantones de lana de oveja y cubiertos por los cueros de cabra con un hato de ropa a la espalda como único tesoro de pertenencia.
Recordaba los campos de cruces, que su padre obligaba a atravesar a pie mirando al suelo, orando por ellas en voz alta, mientras el bosque lloraba en sangre y heces de los desdichados crucificados, ciegos por el sol y los cuervos, que imploraban la muerte.
Las voces lloraban miseria y su padre con el cayado y el odre se acercaba a los labios de los condenados para paliar el sufrimiento, y cuando el agua se terminaba, restregaba sus frentes con un trapo humedecido sólo por el rocío nocturno. Recordaba que en una oportunidad, su padre lo alejó, lo miró a los ojos y, mientras lo sentaba en un tronco le dijo.—Usted no se mueve de acá. Se alejó y lo dejó preguntándose por él, con el bosque de cruces allá en la lomada, apenas visible entre los pinos, mientras su padre descargaba la vieja carabina en el cuerpo sin pies de los mutilados. Aquella tarde, gastó

todas sus municiones en ellos y volvió sin el arma. Le puso una mano en el hombro y sin mediar palabra volvieron al camino mientras el hombretón enjugaba una lágrima.
Si hubiera sido Turco... pensó mientras hundía la pértiga en el río.
Nada.
En la costa, tres o cuatro agentes batían los pastizales próximos al parque, hundiendo las botas en el lodo, caminando pesadamente, buscando, husmeando... Carne reseca, galleta y agua. Té frio y grasa para paliar las ventiscas. Tomaban agua de los charcos cuando llovía, porque la buena se la dieron a los que ahora estaban muertos. Si hubiera sido Turco... pensaba.
Lo mandaron a la espesura, “el monte” le dicen “ellos”. Historias de desa parecidos.
Historias de fantasmas, porque los muertos que eran buscados por los vivos eran, al fin y al cabo, fantasmas. Historias de animales míticos y mal- ditos, porque a fin de cuentas, aquello que no puede verse es mítico, y si encima mata es maldito, y si encima se escurre, no es humano.
Todos los países eran iguales, todos los seres humanos transitaban la realidad de la misma manera, Drácula, los vampiros, el chupacabras. ¿y acá, qué..? -se dijo. Volvió a hundir la pértiga. ¿Una bestia comeniños, o un caníbal disfrazado? Acercó el bote a la costa limosa, y en un gesto más mecánico que de protección, llevó la mano a la cartuchera a fin de constatar que se hallaba debidamente protegido. Se relajó. Pero de cualquier manera, la sacó y cargó la bala en la recámara. Empuñaba con mano firme. No creía en apariciones, pero sabía que todo mito tenía un cierto trasfondo verídico imposible de mensurar, por eso se transformaba en mito precisamente.
Allá lejos, de donde él creía ser oriundo, por ejemplo, cientos de años abonaron el mito de Drácula, hasta que voló por encima de la frontera, y hoy, era un mito a nivel mundial. Pero él, ¿a qué le temía? Los habitantes de la isla, hablaban de un “tigre negro”; el mecánico hablaba de una bestia, y coincidió en que era negro; la Institutriz no se había percatado de nada...
—¡Claro!, sentenció el comisario- cómo pa’ ver, ¿no se dio cuenta de los “culos de botella” que tenía montados en la nariz?, -se preguntó con sorna. El Jardinero prefirió no opinar, pero la más intrigante resultó ser la mucama, “la Rosalía”, como comentaron los agentes.
Eliseo era agente raso, lisa y sencillamente, un policía. No había menciones, ni medallas, ni galones. Apenas algo de olfato que le dejara los cigarrillos negros, esos que para fumarlos uno tiene que entrecerrar los ojos, porque hasta el humo denso y pastoso lo envuelve como un aura. Pese a todo, no era tonto y veía más allá que el resto de sus compañeros que simplemente respiraban y comían. Durante los

interrogatorios en la Comisaría de las Islas, Rosalía miraba diferente a Julio que el resto. Eliseo identificó esa sensación con algo en su cuerpo, una leve cadencia insinuante que se manifestaba cuando el Jardinero relató sus impresiones con el rostro lívido y los músculos levemente contraídos, pero había algo más que simple “calentura”, pensó, era como si reafirmara desde lo más hondo de su ser la postura del hombre que decía no saber a que enfrentarse. Parecía la imagen de la maestra, parada al frente que se mueve en silencioso acuerdo con la lección del sabihondo de la clase. Rosalía sabía algo más. No obstante, y cuando llegó su turno, el semblante estaba aún pálido cuando se encogió de hombros al afirmar que nada sabía, ni había visto cosa alguna que pudiera dar forma al asesino oculto. De regreso a la Isla Eliseo, que no perdió detalle, la llevó un instante aparte y le arrinconó:

—Usted sabe algo, Rosalía. Llevaba un vestido sencillo de algodón a lunares blancos, y un chal tejido de abrigo por las primeras horas de la mañana con unas viejas alpargatas con suela de yute y de tela negra.

—No señor, yo no sé -dijo incómoda, por la proximidad de la camisa caqui a su cuerpo.

—Usted sabe algo, y por Dios que va a cantar.

Rosalía se derrumbó, los músculos se aflojaron el rostro se descompuso y dos lagrimones afloraron en el océano blanco de sus ojos. —No quiero más muertes, no de los gurises, el dolor en la casa es grande, gimoteó, y yo no quiero saber nada...

—Pero sabe, terminó Eliseo.

—No me pida que hable señor. Se lo ruego. Déjelo así nomás, si hay un Dios él va a castigar, ¿no basta saber que lo hizo una fiera?

—¿Donde nació, Rosalía? -preguntó Julio que estaba allí cerca, escuchando todo.

—En Misiones Julio, monte adentro, en la selva. Me llamaban Itatay, Campanilla, en lengua Jurua.

—Guaraní?

—Mbya, Guaraní, Avá o Calchaquí, ¿qué importancia tiene?, ¿soy menos humana?, ya basta Julio, si nos ve nos mata, ninguno vive, por favor, cuídense!

Estaba ofuscada, con un contoneo de cadera le dio la espalda y caminó erguida y recta hacia la casa. No podía entender, ¿qué era lo difícil de comprender?, ¿qué tan diferentes podían llegar a ser ellos?, no hablaba porque había cosas que no podían ni debían ser conjuradas, cosas más allá de lo que los Jurúes estaban dispuestos a creer, pero no por eso menos ciertas, cosas que la gente común no domina, ni sabe, y los que saben prefieren callar.

No podía nombrarlo. No había siquiera que pensar en ello, ni aún darles nombre, porque el verbo, la palabra es existencia, y la

existencia les otorga más fuerza de la que ya tienen aunque ya era un poco tarde. Entró a la casa.

*****

11.

Todo el resto de la tarde y parte del siguiente día, permaneció pensativo. La conversación con Rosalía lo había dejado angustiado, era una sensación surgida de todo lo callado, lo no-dicho por ella, que quedara flotando, y confesaba más cosas en el silencio que envolviera sus frases que las que ella misma estaba dispuesta a compartir. Comió casi sin ganas, y sin terminar el almuerzo, limpió el facón y lo calzó en el cinto. Tomó un farol de querosene y una caja de fósforos, revisó la salida del facón de la funda con un movimiento estudiado. Facundo supo entonces que algo se había desenmascarado en Decepción, y no habría marcha atrás. Su padre lo saludó con un gesto, y con paso decidido se acercó al garaje. Desde la distancia, pudo ver a los dos hombres, encaminarse hacia el interior de la región salvaje. Julio y José se miraron alarmados.

Bajo el cielo plomizo de un techo de nubes grávidas de lluvia, habían estado recorriendo un camino paralelo entre la floresta salvaje y el acceso a la finca desde el puente, adentrándose imperceptiblemente en el entorno de acacias amarillas que cerraban filas en la periferia del parque, algunas acacias negras entrelazaban una red de espinas y ramas angulosas.

Julio con la vista en el suelo. Buscaba un rastro huidizo y algo que le permitiera sacudir sus peores sospechas. José, por otro lado, con la vista fija en la floresta, buscaba despegarse de la sensación de fatalidad que lo embargaba. Desde la visita nocturna, la pesadilla se había adueñado de sus noches. Los sonidos se habían vuelto extraños, se desvelaba más a menudo, y se sentaba en la oscuridad a escuchar, sin moverse, por temor a revelarse.

Frente a ellos, un fresno aislado, acorralado por el contrafuerte espinoso, mostraba obsceno la corteza desgarrada a jirones por los zarpazos que delataban al espíritu materializado del extremo boscoso enfermo.

Estudiaron unos instantes la corteza. Las entrañas del tronco asomaban en un zumo lechoso que manaba muy lentamente en la cara gris, que colonizada por liquen, enfrentaba el corazón del monte.

—Cualquiera diría que esa maleza está podrida -comentó Julio. José asintió en silencio, el también lo podía sentir, y sus miembros comenzaban a evidenciar rastros de la tensión cuando ponía demasiado empeño en refrenar el temblor involuntario que surgía en oleadas de lo más hondo. Estaba inquieto. Después de todo estaba allí debido a Julio. No quiso parecer cobarde frente al jardinero. Escupió a un costado y decidió que iría con él cuando Julio le comunicó que se

adentraría en el bosque. Miró en derredor como esperando que de un momento a otro, algo le saltaría al cuello desde algún rincón y tal vez enfrentarlo, si sobrevivía, a sus temores más ocultos.

Comenzó a moverse en torno al tronco, como estudiándolo. En realidad hubiera dado una mano por saber en ese momento que preocupaba tanto al jardinero, y contra qué se enfrentaban.

La relación entre ellos no era fluida, y hasta se podía decir que había subestimado al hombrecito que tenía al lado, sobre el prejuicio falso que realizaba "tareas de afeminado". No obstante, y en esos momentos, tenía que convenir que su sola presencia lo mantenía tranquilo.

La personalidad aparentemente ajena de aquel hombre, mientras él, rondaba las inmediaciones sin poder quedarse un instante quieto, podían significar dos cosas; o bien Julio era un loco inconsciente o bien sabía lo que hacía, en cuyo caso, él pondría su vida en manos de aquel hombrecito de cara siempre seria y a punto de torcerse en una mueca. A decir verdad, se dijo, nunca lo había visto siquiera reír abiertamente, y en su mente comenzó a formarse la mala imagen surgida de su niñez más lejana, cuando Don Evaristo, compañero de taller, festejaba los chistes obscenos de sus compañeros de turno con sonoras carcajadas. Moreno de tez, cabello gredoso, grueso y negro como las crines de un alazán, reía con la boca bien abierta mostrando su empalizada blanca raleada por los años, y verdosa de mate, ante un José estupefacto, hasta que muerto de risa de la cara del niño, dejaba caer una mano "del tamaño de una pala de carbonero", como la definía Don Antonio, y sacudía la cabeza de José, arrebatándole la boina en el esfuerzo de ser cariñoso. —Desconfiá de los hombres que no ríen -sentenció- porque algo ocultan.

Ahora se preguntaba, mientras lo desconocido acechaba con garras y dientes agazapado en su alma, ¿cuál sería el pasado de aquel hombre que convivía con su hijo, y no obstante, del que apenas reparaba? José no era un tipo muy pensativo. Pero algunas cosas, al menos aquellas que podían afectarle, solían darle mínimamente trabajo rondando los silencios de sus tareas en el garaje, y cuando estas no requerían de mucha concentración. En ese momento, decidió que Julio era un hombre valiente, y él observaría atentamente todas las decisiones que tomara como certeras.

—Dígame que piensa Don Julio.

A su compañero no se le escapó el hecho que por vez primera, el mecánico usara el título de Don para referirse a su persona. En el corto tiempo que llevaban trabajando juntos, ni siquiera lo llamaba por su nombre a secas, lo cual habría sido una descortesía, simplemente hablaba esperando que, como era el más fuerte y el de presencia más extrovertida y jocosa, sería atentamente escuchado al

instante. Como si el sólo hecho de abrir la boca para hablar, fuera motivo suficiente para emitir juicios y conceptos certeros e inteligentes.

Julio lo miró pensativo un instante. Se preguntó, momentáneamente confundido, si estaría a la altura del peldaño donde ahora lo ubicaba el hombretón. Volvió la vista al suelo, y señaló un esbozo de huella semioculta entre los jirones de corteza y los restos de liquen arrancados del árbol.

—Hace un par de días encontré una huella. -comenzó a decir, mientras se agachaba y descubría el rastro con mano suave, buscando no alterar la evidencia, pero al instante se arrepintió. Sabía que el mecánico estaba el borde del pánico, y no buscaba ser efectista, ni mucho menos poner en evidencia algo que no merecía la pena, menos en aquel momento. Por el contrario, un ataque de pánico en esas circunstancias, podía debilitar su posición si el mecánico en momentos de peligro, tomara la decisión incorrecta y los expusiera inútilmente a un ataque no buscado.

—¿Huella? -retrocedió un paso, y agregó —¿de qué? inconscientemente, deseó que el jardinero no respondiera.

Hablaba murmurando. Arrastrando las palabras. Acostumbrado a hacerse oír en el estruendo del taller, con una cabeza de tamaño nada despreciable, plantada sobre un cuello grueso como tocón de árbol, el vozarrón y el timbre bajo de la voz sobresalía en el silencio de los días en la finca. Aquella muestra de debilidad sorprendió no poco al jardinero.

Parecía como si el mecánico quisiera no despertar aquello que se ocultaba en el monte, y que ya estaba bien despierto, como parecía indicarlo su tarjeta de visita. No obstante, Julio estaba lejos de estar tranquilo como aparentaba. La vista de aquella insidiosa mutilación lo ponía algo nervioso. Era como si “aquello” se mofara de ambos, y expusiera sus temores a flor de tierra. “Como si buscara enfrentarnos abiertamente” –pensó. Sembrando cínicamente su reto en las lindes de su territorio, a sabiendas que estarían, tras sus huellas, y en un alarde de confianza ciega en sus posibilidades.

No se le escapó a José el hecho de que el jardinero no emitió sonido alguno, y fue por más.—¿Vos creés que lo que hizo esto, raptó y … mató a los gurises? Don Julio meneó la cabeza con desaliento.—No sé que creo Don José, pero hace mucho tiempo, cuando era un mocoso, mi abuelo y otros gringos, compañeros de trabajo solían narrar historias en las noches a la lumbre de la fogata. Estos tipos me helaban la sangre, y más de una vez no me dejaban dormir. Los narraban como ciertos. Y lo único que creo cierto, hoy por hoy, es que me ponían los pelos de punta.

José escuchaba atento, sin dejar de mirar en torno a ellos. Si

hubiera prestado un poco más de atención al jardinero, se hubiera percatado que la mano derecha de su compañero, subía con lentitud, pero segura, y aferraba el mango del facón semioculto en el cinto a la altura de sus riñones. El arma, recuerdo de su abuelo había puesto varias veces una barrera entre su vida y la muerte fueron las suficientes como para que, tomándolo en su mano, le infundiera algo de tranquilidad en los momentos aciagos.

—Alguna vez va a tener que contarme esas historias, compadre.

José se topaba con una situación demasiado anormal para lo que, entendía, era una vida segura y tranquila. Nunca pensó en encarar a la vida salvaje con sus mañas y sus recursos desconocidos y mucho menos, como en aquel momento, disputar un territorio con un representante de la misma. A lo sumo disputaría en ocasiones mendrugos de pan y restos de comida con perros sarnosos que frecuentaban los lugares que solía alquilar o en los trabajos ocasionales que solía tener, a la espera de hacerse con un bocado aprovechando los descuidos del incauto.

¿Serían ellos los incautos, ahora?, o peor aún ¿serían el bocado?

La sola idea de verse masticado por una bestia suelta, por un "monstruo" vaya a saber uno de qué naturaleza, lo desesperaba. Los únicos "monstruos" que conocía eran los fierros de las locomotoras en el taller donde había crecido y como resultado su valor, si es que existía, nunca fue puesto en tela de juicio. Monstruo era una palabra que comenzaba recién a instalarse en su léxico y en su memoria, y a partir de esos días quedaría prendido como una hiedra venenosa por el resto de su existencia. Sabía que no se trataba de una criatura surgida de los cuentos de niños. Era algo más tangible y tristemente real. Que tenía el efecto de sacar a flote aquello que más temía: su cobardía. Los temores ocultos de su inconsciente y la materialización en sonidos y fenómenos de origen desconocido. Algo que podía poner en riesgo los valores de vida y la vida tal cual él la concebía.

A menudo boxeaba con otros operarios en los ratos libres. Se envolvían los puños en un vendaje simulado con trapos roñosos, y ganaba quien llenaba de manchas de grasa el rostro del oponente pero, esos enfrentamientos simulados eran con sus pares armados con las mismas herramientas. Aquello era imposible que terminara bien, cuatro navajas afiladas, disparadas por una pata con la musculatura de un caballo, no era arma para oponérsele con los puños desnudos.

¿A qué se enfrentaban?, ¿Dónde estaba su oponente? La invisibilidad es la mitad de la estrategia jugada por los ganadores eso, y la sorpresa, masculló. Es el diablo –terminó pensando y reconsideró: pero el diablo no deja rastros visibles, y Julio le había visto las huellas.

José se preguntó si acaso sería un tigre, una bestia conocida, un

león tal vez, un oso, o algo parecido. En su desconcierto no reparaba en barrera geográfica alguna, es más, vaya a saber alguno que maleficio o maldición pudiera haber materializado de la nada, semejante amenaza.

Repasó mentalmente en los circos que pudieran haberse asentado en las cercanías, como para justificar la presencia de una fiera de esa calaña, pero no recordó ninguno y pensó: Tal vez se trataba de alguno de los seres malignos y sangrientos de los que hablan los trabajadores, eventualmente cuando permanecen largo tiempo afincados en la zona.

¿Cómo podían ellos enfrentar alguna bestia, o cosa, armados tan sólo con las manos? Alimaña acostumbrada a moverse en silencio. Agazapada y rastrera como los ladrones. Furtiva como las sombras, y letal. -se dijo.

—Don Julio -murmuró- siento que estamos demasiado al descubierto.

Como confirmando sus peores sospechas, un sonido bajo, apenas audible y amenazante surgió de la espesura del monte y subió de intensidad, hasta convertirse en un aullido electrizante. Julio puso una mano en el hombro de José, y lo empujó hacia atrás. Lentamente, muy lentamente, ambos retrocedieron un par de pasos y pusieron algo más de distancia sin perder de vista la cortina verde que ocultaba el corazón del monte. Zona donde emergiera el aullido. Recién entonces, Julio evaluó la periferia, y se percató que ambos habían ingresado a la cortina del monte, sin habérselo propuesto. Estaban en las lindes del bosque original que tanto evitaban.

—Esa huella que encontró, la que tanto le afectó -retomó el tema José ¿qué es?,¿ tiene alguna idea?

—Era una zarpa, indicó Julio, encorvando los dedos figurativamente, igual a las del fresno, casi me inclino a pensar que lo hizo la misma fiera, pero...

-Julio estaba duro en el lugar, observando la mano contraída a manera de garra, que había agitado al aire para demostrarle a José a qué se refería.

—Bueno, ¿qué?-preguntó visiblemente molesto el mecánico y a punto de perder la paciencia.

—¡Mierda! -exclamó fuera de sí Julio -¡no lo sé!, no termino de entender qué está mal en todo esto, si viviera mi abuelo, me diría con certeza, es algo que no está bien José.

—Sí, de acuerdo, ¿pero qué? -apuró el mecánico, fastidiado. ¿Y por qué se mira la mano de esa manera? -preguntó, temiendo que el jardinero estuviera entrando en pánico.

—La clave está ahí, en lo que veo y en lo que sé de estos bichos, hay algo que no cierra, y es en la forma de la zarpa.

Julio no era católico practicante. Era creyente, eso sí. Nadie que estuviera bien de la cabeza podía dejar de serlo. Desde su simplicidad,

entendía que no había otra alternativa, no existía otro credo, eso quedaba relegado a los cuentos de hadas, de magos y derviches en otras zonas alejadas del mundo, donde nada de lo que conocía podía tener sentido. Colgarse un crucifijo y creer, para Julio al menos, era contar con una entrada segura al cielo, siempre y cuando eso del "cielo", "la vida en el más allá", y "...a la derecha del Santo Padre" fuera una realidad. Era una concesión que podía darse el lujo de llevar a cabo, ya que no costaba nada y aseguraba mucho.
Cuando José lo apremió con preguntas, sólo atinó a mirar la espesura, besar el crucifijo, y a persignarse, dándole al ente que lo asustaba alguna connotación religiosa, maligna.
El hálito húmedo y tibio con el malsano hedor de la podredumbre de las miasmas del pantano los atravesó, como si la parca se hubiera cruzado en su camino. Seguidamente se descerrajó un trueno, y el cielo se iluminó en un fogonazo. Julio estaba realmente preocupado, no acertaba a comprender como se había pasado el tiempo y la luz. Afortunadamente, su buen juicio le llevó a manotear antes de salir, una linterna de gas de querosene y la caja de fósforos. Las nubes ahora estaban a punto de estallar en una furibunda catarata de agua. Pero la tarde apenas si rozaba la hora de la merienda. A la salida del depósito, José había bromeado acerca de su ocurrencia de llevar la lámpara, mientras él, en silencio, sólo se limitaba a revisarla y darle presión al líquido con el émbolo.
—De donde era mi abuelo, solía llamárselo con un nombre -comentó Julio, ahora él arrastrando la voz en un susurro.
José no preguntó más nada, se restregó las manos transpiradas en su mono de trabajo, y lo miró aguardando a que terminara la frase. Julio lo frenó de un golpe, con la palma abierta apoyada en su pecho, para impedir que continuara avanzando.
—No se voltee, no corra, y por sobre todo, no muestre pánico. Estaban a un costado de los pilares de ingreso, con el río a sus espaldas, donde se mezclaban juncos, fango, cañaverales y troncos raídos cubiertos de madreselva y campanilla en un caos que bien podría haber pasado por un rincón de la selva de Borneo. En otras circunstancias, que alguien mencionara que podía llegar a tener miedo, era causa suficiente para ganarse un sólido puñetazo, pero el temor que tenía era demasiado evidente para andar disimulándolo bajo una pincelada de patoterismo barato. Por otro lado Julio no es una persona con la cual tener ese tipo de desplantes.-pensaba José. —¿Lo ve?
Su compañero meneó la cabeza negativamente mientras intentaba enfocar la vista en la floresta enmarañada. Al frente dos troncos gigantes se cruzaban en una eterna competencia. Apoyados uno contra otro, trabados en la caída por el ramaje negro y retorcido de tres tipas de tronco casi hueco por los años y la carcoma, goteando en el

silencio.
Eran las ramas angulosas y frías que parecían arañar el cielo encapotado, enganchándose entre los crespones grisáceos de las nubes que lentamente oscurecían la tarde.
—Lo percibo –dijo entre susurros. —está al frente.
Los hombres permanecían rígidos como dos muñones torcidos intentando ver el origen de los sonidos casi imperceptibles que se colaban por el denso cortinado de pasionarias, madreselvas y campanillas que colgaba arrastrado por el peso de los troncos suspendidos en una caída interminable.
—Está en ese tronco, ya no se mueva.
El silencio era ahora más profundo. Cortado sólo por la cadencia del río a sus espaldas. Algo se movió entre la vegetación, aunque Julio mismo no podía asegurar si se trataba del viento o algo más. José volvió a retroceder un paso y Julio deslizó una mano en el hombro, conteniendo el movimiento.
El hombretón volvió el rostro contraído de furia. Julio sabía que estaba a punto de salir huyendo, que su furia era una pantalla de un pánico que comenzaba a volverse incontrolable y eso los ponía en una situación por demás delicada. El pánico era el foco de los predadores, y a ellos los colocaba en la mira de lo que estaba agazapado. Un movimiento sordo de algo pesado apoyándose en la rama, en línea recta y a un par de metros sobre sus cabezas se dejó oír claramente contra un nuevo relámpago que iluminó la tarde durante un segundo. Una silueta entrecortada por el fondo de sombras en la rama buscaba un mejor apoyo en el tronco resbaladizo por la humedad de las tipas.
Aquella figura...
Julio se vio en el monte a salvo de los peligros. Resguardado por la imponente y angulosa figura de su abuelo que se desplazaba con el hacha al hombro, cuando algo los detuvo en el monte.
—¡Quieto ahí nomás, m´hijo! -ordenó con voz perentoria que no admitía réplica. Sin embargo, él no podía vislumbrar nada entre las hierbas y arbustos, como no fuera una mancha leonada y un jadeo. Recordó entonces el olor a orín que sintiera momentos antes cuando su abuelo comenzara a bajar el tamaño de sus zancadas monte adentro, hasta que lo detuvo totalmente. Era el mismo olor que ahora lo devolvía a la realidad, acorralado por esa suerte de fiera que se balanceaba pero que aún no se mostraba totalmente, aunque en su fuero más íntimo sabía que olía y se oía como un jaguar. Si el animal tenía la idea de cazarlos, ya de nada valdría correr. Sólo uno de los dos saldría ileso, con suerte.
Estaban pésimamente ubicados para la huída,-pensaba Julio. El animal nos cortó la retirada a las casas y además a medias hundidos en el lodo, correr es impensable-se dijo preoupado. A la luz de un tercer

relámpago, se transportó a su infancia nuevamente. Su abuelo se levantaba la camiseta ante un pedido suyo y dejaba el costado al descubierto. La marca de una zarpa mostraba un claro recorrido de cuatro surcos como un campo arado.
—¡Cuatro! -recordó de pronto en un grito. ¡Eran cuatro, los conté una y otra vez!, repitió en voz alta alarmando a José que se volvió con el rostro transfigurado.
—¿Cuatro qué?-gritó, tratando de imponerse al estampido de un nuevo relámpago y un rayo que cruzaba fulgurante el cielo encapotado.
—¡No es animal, es la muerte! -aclaró por fin el jardinero, y sus peores temores se amalgamaron en el crisol de su mente.
Ahora estaban perdidos. No era José el único que liberara el olor a miedo. Su pánico era diferente. Podía enfrentar a una bestia. Grande o pequeña, tenía forma y comportamiento, pero aquello a lo que se exponían estaba en el campo de los sueños más ocultos. Cruzaron una mirada mientras José intentaba traducir la frase de Julio, aunque en su cabeza en esas circunstancias, no sabía si lo que retumbaba era la última frase de Julio o el trueno que se dejó oír a la luz de un nuevo relámpago.
El mecánico percibió el desconcierto de aquel hombre y sin darse cuenta comenzó a hiperventilar. Percibieron movimientos en la rama y algo negro a la luz de los relámpagos que se preparaba para un salto. Instantes antes y por el rabillo del ojo, Julio había creído ver la figura como algo más... hu- mano. Los ojos ahora los percibió como amarillos, fríos, calculadores y particularmente, malignos...¡cómo los del diablo! -pensó. El hedor corrosivo de la orina cargada de hormonas penetró en sus fosas nasales como una señal de alerta inminente y José supo, sin que Julio tuviera que decírselo, que se trataba de un jaguar negro. —¡Olor a macho!,-dijo Julio, y agregó — está marcando su territorio, y su comida.
José sintió que su mono grasiento era ahora un trapo húmedo y tibio.
—¡Mierda, me oriné encima, Julio! -esbozó una sonrisa nerviosa en un rictus, sin sacar la vista de adelante donde le costaba identificar nada que no fuera iluminado por la tormenta.
—Suele pasar. No le quite la vista de encima, y no lo mire a los ojos. -fue todo lo que dijo Julio. Sin saber si alguna de esas estupideces cambiaría en algo su suerte o la de su compañero.
—Me siento como un pendejo – rió nervioso José.
—Tranquilo José. No se pierda, alguna vez me pasó a mí -tranquilizó. Sin aclarar que tenía seis o siete años cuando ocurrió el hecho. Reláteme lo que ve José, ¡creo que podemos zafar de ésta!
Mientras hablaba, se volvió contra el viento y sacó la caja de fósforos del bolsillo de la camisa, metiendo la mano por el escote del chaleco,

cubrió la caja con la mano mientras intentaba prender un fósforo protegiéndolo de la fina llovizna que comenzó a caer en esos instantes.
—No se va a ir, ¿no? -suplicó.
—No joda, hombre. Estese atento y reláteme lo que ve, en eso va nuestra vida-Ordenó terminante.
Revivió las historias de las fogatas. A fin de cuentas, la venganza no era privativa de los hombres blancos. También los primitivos. Los originarios, los "indios" experimentaban su sed, y los cantares populares, las leyendas y los relatos de aparecidos y seres malignos hablaban de ellos. De hecho,
-tembló Julio intentando prender un fósforo humedecido. —Aparecían en todos lados: En jarrones, en muros, en pinturas y en entierros. Los brujos los conjuraban, y la mayoría de las veces, con funestos resultados, pero, ¿qué quería ese?
José se agachó tratando de buscar entre las sombras la silueta del jaguar contra las nubes.
—Está agazapado, parece que va a saltar, pareciera estar olisqueando algo.-de repente gritó, y sólo atinó a tirarse al suelo.
Julio se volvió con la mano en la válvula de control de la lámpara, y subió la presión del fluido. Repentinamente fue una llamarada. El fanal de vidrio se partió y la soltó en el aire, tirándose a un costado. Fueron brevísimos segundos. El jaguar rugió encandilado y disparó un zarpazo al farol mientras caía fácilmente a un costado sacudiendo la pata delantera empapada en querosene, que se encendió como una antorcha.
Un gemido furibundo de temor y dolor cruzó la noche como una exhalación y se internó en la espesura sacudiendo la pata encendida. La zarpa rozó el hombro de Julio, pero alcanzó la espalda de José y la carne se desgarró como un lienzo.
Antes de que todo terminara, el farol se había apagado en el suelo húmedo, y los sumió nuevamente en la oscuridad. No obstante la tenue luz de la pata aún encendida, pudo verse un par de segundos más y el olor del pelo chamuscado quedó flotando en el aire. Ellos estaban a salvo de momento. —José, -llamó ahora con tranquilidad mal fingida, —no se mire, ni se toque, ¡sólo corra! -apremió.
—Algo está húmedo, Julio.
—¡Qué no se toque, carajo!, -gritó alertando al mecánico, Julio sabía que si la herida enfriaba comenzaría a arder como fuego, y el hombretón posiblemente se desmoronaría, antes de eso tendría que convencerlo de llegar a salvo a las casas, de lo contrario si el tigre olía la sangre, reclamaría la víctima. —¡No se toque!, -repitió temiendo que entrara en shock.
Sin previo aviso comenzó a correr, con la esperanza que al quedar solo, el mecánico lo seguiría. Cruzaron la barrera de acacias, el monte

de frutales y saltando los charcos, cortaron terreno por el parque, hasta los garajes. Mientras José se pasaba la mano y tanteaba los jirones de la espalda con el horror pintado en el rostro, Julio lo atenazaba a los gritos con la finalidad de distraer su atención.
Pasaron raudos frente a la casa, mientras un Martín transformado, recargaba tembloroso la escopeta, apuntando al suelo.
—Sigan! -gritó, —¡José está herido, voy a buscar al Médico! —¡Cúbranos, Sr. Martín, si olió la sangre estamos perdidos! Pasaron por la galería de arcadas y saltaron trasponiendo la puerta del taller.
En la noche resonaron dos disparos... ¿o eran truenos?... No, eran disparos por las luces... ¿o eran relámpagos?, -pensaba José mientras se derrumbaba en cámara lenta al tiempo que las instalaciones del taller giraban en una danza alocada y absurda. Julio se detuvo y se plantó entre el hombretón y la noche con el facón en la mano, Martín desde el pórtico lo miró con admiración, y corrió al bote sin dejar de asir la escopeta. José desde el suelo alcanzó a ver al jardinero parado exponiéndose como un blanco humano y mientras caía en la inconsciencia, llegó a expresar su admiración por aquel tipo que no suponía un riesgo para la fiera que estaba suelta en la isla, pero, pensó, si lo ataca no va a salir bien librada y resbaló en una incipiente y ardiente oscuridad, temblando en un acceso febril por el esfuerzo realizado.
Martín soltó amarras, subió al bote y empujó la embarcación con la pala del remo para alejarla de la orilla. Las paladas que dio, fueron furiosas y desesperadas, primero se llevó a Claudina, luego Ernesto, y Eleonora, ahora estaba tras el rastro del resto, pero cometió un error: se tornó visible. Era el fin de la bestia -pensó. La embarcación tomó el centro de la corriente y Martín la llevó siguiendo la línea de costa rumbo a los pilares y el camino de acceso, se había desviado, pero necesitaba ajustar cuentas con ese “engendro” salido quien sabe de dónde. Un aullido se dejó oír en la noche, y vio la silueta de la fiera lamiendo heridas en un tronco. Soltó los remos y dejó que uno de ellos, en su apuro cayera al agua, levantó la escopeta y olvidando donde estaba, disparó los dos cartuchos casi sin apuntar, haciendo que el bote oscilara en la parte profunda y de mayor corriente del río provocando un trastabilleo y su caída del bote. Horrorizado recordó, en el instante en que intentaba aferrarse al bote, que nunca aprendió a nadar.
Julio aguardó de pie, hubiera jurado que el tiempo pasaba tan, pero tan lento que tuvo la impresión de sentir crecer las briznas de césped a su alrededor, mientras la oscuridad se filtraba lentamente en el halo de luz del garaje, a medida que las lámparas se consumían.
En la casa, los llantos de Rosalía y los gritos de Amanda volvían el entorno espeluznante e irreal. Las luces se apagaron. El resto de las

ventanas, en planta baja y primer piso, fueron trancadas, y el silencio la envolvió por completo.
Pasaron largos minutos hasta que se animó a bajar la cabeza y estudiar el parque a través de las sombras, un lamento quejumbroso se dejó oír en la espesura, y un disparo restalló a lo lejos. Desde donde estaba, creyó adivinar un resplandor breve, y se permitió fruncir el ceño. El señor Martín no fue en busca del doctor, eso estaba claro. O al menos, no fue esa su prioridad. En su fuero íntimo, Julio pensaba que tal vez no lo volvería a ver. José estaba perdiendo mucha sangre, no había tiempo que perder. Tomó el cuerpo por debajo de las axilas, y lo arrastró hasta el piso del taller. Asombrado comprendió que reparaba por vez primera las estanterías ordenadas y límpias. En lo que a Julio concernía, la personalidad del mecánico era un tanto cirquera y extrovertida, similar al tero, o al gallo: “pura bulla”, se decía. Nadie que fuera realmente “macho” necesitaba demostrarlo las veinticuatro horas del día y éste era el tipo de hombre que se desmayaba ante la presencia de una herida, o de sangre. Decidido, arrancó la sábana más limpia de la cama del hombretón, la tendió en el suelo y lo volteó de cara al piso haciéndolo rodar media vuelta para exponer las heridas al aire, arrancó la camiseta de algodón, y tomó un pañuelo limpió de un cajón de la habitación y la mojó en algo de ginebra que encontró. No tenía idea de si lo que hacía era correcto, pero había visto al Doctor Ferris un par de veces, y creyó que podría copiar los movimientos sobre las heridas en la secuencia correcta.
Corrió a la casa principal, y entró dando un empellón violento a la puerta. Un agudo alarido y un grito lo sobresaltaron, pero corrió al dispensario y sacó un poco de cloruro de magnesio, tomó un mortero pequeño y algo de venda. De camino al garaje, arrancó algo de ortiga, lo mezcló con el cloruro y realizó un emplasto que extendió con suavidad tratando de no tocar los bordes netos de la herida, que luego envolvió lo mejor que pudo.
El médico nunca llegó, y Martín tampoco. Ahora, sin puente ni embarcación, estaban a merced del terror, fuera lo que fuese. Había que esperar. Sacudió la cabeza. Se restregó el rostro. Los incidentes de las últimas horas, tuvieron la capacidad de atontarlo un tanto, y junto con el calor denso y la lluvia tibia, no resultaba ser la mejor combinación para concentrarse en mantenerse con vida.
De golpe tenía una topología totalmente distinta, donde la floresta junto al monte salvaje, eran el centro neural de la isla, y esta , a su modo de ver, era el único mundo que podían llegar a tener si no resolvía esa circunstancia.
Aislamiento.
La isla de golpe se había vuelto más chica. No era territorio seguro de día, menos lo era en aquellas horas. El ataque podría venir de

cualquier parte. De hecho podría estar en ese momento detrás suyo, acechando entre las sombras que cambiaban de formas talladas por la llama de la lámpara de querosene que prendiera hace instantes cuando las manos le temblaran en forma violenta por la tensión acumulada.
No prendió un cigarrillo por miedo a relajarse y no escuchar a la bestia cuando viniera a reclamar lo que era suyo. Volteó la cabeza, José aún dormía entre los vapores del alcohol y los estertores de la fiebre.
"Está marcado"-pensó. Julio evocó momentos de incertidumbre. Recordó a su amada Antonia, en el bote, cuando la muerte se agazapara sobre ella. José podía terminar de igual forma sino superaba esa fiebre que amenazaba quemarlo por dentro.
De repente, recordó a Facundo. Solo en la casa, a merced de sus propios temores, como lo había estado él con los suyos…, y supo que lo necesitaba. Sin armas ni protección, entrevió que la bestia había ganado. Debería elegir en el menor tiempo posible entre su hijo y aquel gigante que le resultaba extraño, y se hallaba ahora a merced de la bestia. No había otra opción. Martín no estaba en las cercanías. Las mujeres estaban atrincheradas en la casa y debía cubrir a la carrera quinientos metros en una noche sin luna. A oscuras. Sin apoyo y expuesto al monte que estaba demasiado cerca para su gusto. Se restregó la cara otra vez y bajó aún más la luz de la lámpara, a fin de acostumbrar la vista a la noche.
Necesitaba un arma. Comenzó a revolver el garaje en busca de algo contundente y pesado. ¿A qué se enfrentaban?, ¿era un tigre escapado de la inundación, famélico y sin otra alternativa que cazarlos? ¿Era una bestia surgida de la desesperanza del aislamiento?, ¿La diferencia entre los cuatro dedos de la zarpa y la huella con cinco marcas era real, o sólo el producto de su miedo y su frustración por no haber sospechado antes un ataque de tales características a la familia Rivarola-Bermúdez?
Mientras se adentraba en la noche, a toda velocidad hacia la casa, donde esperaba Facundo, revivió los hechos de las desapariciones una y otra vez. Claudina en las lindes del monte, un día de berrinche. Ernesto en el parque, un día de niebla, en algún lugar entre el pórtico y el pantano, de mañana temprano y mientras en su desesperación hacía de los animales a su alcance, una venganza por la desaparición de su hermana, torturándolos de cualquier manera posible.
Interrumpió la carrera. Permaneció quieto unos instantes y se arrojó al suelo todavía confundido. Percibió el movimiento contra la cortina de vegetación y los muros de las casas. Algo se desplazaba contra el marco claro de las paredes del garaje. Sin perder instantes, volvió a la carrera se paró y con el facón en una mano y un pesado mazo de una

pieza de algún vehículo en la otra corrió, a su encuentro mientras la sangre se le helaba en las venas. Había cerrado la puerta de entrada pero olvidó la ventana del cuarto de José. Ahora, la fiera parecía de la altura de un hombre y mientras corría, creyó ver en su postura, a un hombre a punto de saltar por la ventana.
Aún lo separaban unos cien metros. Gritó. A partir de ese momento, dejó de percibir la realidad y comenzó a experimentar lo que podría llegar a ser una percepción extendida de la misma. La cabeza de una fiera se volvió. Sus ojos fulguraron. A la luz de un nuevo relámpago hubiera jurado que era un hombre. Durante décimas de segundos, Julio creyó ver a la bestia en dos patas, a punto de cargar contra él, pero un destello lo volvió ciego una fracción de tiempo y pudo ver el cuerpo del tigre disparado como un resorte en dirección suya. Sintió el shock de la adrenalina electrizando el cuerpo y el vello erizado. Sin analizar nada de lo que hacía, levantó la maza en un movimiento y sintió que algo lo atropellaba. Cayó revolcándose en el césped mojado y resbalando entre los charcos.
En el movimiento, y a oscuras, trazó fintas con el facón donde podía percibir los movimientos nerviosos del gato, pero eran tan veloces y los suyos tan lentos que no acertaba a tocarlo. Un rayo tocó algún punto cercano y el fragor del estruendo quebró el sonido de la lluvia que comenzaba a caer con fuerza. Fueron un par de segundos que la fiera se retiró un par de metros como para medir la efectividad del ataque, Julio ya no pensaba, Sólo se concentró en las garras del animal, Sabía que un zarpazo podía ser el fin de todo, y de serlo, la fiera no se la llevaría de arriba. El Jaguar saltó y Julio percibió el aliento, sintió el vientre, sintió el pelaje y percibió el olor de la piel cuando se agachó y extendió el brazo armado en dirección al cuerpo. Algo tibio lo salpicó, y supo que lo había tocado.
La lluvia se transformó en aguacero y Julio comprendió, que no moriría ese día. Había ganado tiempo extra. Ahora sería cuestión de saber cómo lo utilizaría. El jaguar había desaparecido, Facundo, José y él se habían salvado. Aún tenía el rugido agudo y el maullido violento de la fiera en los oídos. Cansado, extenuado y sacudiendo los calambres del brazo por el esfuerzo en contener al animal, caminó hasta su casa luego de asegurar a José en su habitación. Facundo lo miraba caminar a través de la ventana, esta vez esgrimió una sonrisa al verlo, y él se la devolvió. Había enfrentado sus temores, y había salido airoso, esa noche Facundo durmió profundamente. Él no. Miraba el cielo desde la galería. Fumaba para permanecer despierto y se aseguró de que no hubiera nuevos ataques hasta entrada la madrugada, entonces lo venció el sueño y se dejó llevar por el descanso.
Eran las once cuando Rosalía le llevó un mate a la galería, y mientras

prendía la cocina económica, Facundo se desperezó y permaneció mirándola sin decir palabra. El sonido de la madera chisporroteando en la vieja cocina de hierro, el olor del pan duro tostado, y el canturreo del agua en el mate, lo despertaron. La posición no era la mejor, le dolían los pies, pero fue hasta que Rosalía le ayudó a ponerse las alpargatas, le alcanzó un mate y un trozo de pan con mermelada de naranjas y Julio sonrió. La vida volvió a Decepción -se dijo, y sorbió el mate profunda y serenamente. Rosalía se sentó a su lado.

—Usted me dijo que sabía de estas cosas, Rosalía, dígame, ¿qué es? Rosalía suspiró, cebó un mate y se lo extendió.

Esa mañana tenía calor. La piel cetrina estaba perlada de transpiración y el pelo sobre los hombros la agobiaba. Apurada por enterarse sobre los hechos acaecidos, no se había hecho la trenza como acostumbraba y allí, mientras miraba el perfil oscuro del monte a lo lejos, comenzó a trenzarlo con gesto casi ausente. Julio comprendió al instante que esos gestos eran un acercamiento. En ese momento entrevió la atracción que sentía Rosalía por él desde hacía un tiempo y que él sencillamente se limitó a ignorar, enfrascado como estuvo en su dolor y su enojo. Ahora, en el silencio del amanecer estival, y después de la noche anterior, comprendió que Rosalía había ganado la batalla. Ese simple gesto de trenzarse el pelo delante de él, era una declaración de propiedad y pertenencia, y Julio no protestó.

Los gestos del rostro se suavizaron, la respiración se relajó y esta vez cuando le devolvió el mate, la miró a los ojos, no vio temor, ni desesperanza, vio paz, una calma serena, pero una soledad dolorosa como la suya. —¿Qué piensa, Rosalía?

Había un tiempo para callar, y un tiempo para hablar, y los seres que amaba, más allá de si era correspondida o no, estaban en peligro. Apoyada en uno de los pilares de la galería, rascaba la tierra con la punta del calzado, mientras pensaba como comenzar la historia.

—Soy Mbya, Julio. Mi pueblo tiene raíces muy antiguas, tanto, que se pierden en el recuento de generaciones. Hubo una época en que todos los niños debían aprender por recitado la historia del pueblo. Ahora no pueden. Recuerdo pocas cosas de mi pueblo. A los pocos años me raptaron y me llevaron a Tucumán. yo era la sobrina del Opygua, y sé que cuando alguien es retirado contra su voluntad, desencadena fuerzas de la oscuridad que yo no conozco. Recuerdo sombras corriendo junto al camión de mis captores. Créame, no estoy contenta de todo lo ocurrido, pero yo no lo hice.

Julio permaneció unos instantes en silencio, durante unos largos minutos. La química entre ellos pareció enfriarse, pero Julio trataba de poner orden en la cabeza.

—¿Qué es un Opygua?-preguntó.

—Es… una especie de brujo, un guarda de la tribu. Vela por nosotros.
—¿Por qué cree que haría algo malo?
—El Opygua nunca hace nada malo, como no sea para defender y preservar la tribu. Hay hombres que tienen la misma condición que el Opygua, pero no son guardianes, y de esos, los hay buenos y los hay malos.
—Entonces, fue una venganza -sentenció.-Rosalía sacudió la cabeza- ¿No es esperar mucho de su parte, pensar que dieciséis años después, el Opygua, o quien sea, se acuerde de usted, y salga a cometer crímenes para convencerla de volver?
Rosalía se encogió de hombros.
—Suponer otra cosa, es pensar que mi pueblo concibe el tiempo como el hombre blanco. Es no conocer al pueblo Mbya. Además, las cosas deben retomar el curso que tenían. Los Jurua no pueden actuar como si fueran ellos los que deciden el curso de los otros pueblos.
—Juruás, ¿somos nosotros?, ¿los que no son Mbya?
—Juruá son los blancos, Julio, y esto -señaló al monte- Estos asesinatos o crímenes o lo que sean, lo comenzaron ustedes hace quinientos años.
—¿Por qué no hubo otros?
Rosalía lo miró con indulgencia.
—Tal vez porque le llevó tiempo rastrearme. Tardé mucho en aceptar esto que estaba pasando, Julio. No somos mejores ni peores, somos otros. No diferentes. Sólo otros pueblos.
Volvió la vista a la casa, Julio podía ver la huella de un par de lágrimas casi cayendo de los ojos. A lo lejos, Amanda estaba en el pórtico y miraba al monte. Más allá José estaba en el garaje.
De repente, Decepción era una isla llena de “islas”, en un mar verde donde acechaba una fiera negra, ¿o era una sombra?, ¿o eran los temores de cada uno de ellos?, ¿o era el miedo de vivir una vida común, en un lugar fuera de lo común?
—Ellos se defienden de la única manera que conocen. Pidiendo a la Ma- dre Tierra. Ella conjura la fuerza y les concede el don, o la maldición. A través de la historia hubo muchos otros casos. Hubo otras culturas que recurrieron a esto, porque son más débiles y la Madre Tierra protege a los débiles -dijo con vehemencia- pero no menos fuertes, no sé cómo explicarlo.
—Yo no lo juzgo, pero no deja de ser un crimen.
Se encogió de hombros.
—Sea como sea, perdemos siempre.
—Rosalía -la miró con ternura y puso una mano en su hombro- Todos perdemos -dijo en un susurro.
Un silencio profundo cayó sobre la Isla, el sonido del motor de una lancha se dejó oír y fue amainando en las cercanías de la playa hasta

que cesó por completo.
—¿Qué pasó en realidad?
—Me imagino que un guerrero sale de noche, para proteger a su tribu, a su pueblo, "vestido" de jaguar, y rastrea mis huellas hasta acá.
Julio no podía creer lo que escuchaba.
—¿Dijiste —vestido?, pero yo vi las huellas.
—¿...y no notó nada raro?
—No estoy seguro, pero...
—...pero…, son distintas. –afirmó Rosalía. Julio asintió.
—Ese hombre, –continuó- ese guerrero, tiene un poder que los Juruá desconocen. Se dice que -al llegar a este punto bajó la voz- se transforman en jaguares, pero tienen una contra Julio, no siempre pueden dominar su lado animal. En realidad nunca. Pero es su forma de tratar de enmendar la violencia con que ustedes arremetieron en su mundo, sin preguntar ni pedir permiso.
Julio asintió nuevamente.
¿Sería animal, aquello que los atacó?, ¿o sería la humanidad animalizada de un guerrero?, ¿habría una marcha atrás a la escalada de violencia?, ¿o simplemente se trataba de un delirio de Rosalía? Se preguntó Julio.
Una respuesta a la vida sin otro futuro que servir a una familia signada por la tragedia, sería quizás la forma que la locura de Amanda comenzaba traspasar a los habitantes de la Finca, Era esa misma locura la que sumió a Ernesto en un odio malsano, ávido de sangre.
De una cosa estaba seguro, no debió haber sido tarea fácil mantenerse a un lado del odio liberado por aquella mujer en todo lo referente a la isla. En una casa con cuartos oscuros y una personalidad como la de Amanda, era una posibilidad más que obvia. –pensaba y como respuesta a sus cavilaciones, un grito surgió de la casa, un gemido lastimero, largo y quejumbroso, y luego un silencio profundo.
Rosalía salió corriendo y él detrás de ella.
Cruzaron el parque a la carrera, evadieron la fuente, y ya al pié de la escalinata, Julio pudo ver una Amanda de pié, aferrada a la baranda del pórtico, a punto de caer, desgreñada, transformada, y ya enajenada. Dos hombres de la delegación de la policía ribereña luchaban por sostenerla. Uno de ellos, le resultaba conocido. Era el que se llamaba Eliseo.
Subió de un par de saltos y ayudó a Amanda a sentarse.
—Esta mujer ya no puede estar acá en estas condiciones, deberemos transferirla a un asilo -comentó el que parecía más viejo.
Eliseo se volvió y reconoció a Rosalía, pero se refirió a Julio.
—Hallamos el bote del Señor Martín, corriente abajo, ¿está él?
Julio sacudió la cabeza negando.
—No, fue a buscar un doctor anoche. Fuimos atacados por un jaguar

negro, José y yo. La fiera está en el monte -informó.
En ese momento reparó en que aún no sabía nada de José.
—Voy a echarle un vistazo. El mecánico fue mordido en la espalda y yo realicé las curaciones, no creo ser tan bueno como enfermero, por ahí haga falta su traslado a un Hospital. Eliseo lo acompañó. —¿Qué está pasando en la Isla?
—Se me hace que un jaguar llegó con la inundación, señor agente, y me di cuenta tarde. Nos dimos cuenta tarde. Cuando ya se había cebado. Ahora no hay más remedio que terminar con esa bestia, quien sabe donde más podría atacar si escapa.
Eliseo asintió aceptando la explicación.
—Avise al oficial que vino conmigo, está en la lancha. Yo voy a hacer una recorrida.
Julio lo tomó del hombro.
—No hay necesidad de ir solo, agente –dijo Rosalía con respeto.
—¿Cómo terminamos esto?, las personas, la gente común digo. ¿Sabe eso?-—preguntó Julio a Rosalía.
Lo miró con tristeza, al fin de cuentas, no había entendido nada. Pero era un camino sin retorno, ya no había escape. Era el mundo de ellos -pensó Rosalía, su pueblo sólo podía hacer una cosa, volverse Jurua, o morir en el intento.
—Julio, somos personas, Dijo con cansancio, sólo eso, personas asustadas como ustedes, buscando vivir, y solamente podemos sobrevivir... a duras penas.
Eliseo ya se alejaba por el camino bordeando el monte. Julio la miró a los ojos y la sacudió por los hombros.
—No es un ser humano, Rosalía, es un jaguar, una bestia cebada. Es un riesgo.
—¿...y nosotros, Julio, qué somos para ellos?, al final los matamos a todos. Mi pueblo no los mata, los respeta, creemos que en cada jaguar, puede estar el alma de un guerrero.
—No estamos en la selva, Rosalía.
—No, claro que no, lo olvidé.
Julio se quedó quieto maldiciendo las circunstancias, pero cierto o no, no podía volver atrás el tiempo como para encarar las cosas de otra manera. No se podía pensar en perdonar, no eran Dioses. La venganza era humana, y aunque fuera para el animal, sólo alimento, las criaturas que desaparecieran esos días, no se podía olvidar. Contó mentalmente las vidas en juego. Las cosas ya estaban malditamente jodidas para reparar en los daños del pueblo Mbya, o cualquier otro.
—Usted habló de otros en la historia, Rosalía, ¿qué otros casos?
—¿Recuerda cómo le decían a Don Facundo Quiroga?
—¡El Tigre de los llanos!-Rosalía asintió- ¿y a sus hombres? –insistió.
Julio sacudió la cabeza negando

—Tanto no sé.
—¡Capiangos!
—¿Y fueron también jaguares?
Rosalía, a punto de irse hacia la casa se volvió, puso una mano en el brazo de su compañero y lo miró a los ojos.
—Es lo mismo, Julio, es la misma arma. La Madre tierra, la Pachamama, como quiera llamarle nos cedió ese poder. En realidad no lo perdimos nunca. Ustedes lo perdieron, demasiado olor a pólvora y ruido en sus corazones, ya no escuchan nada. Los Capiangos, los Runuturuncos, o los Yaguareté Aba, son la misma cosa. Hasta los Incas, los Aztecas, los Mayas, los Calchaquíes hablaban de los hombres-jaguares, y como todos: los hay buenos y los hay malos. Somos todos pueblos de Madre Tierra. No se dan cuenta?, Ustedes son el terror que están padeciendo, somos un espejo de los Jurua.
Julio agachó la cabeza.
—Fueron tres niños, Rosalía, no tiene perdón de Dios.
—...y las matanzas de Calchaquíes, la de los Quilmes, los Araucanos y Mapuches, los Lules, los Matacos, los Yamanas... ¿sigo?, Julio, no se equivoque, yo no estoy defendiendo nada. Digo que es la cara oscura de los Jurua, sólo eso. Por lo demás, da lo mismo, si no lo mata usted, algún otro lo hará.
Julio entró a la habitación de José, el olor rancio de la herida expuesta viciaba el aire, pero José descansaba tranquilo. Durante un rato preparó compresas nuevas con ortigas y hojas de eucalipto mascadas, colocadas bajo un nuevo vendaje. La fiebre no bajaba, al rato escuchó los pasos de Rosalía, y unos instantes después, se volvió para verla apoyada contra el marco de la puerta.
—¿Cómo está?
—No muy bien, ¿sabe bajar la fiebre?
La mujer se volvió y caminó hacia la casa, desde la puerta del garaje, Julio pudo ver como revolvía las plantas del jardín y regresaba a él con dos plantitas en la mano.
—Prepare un té con estas, no se preocupe -agregó al verle la cara- sé lo que hago, no lo va a matar, y sí, puede curarlo. Es malva y verbena, apresúrese. Después nos vamos a ocupar de la suya, Julio, no debe descuidarla, ¿siente dolor? -Julio asintió.
—Sí, claro, pero déjelo para después. Eliseo va tras el gato, y no creo que sepa a qué se expone.
Julio salió tras el policía, mirando más allá, a través del follaje.
El hombre tenía mucho coraje, pero era un necio... bueno, casi como él, que armado solo con el facón, se internó en el corazón del monte. No obstante, el animal había cometido un error, ahora ellos sabían dónde buscarlo.
Rosalía había expuesto sus miedos, los ancestrales, el miedo de la

represalia porque la madre de Martín la había raptado, pero... ¿cuáles eran sus miedos? Recordó la sensación de la muerte, agazapada en el bote como una rata, mientras el cuerpito de su amada se sacudía en estertores.
¿Cuál era el rostro que tenía el... -¿Cómo lo llamó Rosalía? ¿Capiango? ¿Runuturunco?- para él? Mientras pensaba se internaba a metros de Eliseo. Alcanzaba a ver el tono caqui de la camisa moviéndose entre la vegetación verde y fresca del monte. Parecía un blanco perfecto para la bestia, si aún estaba viva. La noche anterior, cuando desapareciera Martín, había creído escuchar dos escopetazos a la distancia. Se encontró considerando la posibilidad de que tal vez, Martín no volviera más, como tal vez no volviera a ver al jaguar. En el aire, sin embargo, aún se olía el áspero y picante olor del orín del félido.
Julio comenzó a moverse más lentamente. El animal o lo que fuera, podía llegar a ser artero y taimado, acechando desde alguna horqueta de un árbol, desde donde podía vislumbrar sus movimientos. Estaba tentado de gritarle al policía que se detuviera, que no era algo común aquello que enfrentaban, y bastaba un terreno extraño para que la bestia se sintiera acorralada, y matara todo lo que se entrometía en su territorio. Un ataque parecía inminente, pero el hombre se había alejado lo suficiente como para gritar.
Comenzó a apretar el paso sin perder de vista los árboles de la periferia, hasta que pisó algo resbaloso y patinó en el suelo lodoso cayendo de espaldas, sin atinar a agarrarse de la vegetación circundante para no perder el equilibrio. Su cabeza golpeó la raíz de un gomero y permaneció unos instantes temiendo lo peor, el techo de follaje por encima de su cabeza comenzó un movimiento desordenado de vaivén y cerró los ojos temiendo no despertar nunca más.
A lo lejos escuchó un sonido entre los arbustos y, con el pánico en el rostro, sintió la rata, otra vez agazapada. Una sombra llenó su escaso campo visual con formas indefinidas y algo lo aferró del brazo y tiró de él con fuerza.
—Ya está, mi mocita -murmuró, y se dejó ir.
Eliseo caminaba por delante. No sospechaba que Julio le venía en zaga, pero no dejaba de mirar al frente. No podía preocuparse por lo que dejaba atrás. De lo contrario sería presa fácil. A los costados, la selva en galería lo cerraba sin él percatarse. Los árboles botellas, los sauces, alisos, ceibos y laureles comenzaron a trenzar una red de la que resultaba cada vez más difícil desprenderse, y por delante sólo charcos, lodo, campanilla y culandrillos, enzarzados con lirios y juncos. El tronco retorcido de una tipa, como un esqueleto negro y seco se irguió ante él. Era llamativo, el aspecto tétrico y poco amigable que tenían los árboles en esas regiones primigenias. Eso lo

asombraba. En un parque, seguramente pasarían por árboles exóticos, pero acá... no -pensaba.
No había sonidos alrededor, el silencio profundo y vacío de vida. Hasta el viento, un poco antes evidente, había cesado. Las nubes se corrieron y un sol lozano y cálido penetró en algunos resquicios de la densa cobertura vegetal. Por escasos segundos se sintió transportado al Edén. Eliseo caminaba al garete, ya no tenía sentido intentar mantener una dirección. Un ceibo se retorcía sangriento frente a él. "No, no es sangre, son flores" -se recordó. Hacia su derecha escuchaba correr el río, aunque aún no lograba verlo. De repente la cobertura vegetal se abrió y se encontró al borde de un barranco que caía a una extensa zona de juncos en una pequeña playa de arena lodosa, depósito de las aguas del delta.
Una garza levantó vuelo delante suyo y se elevó silenciosa, con un aleteo elegante y seguro, poniendo distancia con el pantano. Tragó saliva. El movimiento por el rabillo del ojo lo había sobresaltado. Bajó el arma, pero sacó el seguro y cargó. "Las armas, son la opción de los cobardes" -decía su padre. Pero él nunca estuvo en esa situación, y no se refería a un caso de esa envergadura. En los meses que llevaba en la comisaría delegación "Islas y Delta", nunca había empuñado la pistola. Ahora era la tercera vez que la sacaba, eso era un indicativo de que comenzaba a perder el control. —Es- pero que esto termine pronto, o me voy a volver loco. -se dijo a sí mismo en voz baja. Como confirmando su frase, un plañido bajo se dejó escuchar cerca suyo, casi como sobrenatural, surgiendo de todas partes y ninguna en especial que lo sobresaltó nuevamente. Había una fiera después de todo, y no era para nada una aparición.
Rosalía, como él mismo, había perdido su sano juicio. Torció la cabeza en un gesto y escupió a un lado. Era una fiera, no había duda... aunque du- daba igual.
Runuturuncos, hombres tigres. El imaginario humano no dejaba de asombrarle. ¿Hacía falta recurrir al bestiario para justificar la animalidad humana? En su fuero íntimo. En algún lugar dentro, muy dentro suyo donde lo esperable rozaba con la locura, tenía el anhelo de encontrar a los niños vivos. Atados, sí. Amordazados tal vez. Maltratados casi con seguridad, pero vivos.Se encogió de hombros. Era una esperanza fundada en un cuento y el conocimiento de las miserias humanas y los extremos alcanzados por el odio y la locura los que alimentaban esa débil luz al final del túnel de la razón. Eso y una única huella, aparentemente de cinco dedos, hallada en el parque por esos dos tipos que parecían estar siempre un paso por delante.
Capiangos, tigres, hombres-bestias, como esa novela famosa, la del médico loco y su alter ego... "Dr. Jekill y Mr. Hyde", que circulaba por el viejo continente. Fuera como fuera si un hombre estaba

involucrado, y esperaba encarecidamente que así fuera, parecía una burda copia de ese relato.
“Extraño mundo este”-se dijo- “a fin de cuentas, no vemos manera de despegarnos de las bestias, y cuando lo logramos, la especie hace lo imposible por retornar al nivel de las fieras que perseguimos por salvajes”.
¿Qué podía esperar? “Los animales no matan por deporte”, decían los cazadores. Parecía más el producto de la miseria humana más baja que con emociones y deseos tan brutos y toscos, se podían considerar extremos. ¿Amanda?, ¿Martín?, ¿un loco? –se preguntaba sin respuesta... No un tigre, tampoco una fiera con reminiscencias humanas, sino un humano deforme con las formas y las artes de las bestias.
¡Se paró en seco, allí estaban…, los había encontrado!
La sangre adornaba los alrededores, como si alguien hubiera pincelado el césped y las enredaderas para no perder la ubicación del lugar. Loco. Maníaco. Bestia o lo que fuere, había sacudido algo hasta despedazarlo y reducirlo a fragmentos digeribles, había astillado huesos para sorber la médula, había lamido los jirones, había masticado…
Había traspuesto los límites del bosque, y ahora, de cara al río, estaba en una zona del juncal donde los troncos de dos inmensas tipas viejas se apoyaban la una contra la otra como contrafuertes del infierno, dejando un espacio negro y frío por debajo, donde el follaje goteaba sobre los restos… Dos cabecitas humanas surgían entre la hojarasca y el lodo, retorcidas sobre lo que quedaba de la espalda, en un ángulo imposible de alcanzar en vida. El espectáculo era enfermizo, horripilante, y congeló su espíritu como si un vendaval helado hubiera escapado de ese hueco.
Por un radio de unos cinco metros, pudo ver jirones de tela ensangrentados, desperdigados como un aviso, como una declaración nauseabunda de la propiedad del territorio. Un nido.-se dijo- porque a eso le recordaba el lugar.
Las cabezas carecían de rostros, y lo que quedaba, había sido lavado a lengüetazos y compartido con las moscas y gusanos que comenzaban a colonizar los restos. Estaba arrodillado, no soportaba la vista desde arriba, y le pareció que de esa manera oraba por las almas de los niños. Bajó el arma y dejó caer los brazos. —Después de todo es sólo un maldito animal.-se dijo para entender mejor la situación.
Una sombra cruzó la suya en el suelo, y por un leve movimiento alcanzó a captar una figura que al principio había tomado por humana, en postura de cuclillas. Lentamente elevó la cabeza, hasta encontrarse casi frente a frente con los ojos amarillos de una sombra contra el telón oscuro del follaje. Estaba agazapado.

Un gañido de advertencia se dejó oír y el hombre cayó en la cuenta de que carecía de todo control sobre los miembros y no entendía cómo había sido que se había convertido en víctima.
La certeza del fin se encajó como una cuña y mentalmente se rindió. Daba lo mismo tener una pistola que un obús. El resultado del enfrentamiento estaba tan claro como el agua. Ahora sabía que el miedo, ese que nace de muy adentro, con raíces que se entrelazan con la conciencia, había ganado la partida. La fracción de tiempo duró una eternidad. Visto desde donde estaba parado, la cosa no daba más que para una mordida en el cuello y la muerte por asfixia, con las cervicales aplastadas por la presión de las fauces, como los dos cuerpos que descansaban bajo las tipas lloronas. Claudina y Ernesto, Ernesto y Claudina, pero entonces, ¿Donde estaba Eleonora?, Amanda había jurado que se llevó a los tres.
Los gritos de Amanda, los alaridos desmañados, los ojos fuera de sí, los tics. El comisario había hablado con el Juez. No le quedaba mucho tiempo en la casa.
Levantó los ojos lentamente y percibió el aliento fétido en el rostro. Entonces cayó en la cuenta... si no hacía algo en los escasos segundos restantes, la muerte..., su propia muerte sería atroz. Si ese segundo le parecía infinitamente largo, el de la muerte por masticación sería desgarrador. Una fracción de tiempo antes de disparar, Eliseo entendió todo, incluyendo a Amanda.
En el silencio de la floresta, el estampido rebotó una y otra vez contra los troncos. Un par de cormoranes se elevaron asustados.
Un rostro.
Rasgos desdibujados comenzaron a delinearse en la retina de Julio. El golpe había sido fuerte, un arco de dolor recorrió el cráneo como un eco de la contusión. El primer impulso fue asirse la cabeza intentando frenar la sensación de que todo daba vueltas sin conseguir obtener una imagen clara que se mantuviera unos segundos quieta. Un rostro frente a él algo deforme parecía demasiado cerca, para determinar con precisión su naturaleza. Uturuncos... el alma de un guerrero en el cuerpo de un tigre. Un mazo le golpeó la memoria y todo se aclaró de golpe. Estaba en el bosque, detrás de Eliseo, cayó contra las raíces del gomero, entonces algo lo asió del brazo y... las imágenes se detuvieron y encajaron donde debían, el instinto de supervivencia se sobrepuso a su necesidad de descanso y se incorporó casi restablecido, aunque con un fuerte zumbido en los oídos producto del golpe. Frente a él estaba Facundo, resguardando su bienestar, parado y atento a los sonidos del bosque. A su lado, apoyada contra el tronco resbaloso del gomero, estaba la carabina que fuera de su abuelo. No recordaba haberla traído, seguramente Facundo lo vio entrar en la espesura y se apuró a seguirlo para alcanzarle el arma. Preocupado se preguntó si estaría

cargada, desde donde estaba, podía ver la carabina con el cerrojo martillado, cargada o no, no podía articular palabra, tenía la garganta bloqueada y la lengua pastosa. Intentó hablar pero sintió que un sonido gutural patinaba en la saliva del miedo. Vio a Facundo girar la cabeza de golpe y supo que Eliseo había disparado.
¿Adónde irían las almas cuando los cuerpos morían?, ¿Antonia estaría por allí velando por ellos? –Aquella reflexión pasó fugazmente por su en- turbiado cerebro.
Estaba Facundo, y con eso alcanzaba. Entonces lo supo. Antonia se perpetuaba en Facundo, y había venido por él. De alguna manera, era la respuesta que necesitaba para seguir adelante.
Los muertos…, la bestia…, los eventos de esos últimos días desfilaban y sacudían su cabeza.
Ahora, no.
Todavía debía luchar por Facundo y ver en qué se convertía. La esperanza y los anhelos de Antonia, la sonrisa y sus ojos, todo estaba en él, y no había querido mirarlo siquiera. El dolor fue grande, pero ya no. Ahora sólo quería verlo crecer, acompañarlo, reír, llorar y festejar sus aciertos y palmearle la espalda para darle sostén cuando penara.
Se arrodilló y se incorporó sobre nudillos y rodillas, a duras penas en cuatro patas, intentando lograr un equilibrio que aún no tenía. Estiró la mano y cogió la carabina.
Durante la inconsciencia, había sido mudo testigo, una y otra vez, de la eterna muerte de su amada, como Prometeo, encadenada al parto interminable, y a una jauría de ratas histéricas que devoraban sus restos una y otra vez, cada vez con más frenesí. La marea negra del olvido mordía su cuerpo y desaparecía en el fondo del bote como el agua escurriéndose entre los maderos. Vez tras vez, la rata más grande dejaba de mordisquear y clavaba sus ojos rojos en él, no amarillos, y allí se encontraba, delante de Facundo que de repente estaba congelado de pánico. “El miedo no debe anularlo m’hijo, debe servir para protegerlo.”-escuchó a su abuelo decir. El gran bigote blanco, los ojos celestes, la cara curtida por el resplandor del sol en el río. Alzó la escopeta y disparó, rezándole a Antonia por que estuviera cargada, para volarle la cabeza a la rata esa que mostraba sus dientes, negra como las sombras de ese bosque maldito. La sombra del bosque que se llevara a Claudina, a Ernesto, a Martín y a Eliseo. El estampido le destapó los oídos, y arrodillado tiró la corredera hacia atrás una vez más, disparó otra vez, tiró la corredera por tercera vez y volvió a apretar el gatillo y repitió una y otra vez, hasta que comprendió que no había más balas. El bosque estaba limpio, ya no volverían las ratas, ni volvería el dolor. Ahora la brisa pasaba fresca, el sol descorrió el velo oscuro y con sorpresa, mientras se acercaba a la orilla , alcanzó a

ver un cuerpo negro, deslizándose entre los juncos con esfuerzo hasta que resbaló y cayó a las aguas.
Por unos instantes, creyó ver un brazo bronceado forcejeando para mantenerse a flote hasta que la misma inundación lo cubrió como cubre todas las cosas, con lodo y restos que se enredaron y tiraron de él. Finalmente el cuerpo se hundió.
—Esa cosa, era el mismísimo diablo.-alcanzó a murmurar con un resto de fuerzas,
—Vamos padre, apóyese en mí.-dijo Facundo.
Julio lo miró largamente a los ojos, eran castaños, con retoques verdes, como los de Antonia.
—A partir de ahora, parece que estamos juntos.-Facundo lo miró extrañado.
—¿Juntos, Tata?
—Sí, como lo planeó su madre m'hijo.
Lo tomó del hombro, por primera vez en la vida lo tocó. No lo necesitaba, pero se aprovechó de ello, y tendió un brazo. Comenzaron a caminar el sendero de retorno a las casas.
Estaba decidido, esa tarde se iban… Facundo, él… y si aceptaba, Rosalía también.
Los ojos de Facundo permanecían en su retina. Después de todo Antonita no estaba muerta, Facundo tenía esos mismos ojos francos, esa misma curiosidad, y esa misma alegría. Alegría que parecía guardada en una cajita por los eventos ocurridos.
Caja como las que usaba en otros tiempos su mujer para guardar los escasos adornos y tesoros personales, pero él…el sabía cómo abrirla, y se prometió a sí mismo no volver a perder el tiempo.
EPÍLOGO

Mariano caminó hasta las afueras del Puerto, cruzó las vías del Tren de La Costa, se detuvo en la esquina y con un ademán paró un taxi, subió a la furgoneta y le dio la dirección al chofer, quien lo estudió por el espejo retrovisor, al ver que jadeaba, mientras el resplandor lo obligaba a entrecerrar los ojos.

—Todo bien, ¿no? -preguntó el chofer con desconfianza.
—¿Por qué lo pregunta? -inquirió Mariano sofocado.
—Por la zona, es peligrosa.
El taxi arrancó, tomó la Avenida Liniers y cruzó el puente hacia el barrio

de Benavidez por una calle arbolada y fresca y aceleró sorteando autos y colectivos. Cruzó canales y juncales y luego de unos quince minutos de vueltas, aparcó al costado de una casa humilde de ladrillo unido con argamasa y adobe, que tenía una corta galería sustentada con columnas de hierro fundido y con techo de chapa acanalada que resguardaba una puerta doble de madera antigua, de esas con buzón

de ranura y aldaba.

Desde el portón de acceso de la vereda, el patio de tierra barrida, dejaba ver un banco destartalado de trabajo, una silla con una pata remendada, una mesita de bar color verde y algunos enseres de trabajo viejos como una plancha de carbón, una lámpara de querosene rota y un mango de guadaña que se notaba que hacía tiempo estaba en desuso, sosteniendo un fragmento de hoja oxidada.

Se apeó mirando hacia ambos lados, y dudó unos instantes.

Pidió al chofer que lo aguardara por media hora y el hombre lo miró como si estuviera loco y respondió. —Ni por todo el oro del mundo. -mientras comenzaba a acelerar dejándolo justo en la puerta de la casa con la sensación más profunda de soledad e inseguridad.

Era cerca de media tarde cuando hizo sonar las palmas desde la vereda, por sobre el portoncito destartalado de madera.

— ¡Váyase! -escuchó una voz que llegaba del interior. —¡No quiero nada, no tengo nada, para dar, le estoy apuntando!

Hacía mucho calor. Estaba denso y húmedo, y él allí parado, soportaba los rayos abrasadores en una acera pelada, con un esqueleto de paraíso, enhiesto y socavado por la podredumbre. Estriado por el sol. Casi pulido, sin corteza ni ramas.

—¿Facundo Arrechea? -preguntó Mariano desde afuera, en un grito y haciendo altavoz con las manos en torno a la boca, más en un gesto defensivo para que el hombre de adentro notara que no llevaba ningún elemento ofensivo, que para hacerse oír.

Por unos instantes no escuchó ruidos, luego oyó el “tap - tap” de un bastón afirmándose en el piso de madera y el siseo de los pies arrastrándose en el mismo. La puerta se entreabrió unos centímetros, y Mariano alcanzó a ver una cabeza casi calva con cabello blanco y piel curtida.

—¿Qué quiere?, ¿quién es usted?

—Mi nombre es Mariano Branco, señor Arrechea, y he venido hasta acá para hablar con Usted...

—No tengo nada que hablar con nadie, no conozco ningún Branco -fue la tosca respuesta desde atrás de la puerta, tan seca y pelada como aquel tronco que remedaba a un árbol.

—...acerca de “La Tía Amelia”, vengo de la Isla, y leí el manuscrito que usted escondiera en el mate, ¿lo recuerda? “...el diablo existe y tiene los ojos amarillos”, yo sólo quiero hablar...

La frase activó una zona dormida del cerebro del viejo, quien se echó para atrás, como si de repente se topara con una imagen suya en el espejo, inesperada y desconocida... o quizás olvidada.

Temblaba. Ahora después de tantos años, temblaba. Aferró el pomo envejecido de la puerta reseca y maltratada por el tiempo con una mano nudosa y vacilante.

Había pasado tanto tiempo...
Abrió totalmente la puerta y se asomó desde donde estaba. Sintió el crujido de la hoja desvencijada. Un viejito de estatura media, ojos claros, celestones, y mirada aguada por los años lo observó desde una montura de anteojos negra, algo vieja y lentes gastados.
—¿Qué dijo usted? -preguntó, no pudiendo dar crédito a lo que escuchaba.
—Encontré sus notas en Isla Decepción, Facundo, y vengo a aclarar el misterio, o a tratar de hacerlo con su ayuda.
Una moto aceleró con el escape libre, ahogando su última frase, pero no hacía falta repetirla, una sonrisa afloró en el rostro del anciano.
A cinco metros, y desde la vereda, Mariano creyó ver el brillo del sol sobre un par de lágrimas aflorando en sus ojos cansados.
—Lo siento señor Arrechea, no era mi intención...-comenzó a decir, pero el viejo le hizo un gesto con la mano.
—Pase joven, no le preste atención a las flojeras de un viejo, pase, esperé más de setenta años este momento. Ahora, si está dispuesto, le voy a contar.
Mariano respiró hondo.
—Tengo preguntas, señor Arrechea...
—Llámeme Facundo, joven. Siento que usted y yo, compartimos más de lo que parece.
El hombre joven asintió.
Cruzó la puerta y un vaho de humedad recalentada lo sofocó un instante.
—Estos últimos días, sentí lo que usted describió, y, ¿sabe qué?, hasta encontré aún los arañazos en la puerta de la casa, tal cual lo relató.
Ahora una lágrima rodó por la mejilla, y el viejo se pasó la mano como al descuido, sin pudor ni vergüenza. Lo miró a los ojos y afirmó:
—Tuve tanto miedo, Mariano, tanto miedo en esa Isla... -Miró por la ventana evocando el dolor y la soledad, fijando la vista en un punto lejano, muy lejano de sus recuerdos. Estaba aún parado al costado de una mesa pequeña de hechura barata, de madera vieja, donde los años desgastan algunas fibras, dejando las restantes en relieve, haciendo juego con sus manos nudosas y resecas.
—... tanto miedo -repitió para sí mismo- ahí, visto desde donde estoy ahora, el único héroe fue mi padre, y ¿quiere que le diga algo que no le he dicho nunca a nadie? -preguntó mientras ponía la pava con agua al fuego. —Me alegro de que aquello ocurriera, nos unió a ambos como padre e hijo. Pero esos niños...
Se quedó unos instantes en silencio sintiendo que algo se le atravesaba en la garganta y le impedía hablar.
Mariano se sentó al gesto de invitación muda del anciano.
—Facundo -musitó con voz queda, temiendo quebrar ese silencio. —

¿qué piensa usted que ocurrió?
El viejo movió la cabeza, tragando saliva para no llorar, algo aún se debatía adentro, despierto sin duda por Mariano y sus declaraciones, algo que pugnaba por aflorar. Aún tardó un tiempo en responder, mientras echa- ba yerba en el mate y volcaba un poco de agua fría que chupó y escupió en el fregadero.
—Mire, una cosa es lo que yo creo y otra es la versión oficial.
—Vine hasta acá por su versión de los hechos, Facundo.
El viejo se sentó a su lado.
—Creo que fuimos víctimas de un momento inusual, particularmente creo, hoy, que la inundación por un lado, los miedos por el otro, y la soledad de todos nosotros generó un monstruo que abrió una brecha en la isla por el costado más inocente: la vida de esos niños.
—Pero entonces...
Hizo un gesto, de a ratos jadeaba como si todo aquello le significara un gran esfuerzo.
—Todos pecamos de ignorantes. Martín, por suponer que los actos de su familia quedarían impunes. Amanda, porque pensó desde su inconsciencia más profunda que el estatus lo era todo. Mi padre, porque sólo vio su dolor y José desde su obtusa formación ignorante de todo lo que no fueran sus máquinas, subestimó la naturaleza.
Se tomó un respiro, apagó la hornalla, puso la pava en la mesa y comenzó a cebar.
—Nunca, escúcheme Mariano, nunca hubo mejor caldo de cultivo para que ese tipo de situaciones se diera como se dio. Y si algo podía salir mal con lo que fuera que se adueñó de la Isla, no salió mal, salió peor.
—¿Qué fue de Rosalía?
—Se fue con mi padre, vivieron su vida juntos, tuvieron dos hijos y mi padre vivió para verlos convertirse en dos jóvenes prometedores. Murió cuando tenían unos quince años, después de ello, un día vino a verme Rosalía con los muchachos y me dijo que se irían a buscar el rastro de los suyos a Misiones. Nunca supe más nada de ellos.
—La vida sigue camino. -sentenció Mariano, por decir algo.
—De donde ella es oriunda -continuó sin hacer caso de su comentario- los machis, brujos o “soñadores”, tienen magia, yo no lo creía, pero me convencí. Los hombres están apegados a la Tierra, y no es sólo por la tierra. Sienten distinto y reaccionan distinto. Le llaman… -titubeó un instante mirando el cielorraso- ya no recuerdo mucho, espéreme, sepa comprender -y enseguida agregó- “paje”, o “payé”. Es el término que usan para la transformación.
—¿Qué transformación Facundo?
—No me tome por loco, Mariano, yo tampoco creía. En fin, ellos tienen la capacidad de convertirse en fieras, de responder agresiones

con la fuerza de la tierra. Son los "yaguarete-Abá", y velan por la comunidad. Aunque algunos hombres son más irascibles que otros, y esa capacidad los lleva a convertirse en "Uturuncos", "hombres-tigre" que atacan lo que se les cruza. ¿Me entiende?
Claro que entendía.
—Hay hombres buenos y hombres malos, pero, ¿por qué un "Uturunco" iría a la Isla?
Facundo se encogió de hombros.
—Rosalía creía que su hermano la buscaba, fue raptada de niña, abusada, vendida y castigada. Supongo que en su simplicidad, necesitaba creer que alguien castigaría al hombre blanco por eso. El Uturunco puede ser muy, muy maligno, y adopta en ocasiones la forma de un jaguar negro, como un espejo de su alma.
—Así que usted, Facundo, piensa que un "Uturunco" se apropió de la Isla.
—En principio no creo que cayera allí con el fin de atacar a los niños, pero se cebó, y no hay nada peor que una fiera cebada. Su costado animal, fue más fuerte.
El viejo le pasó un mate dulce que Mariano bebió con placer, mientras asentía con la cabeza. Había leído casos de fieras cebadas, testimonios de sobrevivientes y familiares de víctimas, donde daban cuenta de la ferocidad de los ataques, y la falta de miedo de la fiera involucrada en los mismos. Re- cordó en ese momento el caso del ingeniero militar John Henry Patterson, que tuvo que abatir los leones famosos "Fantasma" y "Oscuridad", a fines de la década de 1890, porque ambos se habían cebado con la carne de los trabajadores en el tendido de rieles del ferrocarril Kenia-Uganda, matando a más de un centenar de ellos.
—Mi padre -continuó Facundo —juró que vio un brazo humano cuando lo bajamos de un par de tiros y cayó en la corriente.
Continuaron charlando hasta entrada la noche.
—Facundo, a fin de cuentas, poco importaba si se trataba de un "Uturunco" o un jaguar, lo cierto es que tres niños fueron devorados.
—Por supuesto, lo que cambia es el terror en el que uno está inmerso. Si se trata de una fiera es algo combatible, algo que se comporta según un patrón predecible, uno puede "esperar" cierta conducta. Si es un "Uturunco", todo es desconocido, hasta el miedo y las reacciones que "eso" es capaz de generar, ¿no lo creé?, además, no fueron tres.
Mariano hasta ese momento absorto en el relato, presintió una punta de ovillo algo olvidado en el tema. Una vuelta de tuerca aún no resuelta. A Facundo no le pasó desapercibida su reacción.
—¿Por qué dice eso?-preguntó en guardia.
—Verá usted –dijo mientras le daba un nuevo mate- desde el momento que Ernesto desaparece, Eleonora desapareció con él. Amanda

declararía siempre que a la niña la llevó esa misma mañana. Por otro lado mi padre asistió a Eliseo instantes antes de morir y cambiaron breves palabras.
—¿Usted no estaba allí?
—Sí, pero era niño todavía, y mi padre no me permitió acercarme, ese hombre estaba desfigurado. Entiéndame Mariano, ese día fue un día funes- to. Murió Eliseo, abatieron la fiera pero se llevaron a Amanda en medio de un ataque de furia como nunca antes había visto. Sellaron la casa, desapareció Martín y evacuamos la Isla, no me pida precisiones.
—Lo único que le entendió mi padre, porque Eliseo era Armenio y deliraba en su lengua nativa, era que había hallado la guarida de la bestia, y que había visto los restos de dos niños.
—¿Y el tercero?
Facundo sacudió la cabeza de un lado a otro.
—Lo pensé, lo pensé y lo pensé, Mariano. Para mí enloqueció como la madre y se arrojó al río pensando que se salvaría, o se asustó y tuvo un accidente, nunca más supimos nada de ninguno de los tres, obviamente.
Mariano chupó de la bombilla y el mate quebró el silencio con un quejumbroso sonido a seco. Se lo pasó a Facundo nuevamente.
—A Amanda -continuó el relato- le dio un ataque, y tuvimos que agarrarla entre cuatro, fue la oportunidad perfecta para entrar al lugar que me tenían vedado, y obviamente fui el primero que despachó Amanda con un sonoro bofetón que me pegó en el oído y me dejó medio sordo por un tiempo. Aún hoy, a veces, tengo un zumbido molesto. Al final, no se anduvieron con vueltas, le propinaron un trompazo y la embutieron en la camisa de fuerza. Finalmente, mi padre agarró a Rosalía, me tomó a mí de la mano y nos fuimos de allí. José se vino con nosotros, es una de esas personas que no pueden encarar los miedos por sí solo- y agregó- era un cagón después de todo, y por fin entendió que los músculos no le servirían para nada.
Esa noche, mientras paseaba por la vera del río, las palabras de Facundo resonaban en sus oídos como una síntesis de la tragedia.
"…¿se da cuenta de que se trató de una suerte de desgracias, atadas como las cuentas de un collar?, para colmo, la casa no tiene dueños, y se quedará allí hasta que se pudra hasta los cimientos."
El día siguiente sería el último en la Isla.
¿Le dejaría el río volver como había llegado?, ¿o se tomaría su tributo como le había dado a entender el viejo de la lancha?
No estaba en una casa cualquiera, y decidió que al día siguiente volvería a "La Tía Amelia", para intentar hallar algo más, faltaba algo por recorrer, y muy dentro suyo, una voz le repetía que no volviera a acercarse.

Las historias que se transforman en la base de mitos y leyendas, habían pagado su derecho por permanecer irresueltas. No obstante, y como Pandora, la curiosidad podía más y Mariano sabía que no podría enfrentar un año más de desconcierto y dudas.
Estaba decidido.
Sentado al sol, a la vera del río, tuvo la impresión de que “Decepción” era una pústula del infierno, que afloró y supuró en el Delta. El bosque, el maldito bosque, la cara oculta de cada uno de los moradores, incluyéndolo a él, donde los miedos se manifestaban de la peor manera.
Esa tarde, tirado en la hamaca paraguaya, dejó correr la mente liberándola de toda carga. Descansó, tomó unos mates y comenzó el lento camino de la despedida. Aseguró los postigos medio sueltos, trancó ventanas, limpió los pisos, distribuyó veneno para ratas, guardó sábanas, aireó el colchón, limpió el baño con lavandina, cepilló el techo de telas de araña, limpió la mesa y prendió un fuego debajo de la parrilla precaria de camping para limpiarla, y guardarla pero cambió de idea y tiró un matambre de cerdo que había comprado como cena despedida. Cortó un par de panes y colocó un par de hojas de lechuga, un par de rodajas de tomate y ralló una cabeza de ajo que distribuyó en ambos emparedados.
Mosquitos y murciélagos iniciaron la sempiterna danza del río. Polillas y mariposas nocturnas bailoteaban en las proximidades de la luz, y la carne, lentamente se cocía mientras la oscuridad cerraba la noche con pereza. Cebó unos mates mientras acomodaba lo último que quedaba. La lancha pasaba seguido, y si perdía una, ya habría otra en un rato. Sólo pensaba despedirse holgazaneando, y no tenía apuro por volver a la vida seria, no ese día por lo menos.
Dejó los bultos afuera, cerró la puerta, y guardó la llave en el pantalón. Había llegado a la isla con pocas esperanzas de no hastiarse del río. En cierto sentido, se había equivocado. El tiempo había pasado volando, y finalmente tenía una historia verdadera que contar. Por supuesto pensaba escribirla.
Volvió la vista al embarcadero, tenía tiempo, dejó los bultos al costado de los tilos y caminó como quien sale de paseo, después de todo, tenía la convicción de que nada restaba por ver. Prendió un cigarrillo y cruzó el alambrado. Eludió los terrenos bajos, siguió el trazado del sendero, pasó a un costado de la fuente, subió la escalinata y descorrió la cadena de la puerta de entrada.
Adentro lo aguardó el mismo silencio sórdido, interrumpido sólo por el chirriar de los murciélagos que le crispaba los dientes. El eco de los pasos llenó el recinto y prestó atención a los muros. Todas las paredes mostraban el mismo patrón de golpes y rasgaduras a lo largo de las mismas. En el piso había diseminado restos de caireles y vasijas chinas

de porcelana. En algunos sectores, hasta podían verse la marca de los impactos. Los tapices rasgados y apolillados, los óleos agujereados y deslucidos.
Caminó hasta las dependencias de servicio. El baño para el personal, la cocina, la despensa. Una serie de bollos informes podridos y resecos dejaban ver la antigua disposición de los alimentos. En algunos sectores, varios fiambres habían caído cuando las ratas royeran los cordeles que los mante- nían en suspenso, rompiendo frascos y estantes.
Contra la pared opuesta, una pequeña bodega con espacio para unas doscientas botellas, mostraba aún algunas sanas, y otras parcialmente rotas, apoyadas en sus respectivos nichos. El suelo brillaba a la luz de la linterna, dejando ver la estancia cubierta de restos de botellas, y vidrios desmenuzados. Una masa informe, oscura pegajosa y seca se aferraba al piso, donde algún roedor diera cuenta de antiguos festines. Incluso algunas de esos restos tenían la forma de roedores muertos. Volvió a subir la escalera, y esta vez notó el destrozo de los lienzos que resguardaban su recorrido.
Con la linterna aún prendida, subió con cuidado la escalera de caracol. Oculta tras la puerta chica del corredor, la escalera terminaba en un descanso frente a una puerta abierta que desembocaba a un desván. Algunos enseres viejos y herramientas, dormían envueltos por el dosel de telas de araña. Un correteo de patitas en el suelo de madera de teca denunció ocupantes poco gratos. Se volvió y bajó las escaleras. Estuvo pensando seriamente en salir de la casa, pero no se iría tranquilo si no estaba seguro de haber revisado todo.
Cruzó el largo pasillo hasta el extremo opuesto. A un lado del cuarto de costura que permanecía con la puerta abierta como la dejara en su anterior visita. La puerta contigua daba acceso a la torre norte. Intentó abrir la puerta, sólo para descubrir que permanecía cerrada con llave. La llave por supuesto, no estaba a la vista. Paseó la mirada por los alrededores, buscando algo contundente que le permitiera forzar la cerradura, pero no halló nada adecuado, caminó por el pasillo, y de pronto recordó la estatua de bronce del cuarto de baño al costado de la puerta donde estaba.
Dos golpes sordos, fuertes retumbaron en la soledad de la casa. Las ratas comenzaron una corrida alocada por los rincones donde el sonido las sorprendiera, y una pasó rauda detrás de Mariano, erizándole los vellos del cuerpo. Los ojos de la rata fulguraron por breves instantes y ambos cruzaron una mirada. Mariano cortaba el paso, y el animal se irguió dispuesto a lanzarse contra él si fuera necesario. El hombre sintió el cosquilleo de la adrenalina en la sangre y gritó esgrimiendo la estatua. Fueron dos décimas de segundos, el roedor comprendió que llevaba las de perder, y volvió a cuatro patas,

pasando como una sombra por el filo de la baranda.
Un nuevo golpe. La cerradura herrumbrada saltó en pedazos y la puerta se abrió con una queja de la madera astillada del marco. Durante unos segundos aguardó en silencio, la carga, los golpes y el ataque del roedor, lo habían cansado un tanto, permaneció en pié tanteando los bolsillos en la oscuridad, buscando la compañía de un cigarrillo. Sólo quedaba por ver esa habitación y se iría de allí tan pronto como pudiera. Alguna corriente circuló por la casa golpeando las puertas, y se maldijo. De cualquier forma no podría volver a dejar la casa como estaba, porque no recordaba qué estaba abierto y qué no, cuando entrara por primera vez.
La llama del encendedor tuvo el efecto de una antorcha en la noche simulada del ático.
Poca luz. Escasa. Tan pobre era, que los macilentos rayos filiformes que se colaban entre los maderos podridos de los postigones de la única ventana que se hallaba directamente frente a él, en la pared opuesta, apenas permitía vislumbrar algún detalle de los mosaicos del piso.
Se detuvo, no podía avanzar con ese bajo umbral de luz. Un extraño tufi- llo a humedad revoloteó en el ambiente con la capa de polvo que descansaba sobre todas las cosas, y que se levantara cuando abriera la puerta forzándola a golpes de hombro. Luego de unos minutos, aún podía ver la nube de polvo en la turbulencia generada al entrar, que permanecía flotando en el aire. Algo en su interior, dentro, muy dentro suyo, algo que parecía dormido, despertó, y lo puso en guardia.
El olor no era sólo el producto de la humedad, ni tampoco del encierro o la oscuridad, o una conjunción ellos. Era el olor de la muerte que fuera encerrada y arrinconada por años, esperando agonizante que alguien la rescatara. La memoria lo arrastró a los mausoleos y criptas de los viejos cementerios, cuando uno intenta huir a toda velocidad, o alejarse de ellos escapando de su propio destino.
Era el olor de la vetustez de lo que, expuesto al aire, permanece olvidado, y resiste cínico el paso del tiempo. Aquello que debía ser ocultado, soterrado y olvidado, permanecía allí expuesto, socarronamente desnudo y obsceno para mofarse de la transitoriedad ridícula de la vida y de la inobjetable certeza de su fin. Porque lo único inmutable en la vida es el hecho cierto de la muerte.
Acababa de abrir la caja de Pandora, y la muerte se había marchado del recinto, atravesándolo como un hálito podrido y frío, incorporándose en su sangre como un cáncer. Sacudió la cabeza.
Le vino a la mente burguesa la continuación del antiguo refrán que no venía al caso con la situación, “La curiosidad mató al gato”, pero la frase quedó trunca y mentalmente la completó mientras pugnaba por ajustar la vista a las sombras que se esforzaban por mantener la

estancia a oscuras. "...y embarazó a la mujer."
En ese momento allí parado contra el marco de la puerta, rajado por el impacto de su acometida, caviló acerca de la curiosidad y su implicancia directa con el sexo.
¿Acaso existía hoy día una necesaria conexión? ¿O se trataba de una pátina forzada y mojigata de inocencia femenina que insinuaba una forzosa relación entre la innata capacidad del género humano como partícipe necesario y estímulo en la reproducción?
Llegó a la conclusión, que definitivamente, el "hecho" de ser mujer, anulaba *"per se"* el desconocimiento. por lo tanto si una persona, en tanto mujer, llegaba a la instancia de intimar con un hombre, no se trataba de curiosidad, era conocimiento liso y llano, y consecuencia buscada -pensaba.
Deseo, instinto...
Y él estaba allí parado pensando cualquier cosa como excusa para no entrar, buscando un buen motivo, o una mejor razón para no obedecer a su sentido común, que le indicaba a las claras y con luces rojas, que no avanzara. Entró.
—El sentido común es el menos común de los sentidos. Otro refrán.
-se dijo. y siguió reflexionando en voz alta —A fin de cuentas, la sabiduría popular era la experiencia colectiva que actuaba como paragolpes contra los necios que nos emperramos en darnos de bruces contra la realidad. Se preguntó si a fin de cuentas, el acto de abrir la puerta y mirar, no saciaba su necesidad de saber. Habida cuenta que no se veía nada, aquel sencillo acto violatorio, casi era razón más que suficiente para darse la vuelta y vol- ver por donde había venido. Un maldito instante más -se dijo y avanzó un paso.
Las sombras se retiraron un tanto. La habitación era de planta cuadrada, marcadamente grande, una salamandra de hierro lo miraba desde el centro mismo de la estancia, y directamente atrás, alineado con la misma. Una única abertura en la pared opuesta rectangular, alta, con ventana de vidrios gruesos.
Hacia un costado podía verse una silla de madera con asiento de mimbre y una mecedora del mismo material. "Amanda estuvo acá" -pensó.
Mientras observaba el deterioro de los muebles, colonizados por las arañas, se preguntó el motivo de la presencia de Amanda, siendo que en la planta de abajo tenía un cuarto de lectura, y otro de costura, era claro que había lugares más amenos donde refugiarse.
Reparó en la ventana frente a él, de postigones gruesos. Cuatro hojas, cruzados por tablones mal claveteados, macizos y con gruesa tranca cruzada de lado a lado. Tanto los maderones que trababan las hojas de los postigos como las trancas parecieran haber sido agregados después, sin guardar la estética. "Parece una cárcel, pareciera querer

impedir el ingreso de algo, o de alguien" -pensó Mariano y siguió pensando que tal vez no se tratara de impedir la entrada, sino la salida.
Retuvo el detalle de la ventana, y prometió fijarse en la torre del ala Sur si se repetían las características de la misma. Si Amanda estuvo acá, debía de subir a menudo y pasar un tiempo, porque, ¿para qué la mecedora, entonces? ¿Sería un mueble confinado sencillamente al ático por viejo, o inservible y no obstante cargado de recuerdos? Ese sitial que queda en el limbo de las cosas que uno no puede utilizar, pero se resiste a tirarlas porque significan parte de los recuerdos y los momentos significativos de la existencia, como si la mera presencia del objeto fuera prueba fehaciente y perdurable de lo que uno es.
La mecedora estaba intacta. Apolillada, eso sí, pero intacta y permanecía en ese ángulo absurdo, prohibido para las sillas. Como si algo o alguien forzara la postura del respaldo. Debía ser por ello que a menudo aparecían en las películas de terror inclinadas y amenazantes en el clímax por venir.
—Una silla debe ser recta de respaldo, de lo contrario observa algo que está ocurriendo.
Se trataba simplemente de una mecedora. Se preguntó si había trancado la ventana por miedo al "Uturunco", o al ataque de una bestia, descaradamente suelta por Decepción. ¿Desde cuándo se refugiaba en el ático? -se preguntó.
Asumiendo que "aquello" continuara afuera, ¿era el miedo tan irracional para suponer que aquella única ventana tapiada impediría el ingreso de la bestia?, ¿o se trataba del último bastión de defensa y protección en caso de estar en una casa tomada?
Recordó las marcas y destrozos en la planta baja y primer piso, Amanda no temía a la casa, temía a "lo de afuera" y odiaba la casa, era obvio que no buscaría protección en algo en lo que no confiara.
¿Por qué la fiera o el Uturunco o lo que fuera se ensañaría hasta el punto de exterminar la vida en la isla?, ¿o sólo iba tras los niños, ahora que estaba cebado? Si era un animal, no había registros. Los hechos, los reportes y noticias que encontrara, sólo mencionaban la desaparición, el hecho frío y conciso como el filo de un cuchillo. No hablaba de fieras o animales, sólo mencio- naban la falta de pistas, rastros y pruebas.
¿Se trataría todo de un simple rapto de locura? Porqué Martín después de todo la dejó sola. ¿Había sido acaso Amanda, la causante de las desapariciones? ¿Habría gatillado la soledad de la isla, la locura en Amanda? En ese caso, ¿Martín no habría sido igualmente culpable?
Preguntas.
A ese punto, si era un... "Uturunco" -Mariano reflexionaba y se resistía a hacerse eco de seres míticos y fantásticos- ¿qué le hacía pensar a

Amanda que por encerrarse en el ático se encontraba a salvo de quien ingresara?
Volvió la vista a la puerta, no, no tenía tranca. Ni había sido reforzada, al menos por adentro, y no era lógico por otro lado, que quien se refugiara lo hiciera por tiempos cortos. El ático lo usan en condiciones límite, como último lugar posible de refugio, de lo contrario uno se auto condena eliminando la última conexión con el mundo exterior, a no ser...
Estaba dando un nuevo paso en la habitación y se detuvo. Los pensamientos subieron ahora todos juntos, y cayó en la cuenta de que había estado razonando con los ojos vendados. No había querido ver lo obvio. El desván sí era el último bastión defensivo después de todo, pero Amanda no pensaba en ella cuando hizo lo que hizo, ni cuando encargó el trabajo de la ventana, ni cuando pidió que subieran la mecedora.
Al final -se dijo Mariano- todo este tiempo intentó burlar aquello que los estaba utilizando.
Avanzó a grandes pasos ahora y dio contra la única cama de hierro en una de las paredes, donde entre restos de sabanas sucias, marcas de fluidos corporales, y huesos roídos, estaban los restos mortales de Eleonora.
Después de todo, sí salvó a uno de sus hijos. -se dijo.
Desesperación, angustia, dolor.
Retrocedió hasta la mecedora. Amanda había tenido momentos de paz. La veía allí, entre lágrimas, abarcando la habitación toda, mientras se dedicaba a alguna tarea, como la costura o el bordado, a fin de no perder detalle de Eleonora. Con la muda y errada certeza de que al fin, había burlado a la bestia.
Tal vez se tratara de la misma fuerza que, surgida de la inconsciencia de Amanda, cobrara la forma de sus miedos, y en un rapto de enajenación atacara a los niños. -sacudió la cabeza... negando. A menudo de niño, su madre le reprendía por leer tanto y jugar poco, su imaginación volaba.
La impresión de historias a la altura de “Frankenstein el moderno Prometeo” de Mary Shelley, o “El extraño caso del Dr Jekill y Mr. Hyde” de Robert Louis Stevenson, sin duda estaban dirigiendo el curso de los acontecimientos de aquel verano.
Bajó las escaleras en silencio.
Después de todo, lo de Amanda tal vez no fuera locura, porque, ¿qué locura destruye el entorno en forma selectiva? –reflexionaba. Una mente enfer- ma, enajenada de sus voluntades, de su realidad. ¿Podía llegar al punto de destruir todo aquello relacionado con Martín, la isla y la casa, y preservar intactos los espacios que le recordaran o se relacionaran con los niños? -se encogió de hombros, sin poder

responderse. No era sicólogo, ni médico, ni policía. Era un simple mortal, y su único delito había sido intimar con una prima morocha y largirucha, que en algún momento de su corta vida rememorara con placer esos instantes de felicidad que se habían regalado mutuamente. Después de todo, sí había hecho feliz al menos a una persona.
Ese recuerdo, la calidez de aquellos momentos, pero por sobre todas las cosas, la certeza de que “la morocha”, el apodo que tenía Angélica, lo recordara tanto, le arrancó una sonrisa.
Salió de la casa.
El sol. Cerró con la cadena lo mejor que pudo y caminó lentamente.
¿Habría existido el Uturunco? -se preguntó mientras regresaba hacia donde aguardaban sus cosas para dar por finalizadas sus vacaciones.
¿Habría sido un hombre, el tigre, o las locuras de Amanda?
¿Existía la posibilidad por remota que fuera, de que la locura en Amanda fuera disparada por el aislamiento y la inundación?... Quizás.
Entonces recordó que unos hombres raptaron a una niña en Misiones, y en el Delta, como resultado, murieron tres niños, desmembrando a una familia.
Uturuncos, capiangos, hombres-jaguar.
Esa fue la realidad para Facundo Arrechea.
Sin duda, y como le mencionara el viejo de la lancha, aquella no era cualquier casa, y como le sugiriera la agente de la comisaría, hay cosas que era mejor dejarlas en el terreno de los mitos y leyendas, porque a fin de cuentas,
-razonó mientras levantaba los bolsos y caminaba hacia el muelle- ¿quién podía estar seguro de algo?
Entonces recordó lo que había comenzado a escribir.
Pudiera ser también -se dijo-, que aquel ambiente, de una forma u otra conjurara todos esos elementos y terminaran entrelazados, como el río y las islas, dependiendo unos de otros.
Fuera como fuera, terminó la idea mientras subía a la lancha colectivo, no estaba del todo seguro si volvería en algún momento. Fijó la vista en la isla hasta que desapareció en la curva. Ahora tenía lo que vino a buscar. Abrió la notebook y escribió el nombre de lo que sería su primera obra: “Los ojos amarillos del diablo.”

www.wgt-ediciones.com

wgt.ediciones@gmail.com TW:@wgtediciones
FB: www.facebook.com/wgt.ediciones 15 5922-8829 // 3970-2130
Libro de edición argentina.
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro en cualquier
forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico mediante fotocopias, digitalización u otros métodos sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.
Impreso en Tecnooffset Araujo 2392 CABA. Buenos Aires, Argentina. Tirada 100 ejem. Diciembre de 2014 © wgt ediciones.